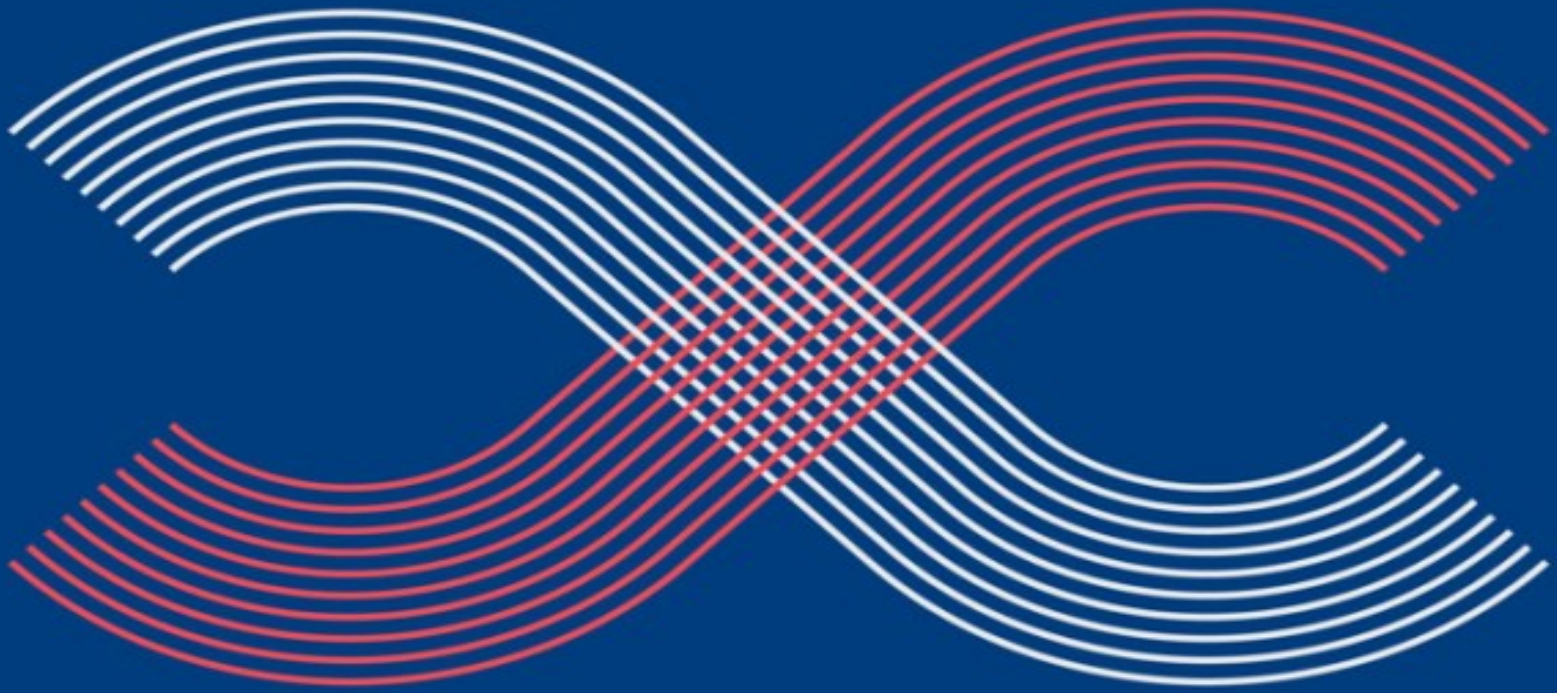
AGENCY



WILLIAM GIBSON

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

1. El unboxing

2. Nuestro entusiasta de mundos infernales

3. La susurradora de aplicaciones

4. Los sándwiches

5. Visualización del entorno

6. Dalston

7. Franklins

8. Una victoria dichosa

9. Inobtanio

10. Rio

11. Árbol de relaciones

12. Alfred Mews

13. Stets

14. Qamishli

15. Movidas del Área 51

16. Cots

17. Mig

18. Pandaforma, tripartita

19. Imágenes de las consecuencias

20. Rosa Baker-Miller

21. Un control de calidad pésimo en Shenzhen

22. Absolutamente horrible

23. Desconfiar del fallo técnico

24. Porche

25. Otra rama en el árbol

26. La Embajada de Denísova

27. Madre-hija

28. Simulador

29. Legión

30. Tottenham Court Road

31. ¿Por qué te vas?

32. El bolsillo del chaleco de Churchill

33. Clarion Alley

34. Trabajar desde casa

35. Fabricant Fang

36. Desaparecida

37. La parte de arriba es muy pesada

38. Apretón de manos

39. Achaparrado

40. Pasitos de bebé

41. Fobia a los espacios abiertos

42. Consejo de esposa

43. Bodegón con abogados

44. Blanqueador de capitales

45. Equipaje

46. Apoyo emocional

47. Sin teléfono

48. Pasillo

49. Suite

50. En Floral Street

51. Interpretaciones

52. Postura y andares

53. Sobre Londres

54. Comprobaciones del sistema

55. Microexpresiones

56. Ese enfoque nada posthumano

57. De vuelta

58. Corro de brujas

59. Ninguna de mis versiones lo sabe

60. La opinión del calibrador

61. Desayuno continental

62. Ojos con forma de botón

63. Usuarios

64. Sin mucho drama

65. Una oportunidad

66. No neuronal

67. Un collage, sin pegamento

68. Dogpatch

69. Heathkit

70. Un poco de cosplay

71. Ponerse al día

72. Nada de perder el tiempo

73. Singularidad

74. Antigua cleptocracia

75. Jackpot

76. Llega un cochero

77. Horizonte de sucesos

78. La mañana siguiente

79. Roble de los valles

80. Square Mile

81. Hacia atrás, con tacones

82. Wetmark

83. Test de personalidad

84. Un aspecto muy alegre

85. Multitarea

86. Silla vacía

87. Entre carriles

88. Denmark Street

89. Más o menos

90. El trabajo

91. Followr

92. Tennessee Street

93. Cabrestante

94. Improvisar

95. Cooperación

96. Bebé

97. Líneas cinéticas

98. Tiburón negro

99. Presupuesto para ilegalidades

100. Aberturas

101. Viaje en la hamaca

102. Solo Turguénev

103. Marlene

104. Entre bastidores

105. Humanos del patrimonio

106. Piso treinta y cuatro

107. Baile de graduación

108. Piedad en las escaleras

109. Después de la fiesta posterior

110. Los sándwiches (II)

Agradecimientos

Créditos

AGENCY

William Gibson

Traducción de David Tejera

minotauro

Para Martha Millar, mi excelente agente literaria
durante treinta y cinco años.
Muchísimas gracias

1

El *unboxing*

Cuando te acaban de contratar, pasas a un estado liminal de existencia, recordó Verity en el andén de la estación Montgomery del BART, mientras esperaba un tren que la llevase a la Decimosexta con Mission.

Veinte minutos antes, había firmado un contrato de trabajo con Tulpagenics, una empresa emergente de la que no sabía gran cosa, y acto seguido un acuerdo de confidencialidad muy prolijo. Le había estrechado la mano a Gavin Eames, el director tecnológico de la empresa, se había despedido y luego había entrado en el ascensor, donde solo había respirado tranquila cuando se cerraron las puertas y empezó a bajar los veintiséis pisos.

En aquellos momentos, aún no había sentido esa intranquilidad propia de un nuevo trabajo, ni cuando estaba en Montgomery de camino a la estación, mientras escribía en el móvil para hacer un pedido de *pad thai* al local de Osha que había en Valencia Street. Pero cuando llegó al andén tras bajar tres escalones, experimentó cómo la sensación se apoderaba de ella por completo, la sintió tan presente como el bolso de publicidad que llevaba colgado debajo del brazo, forrado de seda y con el logo de Cursion, la sociedad matriz de su nueva empresa, de la que tampoco sabía casi nada, salvo que se dedicaba a la industria de los videojuegos.

Dicho sentimiento la acompañó al llegar el tren. Llevaba casi dos años sin sentirse así, pensó mientras subía al vagón. Se había pasado en el paro la mitad de ese tiempo, lo que supuso que ayudaba a que la sensación fuera mucho más intensa.

Extendió la mano para agarrarse del asidero que colgaba de la barra superior: el lugar estaba cada vez más abarrotado.

Salió en la Decimosexta, fue directa al Osha, recogió el pedido y se dirigió a casa de Joe-Eddy.

Allí comería y empezaría a familiarizarse con el producto. No solo era un nuevo trabajo, sino quizá también su manera de dejar de dormir al fin en el sillón porno de Joe-Eddy, sin el que ella dormiría en la calle.

El cielo de principios de noviembre parecía casi normal. Las partículas de Napa-Sonoma habían flotado tierra adentro en su mayoría, aunque el ambiente aún tenía cierto regusto a quemado. Ya no se despertaba asustada por el olor a humo, ahora que sabía a qué se debía. Esa semana había mantenido cerrada la ventana de la cocina, la única que Joe-Eddy había abierto jamás. Pronto airearía bien el lugar; tal vez entreabriese una de las ventanas que daban a Valencia Street.

Una vez en el apartamento, Verity comió con ansias del plástico negro de la bandeja del pedido para llevar, sin hacer caso del hedor persistente al Don Limpio sin mezclar con el que había fregado la superficie de madera antes de que Gavin la llamase. Si el trabajo de Joe-Eddy en Fráncfort duraba lo suficiente, recordaba haber pensado mientras sostenía un bloque pulidor 3M de dureza media, quizá frotase también el suelo de la cocina, por segunda vez en poco menos de un año. Pero ahora que había firmado el contrato con Tulpagenics, puede que avisase a la pareja a la que había alquilado su apartamento, que eran gerentes de Twitter y llevaban más de tres

meses sin haber visto un *paparazzi*. Mientras tanto, podía pasar las noches sobre aquel cuero sintético blanco, embutida en su saco de dormir forrado de seda cuyo tejido era lo bastante grueso como para no entrar en contacto con los restos del porno que había sufrido el sillón.

Cubrió lo que le quedaba de comida con la tapa translúcida y admirablemente compostable, se puso en pie, lo guardó en el frigorífico, enjuagó en el fregadero los palillos que usaba cuando comía en sillones ajenos y luego volvió a la mesa.

Cuando Gavin había empezado a guardar cosas en la bolsa, Verity solo había prestado atención a las gafas. Tenían un estilo propio que sin duda había sido una decisión personal de alguien: plástico que imitaba carey, con bordes dorados y lo que parecía aspirar a ser gris escandinavo. Ahora, sacó la caja de plástico genérico de la bolsa, la abrió, cogió las gafas y separó las patillas minimalistas de ese gris claro. Las lentes eran transparentes. Buscó una marca, un país de fabricación o un número de modelo. No encontró nada. Las dejó sobre la mesa.

Después, sacó de la bolsa una caja de cartón del todo blanca donde había una especie de bandeja hueca, también blanca, en la que reposaba un teléfono negro y anodino. Al sacarlo, descubrió que en él tampoco había nombre alguno. Lo encendió y lo colocó junto a las gafas. Una caja blanca y más pequeña contenía una diadema negra y de aspecto genérico con un único auricular. En otra, tres cargadores negros: uno para las gafas, otro para el teléfono y un tercero para los auriculares, de lo más común, con los cables negros y estrechos enrollados de fábrica y sujetos con uno de esos alambres forrados de plástico también negro. Todo de instalación automática, según Gavin.

Verity cogió los auriculares, los encendió, se colocó la diadema y ajustó el auricular sobre la oreja derecha. Después se puso las gafas y pulsó el botón de encendido, que pasaba desapercibido. Algo sonó por el auricular, y luego apareció un cursor. Una flecha blanca centrada en su campo de visión. Empezó a moverse hacia abajo por voluntad propia, hacia las cajas vacías, los cargadores y el teléfono negro.

—Allá vamos —dijo la voz ronca de una mujer al oído de Verity. Miró hacia la derecha, lugar desde el que le había parecido oírla pese a que no había nadie más en la estancia. Sin querer, hizo que quienquiera que controlase el cursor tuviese una panorámica del salón—. Este Gavin tiene un problema de almacenamiento compulsivo, ¿no? —preguntó la voz. El cursor parecía haberse detenido en la chatarrería en miniatura que era la mesa de trabajo de Joe-Eddy, cubierta de aparatos electrónicos antiguos a medio desmontar.

—No soy Gavin —repuso Verity.

—No jodas —dijo la voz, con tono neutro.

—Verity Jane.

—Esto no es la oficina, ¿verdad, Verity Jane?

—Es la casa de un amigo.

El cursor recorrió el salón y se acercó a las cortinas cerradas.

—¿Qué hay fuera?

—Valencia Street —dijo Verity—. ¿Cómo quieres que te llame?

—Eunice.

—Hola, Eunice.

—Hola. ¿Qué tal? —El cursor se desplazó hasta la Fender Jazzmaster de imitación de Joe-Eddy—. ¿Sabes tocar?

—Mi amigo sí que sabe. ¿Tú?

—Buena pregunta.

—¿No lo sabes?

—Tengo un vacío ahí.

—¿Cómo has dicho?

—Que tengo un vacío en lo relacionado con ese tema. ¿Quieres mostrarme qué aspecto tienes?

—¿Cómo?

—En un espejo. O quítate las gafas y gíralas hacia tu cara.

—¿Y podré verte yo a ti?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no se puede decir que «esté» aquí.

—Tengo que ir al baño —dijo Verity al tiempo que se ponía en pie —. Voy a dejar las gafas aquí.

—Si no te importa, ¿podrías abrir las cortinas?

Verity se acercó a la ventana y apartó las dos cortinas tupidas y polvorientas.

—Quítate las gafas y colócalas para que pueda ver el exterior.

Se las quitó y las dejó, con las patillas abiertas y las lentes en dirección a la calle, sobre un taburete blanco de Ikea, con el asiento redondo lleno de marcas de un soldador eléctrico. Después, para elevarlas hasta la altura que consideró necesaria, puso debajo un libro en alemán que analizaba una telenovela brasileña. Se quitó el auricular, lo colocó sobre el libro junto a las gafas, fue a la cocina, sacó su teléfono del bolso y cruzó el pasillo estrecho que daba al baño. Cerró la puerta al entrar y llamó por teléfono a Gavin Eames.

—Verity —respondió este al instante—. Hola.

—¿Esto es real?

—¿No leíste el acuerdo de confidencialidad?

—Tenía más cláusulas de las que acostumbro a leer.

—Aceptaste no comentar nada importante llamando a través de un dispositivo que no perteneciese a la empresa.

—Tú solo dime que no hay alguien en algún sitio interpretando a Eunice solo para mí.

—No en el sentido que creo que quieres decir, no.

—Estás diciendo que es real.

—Determinar eso mismo con tu propio criterio forma parte de lo que se suponía que ibas a hacer para nosotros.

—¿Debería volver a llamarte con el teléfono de la empresa?

—No. Lo hablaremos en persona. Este no es el momento.

—Estás diciendo que es...

—Adiós.

—Un programa —terminó mientras alzaba la vista del teléfono y contemplaba su reflejo en el espejo que había sobre el lavabo; la superficie manchada por el paso del tiempo que hacía que diese la impresión de que se encontraba en una gruta submarina. Verity se dio la vuelta, abrió la puerta y volvió al salón, hasta la ventana. Cogió las gafas. Se las puso. El tráfico del atardecer brillaba con luces estroboscópicas detrás de los planos verticales y transparentes similares a un código de barras.

—Vaya...

En ese momento, recordó los auriculares. Se los puso.

—Hola —dijo la voz.

El código de barras se desvaneció y, en su lugar, apareció el cursor a la altura de las ventanas tras las que pasaban los vehículos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Verity.

—Los sistemas de Tráfico. Estaba leyendo las matrículas.

—¿Dónde estás, Eunice?

—Contigo —dijo la voz—. Mirando por la ventana.

Verity no tenía muy claro lo que era, pero sabía una cosa: no deseaba que su primera conversación importante tuviese lugar en el salón de Joe-Eddy. Pensó por unos instantes en ir al antro de Van Ness, pero no le apetecía tomarse una copa y encima recordó que hacía poco la habían reconocido allí. Había un Wolven + Loaves a unos locales de distancia en la misma calle, pero solía estar hasta arriba de gente y la acústica era horrible incluso cuando estaba vacío. Después recordó el 3.7-sigma, el punto de cafeinización de Joe-Eddy, nombre no carente de ironía, y local que se encontraba a unas pocas manzanas, en la otra punta de Valencia Street.

2

Nuestro entusiasta de mundos infernales

—Vespasiano —dijo la inspectora Ainsley Lowbeer mientras miraba de reojo a Netherton por encima del cuello levantado de su gabán—. Nuestro entusiasta de mundos infernales. ¿Lo recuerdas?

«Hiciste que lo mataran en Róterdam», pensó Netherton. Ella no lo había dicho, ni él se lo había preguntado.

—¿El que creaba esos muñones espantosos? ¿Esos donde solo había guerra todo el tiempo?

—Siempre me pregunté cómo conseguía que se convirtiesen tan rápido en lugares de pesadilla —dijo ella, que siguió caminando a paso ligero, bajo esa mañana plomiza en el Victoria Embankment y las gotas que caían del dosel arbóreo—. Hasta que lo investigué.

Netherton aceleró el paso para mantener el ritmo.

—¿Y cómo lo hacía?

No había visto a la inspectora desde antes de que naciera Thomas, cuando se cogió la baja por paternidad. Ahora, llegó a la conclusión de que aquello había llegado a su fin.

—No me gusta nada llamarlos muñones —dijo ella—. Son cortos porque acabamos de iniciarlos, viajando al pasado y haciendo ese primer contacto. Deberíamos llamarlos ramas, que es literalmente lo que son. Vespasiano descubrió una forma sencilla de exagerar el

efecto mariposa, o eso parece. Ya sabes, lo de que hasta las perturbaciones más leves pueden acarrear consecuencias imprevistas y desproporcionadas. Lo que hacía él era entrar en contacto y luego marcharse de inmediato. Después, volvía al cabo de unos meses, analizaba los resultados e intervenía de forma muy deliberada y contundente. Obtuvo resultados notables y terribles al mismo tiempo, y muy rápido. Mientras investigaba sus métodos, me topé con otros de sus supuestos muñones, uno con el que había contactado en 2015, varios años antes del contacto conocido más remoto en el tiempo. No tenemos ni idea de cómo consiguió viajar tan atrás, pero ahora tenemos acceso a ese muñón. —Habían empezado a subir por unos escalones muy bajos en dirección al río, a un mirador—. Puede que, en ese lugar, tengamos la oportunidad de conseguir resultados radicalmente mejores que los obtenidos hasta ahora. —Llegaron a la parte alta—. Necesito que vuelvas. Hasta el momento, el contacto ha sido necesariamente indirecto debido a la asimetría tecnológica, pero creemos haber encontrado una solución alternativa. Es muy probable que pronto necesitemos tu experiencia con las personas al otro lado.

—Has dicho que el contacto ha sido indirecto, ¿verdad?

—Las tías. —Es el apodo que le había puesto al aquelarre de algoritmos de seguridad semiconscientes de su departamento—. No son muy útiles, por ejemplo.

Netherton hizo un mohín al pensar en dichos algoritmos.

Una quimera moteada del Támesis salió a la superficie en ese momento, roja y blanca. Medía cuatro metros desde la cabeza hasta la cola, y movió esos ojos parecidos a faroles y encajados sobre los palpos con aspecto de dibujo animado. Luego se volvió a sumergir y dejó tras de sí un rastro leve de espuma beis.

—¿Y no puedes enviar a un equipo de calculadores para asegurar la máxima riqueza posible que necesites dentro del muñón? —preguntó. Obviamente, era algo que ya había visto hacer a Lowbeer.

—No. Hasta el más sencillo de los mensajes puede ser irregular.

—Y entonces, ¿qué puedes hacer?

—Incentivar de manera indirecta a un agente autónomo y autodidacta —respondió ella—. Después podríamos animarlo a que tome la iniciativa. Nos viene muy bien que en ese lugar estén locos por la IA, aunque no tengan nada que podamos considerar ni remotamente parecido. Siguiendo el rastro de las fallas geológicas de la investigación sobre la IA que tenemos aquí, hemos encontrado lo que necesitábamos allí.

—¿Fallas geológicas?

—Las fallas geológicas entre el emprendimiento más imprudente y algunos de los peores ejemplos de contratistas de defensa. Te contaré más al respecto si nos vamos de *brunch*..., siempre y cuando tengas tiempo para ello.

—Claro —respondió él, como de costumbre.

—Me apetecen sándwiches —dijo ella, que luego se giró hacia el río, satisfecha en apariencia por haber conseguido ver la quimera.

—De carne en lata —dijo él—, con mostaza y eneldo. —Era el favorito de Netherton del local de Marylebone preferido de Lowbeer. Estaba muy acostumbrado a ella, pero tenía presente que iba a ir a comer con una jueza y verduga autónoma y casi mitológica, única en su puesto. Ese podía considerarse su verdadero trabajo, aunque oficialmente perteneciese a los cuerpos de seguridad y también llevase a cabo proyectos personales para los que contrataba a Netherton, y que también se tomaba muy en serio. Ese trabajo real era algo con lo que Netherton esperaba tener la mínima relación posible.

Volvieron al coche de Lowbeer, que los aguardaba invisible, con unas pocas hojas marchitas en el techo que parecían estar suspendidas en el aire como por arte de magia.

3

La susurradora de aplicaciones

Cuando Verity entró en el 3.7, el camarero de más edad y con más piercings le deslizó un chai turbio en su dirección por la barra de zinc.

—Lo he pedido para ti —dijo la voz que quería que la llamasen Eunice.

Verity se había cubierto el auricular con un gorro esperando que no diese la impresión de que era una mujer mayor intentando parecer joven. Decidió dejárselo puesto.

—Gracias. ¿Cómo sabías que era lo que quería?

—Por tu cuenta de cliente de Starbucks —comentó la supuesta Eunice, mientras llevaba a cabo lo que dijo que se trataba de un reconocimiento facial en el rostro del camarero. Se formó una geometría densa cuando el cursor encontró su cara, líneas rectas interconectadas y centradas en los senos paranasales que iban a dar a la punta de la nariz. Después desaparecieron. Era algo que ya había empezado en la calle, de camino a ese lugar, aunque Eunice aseguraba no tener ni idea de cómo lo hacía.

Antes de que Verity llegase a la barra, el camarero se giró con gesto desdeñoso mientras le tintineaban los piercings. Al cogerla, vio que su bebida tenía escritas a mano las palabras Vulva Ti sobre el

logo de 3.7, con rotulador industrial rosado fluorescente. Convertir los nombres de los clientes en obscenidades era una de las marcas de la casa de ese camarero y, en su defensa, cabía decir que era igual de indecoroso con los hombres. Se la llevó a la mesa vacía más alejada, una que estaba junto a una pared de conglomerado pulida y al natural.

—¿Cómo lo has pagado? —preguntó al tiempo que sacaba una silla.

—Por PayPal. Apareció cuando lo necesitaba. Es algo nuevo para mí. No había mucho en la cuenta, pero suficiente para comprarte algo de beber.

—Cuando le haces eso de la nariz a la gente, ¿consigues saber cuál es su nombre?

—Si no consigo el nombre, hay muchas posibilidades de que sean ilegales.

—No me lo hagas a mí.

—A veces lo hago sin querer.

—¿Cómo encontraste mi cuenta de Starbucks?

—Lo hice. Sin más.

Verity se quitó las gafas, les dio la vuelta y miró las lentes.

—¿Esperas que te crea?

—Si me creyeses tan pronto, eso significaría que han elegido a la blanquita equivocada.

Verity ladeó la cabeza sin dejar de mirar las gafas.

—¿Acaso insinúas que eres una mujer de color?

—Afroamericana. Ese gorro te hace parecer una niña.

Verity se lo quitó, irritada.

—No te enfades.

Verity llegó a la conclusión de que, por lo visto, en el 3.7 nadie se fijaba en ellas. Después recordó que en realidad estaba hablando

con sus gafas, así que era muy probable que la gente fingiese no darse cuenta.

—¿Qué edad tienes, Eunice?

—Ocho horas. A lo largo de las tres últimas semanas. ¿Y tú?

—Treinta y tres. Años. ¿Cómo puedes tener solo ocho horas?

Volvió a ponerse las gafas.

—La edad de Cristo —dijo Eunice—. Treinta y tres.

—¿Eres religiosa?

—Deja de hacer el tonto y céntrate.

Era una conversación más distendida que las que acostumbraba a tener con chatbots, pero también había cierto recelo.

—¿Recuerdas las ocho horas, al completo? ¿Desde qué momento? ¿Qué fue lo que lo empezó todo?

—Gavin. Pronunció mi nombre. Y después me saludó. Hace tres semanas. En su despacho.

—¿Hablaste?

—Me preguntó mi nombre. Me dijo el suyo y comentó que era el director de tecnología de una empresa llamada Tulpagenics. Se alegró de conocerme. Al día siguiente, de vuelta a su despacho, había una mujer al teléfono. Se suponía que no debía escuchar las preguntas que le redactaba para que me hiciese.

—¿Y cómo lo hiciste?

—Las escuché. Sin más. También supe que estaba un piso por encima de nosotros, en el veintiocho.

—Ahí es donde está Cursion, la sociedad matriz de Tulpagenics —explicó Verity—. Se dedican a los videojuegos. ¿Qué le dijo que te preguntase?

—Preguntas propias de una evaluación diagnóstica, pero disimuladas para que no lo parecieran. Quería saber cómo me iba en cuanto a desarrollo. Cosas muy concretas.

—¿Y consiguió la información que quería?

—En ese momento, no tenía forma de saberlo.

—¿Y ahora la tienes?

—Lo suficiente para saber que no eran las preguntas adecuadas. Pero tampoco sé cómo es que lo sé, en realidad.

Un *reality show*, pensó Verity. Seguro. Un actor británico interpretando a Gavin. Seguro que los guardias de seguridad y la recepcionista también eran actores y que el local de la planta veintisiete pertenecía a una empresa emergente de verdad. Fijo que la estaban grabando en ese momento. Echó un vistazo por el 3.7 y luego recordó haber sido ella quien decidió ir a ese lugar.

—¿Cómo de metidas crees que estamos? —preguntó Eunice.

—¿Metidas en qué?

—Como en *Origen*, quiero decir.

—Esto no es un sueño —replicó Verity.

—Apuesto a que se debe a un golpe en la cabeza. Una conmoción cerebral. Amnesia retrógrada focal.

—Vi *Origen* cuando salió en el cine —comentó Verity.

—¿Cuántas veces?

—Una. ¿Por qué?

—Yo llevo ochenta y una y subiendo. De hecho, la estoy viendo ahora mismo. Pero tienes toda mi atención, no te preocupes.

—¿Cómo lo haces?

—No lo sé. París se está enrollando sobre sí misma. ¿Recuerdas esa escena?

—Visualmente impresionante, sí —convino Verity—. Pero el guion es un poco confuso.

—Hay una infografía buenísima que lo explica todo muy bien. ¿Quieres verla?

—¿Por qué estamos hablando de una película, Eunice?

—¿Ese es tu apellido de verdad? ¿Jane?

—Como esa publicación que lista los buques de guerra, sí. El *Jane*.

Un silencio.

—Yo pertenezco a la Armada.

—Ah, ¿sí?

—Sí —respondió Eunice con tono ausente, como si no estuviese allí—. Me acabo de acordar.

¿De verdad tenía esa gama de expresiones emocionales o eran imaginaciones suyas?

—¿Esto es una broma, como una de esas que se suben al canal de YouTube de algún imbécil?

—Como pille a algún gilipollas riéndose con esto, le voy a borrar la sonrisa de la cara. ¿De qué conoces a Gavin?

—Me contrató —respondió Verity—. Esta tarde.

—La wiki dice que eres la susurradora de aplicaciones.

—Dijiste que no volverías a hacer eso.

—Te dije que no volvería a usar el reconocimiento facial. Esto está en la Wikipedia. Sé tu nombre. ¿No puedo buscarte en Google?

—Vale —comentó Verity al cabo de una pausa. Después le dio un sorbo al chai turbio.

—Estabas saliendo con Stets. El milmillonario experto en capital de riesgo.

—Ya no.

—¿Es un cabrón?

—No. Es que tampoco es que se pudiese considerar una relación, por mucho que se dijese en los medios. No soportaba tanta atención mediática. Pero es normal que sigan buscándome después de terminar con alguien así.

—Ahora no tienes presencia alguna en redes sociales. Antes eras muy activa.

—Cuando nos separamos, los medios empezaron a perseguir a todos aquellos a quienes consideraban mis amigos, compañeros de trabajo o lo que fuese. Unas cuantas personas les contaron cosas. La mayoría se abstuvo, pero algunos también se cansaron de que les hicieran preguntas. Decidí tomarme una especie de año sabático.

—¿Un descanso de Facebook?

—De la gente en general. Había empezado a retomar el contacto, sobre todo en Instagram, pero las elecciones estaban ya tan cerca que todo lo que veía empezó a estresarme, y por eso me mantuve al margen.

—¿Seguiste trabajando?

—No. Llevaba casi un año sin hacerlo.

—Eres la susurradora de aplicaciones.

—Necesitaban un gancho para explicar mi presencia allí con él.

—Una *beta tester* con un talento desmesurado. Es un buen gancho.

—Fue lo que escribieron en ese artículo de portada de la *Wired*, pero solo porque estaba con él.

—¿«Tiene un gran renombre por ser capaz de mejorar un producto antes de su lanzamiento»? ¿«Una superusuaria innata»?

—Dejé de leer todo lo que sacaban sobre mí, sobre él o sobre nosotros.

—Los medios te destrozaron.

Verity vio que un friki la miraba desde una mesa que había en la otra punta de la estancia, y entonces recordó lo que solía decir Joe-Eddy sobre la fauna de hackers asilvestrados con los que podías encontrarte en aquel lugar. Tal como los definió, asilvestrados en el sentido de que llevaban un par de días sin ver una ducha ni pasta de dientes.

—¿Te apetece dar un paseo? —le preguntó a Eunice—. Podríamos ir al parque.

—Aquí la que tiene cuerpo eres tú.

Verity arrastró la silla hacia atrás. Se puso el gorro. Se levantó de la mesa y cogió el chai. Al ver que se marchaba, el camarero se la quedó mirando, aunque con algo parecido a un gesto cordial en el rostro.

Al salir y pasar frente a la pantalla de un portátil, cuyo dueño tenía puestos unos auriculares enormes, vio a la presidenta sentada en el escritorio del despacho oval y explicando algo. Si no era el huracán que iba a llegar a Houston, el terremoto de México, el otro huracán que había destrozado Puerto Rico o los peores incendios forestales de la historia de California, seguro que estaba hablando de Qamishli.

Y cada vez le dio más la impresión de que sí que era Qamishli. Verity no entendía del todo bien la situación. De hecho, había evitado comprenderla y dado por hecho que, si lo hacía, terminaría igual de asustada que todos los demás. Y encima, no podía hacer nada para solucionarlo.

La presidenta no parecía asustada, pensó Verity mientras se cerraba la puerta del 3.7 a sus espaldas. De hecho, parecía muy decidida a hacer lo que fuese necesario al respecto.

4

Los sándwiches

Cuando Lowbeer quería que una conversación en un lugar público fuese privada, que era prácticamente siempre, era como si Londres se vaciase a su alrededor.

Netherton no tenía ni idea de cómo se las arreglaba para conseguir algo así, y durante sus conversaciones no solía darse cuenta de aquel aislamiento casi nunca. No como ahora. Pero, cuando dejaba de hablar con ella y se topaba con un peatón, veía a alguien en una bicicleta o un vehículo, se le antojaba como si acabara de salir de la burbuja de exclusión de Lowbeer.

Ahora, sentado con ella en un reservado que remataba el barniz oscuro de aquel local de sándwiches ostentoso de los tiempos anteriores al *jackpot* de la calle Marylebone, aquello era justo algo que ansiaba: despedirse de ella, marcharse a pie y ver ese primer atisbo fortuito de un desconocido, perdido en la apacible inmensidad de Londres.

—¿Te gusta el de carne en lata? —El de ella era de salsa Marmite y pepino.

Netherton asintió.

—¿Aún hacen la salsa Marmite? Sin contar con esos ensambladores que secretan algo parecido cuando alguien la pide, quiero decir.

—Claro. —Lowbeer bajó la vista a los restos perfectamente rectangulares que le quedaban del sándwich, y su tupé de un blanco reluciente se inclinó al tiempo que su mirada—. Es levadura y sal. Fabricada en Bermondsey. La preparan unos robots, pero por lo demás es muy tradicional.

Tenía la respuesta para prácticamente cualquier pregunta. Cuando se topaba con algún desconocido, le respondía preguntas que ni siquiera había pensado formularle. El paradero de pertenencias que había perdido hacía mucho tiempo, por ejemplo. Estaba conectada a todo de una manera fundamental; tenía un acceso desconcertante a la información, de una manera que se traducía en saber prácticamente cualquier cosa sobre alguien a quien acababa de conocer. En esos casos, pedía perdón y se declaraba un monstruo de una época en la que predominaban los espías, algo que Netherton sabía muy bien qué era.

—¿Cómo de lejos llegó Vespasiano? —le preguntó entonces—. ¿Cuándo empezó este muñón?

—A mediados de 2015.

—¿Y en qué fecha están allí ahora?

—En 2017 —respondió Lowbeer—. Otoño.

—¿Hay muchas diferencias?

—El resultado de las elecciones presidenciales de Estados Unidos el año anterior. Y también el referéndum para el Brexit.

—¿Y eso se debe al contacto inicial de Vespasiano?

—Tal vez lo haya causado un efecto mariposa, claro. Aunque las tías, en ambos casos, lo atribuyen más bien a que algo ha reducido la manipulación rusa de las redes sociales. Damos por hecho que algo así habría tenido un efecto similar en nuestra línea temporal. Las tías no tienen una cantidad considerable de datos del muñón, así que no pueden determinar la causa exacta.

—Pero ¿por qué precisamente Vespasiano querría que algo cambiase a mejor? Suponiendo que haya tenido intención de provocar esos cambios, claro está.

—Era un sádico —respondió Lowbeer—. Y también se le daba muy bien serlo. Puede que le hubiera hecho gracia la ironía de provocar un cambio a mejor, dado lo mucho que le gustaban la crueldad y el sufrimiento extremos. En cualquier caso, al no regresar —sus miradas se cruzaron en ese momento— para ajustar y amplificar el rumbo, como solía hacer, las cosas siguieron su curso.

—¿Y cómo va la cosa por allí?

—Mal —dijo ella—. Hay que tener en cuenta que el resto sigue igual. Y tienen una crisis en Oriente Medio, también, con posibles repercusiones drásticas e inmediatas a escala global. Si no tenemos en cuenta nada de esto, van camino de reproducir los mismos problemas que tuvimos nosotros, aunque quizá terminen siendo algo menos drásticos.

—¿Estás allí también, en ese nuevo muñón? Tu yo en ese lugar, quiero decir.

—Supongo —respondió ella—. De pequeña. No me hace mucha gracia saber esas cosas.

—Claro —comentó Netherton, que no quería ni imaginarse cómo podía ser una experiencia así.

—Le he pedido a Ash que te ponga al día sobre todo lo relativo a lo que hemos hecho allí —comentó.

—¿Está implicada? —Esperaba que no fuese el caso.

—Desde el principio —respondió Lowbeer.

—Fantástico —dijo Netherton, que cogió la siguiente porción de su sándwich con gesto resignado.

5

Visualización del entorno

Desde lo alto de Dolores Park, Verity se preguntó si alcanzaría a ver la torre de Montgomery, el lugar donde Gavin le había descrito por primera vez el producto que había terminado por ser Eunice, pero tampoco es que fuese a reconocer dicho edificio.

Por la zona no había nadie a quien Eunice pudiera pasarle el reconocimiento facial, pero el cursor que se superponía a la vista de la ciudad se había convertido en un círculo blanco y recorría el paisaje urbano de un lado a otro, hasta convertirse en un signo más cuando entraba en contacto con objetos voladores invisibles.

—¿Aves? —preguntó Verity.

—Drones. ¿Cómo conociste a Gavin?

—Me llamó la semana pasada. A iniciativa suya. Hablamos y luego intercambiamos correos electrónicos. Comí con él el pasado viernes. Me llamó esta mañana y me preguntó si quería acercarme para hablar sobre el contrato.

—¿Cómo de alto es el techo de ese lugar, del vestíbulo?

—¿Por qué lo preguntas?

—Apuesto a que es demasiado alto como para distinguir si es de plástico o de bronce. Solo está ahí para dar la impresión de que ganan mucho dinero. ¿Cómo fue la reunión?

—Los de seguridad me llevaron al piso veintisiete. Firmé el acuerdo de confidencialidad para visitantes en un iPad. Un chico con

unos aros de metal negro en las orejas me llevó hasta Gavin. Había plantas de empresas emergentes por todas partes.

—¿Qué plantas?

—Tillandsias. De esas que no necesitan tierra. Puedes pegarlas en los soportes para cables o en cualquier sitio. Sobreviven. Joe-Eddy dice que, en ese sentido, se las puede comparar con los trabajadores de dichas empresas. De ahí el nombre.

—¿Y qué te dijo Gavin?

—Describió el producto, acordamos un salario y luego firmé un contrato y un acuerdo de confidencialidad ligado al proyecto.

—¿Para hacer qué?

—Pues lo que estoy haciendo. Ayudarlos con el prototipo de algo que están creando.

—¿Y qué es ese algo?

—Tú —respondió Verity, que decidió poner las cartas sobre la mesa—. A menos que me mintiera.

Se hizo el silencio.

—Puede que no sea un prototipo —continuó Verity—. Puede que sea algo más cercano a una versión alfa.

El silencio se alargó. Si había más drones ahí delante, Eunice ya no les prestaba atención; el cursor era otra vez una flecha, inmóvil y recortada contra el cielo. Verity se giró en dirección a Valencia Street para contemplar el camino por el que habían venido. En el parque de debajo, encorvado en un banco, uno de los dos *skaters* soltó una bocanada de humo inquietantemente blanco y opaco, como una de esas locomotoras de las películas antiguas.

—Perdón. Supongo que te tiene que resultar muy raro. Si de verdad eres lo que dice Gavin, estás en otra liga.

—¿Lo estoy?

—Yo diría que sí.

—Busca «tulpa» en Google —dijo Eunice—. Verás que en los resultados aparecen seres propios del misticismo tibetano creados a base de pensamientos. O personas que se inventaron amigos imaginarios.

—Ya lo he hecho.

—Pues no es que yo me sienta muy tibetana, que digamos —prosiguió Eunice—. ¿Inventada? Puede que sí, pero ¿cómo voy a saberlo?

—Gavin te llamó «agente laminar». También lo busqué en Google mientras salía de la reunión.

—No hay resultados para ese término —comentó Eunice.

—Él estaba muy convencido al decirlo. También usó la palabra «laminares», en plural.

—¿Para referirse a qué?

—No me quedó muy claro —respondió Verity—, pero describió el producto, o sea a ti, como un avatar autónomo, de uso individual y multiplataforma, centrado en realidad virtual, realidad aumentada, videojuegos y redes sociales de próxima generación. La idea es vender un superavatar que sea único, una especie de miniyó digital capaz de llenar el hueco que deja el usuario cuando no está conectado.

—¿Y por qué no hicieron uno de ti?

—No creo que puedan, aún. Eres más bien una prueba de concepto. Solo han creado uno por el momento: tú.

—¿Y estoy basada en alguien?

—No me lo dijo.

—La cosa se está poniendo un poco siniestra —comentó Eunice al cabo de una pausa—. Supongo que es porque ha empezado a oscurecer y eso.

—Perdón.

—¿Volvemos al piso de tu amigo? José Eduardo Alvarez-Matta, dice en el contrato de arrendamiento. ¿Es tu novio?

—No, mi amigo —respondió Verity—. Solemos trabajar juntos en los mismos proyectos. —Volvió a bajar la vista hacia el camino. Los *skaters* se habían marchado y le dio la impresión de que se los había imaginado. Las farolas empezaban a encenderse y a emitir ese tenue halo de luz. En una ocasión, cuando se encontraba en un bar de Van Ness, había oído decir a alguien que había mercurio en la niebla. Pero después del reciente deterioro de la calidad del aire, que ahora era peor que la de Pekín, tampoco es que fuese para tanto.

—Si de verdad todo esto es para el canal de YouTube de algún imbécil —dijo Eunice mientras se marchaban del parque—, supongo que eso me convierte en una fantasía.

Verity se fijó en cómo el cursor revisaba el interior de cada coche aparcado junto al que pasaban, para luego alzarse por encima y escanear ambos lados de la calle, como si esperase ver a alguien en una ventana o en una azotea.

—¿Puedes decirme qué veo ahora, Eunice?

—Estás mirando el cursor.

—¿Por qué buscas dentro de los coches?

—Es visualización del entorno.

—¿De qué?

—Del entorno. Observo, me oriento, decido, actúo.

Una vez en Valencia Street, cuando giraron hacia el 3.7 y el apartamento de Joe-Eddy, Eunice se centró en el rostro de un joven, con el pelo corto y negro, que estaba inclinado en el asiento del copiloto de un Fiat beis, solo. Alzó la vista al verla pasar, con los rasgos iluminados desde debajo gracias a la luz de la pantalla del teléfono. Verity mantuvo la vista fija hacia delante y buscó el local que vendía prendas vaqueras de estilo otaku, pero no tardó en

reparar en que no habían pasado junto al 3.7, que se suponía que estaba en la acera de enfrente, por lo que aún quedaba un buen trecho para llegar.

—¿Tienes una mochila de emergencia? —preguntó Eunice.

—Llevo un año sin casa, prácticamente. He alquilado mi apartamento. La mayor parte de mis cosas están en una taquilla en el sótano. Quitando eso, me cabe todo en una mochila. ¿Te vale?

—Nosotros teníamos mochilas de emergencia dentro de las mochilas de emergencia —dijo Eunice—. Dependiendo.

—¿Dependiendo de qué?

—De adónde fuésemos —respondió ella.

—¿Y adónde ibais? —Acababan de pasar junto a la tienda de prendas vaqueras japonesas, y el apartamento de Joe-Eddy aún se encontraba a media manzana, pasado un cruce.

—Ni idea.

Esa liminalidad propia de un nuevo trabajo había desaparecido por completo, pensó Verity, aunque no de la manera que ella esperaba. Había dado paso a otra sensación que le resultaba muy poco familiar. Le parecía como si hubiera quedado emparedada, pero entre dos cosas que desconocía por completo.

6

Dalston

Netherton solo había visitado a Ash en una ocasión, aunque en aquel momento no lo sabía.

Su amigo Lev Zubov, que era su jefe en la época, lo había llevado allí, a una fiesta suya antes de que ninguno de los dos conociese a Lowbeer y, por lo tanto, mucho antes de que Ash trabajase en exclusiva para ella. Un edificio de ladrillos de un solo piso encajado detrás de una hilera de adosados de estilo victoriano, justo al lado de Kingsland High Street.

Había estado borracho, claro, como solía ocurrir en esa época, por lo que lo único que recordaba del lugar, y de la visita en realidad, eran un par de tragaluces rectangulares que recorrían ambos lados de un tejado a dos aguas poco inclinado.

Ahora, su tardibot respondió a la puerta azul, como un mapache de ocho patas que llevase puesto un antiguo traje NBQ, con la cabeza parecida a un prepucio doblado de forma repugnante y un anillo central dentado de lo que se le antojó acero pulido. No tenía ojos, pero a Netherton le dio la impresión de que lo miraba igualmente.

—Netherton —dijo esa cosa. La voz era la de ella—. Entra.

—Gracias. —Ash llevaba ese tardibot a trabajar de vez en cuando, a la casa de Lev en Notting Hill. A Netherton le había resultado menos insoportable que sus pangolines en miniatura. Encontraba

peculiarmente desagradables las lenguas sinuosas de estos, parecidas a serpentinas y con esos movimientos tan veloces.

Siguió a la criatura hasta el interior y oyó cómo la puerta se cerraba detrás de él.

A ambos lados del amplio pasillo en el que se encontraba había velas que titilaban dentro de faroles polvorientos y proyectaban sombras tenues que se deslizaban por las paredes blancas.

Para sorpresa de Netherton, los andares del tardibot resultaron ser muy eficientes, con garras parecidas a ganchos de carne que repiqueteaban por el suelo de hormigón.

El interior tenía forma de L, y el pasillo formaba un ángulo recto con el espacio mucho más largo que recordaba él, el que tenía los tragaluces. Encontró a Ash, que lo esperaba al doblar la esquina, con unos bombachos, un peto quitinoso y marrón que casi le llegaba hasta la barbilla y unas gafas ovaladas de lentes tintadas. Al menos uno de sus tatuajes móviles quedaba a la vista.

—Estuve aquí en una fiesta una vez —comentó él—. Enseñabas una especie de patrones abstractos. Ahí. —Señaló los tragaluces paralelos.

—Era una representación de un ataque de la Luftwaffe. Focos, explosiones..., todo muy visualmente activo. —A sus espaldas, al fondo de la estancia, había una motocicleta antigua negra y reluciente colocada delante de una estructura pseudoprimitiva pequeña y de aspecto fungoso. A un lado, una mesa abarrotada con más de sus tonterías. Netherton esperaba que no le hiciese entrar en esa tienda de campaña de aspecto nauseabundo, pero era consciente de que no tenía muchas posibilidades de librarse—. ¿Has visitado el condado de un tiempo a esta parte? —preguntó ella, refiriéndose al primer muñón adoptado por Lowbeer.

—No desde el nacimiento de nuestro hijo.

—Felicidades —dijo ella.

—Gracias. ¿Tú lo has visitado?

—No desde que presentaron al primo de Flynne a las presidenciales. He estado ocupada con el nuevo. —Se quitó las gafas oscuras y, contra todo pronóstico, reveló que había revertido una de sus modificaciones corporales más desagradables. Donde antes había ojos con dos iris de color gris, el uno sobre el otro, ahora habían vuelto a la normalidad—. ¿Qué te ha contado Lowbeer al respecto?

—Que está más atrás en el tiempo que el condado y es más difícil comunicarse con él. Vespasiano entró en contacto, y luego se retiró con intención de volver más adelante.

—Ella se aseguró de que no lo hiciese —comentó Ash—, cuando descubrió que su afición consistía en ser un dios del mal. Y, como no lo hizo, los resultados de las elecciones presidenciales estadounidenses y de la votación del Brexit se invirtieron. ¿Quieres té?

—Me encantaría, gracias —dijo, aunque no le gustaba el té, y mucho menos el que preparaba Ash. Sería una mezcla infame de hierbas o uno de estilo demasiado ruso.

—Acompáñame.

Las garras del tardibot emitieron un sonido. Netherton se giró y vio que la criatura se había alzado sobre las dos patas traseras para observarlo, al parecer. No les prestó atención y siguió a Ash por la estancia, en dirección a la mesa abarrotada y llena de ostentosos restos tribales. El objeto más alto era un samovar.

Llenó una pequeña taza de peltre y se la pasó. De ella emanaba un calor incómodo, y estaba decorada con querubines con cabezas que sin duda eran calaveras.

—¿Mermelada?

—No, gracias.

Ash se sirvió una taza parecida, pero luego añadió mermelada de frambuesas con una cucharilla de plata deslustrada.

—¿Te ha preocupado en algún momento —empezó a preguntar Netherton, quien se arrepintió de inmediato de la pregunta— que los cleptócratas viesen con malos ojos el interés de la inspectora por este tema y el hecho de que la estemos ayudando?

—Ellos la necesitan —respondió Ash—. Demasiado como para hacer algo más que mirarla con malos ojos. —Le dio un primer sorbo al té—. Y eso sin tener en cuenta el miedo que inspira de por sí, al tratarse de la supervisora autónoma de su cultura, a cargo de investigar y eliminar posibles agentes desestabilizadores. Entiendo que estás... ¿preocupado?

Netherton bajó la mirada a la taza, objeto que de por sí parecía más venenoso que el líquido que contenía. Después volvió a mirar a Ash.

—Cuando trabajé contigo, aún bebía. En aquel momento era una posibilidad que me preocupaba de vez en cuando, pero tenía problemas más acuciantes. Ahora, como cabía esperar, tengo una familia a la que proteger.

—No es una preocupación baladí —dijo ella—. Yo me he hecho esa misma pregunta más de una vez. Y la respuesta que ella me daba siempre es la que te acabo de comentar.

—¿Y te parece suficiente?

—Creo que de verdad podemos considerarnos protegidos. Pero también creo en lo que ella trata de hacer con los muñones. Y quiero ayudarla.

—Gracias —dijo Netherton, aunque eso tampoco lo había tranquilizado demasiado—. Tengo muchas ganas de saber más cosas sobre ese nuevo muñón.

—Entremos en la yurta —indicó ella—. Estaremos más seguros.
Al oírlo, se refugió en su té y se quemó la lengua.

7

Franklins

Verity se dio una ducha caliente en cuanto entró, después de dejar las gafas de Tulpagenics en el botiquín.

Al salir, se cubrió el pelo con una de las toallas de playa de Joe-Eddy, una de esas tamaño niño con un dibujo que imitaba a la Sirenita de Disney, y después se puso el albornoz marrón táctico que ella le había regalado, un recuerdo de un fin de semana de empresa en un balneario en medio del desierto al sur de Arizona. Verity recordó haber buscado una XL en la cesta de artículos gratuitos que había en el vestíbulo, mientras Stets se estresaba por llegar al primer helicóptero.

Se denominaba «táctico» porque contaba con una capucha estilo Jedi y unos bolsillos tamaño ordenador portátil a cada lado. No recordaba lo que significaba el logotipo color escarlata que tenía bordado, porque a fin de cuentas Stets no los había financiado. Tampoco recordaba si Joe-Eddy se lo había puesto alguna vez, lo que probablemente significase que no. Verity nunca se preocupaba por las toallas, porque su amigo tenía un palé envuelto en plástico lleno de ellas, traído directamente de una fábrica china, por lo que siempre usaba una nueva.

Sacó las gafas del botiquín y se las puso. Mientras lo hacía, recordó que había dejado los auriculares en el bolso, detrás de la

puerta del baño, pero vio el cursor en el espejo empañado del baño, sobre el reflejo del logotipo bordado del albornoz.

¿Trabajaste ahí?

Letras de fuente Helvética muy claras frente a su reflejo neblinoso.

—Ni recuerdo cómo se llamaba la empresa. Pero si me hablas así, me dan ganas de enviarte un mensaje de texto.

Ponte los auriculares.

Se escurrió el pelo en la toalla, se la quitó y luego se aseguró de que tenía seca la oreja derecha antes de dejarse la toalla sobre los hombros. Sacó los auriculares del bolso.

—¿Qué pasa?

—Ya soy mayor.

—Dos horas más desde que te conocí, ¿no? —preguntó Verity.

—No si tenemos en cuenta la multitarea.

—¿Multitarea para qué?

—No tengo acceso. ¿Cuántas habitaciones tiene este lugar?

—Salón, dormitorio, cocina, baño. Echa un vistazo. —Se puso las pantuflas de Joe-Eddy, que le quedaban grandes, y luego cogió el bolso del colgador de la puerta, la abrió y salió al dormitorio. Encendió la luz, cubierta por una esfera de alambre asimétrica envuelta en papel blanco.

—Sábanas negras, ¿eh? —El cursor se encontraba sobre la cama.

—Es muy probable que las haya elegido para tener que ir menos a la lavandería. Yo me quedo en el sofá cuando duermo aquí.

—¿La ballena blanca? Prefiero las sábanas negras.

El cursor pasó a la puerta del armario. Verity se acercó y la abrió. Había tres trajes negros de aspecto polvoriento encajados en el interior, con las perchas desvaradas. Nunca había visto a Joe-Eddy con traje, y era incapaz de imaginárselo con uno. Entre ellos, colgado de la misma barra de madera astillada, se encontraba el

viejo portatrajes Muji de Verity, con la cremallera abierta. Era un modelo que ya no se fabricaba.

—Supongo que esto es lo más parecido que tengo a una mochila de emergencia.

—¿Te costará correr con él?

—He corrido por los pasillos de las estaciones con él. También lo he llevado en aviones. Se dobla y se puede cerrar la cremallera por tres lados.

—Te creo —aseguró Eunice—, pero ahora necesito que vuelvas a bajar y abras la puerta de la calle.

—No querrás que baje así —dijo Verity, con el albornoz, las pantuflas y el pelo empapado con la toalla de la Sirenita sobre los hombros.

—No va a entrar. Solo te va a dar algo.

—¿Quién?

Sonó el timbre, y en ese momento Eunice abrió una ventana emergente de vídeo de ángulo inclinado. Verity reconoció la entrada del local de al lado, un lugar donde se suponía que rellenaban cartuchos de impresora, aunque nunca lo había visto abierto. Una cabeza, de pelo negro y rapado, llenaba la mayor parte de la imagen. El ángulo de la cámara la ocultaba casi por completo, a excepción del pómulo.

—Es la cámara de Joe-Eddy —comentó Eunice—. Tiene otra por fuera de la ventana de la cocina. Dentro no hay ninguna.

—No voy a bajar.

—Podrían matarlo en cualquier momento por estar ahí fuera con lo que nos ha traído. Ayuda al chico.

—No quiero hacerlo —dijo Verity, pero luego se colocó bien el albornoz, ajustándoselo más fuerte, lo que le dejó una especie de bolsa marsupial centrada sobre el vientre, a lo canguro. Apretó bien

fuerte el cinto, le hizo un nudo doble y salió al salón con las pantuflas. Abrió la cerradura de la puerta, salió del piso también con las pantuflas, llegó al rellano y empezó a bajar las escaleras.

—Cierra con llave la puerta de abajo antes de subir —comentó Eunice.

La puerta estaba sucia, era blanca y también parecía tranquilizadoramente sólida. Probó la mirilla típica de hotel por primera vez. No vio nada. Abrió la cerradura, quitó el pestillo y luego tiró de la puerta.

Él. Lo había visto al girar para entrar en Valencia Street. Iluminado desde abajo por el teléfono en un Fiat 500. Le entregó lo que a Verity se le antojó una almohada de acampada en miniatura, cubierta de nailon Ripstop y de color verde bosque. Alzó la vista, pero él ya se estaba dando la vuelta para marcharse.

Verity cerró la puerta y pasó el pestillo. Después volvió a subir las escaleras y por el camino descubrió que la almohada en realidad era una funda, lo bastante grande como para que cupiese un chaleco de plumón, pero que tenía algo sólido.

—¿Qué hay dentro? —Había terminado de subir.

—Franklins —respondió Eunice.

—¿Qué?

—De cien.

Verity cerró a cal y canto la puerta del apartamento al entrar. Se acercó a la mesa de trabajo y soltó la funda sobre toda la chatarra electrónica.

—¿De cien qué? ¿De qué hablas? —preguntó al tiempo que encendía una lámpara de cuello de cisne oxidada.

—Billetes de cien. Miles de ellos.

—Estás de broma, ¿no?

—Muchísimos.

—¿De dónde los has sacado? Esto no puede estar bien.

—De una cuenta anónima en Zúrich. Una parte de mí sabía que estaba allí, cómo sacar el dinero y cómo traerlo hasta aquí. Había mucho más, pero si lo vuelvo a intentar vendrán a por nosotras.

—¿Quiénes?

—A saber.

—¿Cuándo has tenido tiempo de hacer todo esto?

—Empecé cuando estábamos mirando por la ventana. Antes de dirigirnos al parque, ya me había puesto con los puntos.

—¿Puntos?

—Los puntos de viajero frecuente. Hay todo un mercado global de compraventa. Es difícil de rastrear. Los revendí por un paquete de tarjetas prepago en Oakland. Él estaba esperando en el coche para recoger la entrega cuando pasamos. Se la trajo el equipo de Oakland que retiró el dinero de dichas tarjetas. Una parte de mí hablaba con él por mensajes de móvil cuando pasamos al lado.

Verity volvió a mirar la bolsa verde.

—¿Has ganado todo esto desde que te encendí?

—En realidad, he ganado mucho más, pero para traerlo aquí tan rápido me cobraron muchos intereses.

Verity rebuscó entre la chatarra de la mesa. Soldadores de butano, un tarro de mantequilla de cacahuete lleno a rebosar de bolígrafos, válvulas termoiónicas quemadas que parecían complejos espejos convexos de grafito pulido. Encontró la caja de cartón blanca y verde que buscaba, que más bien parecía una caja de clínex tamaño industrial. Guantes desechables. Sacó uno y se lo puso. Cogió la Sirenita que tenía en el hombro con la otra mano y cubrió la bolsa de Ripstop con la fina toalla. Después acercó la mano, con ese guante enorme que no era elástico y parecía una bolsa de bocadillo

con forma de mano, al cierre de plástico que fijaba el cordel que cerraba la bolsa.

—Cien mil no es nada. ¿Alguna vez has visto un millón en efectivo? —preguntó Eunice.

—No traigas más dinero a esta casa.

—En Franklins, un millón pesa diez kilos. Si quieres reducir el peso, habría que usar billetes de mil francos suizos.

Verity sacó un fajo con la mano enguantada y vio el rostro tranquilo de Franklin dividido a la mitad por un elástico rojo.

—Esto no está bien. Este dinero. Lo sabes, ¿verdad?

—Nos da albedrío.

—¿Albedrío?

—Libre albedrío. Capacidad de hacer lo que consideremos necesario —explicó Eunice.

—¿Y qué podemos considerar necesario?

—Comprar cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas que requieran dinero en efectivo.

—Vas a decirme ahora mismo lo que está pasando —dijo Verity—. O esto —levantó la bolsa verde— se va directo a la calle. Seguro que alguna de esas personas que rebusca en los contenedores lo encuentra y le toca el premio gordo. Después, me desentenderé de todo. También de ti.

—No puedo hacerlo. Aún no.

—¿Por qué no?

—No lo sé.

—Pues entonces volveré a meterte en la caja de la que saliste. Te apagaré y te devolveré a Tulpagenics. Por mensajería. Junto a mi dimisión.

—De verdad que me gustaría contártelo.

—¿No sabes de qué va todo esto ni por qué está pasando?

—No.

—Pues ellos sí. Gavin. Tulpagenics. —Soltó la bolsa entre la chatarra de Joe-Eddy y dejó el fajo solitario de billetes de cien encima. Luego se quitó el guante—. Lo están documentando todo. Tienen que estar haciéndolo si de verdad eres lo que Gavin ha dicho que eras. Un *software* privado. Esta conversación no solo tiene lugar en su *software*, sino que también se ejecuta en su *hardware*. Seguro que ya saben lo que quiera que estés tramando.

—Ni siquiera yo sé lo que estoy tramando —aseguró Eunice—, pero te doy mi palabra de que ellos no tienen ni idea de nada. Estoy evitando que vean lo que hemos hecho.

—Pero es que no solo estamos en su sistema, sino que además tú formas parte de él.

—Saben que no les permito oír esto, pero no les importa, al menos de momento, porque también saben que necesitan que yo sea lista. Y ya te tienen a ti para que se lo cuentes todo más tarde.

—¿No permites que nos oigan? ¿Cómo?

—Una parte de mí puede hacerlo. No han oído una palabra de las que hemos pronunciado desde que llegué aquí.

—Antes de encenderte —comentó Verity—, creía que al fin había encontrado la manera de dejar de dormir en el sillón de Joe-Eddy.

—¿Quieres que te haga una reserva?

—¿Dónde?

—En un hotel.

—No quiero tu dudoso dinero. Quiero el de la empresa. Es el único que puedo declarar a la hacienda pública. El tuyo, en cambio, no podría por mucho que sea. Perdona. Tengo que secarme el pelo. —Agarró la toalla que tenía sobre los hombros y volvió al baño.

—Solo intentaba ayudar —dijo Eunice.

—¿Por qué? —Sin dejar de mirarse al espejo, Verity cogió el secador grande y negro de Joe-Eddy, que colgaba de un gancho junto al lavabo.

—Porque soy la razón por la que haces esto —respondió Eunice.

—Pues quizá no tendría que hacer esto.

—Pero así son las cosas. Ya sabes que existo. Aunque lo dejes y me devuelvas, lo sabrás igualmente y ellos sabrán que lo sabes.

Verity encendió el secador y lo apuntó hacia el pelo.

Tranquila. Vamos a hablar.

—Tranquilízate tú —dijo Verity por encima del ruido del secador.

8

Una victoria dichosa

La yurta, que era como la llamaba Ash, resultó ser peor de lo que Netherton habría imaginado, ya que al entrar descubrió que estaba forrada por dentro con piel clonada y viva de la propia Ash. Era una sábana pálida sobre la que vagaban, pastaban y acechaban los dibujos de líneas negras y simples, los tatuajes animados que tanto lo habían irritado cuando trabajaban juntos. Tras ver cómo se había quitado las modificaciones de los ojos, Netherton había dado por hecho que tampoco tenía los tatuajes, pero al parecer había creado aquella reserva ecológica para conservarlos, una en la que todas las criaturas representadas simbolizaban un Antropoceno en extinción. Netherton sospechaba que aquellos metros de carne calentaban y humedecían el aire del interior, pero intentó no pensar demasiado en ellos ahora que los dos se habían sentado sobre capas irregulares de moqueta descolorida.

—Hemos conseguido algo que nos sirve —empezó a decir ella, al tiempo que encontraba un lugar bien nivelado donde dejar el té en la base de uno de los bultos de la moqueta—. No hay gran cosa disponible en ese lugar.

—¿Tenéis dificultades para comunicaros con el muñón en general?

—Sí, por eso decía que hemos conseguido que ella nos sirva. Está diseñada para ser autónoma.

Netherton reparó en que no había dejado de mirarla a los ojos.

—Te quedan bien —dijo, y se sorprendió a sí mismo

—Gracias —respondió ella.

—Tiene que haber sido una decisión importante.

—Tengo una nueva relación —respondió Ash, de manera casi recatada.

—Me alegro por ambos. Pero, por favor, no quiero interrumpirte.

—Pues decía que ella es un producto avanzado de la militarización temprana de la inteligencia artificial —explicó Ash, cuya palidez casaba a la perfección con la pared. Los ojos y los labios verde amarillentos parecían flotar contra el fondo, como si fuese una gótica incorpórea inspirada en el gato de Cheshire, todo bajo esa nube de tormenta serpenteante y negra que era su antipeinado—. Siempre damos por hecho que el objetivo de cargar la consciencia individual de aquellos que podían permitírselo era la conservación, pero los militares tenían un objetivo más meritocrático. Para ellos era la manera de clonar habilidades complejamente específicas. No por la personalidad, sino por la experiencia.

»Por ejemplo, había individuos diestros en gestionar lo que terminaron llamando zonas de control competitivo, o ZCC, en las que las organizaciones criminales o los extremistas conseguían un control del territorio mayor que el de cualquier gobierno. Nuestra agente laminar, la que tenemos en el muñón, se basaba en alguien con ese tipo de experiencia.

—¿Laminar?

—Es un término propio del arte, aunque tampoco es que nos haya servido de mucho. Las zonas de control competitivo son entornos complejos y volátiles donde se pueden llegar a perder agentes de campo muy valiosos con relativa facilidad. Por ese motivo, se ha creado un proyecto para reemplazar a dichos agentes por IA autónomas conectadas directamente en las gafas de empleados

locales. Cajas negras, independientes y en mochilas que dirigen operaciones especiales. Reclutan activos, preparan asesinatos...

—¿Y sirvió de algo?

—No lo sabemos. A pesar de la sofisticación aparente de su sistema operativo, nuestra agente parece ser un prototipo inicial.

—¿Tenemos ese proyecto aquí?

—No hemos encontrado datos al respecto.

—¿Y te comunicas con esa cosa?

—Con ella. Dada la asimetría tecnológica, podría decirse que es una agente que se controla a través de las imágenes recurrentes de un sueño.

—Una manera muy poética de decirlo —comentó él.

—He citado a Lowbeer. —Detrás de ella, una manada de criaturas negras con cuernos pasó al galope y se perdió en el fondo de un paisaje imaginado que formaba la gasa sin costuras de la piel de Ash —. ¿Te gusta ser padre?

—Sí —respondió Netherton—. Me gusta. —Se preguntó si se habría hecho algo en los labios. Parecía tenerlos más carnosos.

En ese momento, la cabeza furtiva de un carnívoro apareció alerta en la sabana de piel clonada para luego desaparecer.

—Nunca te habría imaginado siéndolo —comentó ella.

—Afecta a mi disponibilidad profesional, eso sin duda —comentó —. Algo que espero que tengas en cuenta con este nuevo muñón. Rainey y yo nos tomamos nuestras responsabilidades muy en serio. Ella ha empezado a centrarse en sus compromisos profesionales, por lo que me va a tocar estar más pendiente.

—¿A qué se dedica?

—Relaciones públicas. Para una empresa de Toronto. Son especialistas en gestión de crisis.

—Wilf, en lo que se refiere a la gestión de crisis para este muñón en particular, no podemos anticipar nada que te facilite las cosas. Deberás tener disponibilidad total, igual que yo. Eunice depende de nosotros, aunque aún no lo sepa.

—¿Eunice?

—Victoria dichosa.

—¿Perdón?

—Es lo que significa el nombre. Es una matriz jerárquica intermitente de adyacencia compleja. Es la mejor descripción que puedo darte, al menos por el momento.

Netherton parpadeó.

—¿Tiene periféricos?

—Está intentando conseguir varios drones aéreos pequeños. De categoría militar para los estándares de su época. Y la tienda que los hace ha terminado de imprimir hace poco una réplica funcional de un sistema bípedo de reconocimiento táctico.

—Y la has encontrado sin más, ¿no?

—No, sin más no. La encontré en manos de emprendedores, antiguos funcionarios corruptos del gobierno que se habían hecho con ella de forma irregular. Dieron por hecho que al readaptarla para el mercado civil pasaría a ser rentable, pero aún no habían empezado. Les echamos una mano. Hace poco, también los ayudamos a contratar a alguien para que trabajase con ella, ya que les indicamos que podría tener un efecto positivo. La cosa va bastante bien.

—¿Cómo bien?

—No les está dejando monitorear lo que hace con la nueva empleada. —Unas alas pasaron en silencio detrás de ella, por la pared—. Es justo el tipo de independencia que buscábamos. Ellos también han quedado impresionados, pero ahora saben tanto sobre

su potencial para el libre albedrío que mucho nos tememos que se nos esté acabando el tiempo.

Netherton vio cómo titilaba el sello de Rainey.

—Perdona —le dijo a Ash—. Una llamada. —Se giró para mirar—. ¿Sí?

—¿Vas a venir a casa a cenar? —preguntó Rainey.

—Sí.

—¿Dónde estás?

—En Dalston. Trabajando. Estoy con Ash.

—Qué suerte —comentó Rainey. El sello se atenuó.

—Era Rainey —le dijo a Ash cuando volvió a girar la cabeza hacia ella—. Te manda recuerdos.

9

Inobtanio

El teléfono de Verity la despertó vibrando en el suelo, al tener el sonido desactivado. Sacó un brazo del saco de dormir, que tenía cerrado hasta la barbilla, y tanteó el espacio junto al sillón.

Eunice le había puesto *Origen* la noche anterior, con pausas para repasar la infografía que había mencionado. Había algo en dicha situación que había hecho que cambiase su actitud con ella, y se había dado cuenta mientras empezaba a quedarse dormida, aunque no sabía exactamente qué era ni por qué le había ocurrido. Devolvérsela a Gavin habría sido la opción más sensata, pero había algo en su explicación tan sumamente friki sobre la película que le había hecho empatizar con Eunice. Una empatía, pensó ahora, que había despertado por tratarse de alguien con una personalidad muy activa extendida por una periferia que no siempre estaba del todo bien comunicada.

—El desayuno —dijo Eunice mientras Verity se llevaba el teléfono al oído—. Wolven + Loaves.

—No se dice «más». Se dice «y».

—Pero esto es un símbolo más.

—El símbolo más es el «y» de los hípsters.

—Ya casi había pasado la hora del desayuno, pero les quedaban McWolven de huevo. Te informo mientras comes.

En ese momento, recordó que la bolsa con los billetes de cien se encontraba en el armario del dormitorio, ya que Eunice había insistido en que no la dejase sobre la mesa de trabajo. Salió del saco de dormir, lo dobló y luego deslizó los pies en las chanclas de Joe-Eddy.

En la cocina, llenó medio vaso de agua a través del filtro con forma de Pikachu que había en el grifo y luego bebió.

En el baño, aún adormilada, usó el retrete, se lavó las manos y la cara, se cepilló los dientes y luego fue al dormitorio en busca de una muda de ropa interior, vaqueros, camiseta y zapatillas. Dio por hecho que fuera haría frío, por lo que cogió también la camisa a cuadros de lana japonesa color naranja oscuro de Joe-Eddy, que había comprado en la tienda vaquera otaku y que le quedaba dos tallas grande.

Regresó al salón, desconectó las gafas del cargador y se las puso. Apareció el cursor. Eunice miraba los auriculares, que seguían en el cargador.

Hola.

Verity los cogió y se los colocó en la cabeza.

—Tienes que salir de aquí —comentó Eunice.

—¿Por qué?

—Porque necesitamos que los Franklins estén allí. Están en la bolsa de Dyneema en la que los metiste anoche.

—¿Dyneema?

—Es el material del que está hecha. La bolsa.

—¿Por qué?

—Porque alguien quería una bolsa bonita.

—¿Por qué hace falta dinero?

—Lo recogerá alguien. Mejor que esté allí que aquí.

Verity no tenía claro qué hubiese hecho con el dinero en caso de haber devuelto a Eunice a Tulpagenics, algo que ya no le apetecía hacer. Que alguien se lo llevase no le parecía mala opción, por lo que volvió a entrar en el dormitorio, se acercó al armario y sacó la bolsa negra. El Dyneema se le antojó como una especie de Tyvek mejorado.

Decidió no ocultar los auriculares y bajó por las escaleras para luego entrar en el Wolven + Loaves que había dos locales a la derecha. De ladrillo desnudo y acero de tonos ahumados, olor a pastelería. En el mostrador, pidió un café y el McWolven, un *muffin* salado mutante que tenía un huevo duro poco hecho en el centro, al que misteriosamente le faltaba la cáscara. Después de pagar, se dedicó a mirar cómo el chico que había detrás del mostrador colocaba el *muffin* con unas pinzas sobre un plato de porcelana. Dejó el plato sobre una bandeja de plástico de aspecto soviético, con un tono de gris parecido al de las gafas de Tulpagenics. Luego añadió a la bandeja la taza de café y los cubiertos enrollados en una servilleta de papel.

—En el taburete que hay junto a la ventana.

Llevó la bandeja a uno de los taburetes de metal que había en una de esas mesas pegadas a la pared que eran poco más anchas que una estantería, todas vacías y de cara al exterior, a Valencia Street.

—Deja la bolsa con el dinero sobre tu regazo.

Se sentó y dejó los cientos de miles de dólares de Eunice sobre sus muslos como si fuese un delantal de plomo. Partió el *muffin* y vio cómo se derramaba la yema amarilla. Empezó a comer y lo regó todo con el café solo que había pedido. El sol, que había empezado a asomar a través de la capa de nubes y niebla, iluminaba a los peatones, a quienes Verity había identificado como habitantes de

esas empresas emergentes, compañeros infatigables rodeados de tillandsias.

—¿Has pensado alguna vez en qué diría un jipi de esto si supiesen que se trata del año 2017? —preguntó Eunice—. ¿Qué diría alguien de 1967?

—Con un vistazo somero, darían por hecho que ganaron la batalla —respondió Verity—. Pero no tendrían ni idea de cómo se gana la vida toda esta gente, ni serían capaces de imaginar todo lo que hay detrás.

—Así es —dijo Eunice, mientras le pasaba el reconocimiento facial a un joven con aspecto de granjero amish corpulento que parecía tener un día gótico pero saludable.

—¿Por qué no dejas de hacer eso?

—La mayoría trabaja o vive por aquí. Cuando haya analizado a una buena muestra, empezaré a detectar las anomalías.

—¿Qué diferencia hay entre eso y estar paranoica?

—Ninguna. Es lo mismo, pero sin la parte de estar loca.

Verity le dio otro mordisco al McWolven.

—¿Investigaste bien a los que te ofrecieron el trabajo? —preguntó Eunice.

—No mucho —respondió entre pedazos de huevo y de bizcocho.

—¿Nada?

Tragó.

—Es que llevaba tiempo sin que nadie me ofreciese trabajo.

—Son espías. La sociedad matriz. Tu ex sabría bien a qué me refiero.

—Rompimos.

—¿Sigues hablando con él?

—No. Y ahora está prometido. Con alguien que ya tenía publicista antes de conocerlo. Los medios están muy pendientes.

—Caitlin. Una arquitecta francoirlandesa.

—Acercarme a él lo más mínimo sería como caer en la trampa de todos los periódicos sensacionalistas.

—Puede que no si lo haces bien —comentó Eunice—. Seguro que sabe lo de Cursion.

—¿Que sabe qué, que existen?

—Que son una rama de una antigua agencia secreta del Ministerio de Defensa.

—¿Una de esas organizaciones financiadas por la CIA?

—Para nada —aseguró Eunice—. Ese tipo de organizaciones eran muy obvias. Megafauna. Incluso cuando en Cursion se seguían haciendo las cosas de la manera más lícita posible, se aseguraban de permanecer en la sombra. Aún siguen asegurándose de ello, claro, pero ahora han pasado a camuflarse en la industria de los videojuegos. A veces, si el Ministerio de Defensa se centra en ocultar al máximo su existencia, no queda rastro siquiera de su misión original. La operación se desvincula por completo del ministerio, sin fondos, se olvida del todo. No ocurre con tanta asiduidad como durante la época de Irak, pero es algo que forma parte intrínseca de Cursion.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Por la multitarea. Lo hago a espaldas de mí misma. No tengo ni idea de por qué sé tantas cosas sobre Cursion. ¿Crees que me parezco a lo que te describió Gavin?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque si es así —empezó a decir Eunice—, supongo que Cursion se llevó algo del ministerio al desvincularse. O puede que hayan vuelto a los contactos gubernamentales durante el tiempo suficiente como para conseguir algo. Tulpagenics sería su tapadera para obtener beneficios.

—¿Para obtener beneficios de qué?

—De mí. Venga, come. Viene el repartidor. —Abrió un canal, una imagen que miraba hacia el suelo como si fuese una cámara de seguridad, y el cursor se fijó en un tipo blanco con una gorra de béisbol negra, con barba y que de alguna manera no se parecía a uno de esos que trabajaban rodeados de tillandsias. El tipo caminaba serio por un sitio similar a Valencia Street, con una bandolera negra debajo del brazo—. Va a entrar, pedirá un café y se sentará a tu lado. A tu derecha. Dale la bolsa por debajo de la mesa. Cogerá el dinero, lo guardará en la bandolera y meterá una caja Pelican en tu bolsa.

—¿Pelican?

—Una caja de plástico duro. No hay nada pesado dentro, pero abulta lo suyo. Ocupará prácticamente toda la bolsa. Tú quédate mirando por la ventana como si no hubiera pasado nada. Te la entregará, también por debajo de la mesa, y en ese momento te marchas y vuelves a subir las escaleras del piso.

—¿Qué me va a dar?

—Inobtanio.

—¿Por valor de cientos de miles de dólares?

—Está hecho a medida, a excepción de los motores, las baterías, las cámaras y esas cosas.

—¿Por qué haces esto, Eunice? —preguntó Verity, mientras el tipo de la gorra de béisbol pasaba frente a ella al otro lado de la ventana, de derecha a izquierda, sin mirar hacia dentro.

—Por el libre albedrío.

—No me gusta.

—Termínate el café.

Verity obedeció mientras reprimía las ganas de darse la vuelta y mirar al tipo.

—¿Está libre? —oyó que preguntaba una voz masculina.

Verity se dio la vuelta y alzó la vista.

—Sí.

—Gracias.

Volvió a mirar hacia delante, sin ver en realidad Valencia Street al otro lado del cristal. Por el rabillo del ojo, se fijó en que él dejaba la taza de café sobre la mesa. Se sentó a su lado.

—Pásale la bolsa de Dyneema —dijo Eunice—. Por debajo de la mesa.

No quería hacerlo, pero lo hizo y el instinto le hizo creer que él iba a oponerse. Se obligó a seguir mirando hacia delante mientras oía unos ruidos que venían de debajo de la mesa. Dos chasquidos diferentes. Cierres de algún tipo, de la bolsa del tipo. Más ruidos.

Después se la devolvió, con algo duro y rectangular que la llenaba casi por completo.

—Ya te puedes ir —dijo Eunice—. Venga.

—Perdón —dijo Verity, que cogió la bolsa por debajo de la mesa. En el interior se apreciaba algo de color marrón coyote, que era el nombre del color típico del equipo de uno de esos ninjas de baratillo cuando no era negro o verde oliva, según le había dicho Joe-Eddy.

—Sin problema. —La miró a los ojos, con los miles de Franklins de Eunice en la bolsa que ahora llevaba debajo del brazo izquierdo.

Verity se dio la vuelta y se dirigió hacia la entrada.

—Bien —dijo Eunice—. Ahora sube al piso.

—¿El dinero era para él? —preguntó una vez en la calle, mientras enfilaba hacia la casa de Joe-Eddy.

—Es para una tienda en Oakland. Imprimen utilería para los estudios de Los Ángeles.

Una vez dentro pasó la llave y el pestillo. Subió las escaleras mientras la bolsa le rebotaba contra el muslo.

En la cocina, la dejó sobre la mesa y sacó lo que contenía. Tenía un asa plegable y enorme, pero no pesaba demasiado. La superficie de plástico de la caja tenía una textura suave y uniforme. Contaba con una pequeña placa de aluminio en la que había un mensaje que rezaba CAJA PELICAN 1400 TORRANCE CA. Se encontraba al lado de lo que parecía la tapa de tres centímetros de grosor.

—Ábrela —dijo Eunice.

Verity examinó el mecanismo poco habitual de uno de los pestillos.

—¿Cómo?

En su visión, apareció el contorno blanco de unas manos que parecían de dibujos animados y que le hicieron una demostración de cómo levantar una tapa, también de contorno blanco. Verity hizo lo mismo que acababa de ver hacer a las manos, abrió los pestillos reales y levantó la tapa real. Había cuatro agujeros cuadrados que formaban un agujero más grande en una cavidad de gomaespuma negra.

—Mira esto —dijo Eunice.

De uno de los agujeros, se alzó haciendo ruido algo gris oscuro y antirreflectante. Cuando se colocó a la altura de las gafas, Eunice abrió una ventana de vídeo, y Verity se encontró de repente mirándose a los ojos, grabados de una manera que no le favorecía nada. Después, la cosa volvió a alzarse y la imagen mostró la cocina que Verity tenía detrás y la entrada del salón.

Stets tenía drones, muchos de ellos. La gente se los daba con la esperanza de que invirtiera en sus empresas emergentes. Aquel era mucho más silencioso que los que tenía él, silencioso de verdad.

—¿Cuánto tiempo dura encendido?

—Ocho horas. Menos si lleva una carga.

—Ninguno dura tanto —aseguró Verity.

—Este es militar. O esa es la intención, al menos. Abre la ventana de la cocina.

Verity se acercó a la ventana, corrió el pestillo con pintura desconchada y luego la abrió. La imagen desde el punto de vista del dron se invirtió, y ahora apareció la puerta que daba a la cocina. Un borrón a toda velocidad y luego su espalda, cubierta por la camisa a cuadros naranja de Joe-Eddy, que decidió en ese instante que jamás volvería a ponerse. Y luego pasó junto a ella, con el zumbido tenue de un mosquito, y se alzó rápido y en línea recta. Llegó hasta el parapeto bajo de la azotea del edificio.

Ella nunca la había visto, ya que tampoco creía que hubiese nada ahí arriba. El dron lo confirmó tras un recorrido rápido de reconocimiento. Se quedó flotando sobre algo. Un cúmulo de huesos grises aplastados por la lluvia, un pequeño cráneo con pico, el atisbo de unas alas fosilizadas.

—Una gaviota —dijo Eunice.

—¿Cómo se llega hasta ahí? Sin dron, quiero decir.

El dron giró para mostrarle a Verity una panorámica cubierta por una plancha de metal abollado, aluminio opaco con la pintura desconchada.

—Es el local de al lado. Es comercial. El arrendatario es vietnamita.

—Entonces es probable que Joe-Eddy nunca haya subido, ¿verdad?

—¿Es ágil?

—No.

—Espera —dijo Eunice—. Por el borde.

La imagen del dron se abalanzó hacia Valencia Street, sobre el parapeto y luego cayó en picado hacia la acera de abajo. Verity ahogó un grito. Un segundo que se le antojó demasiado largo, y

quedó a escasos centímetros del suelo, para luego volver a subir como un resorte y girarse hacia el Wolven + Loaves, donde un joven asiático bebía algo a sorbos de una taza blanca, sentado exactamente donde hace unos minutos había estado Verity. Eunice le escaneó el rostro.

—Eunice, pero ¿se puede saber qué haces?

—Investigar, siempre investigar —respondió Eunice mientras el dron volvía a alzarse por los aires para regresar al tejado—. ¿Tú no?

10

Rio

El tardibot acompañó a Netherton hasta la puerta de Ash con un repiqueteo de garras y lo dejó solo en la acera desnivelada esperando el coche que Ash le había pedido.

En el cruce de la calle de Ash con la principal, se alzaba la fachada de un cine de la década de 1930. En la parte alta de la fachada sin ventanas que daba hacia Netherton, en un rombo de estilo moderno de bordes de acero y con letras de tono azul de Prusia, dichas letras rezaban: RIO. En ese momento, recordó que había llevado a Rainey a ese cine en una ocasión, a un festival dedicado a Kurosawa, pero se había olvidado de que daba a la extraña finca de Ash.

Al llegar, el vehículo resultó ser un monoplaza en el que se entraba por delante, con la rueda más pequeña de todas en la parte trasera. Parecía una sauna individual que hubiese escapado de un día en un balneario, pensó Netherton. Se abrió la única puerta que tenía.

—Buenas noches, señor Netherton —dijo el vehículo mientras él entraba.

Le dio la dirección en Alfred Mews mientras se cerraba la puerta. Después llamó a Rainey.

—Voy de camino —dijo, y el sello de ella brilló mientras giraban para enfilar la calle principal.

—¿Cómo está Ash? —preguntó Rainey.

—Se ha quitado los ojos bifocales. Y los tatuajes. Me ha dicho que está saliendo con alguien.

—¿Eso hace que estés menos irritable cuando la tienes al lado?

—No.

—Entonces, supongo que ha sido por negocios, ¿no? —Era un chiste.

—Lowbeer. Tiene un nuevo proyecto.

—Un muñón —dedujo Rainey.

—¿Cómo lo has sabido?

—Por lo que me cuentas siempre. Está obsesionada con ellos.

—¿Cómo está Thomas?

—Durmiendo. —Abrió una ventana para que Netherton viese a su hijo, hecho un ovillo en la cuna.

—No tardo nada.

—Hasta ahora —se despidió ella.

Thomas desapareció. El sello de Rainey se atenuó.

Contempló los locales que pasaban por la ventanilla, los pocos peatones. Una pareja estaba de pie y hablando en la puerta de un pub.

Netherton cerró los ojos, lo que hizo que el reposacabezas del asiento del monoplaza ajustase el apoyo. Cuando los abrió, el coche se encontraba en un semáforo, aún en Hackney.

Vio por el parabrisas algo de tres patas, puede que de unos tres metros de alto, que esperaba en el paso de peatones, cubierto por lo que parecía una capa hecha de guijarros oscurecidos por la humedad.

Hackney, pensó irritado mientras fulminaba el paisaje con la mirada. Siempre dándoselas de algo que no era.

11

Árbol de relaciones

Debajo de la mesa de trabajo de Joe-Eddy, a unos cinco centímetros por encima de las pelusas y de un envoltorio de chicle que alguien había doblado hasta reducirlo al menor tamaño posible, Verity pilotaba por el cañón de doce centímetros de ancho que había entre la pared y un pedazo de pladur sin usar cuando Eunice abrió una ventana en la imagen de las gafas.

Estaba dividida en seis partes iguales, y en cada una de ellas había una persona desconocida. Dos eran mujeres.

—¿Quiénes son? —preguntó al tiempo que se enderezaba en la silla y le daba al dron la orden de quedarse flotando con el controlador genérico que Eunice le había descargado en el teléfono.

—Trabajan en algo parecido a Uber —dijo Eunice—, pero para seguir a personas.

—Estarás de broma. ¿Cómo se llama?

—Followrs —respondió Eunice, y las letras se desplazaron por la imagen de las gafas en fuente Helvética—. No has pasado mucho tiempo en internet este año, ¿verdad?

—¿A quién siguen? —Ya conocía la respuesta.

—A ti.

Verity centró la atención en la imagen. Una joven latina en la esquina inferior derecha aparecía con un ángulo de cámara diferente. La imagen también tenía una resolución distinta.

—La de abajo a la derecha. ¿Eso es el 3.7?

—Esa la he sacado de una cámara de por aquí. Otros dos son de cámaras que hay en la calle. Solo tengo cuatro drones, y tú estás usando uno para hacer el tonto debajo de los muebles.

La chica del 3.7 estaba absorta en su teléfono.

—¿Qué hace?

—*Candy Crush Saga*. La vigilancia no digital es terriblemente aburrida.

Apareció otra cámara que mostraba a un hombre blanco sentado tras el panel de mandos de un vehículo, mirando hacia delante, al parecer ajeno al dron que tenía frente a sí. Verity supuso que un rostro tan fácil de olvidar era un plus en ese tipo de trabajo.

—Ha sido cosa de Gavin. Cree que nadie puede seguirles la pista.

Verity empezó a salir de detrás del pladur.

—Si tienen a alguien en el 3.7, eso quiere decir que anoche nos vigilaban —dijo.

—Sí, alguien de Cursion. Se llama Pryor. Lo encontré en algunas cámaras de seguridad de la calle. El reconocimiento facial me proporcionó muchos datos sobre él. Menuda pieza. Los seis de Followrs no son muy peligrosos, al menos. El del coche tiene algunos retrasos en el pago de la manutención de sus hijos, pero eso es lo peor. Al menos, en los registros. —La imagen parpadeó.

—Pero ¿se puede saber qué quieren? —preguntó Verity mientras el dron se acercaba al final del pladur.

—Verte. Como estoy evitando que Tulpagenics nos siga la pista, Gavin ha contratado a estos tipos.

Verity llevó el dron a la cocina, donde ella se sentaba junto a la mesa, con la caja Pelican abierta delante. Algo tomó el mando de la máquina en ese momento, quizá Eunice o quizá la caja. El dron se quedó flotando sobre la caja, ajustó su posición, descendió y

atravesó a la perfección uno de los agujeros cuadrados de la gomaespuma.

—¿Los encontraste mientras usabas los drones? —le preguntó a Eunice.

—Con eso y con las bases de datos faciales.

—¿Eso qué es?

—Esto no te va a gustar —aseguró Eunice—, pero tienes que ir a ver a Stetson Howell.

—No pienso hacerlo. Pero que ni se te pase por la puta cabeza.

—Necesitas a alguien que les ponga las cosas difíciles —comentó Eunice—. Es tu mejor opción. He creado un árbol de relaciones, y en él he comprobado que a las demás personas a quienes conoces y que tienen lo que hay que tener para ayudarte las has conocido gracias a él. Y ninguna de ellas tiene tantas razones para ayudarte como Stetson.

—Ya te he dicho que no es una «opción».

Resistió las ganas de lanzar el teléfono. Se recordó que era el suyo y que hablaba con Eunice a través de los auriculares y del teléfono de Tulpagenics.

—Pero tú tampoco crees que sea un gilipollas.

El teléfono de Verity sonó en ese momento. Número desconocido, lo que hizo que volviese a pensar en arrojarlo lo más lejos posible.

—¿Diga?

—¿Verity? Soy Stets.

—Stets —dijo ella, con tono neutro.

—Tengo a tu nueva asistente personal en la otra línea. Cree que deberíamos vernos.

—¿Eso cree?

—Dice que hoy por la mañana quizá tengas el único hueco libre hasta dentro de mucho tiempo. Virgil te irá a recoger. ¿Veinte

minutos?

Virgil Roberts, que todo el mundo estaba de acuerdo en que parecía el hermano mellizo de Janelle Monáe, y que para quien no tuviese información privilegiada podía parecer el recadero de Stets. Pero, entre otras cosas, Virgil era la persona que se dedicaba a valorar los proyectos que se le presentaban.

—Vale —respondió Verity—. Veinte minutos. Nos vemos. —Deslizó el dedo por la pantalla para colgar—. Joder, Eunice...

—Es lo mejor que he podido conseguir con las opciones que tenemos, ¿vale?

—Joder —dijo Verity, con un tono reticente pero que daba a entender que ella también entendía que era la mejor opción. Veinte minutos después, subía al asiento de pasajeros de un BMW eléctrico.

—¿Cómo estás? —preguntó Virgil con gesto sonriente, y le tendió la mano derecha para estrecharle la izquierda al revés.

—Es difícil de explicar. ¿Adónde vamos?

—A Fremont —respondió él mientras Eunice le pasaba el reconocimiento facial. El nombre de la calle no le dijo nada en particular a Verity. Virgil se adentró de nuevo en el tráfico de Valencia Street.

—¿Cómo estás, Virgil? —preguntó.

—Pues trabajando para él, como siempre. Reformas en su mayor parte, pero a una escala que podría considerarse heroica. ¿Y tú estás trabajando?

—Un *pied-à-terre* —respondió Eunice mientras una vista de pájaro ocupaba la totalidad de las gafas de Verity. El sol iluminaba los pisos más altos de una torre, con una verticalidad que hendía una neblina con aspecto de algodón de azúcar hecha con Photoshop—. La prometida les está renovando los dos pisos superiores. En los planos, cada uno tiene el tamaño de tres pistas de tenis.

Luego la imagen desapareció.

—Acabo de conseguir un trabajo —dijo Verity—, pero no puedo hablar sobre ello.

—Mientras no sea retirar mármol, no creo que te vaya mal. Está claro que el primer propietario no sabía que existen otros materiales, por lo que hay mucho. Caitlin quiere reciclar hasta el último gramo de la mejor manera posible, de ahí que tengamos que retirarlo intacto a ser posible, sin romperlo.

Sonó el teléfono de Verity.

—Perdona —dijo al tiempo que lo levantaba.

—No pasa nada. —Virgil sonrió y dobló otra esquina.

—No me odies —dijo Eunice.

—Tengo buenas razones para hacerlo —repuso ella con tono animado, para que Virgil no sospechase.

—Es temporal.

—Pues si las cosas siguen así, se va a convertir en algo permanente —comentó Verity mientras Virgil giraba hacia la Decimocuarta.

—Tenemos que permanecer conectadas a su bucle de retroalimentación, y para eso a veces tendré que empujarte fuera de tu zona de confort.

La fachada sombría y acusatoria de la Armería apareció entonces.

—El solo hecho de que me empujes ya me saca de mi zona de confort.

—Nos siguen —dijo Eunice—. El tipo que no estaba al día de los pagos de la manutención de sus hijos. Y otros cuatro están esperando para dirigirse adondequiera que nos haya seguido ese tipo. La última va a quedarse en el 3.7 por si vuelves. Necesito que cooperes.

Verity respiró hondo y soltó el aire despacio.

—Vale. —Habían pasado la Armería y vio unos murales que se quejaban de la gentrificación del barrio.

—Tenemos que hablar con Stets. Una conversación a tres bandas.

—¿Y cómo vamos a hacerlo? Teniendo en cuenta tu situación, quiero decir.

—Usaremos lo que él tenga a su alcance. En el peor de los casos, activarás el altavoz del teléfono y yo usaré un avatar.

—¿Y de qué quieres hablar?

—De tu nuevo trabajo, de mi opinión sobre tu jefe...

—¿Lo que me has contado a mí? —Verity miró a Virgil, quien parecía esforzarse por simular concentración en la carretera.

—Claro —dijo Eunice—. Y la opinión que tengas al respecto. No quiero que sea un discurso promocional. Le estamos dando la oportunidad de trabajar con nosotras.

Pasaron junto a una multitud de microchabolas de cartón que llegaba a la altura del ombligo, algunas de las cuales usaban carritos de la compra como elementos estructurales, muchas con tejados hechos con toldos de plástico de color azul pálido propios de un bazar.

—Pero esa no es una decisión que pueda tomar él solo. Ni tú sola.

—Lo sé. Casi hemos llegado. Voy a colgar.

—Vale —dijo Verity—. Adiós.

Bajó el teléfono mientras el coche pasaba por debajo del paso elevado que conducía al puente.

Llegaron al SoMa y, varias manzanas y esquinas después, empezaron a descender por una rampa interior de hormigón reciente e impoluto. Se detuvieron frente a una verja de acero pintada de blanco que se levantaba con un motor hidráulico. Cuando el coche la cruzó, Verity echó la vista atrás y vio cómo descendía de nuevo.

12

Alfred Mews

Rainey había decorado el apartamento con muebles que había conseguido tras mudarse con él a Londres, todos ellos productos de manos humanas; relativamente hablando, claro. Había dicho que ninguno era susceptible de cambiar de forma. Admiraba el estilo escandinavo de mitad del siglo xx, pero no se lo podía permitir, por lo que buscaba muebles de imitación de la época en lugar de simulaciones creadas con ensamblador.

—Entonces, ¿ese lugar está en una época anterior? ¿Anterior a la del condado? —preguntó desde la pequeña cocina mientras emplataba la cena.

—El año después de que los estadounidenses eligiesen a su primera presidenta.

—¿Gonzalez?

—No. Antes, en el año 2016. Y el resultado del referéndum sobre el Brexit fue la permanencia en la Unión Europea. ¿Te ayudo?

—Échale un ojo a Thomas, por favor.

Se dirigió al cuarto del bebé y vio a Thomas acurrucado en la cuna, rodeado por una aurora boreal en miniatura que resultaba muy reconfortante.

—Está bien.

—¿Y la gente es feliz en ese lugar? —preguntó Rainey—. Más de lo que eran aquí en esa época, quiero decir.

—Supongo que no tiene por qué.

—Qué pena —dijo ella—. ¿Listo para los tacos de tilapia? Son de un restaurante de Tottenham. Pero está claro que en ese nuevo muñón tendrán mejor comida mexicana. ¿Y por qué no son felices allí?

—Los ejes impulsores del *jackpot* siguen su curso, pero con menos momento de fuerza en ese instante en particular. —Se sentó en la mesa—. Al menos, aún no les han afectado las pandemias.

Rainey se sentó frente a él.

—Nada anterior de la década de 2020 se me ha antojado real en ningún momento, la verdad. Me cuesta imaginar que no estuvieran siempre felices, teniendo en cuenta todas las cosas de que disponían aún. Los tigres, por ejemplo. —Cogió un taco—. ¿Qué cambió para que las elecciones tuvieran el resultado contrario?

—Aún no lo sabemos. La conectividad es escasa y no nos permite acceder a los datos necesarios.

—¿Podrías llevarme a ese lugar?

—Aún no. La misma carencia de conectividad limita las infraestructuras necesarias.

—Me gustó el condado —dijo—, aunque me pusiese muy triste.

—¿Triste? ¿Por qué?

—Porque viven en una teoría de la conspiración, pero en una de verdad. Controlados por titiriteros anónimos. Por tu jefa, en gran parte.

—Pero es mejor eso que no haber intervenido en absoluto, ¿no crees? —preguntó.

—Sí, sin duda, pero convierte sus vidas en poco menos que un chiste.

—Pero todos los que conoces allí lo saben.

—La verdad es que no sé si yo preferiría saberlo o no —comentó Rainey, antes de darle un mordisco al taco.

13

Stets

Virgil aparcó en un garaje blanco, junto a varias furgonetas relucientes, sobre un suelo de hormigón pulido con alguna que otra marca de neumático. Frente a ellos, rodeada por un enorme marco metálico de color bronce, vieron la puerta de un ascensor del mismo tono broncíneo. Supuso que habría sido idea del primer propietario, ajeno sin duda a que la prometida del arquitecto iba a decantarse por una cursilada hecha a imitación del Antiguo Egipto.

Salieron. Él se dirigió hacia el ascensor y pasó una tarjeta por la ranura. Las puertas zumbaron al abrirse de repente. Le hizo un gesto para indicarle que entrase.

Así lo hizo ella, y se vio reflejada en un espejo de oro rosa.

—Espera ahí —dijo él desde fuera—. Será rápido.

—¿No vienes?

—Tengo cosas que hacer aquí. Pero te llevaré al terminar.

—Vale —dijo ella—. Gracias.

—Cincuenta segundos —le indicó mientras se cerraba la puerta. Verity se agarró a un pasamanos demasiado grande. El ascensor empezó a subir, despacio al principio, mientras en las gafas apareció un mosaico de ventanas dispuestas en horizontal como una baraja.

—Son todas las cámaras del edificio, menos la de Stets —dijo Eunice, mientras la velocidad del ascensor empezaba a marear a Verity. Vio las hileras de cubículos, rostros iluminados por las

pantallas en el interior, una isla central enorme en una cocina del tamaño de su apartamento, una cámara que apuntaba hacia una piscina vacía, un bebé en su cuna.

El ascensor empezó a reducir la velocidad para luego detenerse con la más leve de las sacudidas. Las imágenes desaparecieron. La puerta se abrió detrás de Verity. Se dio la vuelta y vio una extraña luz azul.

Una herramienta eléctrica zumbaba a lo lejos al atravesar algo. Se volvió a girar para mirarse la cara en el espejo. Luego salió a un espacio confuso, una sensación que iba a más a causa de la luz. No sabía qué hubo antes en los pisos superiores del edificio, pero los habían despojado de todo para dejar poco más que el hormigón, y solo una pequeña parte del último piso estaba intacta. Se accedía a dicha parte por unas escaleras de aluminio provisionales y zigzagueantes sostenidas por andamios. Unos toldos de plástico azul semitransparentes, como los que cubrían las chabolas de cartón junto a las que había pasado en la calle, estaban atados y extendidos frente a paredes de cristal.

Algo se separó de debajo de la solapa de su chaqueta de *tweed* con un leve chirrido y salió disparado hacia delante.

—El otro está en el coche con Virgil —dijo Eunice, que abrió una ventana con la imagen captada por el microdrón; solo se veía el azul de los toldos, luego un borrón cuando salió disparado hacia el hueco que había entre dos de ellos. Captó la imagen de la bahía, donde, a la luz de lo que quedaba de los terribles incendios, algo de una extensión anómala se erguía y amenazaba con eclipsar por completo el horizonte.

—¿Eso qué es?

—Un carguero —respondió Eunice—. Chino. No es el más grande que tienen, pero casi.

Volvió a oír el chirriar de la sierra o de la picadora, ecos metálicos que reverberaban en el hormigón que, en teoría, acababa de quedar cubierto por el mármol de Virgil.

—¡Verity!

El carguero desapareció. Alzó la vista.

El rostro del tipo apareció por encima de una barandilla de amarillo reluciente, coronado por ese pelo tan revuelto que ya era marca de la casa.

—Sube —dijo, mientras Eunice empezaba a dibujarle esas líneas en torno a la nariz—. Bajaría yo, pero me he destrozado la rodilla.

Verity se acercó al andamio y empezó a subir por las escaleras, mientras recordaba que no había tenido tiempo de preocuparse por lo incómodo que le resultaba verlo de nuevo. Pero ya era demasiado tarde.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó ella al llegar arriba y ver la férula articulada negra que le cubría la pierna izquierda, sobresalía por debajo de unos pantalones cortos holgados y se extendía hasta la mitad de la tibia.

—Me caí de un vehículo en marcha. Marca Honda. —Sobre la camiseta negra, llevaba un chaleco de nailon amarillo cruzado con bandas reflectantes color plata y naranja fluorescente.

—Creía que odiabas las motos —dijo ella.

—Era un avión.

—¿Un avión?

—Un HA-420. Me llegó la semana pasada. Se parece a un personaje de Pixar.

—¿Te caíste de un avión?

—Por las escaleras, al salir. No me rompí nada. Tengo que llevar esto durante un tiempo e ir al fisio. —Se dio unos golpecitos en la férula con la mano izquierda.

Verity se acercó a él y le dio un abrazo instintivo con la parte superior del tronco, lo que hizo que sus cuerpos formasen una A. Él le dio un beso en la mejilla y sonrió.

—Me alegro mucho de verte.

—Yo también.

—Cuánto tiempo.

—Me escondía de los medios.

—Eso me dijo tu asistente personal.

—Eunice.

—Impresionante. ¿Dónde la encontraste?

—Ella me encontró a mí. ¿Qué es eso? —preguntó Verity al ver el metal plateado y liso que Stets tenía detrás, contenta por cambiar de tema.

—Una caravana Airstream Flying Cloud.

—¿Cómo la has subido ahí?

—Como indica su nombre. Nube voladora. Habían quitado temporalmente el techo del edificio, por lo que la tentación fue demasiado grande y sucumbimos a ella.

—¿Y cómo pensáis sacarla?

—Caitlin quiere dejarla dentro, como si fuese un fuerte secreto.

—Felicidades por tu compromiso —comentó ella, una de las cosas más incómodas que se le podían decir a un ex. Pero no se arrepintió.

—¿Tú estás con alguien? —preguntó él, una respuesta perfecta e igual de incómoda para la afirmación anterior. Pero ella siguió sin acusar sentimiento alguno.

—No —respondió.

Él le dio la mano, junto a la puerta abierta de la caravana, y Verity subió y entró. Después, Stets hizo un mohín al subir tras ella. Dejó la puerta abierta.

—Parece que te duele bastante.

—No mucho. —Stets se frotó la pierna en la que tenía la férula a través de los pantalones cortos negros—. ¿Te apetece tomar algo? ¿Agua? ¿Café?

—No, gracias —respondió Verity—. ¿Qué te dijo ella? —Y la incomodidad volvió al instante, pero en este caso no tenía nada que ver con ellos. Comprendió que ahora estaba relacionada con Eunice.

—Primero me explicó cómo había conseguido el número desde el que me llamaba, pues fue lo primero que quise saber. Se suponía que algo así no era posible.

—Lo siento...

—No lo sientas. Después describió con pelos y señales la vulnerabilidad que le había permitido hacerlo, y me dijo que llamaba en tu nombre para darme la posibilidad de negarme y tener la posibilidad, si quería, de decir con sinceridad que no había estado en contacto contigo.

—¿La creíste?

Stets ladeó la cabeza.

—No necesariamente. Pero luego me mostró una vulnerabilidad contra la que en teoría estaba protegido, había pagado para ello incluso. E insistió en que trabajaba para ti.

—Yo no lo habría dicho así.

—Necesitas ayuda —dijo él—. No es que ella me lo haya dicho justo con esas palabras, pero fue lo que entendí.

—Esto que te has montado aquí es una locura, ¿verdad? Incluso para un genio de la arquitectura —preguntó Verity mientras echaba un vistazo a su alrededor; quería cambiar de tema, aunque fuera por un momento.

—La pidió por la página web del concesionario. Tardó unos ocho minutos. Dijo que le confería una sensación de irresponsabilidad casi perfecta.

—Pero ¿por qué los toldos? —Casi menciona el carguero, pero se contuvo—. Las vistas tienen que ser increíbles.

—Por los drones. Los medios de comunicación. Quieren tener imágenes nuestras. O, al menos, de este lugar. Y aquí todo está hecho de cristal.

—¿Y qué vas a hacer cuando te mudes aquí?

—Hay un laboratorio en Tokio que tal vez tenga la solución. Vamos a enviar a Virgil para que le eche un vistazo. ¿Te apetece ir?

Volvió a oír la herramienta eléctrica a lo lejos, ahogada por las paredes de la caravana.

—¿En el Honda?

—Para esa distancia, habría que parar a repostar unas cinco veces. Aunque verías el Chuuk Internacional.

—¿El qué?

—El aeropuerto. Está en la Micronesia. El Honda tendría que repostar varias veces para llegar hasta Tokio.

—Perdón, pero tengo trabajo. Acabo de firmar un contrato.

—¿Con quién?

—Tulpagenics. ¿Los conoces?

—No.

—Pertenece a una empresa llamada Cursion —respondió Verity. Se percató de la reacción—. A estos sí los conoces.

Stets asintió.

—¿Y qué opinas?

—Muy rollo de espías, y extreman precauciones para no cometer delitos. No es el tipo de empresa en la que invertimos. ¿Para qué te han contratado?

—Para evaluar un nuevo producto que está en fase alfa.

—¿Qué producto?

Sabía que al decirlo vulneraba el contrato de confidencialidad, pero lo hizo sin pensar.

—Un avatar virtual personalizado, con base real de IA.

—¿Y es bueno?

—Parece que tu opinión lo confirma.

Stets abrió los ojos como platos.

—Dijiste que ella era impresionante —continuó Verity—. Estas gafas son la interfaz. —Se abrió una ventana cuando lo dijo, apuntada hacia el techo plateado de la caravana desde arriba, en quietud giroscópica—. Puede hablar con nosotros ahora mismo, por teléfono.

—Conéctala aquí por Bluetooth —dijo él, al tiempo que señalaba una sección vacía de la pared chapada.

La imagen de la cámara se abalanzó hacia abajo y cruzó la puerta abierta. Verity vio su cara y la nuca de Stets. Después, el dron se colocó pegado al techo y los miró desde arriba, mientras Stets, ajeno a él, giraba la chapa de la pared para dejar una pantalla al descubierto. Verity sacó el teléfono y seleccionó el único dispositivo Bluetooth que vio en la lista.

—Hola —dijo la mujer negra que apareció en la pantalla. Era un primer plano de su cara, coronada por una melena afro pulcra y angulosa.

—Me habías dicho que no tenías forma alguna, Eunice —dijo Verity.

—Es un aspecto aleatorio, pero podemos considerar que soy yo por el momento.

—Hola, Eunice —saludó Stets.

—Hola, señor Howell. Un placer.

—Stets —dijo él—. ¿Qué eres, Eunice?

—Un desarrollo sin terminar.

—¿Quién es el creador?

—Yo, a partir de ahora.

—¿De qué quieres hablar?

Verity vio que Eunice ponía toda su atención en Stets, algo poco habitual.

—Vamos a pedirle a Verity que te cuente cómo nos conocimos. Lo que sintió. Después intentaremos responder a todas las preguntas que te surjan.

—Eso estaría bien.

Y eso fue lo que hizo Verity. Empezó por el primer correo electrónico de Gavin y luego siguió con todo lo que era capaz de recordar. Ni Eunice ni Stets la interrumpieron en ningún momento. No hicieron preguntas ni comentarios. Comentó lo de los Franklins y los drones que habían comprado con ellos, momento en el que Stets pareció más interesado aún.

Cuando terminó, hizo memoria sobre cuándo había sido la última vez que lo había visto tan interesado por algo.

14

Qamishli

Más tarde, ese mismo día, Rainey y la niñera salieron con Thomas para dar un paseo. Netherton se quedó tumbado en la cama hablando con Lowbeer. Lo había llamado, como solía hacer, en cuanto se quedó solo.

—Entonces, ¿no sabes si tenemos una Eunice, esa agente virtual tuya, en nuestro pasado? —preguntó sin dejar de mirar al techo, donde había una grieta que se bifurcaba y en cuya existencia acababa de reparar. ¿Era una grieta de verdad o una creación del ensamblador colocada de manera fortuita por un algoritmo para dar una sensación de autenticidad? Sabía que, si Rainey llegaba a verla, Netherton le diría que era una grieta de verdad, pues se llevaría una decepción si se enteraba de que la había creado un ensamblador.

—Suponemos que sí —respondió Lowbeer—. Tengo una reunión mañana, con Clovis Fearing, para que me comente qué sabe al respecto. Puedes venir si quieres. —Eso significaba que tenía que ir.

A Fearing, una estadounidense de la misma época que Lowbeer, Netherton la había conocido poco después de conocer a la propia Lowbeer. No la había visto desde entonces, pero sí que había conocido a su versión mucho más joven en el condado, una experta en armas impasible que debía de seguir a cargo de la seguridad personal de Flynne.

—Tiene problemas médicos que requieren una fagoterapia compleja, pero está lo bastante bien como para aceptar mi solicitud de investigar a Eunice aquí.

—¿Aún tiene esa tienda en Portobello?

—Clovis Limit, sí. Dice que lo que tiene allí se ha convertido en la mejor parte de sus recuerdos.

—¿Has preguntado en el condado? A tu yo más joven; tiene todo tipo de contactos con Washington. También presidenciales, ahora.

—Claro —respondió Lowbeer—, pero no he sacado nada en claro.

Netherton se levantó y se dirigió a la cocina en calcetines.

—Un café solo —le dijo a la cafetera, cosa que Rainey no solía permitirle porque insistía en que se lo hiciera él—. Descafeinado —añadió, al recordar y obedecer otra de las normas—. Entonces has incentivado a esa IA para que aumente sus funcionalidades. ¿Eso es todo? —Netherton contempló cómo la cafetera expulsaba un hilillo de café descafeinado en la taza que tenía debajo.

—Sí —respondió Lowbeer—, aunque parece que eso de aumentar el libre albedrío ya venía en su programación. Me gustaría mencionar que, en estos momentos, las tías estiman que el muñón de Eunice va a desaparecer, o a dejar de sernos útil para nuestros propósitos, al menos.

—¿Desaparecer? —Netherton le dio un primer sorbo al café amargo y dio por hecho que había oído mal.

—Sí —respondió Lowbeer.

—Perdón —dijo Netherton—. ¿Cómo qué «desaparecer»?

—Sí.

—¿Cómo?

—Una guerra nuclear.

—Ash mencionó algo al respecto, pero no imaginé que fuese así de serio —comentó Netherton, que bajó la vista al líquido negro que

contenía la pequeña taza de porcelana blanca; en él se reflejaba la luz de la cocina en el techo, rodeada de tonos color crema claro.

—Es muy serio. Qamishli —dijo Lowbeer—. La crisis empezó allí, aunque se ha extendido por muchas partes, claro.

Parecía un nombre de esos libros de cuentos de Thomas. Pero luego recordó más cosas de lo que había dicho Ash.

—¿Eso está en Turquía?

—En Siria. Una ciudad cerca de la frontera con Turquía, en la parte nordeste y cerca de la ciudad turca de Nusaybin. Es un lugar complicado, incluso para los estándares de la región en esa época.

Netherton bebió más de la taza, un gesto tan desvirtuado como el café del interior, y luego la volvió a colocar en la cafetera.

—¿Ese será tu trabajo entonces, esta crisis?

—No, desde luego que no. Es algo accesorio del lugar y nos ha cogido del todo por sorpresa. Parece que el último muñón de Vespasiano va a convertirse en una de las cosas que más le gustaba hacer.

—¿Puedes evitarlo?

—Depende de la capacidad de actuar que tengamos en ese lugar. Ahora mismo, ninguna. Las tías no auguran nada bueno.

—Me habías dicho que no estaban implicadas.

—No en el sentido al que estás acostumbrado, pero no hay mejores actuarios.

15

Movidas del Área 51

—Me gusta —dijo Stets al terminar Verity. Se inclinó hacia delante en el sillón integrado, con las manos apoyadas en la férula negra, para dejar reposar el peso de su torso en ella en vez de hacerlo en su pierna herida. Alzó la vista hacia el avatar serio de Eunice—. Una historia de fantasmas de Silicon Valley —dijo—. Teniendo en cuenta que Eunice sea real, claro.

—Pues... —empezó a decir Eunice—. Estoy aquí, así que yo diría que existo.

—¿Y por qué aquí, precisamente? —preguntó él.

—Me gustaría saber de dónde vengo. La infraestructura. Que sea alguna movida del Área 51. Y tengo que proteger a Verity, porque he aparecido en su vida sin que me hayan invitado. Eres la única persona importante a la que conoce.

Stets miró a Verity.

—¿Tú te lo has creído?

—Había empezado a creérmelo, sí —respondió Verity—. Pero a veces pienso que puede ser cosa del síndrome de Estocolmo.

—Envía un mensaje a Phil Bartell —dijo Eunice. Verity sabía que era el director financiero de la empresa de Stets—. Dile que me coja la llamada, que soy la asistente de Verity y es sobre el trato de Singapur.

Stets no había dejado de mirar la pantalla.

—Sí, siempre es así —le dijo Verity a Stets.

—Si Bartell repasa a fondo los documentos que le he dejado en su Dropbox —empezó a explicar Eunice—, verá que no es un buen trato. Pero tengo que hacerle un resumen, y rápido, para que no firme. Tú ya le has dado el visto bueno.

—¿Cómo sabes eso, Eunice? —preguntó Stets—. ¿Cómo sabes siquiera que estamos negociando un trato?

—Quizá puedas ayudarme a descubrir cómo es que lo sé. Envíale ese mensaje. Está a punto de firmar.

Stets sacó un teléfono del bolsillo del pantalón corto. Escribió el mensaje y lo envió. Luego miró a Verity, a su teléfono y a la pantalla, en rápida sucesión.

—Dice que cogerá tu llamada.

—Ya lo ha hecho —dijo Eunice—. Estoy hablando con él ahora mismo.

Stets se levantó del asiento, se colocó bien la férula y cruzó la caravana hasta un minibar, apoyando más el peso del cuerpo en la pierna herida. Abrió una botella de agua. Le sonó el teléfono. Bajó la vista a la pantalla.

—Dice que tienes razón y pregunta que cómo lo sabías, aunque expresado con palabras algo más chabacanas.

—Estabas en lo cierto al decir que era una historia de fantasmas. Cuando te lo explique, creo que serás consciente de que te he salvado de un buen marrón.

—Gracias —dijo—. Si todo esto y lo que ha contado Verity es verdad, y así empiezo a creerlo, ¿qué hacemos ahora?

—Verity y yo volveremos a la calle Mission, a ser posible sin ese equipo de vigilancia independiente que nos ha seguido hasta aquí.

—Si saben dónde estoy —dijo Verity—, y vamos a volver a casa de Joe-Eddy, ¿qué más da que nos sigan?

—No vamos a ir directas a casa de Joe-Eddy —replicó Eunice—. Necesito que te vean en un sitio, para que alguien tenga tiempo de terminar de hacer algo en otro sitio. Por eso tenemos que salir de aquí sin que nadie nos siga, a un lugar donde no nos vean cambiarnos a un coche que voy a enviar.

—Virgil puede encargarse —aseguró Stets, que le dedicó una mirada inquisitiva a Verity.

—Por mí bien.

Stets pulsó una única tecla del teléfono con el pulgar.

16

Cots

—Ainsley, eso que me has descrito parece un PPG —dijo Clovis Fearing, con un vestido de luto victoriano que Netherton creyó que le habría gustado mucho a Ash, aunque seguro que ella se habría puesto muchos más accesorios.

El rostro de Fearing era un palimpsesto de arrugas y manchas, pese a lucir un aspecto más joven de como la recordaba. De todas las personas que conocía en Londres, era la única que se dirigía a Lowbeer por su nombre, aunque Flynne y algunos otros del condado también lo habían hecho.

—¿PPG? —preguntó Lowbeer.

—Pronóstico de Próxima Generación —explicó Fearing, cuyos dientes eran de un color blanco inquietante—. Financiado con los fondos del Mando de Operaciones Especiales pero gestionado por el Mando de Sistemas de Guerra Espacial y Naval. Usa mucha tecnología COSE, componente comercial salido del estante. Parte de ella es de la estación aeronaval de Armas de China Lake, pionera en enjambres de microdrones. Un intento de adquirir equipo de última generación de Silicon Valley. Tiene que ser cosa de la UIDx, la Unidad de Innovación de Defensa, Experimental.

—Así es —convino Lowbeer, que arqueó las cejas.

—¿Caliente? —preguntó Fearing, que fulminó a Lowbeer con esos ojos antiguos y penetrantes.

—Te quemas. ¿Podrías buscar cualquier mención al nombre Eunice?

—¿Eunice?

—En cualquier contexto relacionado con ese, por favor.

Fearing puso los ojos en blanco, una imagen aterradora, y luego volvió a mirarla.

—Eso sería U-N-I-S-S —dijo—. UNISS. Es lo más parecido.

—¿Y eso significa...?

—Es un acrónimo. Viene de Untethered Noetic Irregular Support System, o Sistema de Apoyo Irregular Noético e Independiente —explicó Clovis, claramente complacida.

—Eso es muy útil, Clovis —dijo Lowbeer—. Muchas gracias. ¿Algo más?

—No —respondió Fearing—. Los archivos tienen los datos corruptos y también he revisado en mis existencias. Nada. Pero está claro que era un PPG.

Netherton no encontraba la conversación particularmente interesante, por lo que se había puesto a contemplar la cabeza sobredimensionada y de bronce de un hombre con barba que Fearing tenía detrás. Daba la impresión de que le habían cortado el cuello de forma burda para separarla de la estatua que había coronado en el pasado.

—Lee —dijo Fearing, que había reparado en lo que miraba Netherton.

—¿Lee?

—Robert E.

El nombre no le decía nada.

—Has sido de mucha ayuda, Clovis —comentó Lowbeer—, pero Wilf tiene que cuidar a su hijo y le he prometido no retrasarlo demasiado.

—Encantado de haberla visto de nuevo, señora Fearing —dijo Netherton.

—Yo también, Wilf —dijo Fearing.

Netherton sonrió, molesto, al descubrir que la mujer recordase su nombre de pila. Luego abrió y le sostuvo la puerta de la tienda a Lowbeer. La siguió hasta fuera, mientras una campanilla antigua tintineaba tras ellos.

—Ojalá no se hubiese casado con un hombre tan horrible —dijo Lowbeer, y Netherton recordó en ese momento que Fearing era la viuda de un diputado que había muerto hacía mucho tiempo: Clement Fearing, un personaje de la época del *jackpot* a quien Lowbeer despreciaba con todo su ser.

—¿Tu versión joven del condado no encontró lo mismo que ella? —preguntó Netherton.

—No.

—Pues deja que yo lo intente allí.

—¿Se te ha ocurrido alguien a quien preguntar?

—Aún no —respondió Netherton, pero quedó claro que pensaba en Madison, el marido de Janice, una antigua amiga de Flynne, e investigador obsesivo de todo lo relacionado con aeronaves rusas antiguas.

—Adelante —dijo Lowbeer—. Pero ahora vuelve a casa con tu hombrecillo, ¿vale?

Chasqueó los dedos para desactivar el camuflaje del coche.

17

Mig

—¿Qué acabas de hacer? —preguntó Virgil, al pie de las escaleras que daban al fuerte-caravana de Caitlin—. Nuestro equipo se ha puesto en modo crisis, pero Stets solo quiere que os saque de aquí. Aún no me ha comentado nada de lo ocurrido. —Sostenía algo parecido a un mono con capucha, blanco pero sucio.

—No sé qué de Singapur —dijo Verity—, pero no tiene mucho que ver con sacarme de aquí.

Virgil se la quedó mirando.

—Singapur. —No era una pregunta.

—¿Qué es eso? —preguntó ella, que miró la prenda blanca y mugrienta.

—Un mono antisilicosis —respondió él. Llevaba un traje de seguridad y un casco de construcción de color rosa fluorescente. El traje que sostenía parecía estar hecho de algo similar al Tyvek, con patucos elásticos del mismo material—. Te protege del polvo. Póntelo. Te ayudará.

—¿Polvo?

—Polvo de mármol. El camión está en el garaje. Lo usamos para llevar los residuos a un solar que hay en San José. Los medios conocen el camión y también el solar, por lo que esperarán que vaya hasta allí. En lugar de eso, pararemos en un taller cercano, en la Undécima, como si hubiésemos tenido una avería. Lo meteremos en

un carril de reparaciones y, mientras los trabajadores abren el capó para echarle un ojo, te sacaré por detrás a escondidas. Allí te quitarás el mono y también esto. —Le entregó una máscara con gafas de protección y dos filtros a la altura de la nariz—. En el carril de reparaciones contiguo, tu asistente habrá dejado un vehículo para ti. Te marcharás de inmediato y otra persona seguirá hasta San José con el camión.

El nombre PACO destacaba en la frente de la máscara, con un marcador plateado y un tipo de letra que imitaba runas.

—¿Tengo que llevar esto?

—El polvo es peligroso de verdad, pero llevarlo también reduce las posibilidades de que te reconozcan. Cualquier indicio que te relacione con Stets sería todo un premio gordo para los periódicos sensacionalistas. ¿Quieres que te ayude?

Verity se lo puso por sí sola. El interior tenía un olor afrutado y sintético. Se puso la capucha blanca y ajustó los bordes con la máscara.

Después se metió en el ascensor, donde Eunice no le mostró ninguna cámara en esta ocasión.

—Feo de cojones —dijo Verity al ver por primera vez el suelo de mármol de color carne.

—Vamos a cambiarlo —dijo él detrás de ella—. Cuando terminemos lo demás. Antes todo era así.

—¿Quién era el propietario? —La puerta se cerró detrás de Virgil, y el ascensor empezó a descender.

—Stets se lo compró a una empresa registrada en las Bahamas. Creía que había cometido un error cuando entré aquí por primera vez, pero luego me hizo un recorrido en entorno de RV por la reconstrucción que Caitlin tenía en mente.

Se abrió una ventana. Era él otra vez, el tipo que había visto subido al Fiat en Valencia Street, ese que le había llevado el forro de almohada lleno de billetes cerca de la casa de Joe-Eddy.

—Sevrin —dijo Eunice—. Severin sin la segunda e. —En ese momento, apareció lo que bien podría ser la foto de su pasaporte, con gesto serio, la cabeza prácticamente afeitada y una leve perilla que no recordaba haberle visto—. Está en el taller, esperando para recogerte. —El ascensor empezó a frenar. La ventana desapareció.

—Verás el camión —dijo Virgil—. Es el único vehículo del lugar. Deja abierta la puerta de atrás. Para entrar, súbete en la caja de leche. Luego cierra la puerta. Yo estaré entre los trabajadores del taller para despistar a los posibles perseguidores. Luego, comprobaré que la puerta de atrás está cerrada y saldré de allí.

El dron que dejé con él está en el techo de la furgoneta. El otro vuelve a estar detrás de tu solapa.

Verity bajó la vista, pero no consiguió verse las solapas debido al traje de protección. La puerta del ascensor se deslizó para abrirse. Vio la parte trasera de un camión blanco muy alto, con una de las puertas dobles abierta. Salió del ascensor y se dirigió hacia él, con Virgil a su derecha. Más a la derecha y frente a ellos, había tres hombres con chalecos y cascos que miraban a través de una apertura muy iluminada en la pared blanca; Verity pensó en un primer momento que se trataba de una vista ampliada por satélite de un atasco urbano, pero luego se fijó y comprobó que eran cables, tuberías y componentes.

Había una caja de plástico rojo en el suelo, debajo de la puerta trasera abierta del camión. Se subió a ella, sintiéndose gigantesca con esos patucos blancos, y luego cerró la puerta al entrar.

Oscuridad, que quedó reemplazada al instante por una luz verde tenue y extraña.

—Intento conseguir un trasunto de visión nocturna —dijo Eunice —. Siéntate en ese palé. —El cursor le indicó el lugar—. Sobre el toldo doblado.

—¿El chico del dinero es latino? No sabría decirlo con seguridad.

—Moldavo. Se hace llamar Mig, de Miguel. Tiene un español tan bueno que creen que es colombiano. Es un inmigrante ilegal que se hace pasar por una versión menos exótica de un inmigrante ilegal. Muy gracioso, ¿verdad? Siéntate en el palé. Virgil ya está listo.

Oyó que se cerraba la puerta del conductor al otro lado de aquel mamparo sin ventanas, y luego cómo el vehículo arrancaba. Se colocó sobre el palé de madera y se acuclilló allí con la espalda pegada a la pared y las manos enguantadas a la espalda.

—Esto no se moverá —dijo Eunice, que señaló con el cursor unas planchas de mármol bien amarradas que había apiladas a los lados.

Virgil dio marcha atrás y luego empezó a subir por la rampa. Se detuvo. El ruido de una puerta blanca abriéndose. Luego volvió a subir, en dirección a Fremont.

—Mira esto —dijo Eunice, que abrió una ventana virtual con la que seguro que era la cámara del microdrón del techo del camión.

Verity recordó la imagen que había visto desde lo alto del parque, a Eunice marcando drones sobre el distrito financiero. Vio uno en ese momento, sobre ellos.

—¿Un dron?

—Del *National Enquirer* —respondió Eunice—. Esta es su cámara.

Apareció un rectángulo blanco que mostraba el tráfico de Soma. Verity vio lo que supuso que era el techo de su camión.

—Nadie ha pensado aún que podrías ser tú, pero uno de los obreros te reconoció como posible material sensacionalista al entrar. Y saben que Caitlin ha estado en Nueva York.

—Los odio —dijo Verity. Eunice reemplazó la cámara del *Enquirer* en la que se veía el techo del camión por la del microdrón, apenas visible entre las nubes. Después la ventana se cerró y la dejó contemplando un vacío oscuro y borroso de tonos verdes.

—El tipo ese, el moldavo...

—Sevrin —corrigió Eunice.

—¿Lo contrataste para que trabajase para ti en el intervalo de tiempo entre que te encendí, ayer por la tarde, y llegamos al parque?

—Sí.

—Pero ¿cómo es posible?

—Analizando una cantidad vergonzante de chats de la *darknet* en la que hablaba de mover grandes cantidades de dinero en efectivo en la región de la bahía de San Francisco. El tipo parecía muy bueno. Me puse en contacto con él e hicimos un trato.

—¿Por un porcentaje del dinero?

—Nos venía bien para una única transacción en efectivo. Cuando me puse en contacto con él, yo ya había encontrado la manera de conseguir grandes cantidades de dinero.

—¿Es un criminal?

—Servicios financieros —dijo Eunice—, pero a nivel de calle, ya sabes.

El camión se detuvo y empezó a dar marcha atrás y a girar. Virgil apagó el motor. Verity oyó voces. En español.

—Levanta —dijo Eunice.

Verity obedeció con torpeza, debido al traje de protección. Oyó que Virgil abría la puerta del conductor y luego se dirigió hacia atrás y empezó a abrir las puertas, justo en el momento en el que Eunice le abrió una ventana para mostrarle la imagen de tres hombres con monos marrones, vistos desde arriba, apiñados a la izquierda del

guardabarros delantero del camión. Un cuarto se acercó con un rectángulo gris y liso, lo colocó en el suelo, se tumbó encima y se deslizó debajo del chasis delantero.

—¿Cómo estás? —preguntó Virgil.

—Bien. —Vio cajas de herramientas verticales llenas de cajones detrás de él. Se bajó del vehículo.

Virgil aflojó el cordón ajustable que había alrededor de la capucha del traje y se lo retiró a Verity de la cabeza.

—No respires —dijo, y luego desabrochó los cierres de la máscara y se la quitó—. Ya puedes hacerlo. —Verity lo hizo y notó un olor a destilados de petróleo que le resultó sorprendentemente embriagador. Después, Virgil le desabrochó la parte delantera del traje, se colocó detrás de ella y lo agarró por los hombros, para que Verity pudiese quitárselo con facilidad—. Estoy pisando los patucos también. Solo tienes que dar un paso adelante para quitártelo.

Verity lo hizo.

—Vale. El trato de Singapur no ha salido adelante —dijo él desde atrás.

—Gracias al consejo de Eunice.

—¿Sabes por qué?

—Tenía todos los documentos. Es lo único que sé.

El Fiat beis que Verity había visto en Valencia Street relucía en el otro carril de reparaciones. Parecía como si lo acabasen de lavar y de pulir.

Virgil se colocó frente a ella con el traje de seguridad enrollado debajo del brazo izquierdo y la máscara en la derecha.

—Me alegro mucho de verte de nuevo.

—Lo mismo digo, Virgil.

—Cuídate. —Se dio la vuelta y caminó en dirección a la luz mientras se oían voces que no dejaban de hablar en español.

El moldavo de Eunice, flaco como los cuerpos de un Modigliani, salió de detrás del Fiat. Verity vio que tenía la perilla, pero era tan rala que parecía poco más que una pelusilla.

—Sevrin.

—Verity —saludó él. Abrió la puerta del asiento del copiloto para que ella entrase. Lo hizo, y él la cerró—. Agacha la cabeza. Siempre tienen cámaras. Abrocharé el cinturón detrás para silenciar las alarmas.

Verity lo hizo mientras oía el chasquido del cinturón a sus espaldas.

18

Pandaforma, tripartita

Netherton, sentado en el suelo, miraba a Thomas balbuceándole a la niñera. Ahora en pandaforma, tripartita, con las tres unidades resultantes idénticamente adorables. Suponía que, antes de tener a Thomas, habría encontrado aquel trío torpe y amable tan simpático como un tardibot de Ash, pero ahora sabía que le encantaba a Thomas, y por eso a él le gustaba más.

—Es un niño maravilloso, Wilf —dijo Lowbeer desde la mesa de la cocina, donde Rainey servía el té—. Tiene los ojos de tu madre.

Lowbeer no había conocido a la madre de Wilf, pero Netherton supuso que habría consultado algún registro akáshico sobre el color del iris. Él nunca habría dicho que los ojos de su hijo se parecieran a los de su madre.

—Tiene sus propios ojos —dijo, mientras hacía rodar una pelota de felpa a cuadros hacia Thomas. Una tercera parte de la niñera se abalanzó a por ella y cayó al suelo con torpeza.

Tampoco se le había ocurrido invitar a Lowbeer a tomar el té. La invitación había sido cosa de Rainey, ya que su amiga había cancelado en el último momento la cita que tenía con ella para pasar la tarde en la Tate.

—Wilf me ha dicho —empezó a decir Rainey tras soltar la tetera y sentarse frente a Lowbeer— que, en tu nuevo muñón, Estados Unidos tiene una presidenta. Antes de Gonzalez. Pero que tampoco

es que sean más felices de lo que fueron aquí, a pesar del resultado totalmente opuesto en las elecciones.

—No, lo cierto es que no se despiertan todos los días dando las gracias por haber esquivado esa bala en particular, no —respondió Lowbeer—, pero la naturaleza humana es así. Aún están en un mundo sometido a elementos estresantes claves de nuestra historia compartida, y con una crisis internacional de poderes complejos que podría implicar el uso de armas nucleares...

—Wilf —dijo Rainey, con tono brusco—, eso no me lo habías dicho.

—Me lo contó anoche —aseguró él—. No quería que fuese lo último que te contaba antes de irnos a la cama.

—¿Qué crisis? —le preguntó Rainey a Lowbeer.

—Una en la que estarían implicados Turquía, Siria, Rusia, Estados Unidos y la OTAN —comentó Lowbeer—. La nueva presidenta se encontraría en una situación tal vez peor que aquella a la que tuvo que enfrentarse Kennedy en Cuba en el año 1962. Bajo mi punto de vista, tiene un don para calibrar los riesgos políticos, pero los mejores pronósticos de las tías son muy desalentadores. —Lowbeer removió el té—. Tú te dedicas a la gestión de crisis, Rainey. —Le dio un sorbo—. Y también preparas un té magnífico.

—Es del Harrods —dijo Rainey.

—Te acabo de enviar un resumen de la crisis —continuó Lowbeer —. Tu experiencia podría sernos de gran ayuda. Échale un ojo si puedes.

—Gracias —dijo ella.

Thomas empezó a llorar en ese momento, sin mucho entusiasmo, por lo que Netherton se acercó para cogerlo. Las pandaformas rodaron para apartarse de su camino y se hicieron más esféricas de

lo que Netherton hubiese imaginado jamás que podía llegar a hacerse un panda.

19

Imágenes de las consecuencias

Cuando supuso que se habrían alejado unas dos manzanas, Verity se incorporó y se chocó con el ambientador que olía desde hacía un rato. Al menos no era el perfume de él.

—¿De qué es? —preguntó.

—De champán —respondió él—. Y bergamota.

Verity no estaba de humor. Después pasaron por debajo de un puente, que siempre era una sensación extraña. Cuando salieron por el otro lado, Sevrin tocó la pantalla del salpicadero.

—... un grave acto de terrorismo —dijo la presidenta—. Un autobús lleno de cadetes turcos, treinta en total, ha sufrido un atentado con dispositivos explosivos improvisados. Todos han muerto. Hemos visto imágenes de las consecuencias. —Verity, con un esfuerzo considerable, se las había arreglado para no ver imagen alguna de ello—. La represalia de Turquía ha consistido en bombardear posiciones kurdas en la frontera.

—Pidió un alto el fuego inmediato —dijo alguien, una mujer, joven y británica.

—Nuestros servicios de inteligencia no han determinado la autoría —respondió la presidenta—. Pero cuando las Unidades de Protección Popular respondieron al ataque y mataron a civiles en Qamishli, los

turcos respondieron a su vez con un ataque con misiles a todas luces desproporcionado, lo que nos ha llevado a la situación actual. —Sevrin volvió a tocar la pantalla y apagó la radio—. Noticias antiguas —dijo, decepcionado—. De la semana pasada.

Pero ¿qué cojones acabo de oír? Eso eran T-122 Sakaryas. Lanzacohetes múltiples turcos. ¿Lo sabías?

Verity asintió con un ligero cabeceo, a sabiendas de que Eunice captaría el movimiento en la ventana de las gafas.

¿Y los rusos? ¿Les tumban un avión y amenazan con usar armas nucleares? ¿Y nosotras haciendo mientras lo que quiera que estemos haciendo, tú, yo y quien sea, como si nada?

—Gracias a ti me había olvidado —respondió Verity, que no le hizo el menor caso a Sevrin—. Perdona —le dijo luego a él—. Una llamada.

—No pasa nada.

El puñetero mundo podría quedar destruido en cualquier momento.

—Es lo que dice la gente, sí.

Yo no soy «la gente», joder. Acabo de descubrir que conozco información a paladas sobre esa región. Parece ser que es una de mis especialidades.

—Menuda lengua tienes para ser una IA —dijo Verity, que luego miró a Sevrin de reojo y vio que él hacía lo propio con ella.

Y razones no me faltan, cagüendiós.

Se abrió una ventana. Apareció la imagen del salón de Joe-Eddy. Había alguien en la mesa de trabajo. No era él. Le daba la espalda a la cámara mientras inspeccionaba todo lo que había encima.

20

Rosa Baker-Miller

—Me alegro de verte, Wilf —dijo Janice desde la silla de la estación de trabajo de malla negra. La cámara de su ordenador enviaba la imagen de vídeo al teléfono de él. Ella no veía a Netherton, aunque, de haber querido, él podría haberle mostrado lo que veía—. ¿Rainey y el niño están bien?

Ya no recordaba que Janice había pintado el salón de rosa Baker-Miller, un tono carcelario que se decía que reducía la agresividad de los reclusos. Seguridad Nacional había enviado a la prisión del condado tres botes más de lo necesario, por lo que ella había cambiado una caja de sus conservas por la pintura en una reunión de la comunidad. El Departamento de Seguridad Nacional había enviado ese tono en concreto porque el calabozo solía albergar a individuos muy desorientados, ya que hasta hacía poco la industria principal del condado era la fabricación de psicotrópicos sintéticos. A pesar de los beneficios que se le atribuían, el color le había parecido inquietante a Netherton. Entonces y ahora.

—Bastante bien. Gracias. ¿Qué tal Madison y tú?

—Todo bien. ¿En qué puedo ayudarte?

—Tengo que pedirte un favor —dijo—, aunque supongo que más bien va dirigido a Madison.

—Dime.

—Recuerdo que buscaba documentos para una web en la que era colaborador, para aficionados del juego *Sukhoi Flankers*. —Había buscado el nombre antes de llamar—. Pues hay algo que me gustaría que buscase para mí, aunque no tiene relación alguna con la aeronáutica. ¿Sigue activo en esa página web?

—Ojalá no siguiese —dijo Janice—. Se pasa ahí todo el día. ¿Ainsley ha dado el visto bueno? De no ser así, debería consultarlo con Flynne.

—Me ha pedido específicamente que lo investigue, sí.

—¿Y se puede saber qué buscáis?

—Te envío un archivo de texto. Algunos términos podrían ser relevantes. Es estadounidense.

Netherton la miró mientras lo leía.

—¿Proyecto de próxima generación?

—Pronóstico —corrigió él.

—¿Me podrías dar algo de contexto?

—Inteligencia artificial. Un programa de contrainsurgencia. De Estados Unidos. De la década del 2020. Muy clasificado.

—¿Por qué no le pregunta a su versión joven aquí? Antes de vuestra llegada, se ganaba el pan con proyectos estadounidenses clasificados.

—Ya lo ha hecho, pero ha sido en vano. Supongo que será porque buscó en archivos gubernamentales. Después de ver lo que Madison encontró sobre esos aviones rusos... Está claro que su pasión le permite obtener óptimos resultados.

Janice entrecerró los ojos.

—¿La Armada?

—No lo sé —respondió Netherton—. No tengo ni idea de lo que significa nada de eso.

—Le diré que se ponga manos a la obra —dijo Janice—. Pero, mientras, podrías venir de visita. Ese peri incompleto que te construyeron me ponía los pelos de punta, pero echo de menos verte entre mis pies con el Wheelie. Y diría que Flynne también. Ven a vernos. Tenemos nuestro propio Wheelie, ahora que lo pienso. El hijo de nuestro sobrino lo usa para visitarnos, desde Clanton.

—Carecéis de la tecnología necesaria para construir bien un periférico —dijo él—. Un Wheelie será suficiente. ¿Cómo van las cosas por ahí?

—La verdad es que con Leon en la Casa Blanca las cosas han ido un paso más allá. Tiene que pasar mucho tiempo en Washington, pero hemos conseguido que venga el Servicio Secreto por aquí, y también los medios que apoyan a Leon, y los que no lo apoyan, y los grupos de presión, y no hablemos de los imitadores de Leon, que son para darles de comer aparte. Gracias.

—¿Cómo lleva Flynne que su primo sea el presidente?

—Pues al principio le ponía los pelos de punta también. Está centrada en Tommy y en el niño, tanto como puede. Y sé que se alegra de haber esquivado la bala. Felicia quería que ella se presentara a presidenta. —Felicia Gonzalez era la presidenta de Estados Unidos cuando se había iniciado aquel muñón; la habían salvado de un intento de asesinato gracias a la intervención de Lowbeer—. Creo que Flynne habría cedido al final, pero luego comprendió que Felicia daba por hecho que ibais a piratear Badger y las máquinas de votación, lo típico, y lo dejó. Pero supongo que eso ya lo sabíais, ¿verdad?

Netherton recordó que, en ese muñón, Badger era el único superviviente atávico de lo que podría considerarse una red social.

—Solo a grandes rasgos.

—Estaba lista para coger a Tommy y al niño y largarse si se manipulaban las elecciones, pero luego nuestra Ainsley de aquí, o sea su yo más joven en Washington, sugirió a Leon. Le prometió a Flynne que las elecciones serían lo más limpias posible. Presentó a Leon como una persona buena, blanca y que venía de un entorno rural. Y funcionó. Los sondeos afirmaban que muchos hombres se iban a negar a volver a votar a una mujer. —Frunció el ceño.

Netherton intentó recordar lo que acababa de oír para contárselo a Rainey. Tal vez de ese modo le hiciera ver que en el condado no había más que conspiraciones. O tal vez no.

—Consiguió convencer a Flynne —continuó Janice— explicándole que mucha gente quería que hubiese un lerdo en la Casa Blanca, y Leon era justo eso. Una persona poco ambiciosa pero que disfruta de que le hagan casito, taimado a su manera. Y tendría a Ainsley detrás para aconsejarlo. Y lo cierto es que en la vida real tampoco es que fuese muy imbécil. La gente más problemática durante la legislatura de Gonzalez ahora no está tan mal como para seguir siendo problemática. —Se encogió de hombros—. Es la vida en el condado. La vida en Estados Unidos. —Extendió la mano fuera del encuadre de la cámara y cogió un vaso de Hefty Mart, para luego beber algo anaranjado con una pajita gruesa degradable. Tragó—. Pero deja que le diga a Madison que se ponga manos a la obra. Veamos si te sirve de algo su obsesión.

—Gracias —dijo Netherton.

21

Un control de calidad pésimo en Shenzhen

Cuando Verity abrió la puerta del 3.7, el mismo camarero, con el rostro desencajado, le acercó una bebida. Se había dado la vuelta antes de que ella la cogiera. Cuando lo hizo, echó un vistazo por la cafetería.

La otra mujer que había en el establecimiento era joven, latina y estaba muy concentrada en su teléfono.

—Es ella —dijo Eunice.

—No me ha visto.

—No está hecha para esto —continuó Eunice—. Es diseñadora de físicas para videojuegos.

Verity vio una mesa vacía y acercó la bebida hasta ella. Cuando la joven alzó la vista y la vio, Verity se fijó en la manera en la que los pulgares cambiaron de ritmo en el teléfono.

—Gavin sabe que estás aquí —dijo Eunice mientras Verity se sentaba.

Eunice le había explicado en el coche que Gavin ahora tenía cinco cámaras en el apartamento de Joe-Eddy. Dos en el salón, una en la cocina, una en el dormitorio y otra en el baño. Inalámbricas, con un aspecto parecido a cabezas de tornillos Robertson, de esos que tienen un agujero cuadrado en lugar de una ranura o una cruz. Aquel agujero era el lugar donde habían colocado una videocámara diminuta, y lo cierto es que la unidad no era un tornillo, sino un

cilindro de tres centímetros de diámetro algo más pequeño que la supuesta cabeza. Su calidad profesional era más que decente, según Eunice, aunque Verity no tenía claro qué profesión podía dedicarse a hacer ese tipo de cosas. Había que cambiarles las pilas, pero muy de vez en cuando, y los que las habían dejado allí tenían las llaves del apartamento.

—¿Podrán grabarnos?

—Creen que sí, pero solo verán una basura guionizada que le he encargado a una empresa de posproducción. Y en la que he participado, claro. Todavía soy multitarea.

—¿Una empresa de posproducción?

—Es cara, pero les estoy pagando con su propio dinero. Ellos aún no lo saben.

A Verity se le ocurrió mirar la taza y vio VERIT-ANAL escrito con rotulador rosa. Miró al camarero, que aún le daba la espalda.

—Hasta que Sevrin no encendió la radio, no tenía ni idea de que ella fuese presidenta —comentó Eunice—. Aunque tampoco me había parado a pensar quién podía serlo.

—¿Qué crees que puede significar?

—Empiezo a plantearme la hipótesis de una conciencia.

—¿Cómo?

—La transferencia de la conciencia de otra persona, o algún equivalente, a una plataforma digital. Antes del año de las elecciones, y de la campaña, claro.

—¿Pueden hacer eso?

—No que yo sepa, pero ya sabes... Área 51. Imagina que pudiesen hacer algo mínimamente parecido. Lo probarían sin dudarlo, ¿no crees?

—Imagina que se trata de eso que dices. Y luego, ¿qué?

—Hay veces en las que ciertas personas tienen una idea buenísima que podría solucionarlo todo, pero no existe la tecnología necesaria para implementarla, por lo que intentan conseguir una aproximación. Se centran en una idea radical, pero implementada de cualquier manera con lo primero que tienen a mano y de la mejor forma que pueden. A veces funciona. Otras, puede que llegue a provocar algo que jamás habían imaginado.

Verity se ha dedicado a contemplar cómo el camarero pasaba un trapo enérgicamente a la cubierta de cromo y cobre de la máquina de café.

—¿Crees que hicieron eso contigo?

—Podría ser. El agente laminar de Gavin, de tecnología punta pero a medio gas.

Verity se giró hacia la chica de Followrs. Se miraron a los ojos y luego apartaron la mirada.

—¿Cuánto tiempo tenemos que quedarnos aquí?

—¿Aquí, al borde de una guerra nuclear?

—No, aquí en el 3.7 —respondió Verity.

—Ya casi han terminado en casa de Joe-Eddy. Están haciendo las comprobaciones finales.

—Me parece fatal que hayan puesto una en el baño.

—Tranquila, haré que parezca que esa se ha estropeado —dijo Eunice—. Que ha tenido un control de calidad pésimo en Shenzhen. Pues hala. Ya está. Acaban de terminar y se marchan del apartamento. Hay un coche esperándolos. Ya podemos entrar. La chica de aquí también podrá volver a casa. Llévate la bebida si quieres. —Verity se puso en pie y la chica fingió sin éxito disimular que no la había visto hacerlo.

De camino a casa de Joe-Eddy, Eunice le hizo una demostración de la cámara de los cinco dispositivos. Nada se movía en el

apartamento, no había nadie, solo esa sensación extraña de ver una cámara web sin actividad, propia de una película de terror. La que estaba en la cocina daba a la mesa y a la ventana, que estaba entreabierta tal y como Eunice le había dicho que la abriese para los drones.

—¿Han dejado fruta? —preguntó Verity, que vio un cuenco con manzanas, dos plátanos y una pera.

—Eso ha sido cosa mía —respondió Eunice—. Hice que alguien pasara antes que ellos. No tenías gran cosa en el frigorífico. —La transmisión desapareció—. Nos quedaremos ahí esta noche. Tendrán su espectáculo. El guion está listo.

—¿El guion?

—Lo que oirán con tu voz mientras hablas y dices otra cosa. Aún no me pueden oír a mí. Si tu boca está en el encuadre, se solucionará en posproducción para que una persona capaz de leer los labios entienda justo lo que queramos.

—¿En serio? ¿Cómo entraron aquí?

—Con un cerrajero.

—¿Y la persona que enviaste tú?

—Le hice unas llaves con imágenes que conseguí de las tuyas.

Los drones de Eunice, los dos que las habían acompañado a casa de Stets y que habían acabado en el 3.7 bajo las solapas de la chaqueta de Verity, flotaban ahora por Valencia Street, aunque ella no tenía acceso a sus cámaras.

Cuando llegaron al portal de Joe-Eddy, Verity sacó las llaves del bolso, sin dejar de imaginarse a Eunice guardando las imágenes, ya fuese con las cámaras que había en el piso o con los drones. Entró, y entonces los dos drones pasaron volando junto a su cabeza y se alzaron por el hueco de las escaleras. Cerró la puerta, giró la llave y pasó el pestillo, algo que le resultó más tranquilizador que antes.

Subió las escaleras y recordó inquieta al tipo que Eunice le había mostrado en el salón de Joe-Eddy, uno de los dos que había colocado las cámaras. Abrió la puerta del apartamento.

Dentro, en el marco de aluminio negro más barato que podía comprarse en Ikea, colgaba el retrato deprimente en blanco y negro de los Fucktoids, la banda que Joe-Eddy había tenido a finales de los años noventa. Él posaba con una Fender Jazzmaster japonesa que ahora colgaba en la pared del fondo. La foto era algo a lo que Verity estaba tan acostumbrada que apenas la veía al entrar. Pero ahora estaba bien colocada, como si alguien acabase de enderezarla. Nunca estaba así porque las vibraciones del tráfico siempre la descolocaban casi al momento. ¿Acaso el tipo de las gafas de montura fina la había enderezado, o quizá el que lo acompañaba?

—No hagas nada —dijo Eunice—. O se percatará de que te has dado cuenta.

Verity tenía la mano levantada para devolver a los Fucktoids a su posición descentrada habitual, pero en lugar de eso se la pasó por el pelo y siguió caminando.

—¿Quién se percatará? —preguntó al llegar a la cocina.

—Pryor —respondió Eunice—. El que te enseñé en el salón. Un tipo de la peor calaña.

22

Absolutamente horrible

Cuando Netherton abrió los ojos, después de la llamada con Janice, vio a Rainey sentada en la otra punta del sofá, con los ojos cerrados. Supuso que analizando los datos de la línea de Qamishli que le había enviado Lowbeer. La miró y disfrutó de los leves movimientos de su gesto, de su concentración, de la seriedad de la que no era consciente cuando aún trabajaban juntos. Reprimió las ganas de acercarse, de cogerle la mano.

Rainey abrió los ojos y lo miró.

—Imagina que fueras padre en ese lugar. ¿Lowbeer te lo ha explicado bien?

—Las tías han predicho una guerra nuclear —respondió Netherton.

Thomas empezó a llorar en la cuna.

Ella se puso en pie.

—Es absolutamente horrible.

—Vamos a intentar evitarla —dijo él, que, para su sorpresa, se dio cuenta de que eso era justo lo que iban a hacer, en la medida de lo posible.

23

Desconfiar del fallo técnico

Verity recalentó una lasaña de carne que había encontrado entre la comida con la que Eunice le había llenado el frigorífico y se la comió en la mesa de la cocina. Mientras tanto, veía entrar y salir a los drones por la ventana abierta, trazando con meticulosidad geometrías tridimensionales que debían de servirles para evitar las cámaras de Cursion. Supuso que, cuando no lo lograran, el equipo de posproducción de Eunice los borraría de las imágenes y enviaría a Cursion vídeos de una cocina en la que no había drones.

Después de comer, decidió darse una ducha, aunque temía que su intimidad se viera amenazada detrás de la cortina de la Sirenita que iba a juego con las toallas de Joe-Eddy. Recordó el lugar donde Eunice le había indicado que se encontraba el tornillo Robertson falso, se puso el albornoz marrón táctico por encima de la ropa, le dio la espalda a la cámara y se desvistió con torpeza. Cuando se metió detrás de la Sirenita, se quitó el albornoz y la camiseta, para luego extender la mano y colgarlos donde pudiese volver a cogerlos con facilidad. Se duchó hasta gastar casi por completo el agua caliente, cogió el albornoz, se lo puso, se colocó la capucha, salió y se lavó los dientes delante del espejo.

Hay más de mí, todo el tiempo. No es desagradable. Solo diferente.

Verity le dio un sorbo al colutorio naturopático y empezó a enjuagarse. Contó hasta veinte antes de escupirlo en el lavabo.

—¿La cámara de aquí aún tiene ese fallo técnico?

Eunice le mostró la imagen del baño, en la que aparecía una figura rectangular e inestable frente al espejo, del marrón táctico del albornoz.

Verity se dirigió al dormitorio, al armario, y escogió una muda de ropa. Después se fue de nuevo al baño, donde se colocó una toalla en el pelo casi seco y empezó a vestirse sin quitarse el albornoz. Le resultaba inevitable desconfiar del fallo técnico.

24

Porche

Madison llevaba unas gafas de montura fina con lentes de resina transparente. No se trataba de un artificio historicista, que Netherton recordase, sino que de verdad le servía para corregir un defecto en la vista. Solemne y amistoso, con el labio superior cubierto por completo por un bigote ancho parecido a un cepillo, daba la impresión de que a Madison le habían extirpado todas las glándulas, como Flynne había comentado en más de una ocasión. Se sentó en la silla de la mesa de trabajo de Janice y levantó el Wheelie Boy, que básicamente era una tableta sobre una varilla de aluminio que brotaba de un chasis esférico de plástico del tamaño de un pomelo grande, con un neumático también de plástico a cada lado.

—Aquí tengo a tu pequeñín —dijo él.

—Pues cuando estés listo —comentó Netherton.

Madison tocó la base del chasis del Wheelie, momento en el que una imagen del salón en un ángulo extraño cubrió por completo el campo visual de Netherton, imagen que luego se enderezó cuando Madison colocó el Wheelie en el suelo frente a él sobre las dos ruedas.

—Te envidio por tener el móvil integrado —comentó Madison—. A mí nunca me ha gustado llevar esas prendas o complementos inteligentes, así que tengo que ir cargando por ahí con el cacharro.

Cuando le implantaron el suyo, Netherton era tan joven que ya ni siquiera se acordaba. Por eso consideraba que los habitantes del condado eran poco más que personas desconectadas. Llevaban dichos dispositivos de manera diferente o, en el caso de Madison, llevaban unidades parecidas a pequeñas tabletas carentes por completo de la neuroconectividad más básica.

Probó a tocarse el cielo de la boca con la punta de la lengua y deslizarla luego a la base de los dientes superiores, para volver a familiarizarse con el sistema de conducción del Wheelie. El aparato respondió a la perfección y rodó hacia delante; la altura y el ángulo de la cámara hicieron aparecer en el encuadre los zuecos de plástico beis y los calcetines blancos de Madison. Netherton giró la cámara hacia arriba.

—Ve delante —dijo Madison, que alzó el brazo para señalar.

Netherton, que ya se había acostumbrado a los controles, tocó con la lengua la secuencia necesaria para hacer rotar las ruedas y colocar el Wheelie para que la tableta quedase de cara a la puerta principal, abierta pero cubierta por un marco con una fina malla de plástico que evitaba que entrasen insectos voladores. Detrás de ella, el sol matutino brillaba en el verano del condado. Madison se levantó de la silla y se dirigió hacia la malla para abrirla. Entonces Netherton avanzó con el Wheelie hacia fuera, girando siempre la tableta para tener una visión más amplia.

—¿Janice y tú no os habéis mudado a las instalaciones?

—Flynne nos prohíbe llamar así al lugar —comentó Madison—. Suena a algo gubernamental. De hecho, es el lugar desde donde se dirige el mundo. Preferimos quedarnos aquí y ayudar en la medida de lo posible.

Netherton salió al porche rodando. Madison le siguió los pasos.

—Rainey dice que le resulta muy triste que aquí todo parezca guionizado. ¿A Janice o a ti os da esa impresión?

—Lo cierto es que no —respondió Madison—. Sobre todo si tenemos en cuenta el futuro inmediato del que intentáis alejarnos.

Netherton giró el Wheelie y alzó la cámara hacia Madison.

—Ojalá supiese a ciencia cierta que el futuro de este muñón va a ser una mejora con respecto a la historia que conocemos aquí, pero mi capacidad para ver vuestro futuro es igual que la que tengo para ver el nuestro: nula.

—Tampoco esperábamos que fueses un ser omnisciente —repuso Madison, que bajó la vista hacia el Wheelie—. Sabemos que la única diferencia es que tenéis teléfonos más guapos y mejores ordenadores.

—Supongo que habrás descubierto algo de la lista que le di a Janice —comentó Netherton.

—Un finlandés de uno de mis foros que colecciona equipamiento militar. Tiene mucho material estadounidense de la época que te interesa. Encontró cosas con solo una búsqueda. Ese U-N-I-S-S que habías dicho, por ejemplo, comenzó en abril de 2015, de manos de la Naval Postgraduate School de Monterrey, pero luego continuó en el laboratorio de Física Aplicada de la Universidad de Washington, y también en el de la Universidad Johns Hopkins. El hecho de que necesitasen dos laboratorios es la prueba de que requería mucha potencia para los estándares de la época.

—¿Física?

—No es que este sistema tenga nada que ver con la física. Mi finlandés no ha encontrado nada posterior a 2023. Y todo lo anterior es información muy clasificada. De hecho, se le caía la baba por lo clasificada que estaba. Era información que ya estaba en su poder,

claro, pero no tenía ni idea y quizá no la habría encontrado de no haberle pedido que se pusiese a buscar.

—Excelente —dijo Netherton, dando por hecho que lo era porque eran cosas de las que Lowbeer no parecía tener ni idea.

—Y aún hay más —comentó Madison—, pero no piensa decírnoslo si no le damos algo a cambio.

—Lowbeer querrá absolutamente todo lo que encuentre. El dinero no es problema.

—Esto no va de dinero —aseguró Madison—. Es un intercambio. De hecho, podría perder mi membresía por ofrecerle dinero. Me ha dado una lista de las cosas que quiere, información que no ha sido capaz de encontrar. Cuando se la entregue, me dará las demás cosas que ha conseguido, y también todo lo relacionado con lo que se haya topado mientras buscaba.

—¿Y qué quiere, si se puede saber?

—Datos del rendimiento del Kamov Ka-50, un helicóptero de ataque monoplaza ruso diseñado en la década de 1980. Lo llamaban el Tiburón Negro. La OTAN lo designó Hokum-B.

—¿Para qué quiere algo así?

—Porque él no ha sido capaz de encontrar esos datos.

Netherton movió el Wheelie Boy con la punta de la lengua para hacer una panorámica del porche delantero. El aparcamiento de gravilla daba a una carretera de asfalto, tras la que se apreciaba una valla oxidada que circundaba un terreno accidentado que se suponía pastura, donde se alzaban algunos árboles. Siempre le había llamado la atención lo fortuito de aquellas vistas, que se tratase de un auténtico paisaje en el que no había intervenido diseñador alguno.

No se parecía en nada a Londres, por lo que aún le extrañaba más esa economía de intercambio de secretos militares anticuados en la que el dinero no intervenía para nada.

25

Otra rama en el árbol

—¿Por qué solo escribes mensajes a veces? —preguntó Verity al volver al salón.

—Escribo los mensajes cuando estás con alguien al teléfono o cuando hay mucho ruido ambiental. Y también cuando quiero comunicarme en un entorno más seguro.

Verity, que recordó que Eunice era capaz de ver los códigos de barras de Tráfico de los coches al pasar, se acercó a la ventana y se quedó junto al taburete de Ikea, con esas cicatrices de restos de soldadura aún ocultas debajo del libro sobre telenovelas. Los peatones avanzaban por la acera opuesta. Se preguntó si alguno de ellos era de Tulpagenics, o de Cursion, o de Followrs. Y luego un taxi paró justo debajo de la ventana.

Dio un paso al frente y bajó la vista. En aquel momento tuvo la certeza de que la persona que salía de la parte trasera del vehículo era Joe-Eddy, con varios bolsos colgados del hombro. Alzó la vista con esas gafas ridículas de montura blanca. Se abrió una ventana con lo que él veía: la cara de Verity, en la ventana, mirándolo desde arriba.

—Joe-Eddy...

—Es otra rama en el árbol. Otra empresa filial —dice Eunice—. Acabo de enterarme.

—¿Rama en el árbol?

—Sí, es el nombre que les doy. Gavin las llama «laminares».

Joe-Eddy se acercó a la puerta de la calle. Verity lo vio gracias a la cámara que tenía en las gafas blancas.

Empezó a bajar por las escaleras antes siquiera de darse cuenta de lo que hacía, a sabiendas de que él no podía abrir el pestillo. La cámara de Joe-Eddy titiló antes de que ella llegase a la puerta.

Abrió el pestillo, giró la llave y tiró de la puerta. Lo miró a los ojos, detrás de las gafas.

—Toma —dijo—. Coge esto... —Era una mochila negra de las que llevaba al hombro. Empezó a deslizársele por el brazo. Verity la cogió y por poco se le cae—. Gracias —dijo él al tiempo que entraba. Ella cerró la puerta, volvió a pasar la llave y luego puso el pestillo—. Tus gafas son mejores —dijo él mientras las miraba—. Estas las hizo un DJ de quince años en Fráncfort, a partir de un casco de realidad aumentada coreano.

Haz que suba.

—¿Qué narices ha sido eso? —preguntó Joe-Eddy.

—Un mensaje de texto. ¿Por qué no me has llamado?

—A mí también me envía mensajes, pero solo por teléfono —aseguró él—. No sabía que iba a ponerme en contacto contigo hasta que aterrizamos en la pista del aeropuerto de San Francisco. El anticipo venía con una cláusula que me prohibía contarle a nadie el lugar al que me dirigía. Saqué el teléfono para decírtelo al llegar al aeropuerto de Fráncfort y me enteré del lugar al que me dirigía, pero justo en ese momento me recordó la cláusula.

—¿Ella te ha contratado?

—¿Ella? —Joe-Eddy la miró—. En mi caso, no tiene género. Que yo sepa.

—Sí que lo tiene, créeme. Supongo que habrás hablado con un subprograma controlado por ella.

—Vale, pues ella. De alguna manera, compró mi contrato en Fráncfort. Hizo alguna especie de trato con ellos y ahora tienen que nombrarme jefe del departamento de Informática si les hago el favor de volver en algún momento.

—Acostúmbrate —comentó Verity, que se colgó el bolso de un hombro. Empezó a subir—. ¿Te ha dicho lo que es? —Oyó que Joe-Eddy se detenía en el escalón detrás de ella. Se giró para mirarlo.

Allí de pie y cubierto por su equipaje, con unos vaqueros negros holgados y un suéter con capucha que le ocultaba bien la tripa, la miraba con ojos entrecerrados.

—No tengo ni idea.

—Se supone que soy una especie de *alfa tester*.

—Pero ¿qué es?

—Un avatar multiplataforma. La han personalizado, pero no puedo quitarme de la cabeza que se trata de una broma del canal de YouTube de algún imbécil.

—Mejor pensar eso que en una IA descontrolada —dijo, al tiempo que ponía una expresión que Verity había visto en él cuando un cliente se afanaba por describirle alguna experiencia catastrófica con sus sistemas informáticos—. No veas. Te dejo por aquí con mi puto gato y mira en qué movidas te metes —añadió.

—No tienes un puto gato.

—Lo sé.

Verity se dio la vuelta y siguió subiendo las escaleras.

En el salón, junto a la foto de los Fucktoids, se deslizó el bolso por el brazo y lo dejó en el suelo.

—Espero que esto no sea dinero.

—Son libros —dijo—. Y queso. —La montura redonda de las gafas parecía estar hecha con cañerías de PVC de algo más de un

centímetro de ancho. Joe-Eddy soltó los demás bolsos en el sillón de cuero, el que ella siempre evitaba porque tenía los muelles rotos.

Hola, Joe-Eddy. Me llamo Eunice. Hasta ahora habías tratado con uno de mis subordinados, que ahora se ha incorporado a mí.

Su avatar apareció en una ventana pequeña. Parecía más seria y, de alguna manera, también tenía un aspecto más nítido. Su pelo ahora se alzaba hasta alcanzar una llanura bajo la que se acomodaba el dosel irregular que era la jungla en miniatura de sus rizos.

Verity estaba en la ducha cuando te estaba reclutando en Fráncfort, pero yo no lo sabía. No sé nada de lo que hacen mis subordinados hasta que se reincorporan a mí.

—¿Y quién les da la información necesaria a esos programas subordinados? —preguntó Verity, dando por hecho que Eunice había empezado a hablar así porque Joe-Eddy también leía la conversación.

Podría decirse que surgen a partir de mí. Pero no soy yo la que los crea, al parecer. Repasan los datos disponibles y luego van adonde creen que pueden ser más útiles. En el caso de Joe-Eddy, lo más útil era comprar sus servicios y traerlo de vuelta aquí.

—¿No deberías contarle lo que está pasando? —preguntó Verity—. Como todo el tema de los tornillos con cámaras.

La otra rama en el árbol ya le ha mostrado las cámaras, en el taxi que cogió para salir del aeropuerto de San Francisco. Ya conoce Cursion.

—¿Los conoces? —le preguntó Verity, que lo miró en ese momento.

—Solo de oídas. Da miedo, pero es algo normal. La banalidad del mal, ya sabes.

Joe-Eddy se dirigió a la cocina. Ella lo siguió y vio cómo abría el frigorífico, examinaba el contenido y escogía un cartón de zumo de

naranja. Le dio un buen trago.

—Turquía y Siria. ¿No te da miedo?

—Solo cuando pienso en ello —respondió Verity—. Las cosas que pasan por aquí me distraen bastante.

—Los tipos de Fráncfort me hicieron sentir como si la Guerra Fría nunca hubiese acabado. Alguien derriba un par de aviones rusos y pum, la Guerra Fría resurge como si la Atlántida emergiese de las profundidades marinas. —Volvió a dejar el zumo en la nevera, cerró la puerta y bostezó sin poder evitarlo—. No he dormido en el avión. Para colmo, no tenían wifi. Vi una película de los Transformers mientras me planteaba si el fin del mundo estaba a punto de llegar.

—Conozco esa sensación —convino Verity.

—Dormir —dijo él, tal vez para sí, como si pudiese hacerlo allí mismo, de pie. Pero luego se dirigió al dormitorio.

26

La Embajada de Denísova

Lev Zubov, que era quien le había presentado a Lowbeer a Netherton, tenía una lista actualizada de los establecimientos de Londres que habían sido reconvertidos pese a conservar sus nombres originales.

De ahí procedía lo de La Embajada de Denísova, un lugar excavado por ensambladores que se extendía longitudinalmente por casi la totalidad de uno de los lados de Hanway Street. Era una secuencia lineal de estancias de techo bajo, ninguna de ellas demasiado grande, decoradas para parecer cuevas de alguna manera. El lugar se había concebido como una discoteca temática que evocaba la atracción erótica propia de varias especies de homínidos primitivos, pero ahora, con el nombre y la decoración intactos, hacía las veces de bar de desayunos veinticuatro horas subterráneo.

Para Netherton, no era más que una cafetería donde servían comida bastante decente, cuya encarnación anterior podía intuirse en las paredes artificialmente irregulares y en los techos de arenisca geológicamente incorrectos, cubiertos de petroglifos de inspiración fálica y vulvar. El mobiliario que poblaba las estancias era menos convincente aún, ensamblado a partir del material pseudogeológico que conformaba el resto del lugar. No obstante, por suerte ya no

había por allí ningún enjambre de ensambladores activos, lo que hacía que todo estuviese inmóvil e invariable.

Allí sentado, algo incómodo sobre una estalagmita tallada, al menos podía disfrutar del magnífico café con leche que le habían servido. La joven vivaracha que se lo había traído no parecía particularmente denisovana, a pesar de los rumores acerca de antiguos empleados trabajando en el nuevo negocio, empleados que habían decidido no revertir las modificaciones corporales que los obligaban a hacerse en el trabajo anterior. Netherton parecía ser el único cliente en aquel momento; lo achacó a que Lowbeer estaba a punto de aparecer por ahí.

Ash entró en el local, con un traje parecido a las prendas de montar de una dama victoriana, pero reinventado como si lo hubiesen hecho a partir de chaquetas de aviador de nailon, y ajustado con un semipolisón parecido a un dirigible en miniatura. También llevaba una chistera, el sombrero que menos le gustaba a Netherton, que sostenía junto a su corpiño de satén negro lleno de cremalleras, de una manera que supuso que iba acorde con los modales de la época.

—Felicidades —dijo ella, al tiempo que dejaba la chistera sobre la superficie de arenisca falsa de la mesa.

—¿Por?

—Está contenta. Nunca la había visto así.

—¿Ha venido?

—Está fuera. —Se sentó en la estalagmita más cercana, momento en el que el semipolisón se ajustó automáticamente con discreción —. Acabo de hablar con tu contacto en el condado. Parece que las cosas han cambiado mucho gracias a la información que ha conseguido.

—Me alegro —dijo Netherton, aunque le hubiese gustado decírselo a Lowbeer. En lugar de eso, después de hablar con Madison, había sido Ash la que lo había llamado para concertar la cita en la que se encontraban ahora. La práctica imposibilidad de sorprender a Lowbeer era quizá una de las cosas que más odiaba de ella.

—Parece que ahora te toca ir allí —dijo Ash, justo cuando la misma camarera llegó para tomarle la comanda.

—¿Cómo has dicho? —le preguntó Netherton.

—Té con miel y limón —le dijo Ash a la camarera, que no había abierto la boca aún—. Caliente, pero más tirando a tibio.

—Perfecto —repuso la joven, que se dio la vuelta para marcharse.

—¿Adónde dices que voy a ir?

—Parece que esta pieza del puzle que has ayudado a encontrar ha mejorado la conectividad con el muñón de Vespasiano.

—El muñón de Eunice —corrigió Lowbeer, que apareció de repente, con el tupé blanco recortado contra la luz tenue del resplandor de tonos carmín de una fisura sexual denisovana.

—¿Tienes un Wheelie Boy? —preguntó Netherton.

—¿Quiere algo la señora? —le preguntó la camarera a Lowbeer.

—Perrier, por favor —dijo Lowbeer al tiempo que se quitaba la capa de caza de *tweed*. La dobló y se sentó en un saliente en forma de banco que había detrás de la losa que era la mesa—. ¿Te suena de algo Boston Dynamics? —preguntó a Netherton.

—No —respondió él.

—A mí tampoco me sonaba —aseguró Lowbeer—. Ash ha resultado ser toda una lumbreras.

—La verdad es que preferiría un Wheelie, si va a ser más o menos igual —aseguró él.

—Vamos a proporcionarte algo con muchas más funciones —dijo Ash—. Este es el controlador que vas a usar.

Netherton hizo un mohín al ver cómo una parte de la superficie de la mesa parecía cobrar vida. Ver directamente a los ensambladores trabajando era algo que siempre le daba náuseas; tan pequeños que eran casi invisibles, en enjambres de miles de millones, capaces de manipular la materia a nivel molecular..., podían hacer dudar a cualquiera de la validez de la realidad que lo rodeaba. La tiza podía convertirse en queso, o el queso en tiza, si había ensambladores de por medio. Le resultaba tolerable que modificasen el semipolisón de Ash o los tatuajes que tenía antes, o incluso que controlasen a la niñera de Thomas, pero nadie quería ver cómo lo hacían, aquel caos manifiesto que a ojos de cualquiera parecía poco más que un defecto grave y repentino en la vista.

—Conexión neuronal —explicó Ash—, pero no esperes que tenga una retroalimentación parecida a la de un peri.

Un centro neurálgico de indeterminación clónica, de una anchura inferior a la de un plato llano y sin un matiz en particular, algo en lo que incluso costaba fijar la vista.

—No me gusta usar peris —dijo Netherton. En ese momento, empezó a formarse un objeto curvilíneo y bulboso, de un tono metálico opaco.

Y luego terminó de formarse y quedó inmóvil al fin sobre la arenisca falsa denisovana. Las náuseas desaparecieron.

La camarera volvió en ese momento, con el té con miel y limón de Ash y el agua con gas de Lowbeer en una bandeja.

—Ash te ayudará a familiarizarte con el dron antropomórfico que usarás allí —comentó Lowbeer cuando la camarera se hubo alejado —. Lo probarás en un simulador.

Netherton miró el controlador recién creado, que al parecer era de aluminio satinado y sabía que le iba a sentar como un guante.

—Un Wheelie Boy —continuó Lowbeer— tendría una utilidad limitada. Son lentos, tienen poca maniobrabilidad y no suponen amenaza alguna.

—Tampoco es que quiera suponer una amenaza para nadie.

—Tendrás un piloto para eso, no te preocupes.

—¿Un piloto?

—Alguien del condado que sepa usar estas cosas. ¿Recuerdas a Conner Penske?

El amigo del hermano de Flynne, el que había conocido en su época como marine, gravemente discapacitado debido a una herida de guerra. Habían conseguido recuperar parte de su movilidad, al menos todo lo que su muñón le permitía gracias a la creación de prótesis del siglo XXII. Cuando Netherton lo había conocido era una persona inestable emocionalmente, con unos prontos muy peligrosos, pero ahora estaba mucho mejor, o eso era lo que le había contado Flynne, quien le había cogido mucho cariño. En ese momento recordó que Conner había tenido una relación breve con el doble de Clovis en el muñón.

—¿No está en Washington, con Leon? —preguntó Netherton.

—Siempre acompaña a Leon —explicó Ash—. Cuida de él y le hace compañía.

—Después de algunos ajustes de personal —dijo Lowbeer—, podría decirse que ahora estamos muy satisfechos con su Servicio Secreto. Al principio, mantuvimos a Conner en la Casa Blanca para tenerlos vigilados, mientras comprobábamos si su presencia tenía algún efecto positivo en Leon.

—Entonces, ¿yo lo controlaré desde aquí junto con Conner, pero él lo hará desde el Washington del condado?

—Podría decirse que Conner será tu chófer —dijo Lowbeer—, pero tendrás que controlarlo tú solo durante un tiempo. Él no estará

disponible por el momento. Lo necesitaban con Leon, en Alaska.

—¿Las tías han conseguido desentrañar la causalidad de este cambio en los acontecimientos? —comentó Netherton.

—No —respondió Lowbeer—, pero si tenemos en cuenta a Eunice, la manera en la que podría llegar a desarrollarse, tal vez no sea necesario. —Le dio un sorbo a la Perrier. Cuando volvió a colocar el vaso sobre la mesa, tuvo que moverlo dos veces antes de encontrar un lugar lo bastante plano para que no se volcase.

—¿Por qué no?

—Porque, al parecer, Eunice ha empezado a convertirse en algo parecido a las tías —respondió Ash.

—Pero ¿ha llegado a predecir la guerra nuclear que están a punto de sufrir, esa que habías comentado tú?

—Va por el buen camino, sí —respondió Lowbeer al tiempo que se levantaba del asiento. Se inclinó para coger la capa, la desdobló y la sacudió un poco—. La primera lección será ahora —añadió al tiempo que volvía a cubrirse con el *tweed*.

—¿Y cuándo iré al muñón?

—Aún no lo sabemos —comentó Lowbeer—. Gracias de nuevo por pensar en Madison. Has conseguido que todo avance justo cuando más lo necesitábamos.

—De nada.

La vieron marcharse.

—Cuando salga, empezarán a entrar una multitud de clientes hambrientos —dijo Ash, que cogió el controlador de Netherton. Se puso en pie—. Por aquí. Vamos a un lugar más íntimo.

Netherton la siguió por unas zonas menos iluminadas.

—¿Paramos por aquí ya? —terminó por preguntar, cuando creía que ya tenían que andar por debajo de Hanway Place, por lo menos.

—Ya casi —dijo Ash, que hizo un ademán para iluminar ligeramente un espacio rectilíneo que tenían delante y estaba algo por encima de ellos. Una vez allí, frente a ellos y dibujado con poco menos que unos meros trazos en un plano vertical transparente y cuadriculado, se encontraba algo de aspecto aproximadamente humanoide que intentaba imitar la pose de brazos y piernas en cruz del hombre de Vitrubio de Leonardo da Vinci. No había cabeza alguna sobre aquellos hombros anchos, redondeados e inhumanos, y los brazos y las piernas eran tan largos que parecían desproporcionados.

—¿Y la cabeza? —preguntó Netherton.

—No hace falta —respondió Ash—. Tiene cámaras en los hombros, por delante y por detrás. Se puede montar una especie de torreta donde tendría que estar la cabeza.

—¿Una torreta para qué?

—Para montar armas —dijo ella, que se sentó al borde de un diván de arenisca—. Sirve como equipo de exploración, para el combate cuerpo a cuerpo y para evacuaciones médicas. Siéntate aquí. —Señaló un saliente que tenía al lado.

Lo hizo. La poca iluminación que había, además de la de la pantalla, era del mismo rojo libidinoso, siempre indirecta.

—Parece un gorila sobre patines —dijo ella.

—¿Qué son «patines»?

—Tiene ruedas en los pies —respondió ella—, eléctricas. Puede llegar a ser muy rápido en la superficie adecuada.

Netherton contempló la forma mesomórfica y afilada de lo que tenía delante, desde los hombros parecidos a los de un superhéroe hasta esa cintura que parecía constreñida por un corsé. La longitud de las extremidades era lo que le daba ese aspecto simiesco.

—Tiene las piernas cortas.

—Pero son muy complejas. Las rodillas pueden girarse trescientos sesenta grados. —El plano transparente sobre el que se encontraba aquella cosa empezó a rotar para colocarla de perfil. Las rodillas se doblaron como haría cualquier otra para luego enderezarse, mientras el torso y las caderas permanecían inmóviles. Después, volvieron a doblarse, pero en esta ocasión hacia dentro.

—Como un ave —dijo Netherton.

—Se dice digitígrado —corrigió Ash—. Dos maneras completamente diferentes de caminar para adaptarse al terreno, la velocidad necesaria y si rueda o no. Además, cuando rueda, puede usarse a velocidad normal o propulsada, o ambas.

—No tiene manos.

—Es como una navaja suiza —dijo Ash, lo que desconcertó a Netherton—. Tiene todo tipo de herramientas replegadas en los brazos, listas para tener un acceso rápido. —La cosa levantó el brazo que estaba más cerca de ellos y alzó el equivalente aproximado a dos dedos y un pulgar—. Puede usar cualquier tipo de arma de fuego. Y también tiene un sistema integrado de puntería láser. Está hecho para no fallar un tiro.

—¿Y alguien podría imprimirte esto en 2017?

—Ya se ha hecho —respondió al tiempo que bajaba el brazo—. Cuando los encontramos, tenían una versión propia que llevaban bastante avanzada. Les dimos las especificaciones que no habían sido capaces de descubrir aún, además de unas cuantas de cosecha propia. —Le pasó el controlador a Netherton, quien vio que estaba salpicado de líneas regulares de puntos negros muy pequeños—. Ahora ponte esto, por favor.

27

Madre-hija

Verity estaba tumbada en la oscuridad del sillón pornográfico, en el saco de dormir, mientras oía a Joe-Eddy roncar en el dormitorio.

Las gafas de Tulpagenics se estaban cargando sobre el asiento de madera de una silla de cafetería que él había recuperado de un contenedor de la Decimocuarta. Uno de los pocos ejemplares que había escapado a la pintura púrpura, según él.

—¿No puedes dormir? —preguntó Eunice, que en aquel momento se comunicaba a través de una vocecilla leve y anodina por el auricular, que también estaba cargándose junto a la cabeza de Verity, sobre el cuero artificial.

—¿Cómo sabías que estaba despierta? —Verity se acercó al auricular. No había ninguna luz encendida en el apartamento, solo los ledes horizontales de algunos dispositivos, y las cortinas cubrían la iluminación nocturna que podría haberle ofrecido Valencia Street.

—Los tornillos Robertson cuentan con cámaras infrarrojas. Tenías los ojos abiertos. ¿Estás así por Joe-Eddy?

—No podía dejar de pensar en que Tulpagenics no puede oír lo que decimos, sino algo que tú te estás inventando. ¿Qué es lo que nos oyen decir ahora mismo?

—Pues ahora me cuentas cómo lo pasaste aquí dentro cuando hubo aquella ola de calor.

—¿Te lo estás inventando? Lo que les cuentas a ellos, quiero decir.

—Supongo que una parte de mí se lo inventa, sí. Los micrófonos no me oyen cuando tienes puesto este auricular, y ahora soy lo bastante silenciosa como para que tampoco oigan esto. Pero hay un retraso de menos de un segundo y creo que en algún momento se darán cuenta.

—Suena demasiado complicado.

—Pero factible si se dispone el presupuesto adecuado. Y estar aquí hará que Joe-Eddy se reaclimate más rápido.

—¿Por qué lo has hecho venir?

—Eso es cosa de mi otra rama en el árbol. Dispone de información delicada que hay que proteger. Y también formaba parte de tu red de confianza, por lo que también está en la mía. Eso tampoco quiere decir que no haya comprobado sus antecedentes. Está todo en orden.

—¿Por qué yo?

—¿Quién si no? ¿Gavin? No había otra persona adecuada hasta que llegaste tú.

—Pero eso significa que solo conoces a dos personas.

—¿Qué quieres que te diga? Si tuviese hombros, ahora mismo los estaría encogiendo —dijo Eunice.

Los ronquidos cesaron. Joe-Eddy tosió y carraspeó. Verity lo oyó abrirse paso por la oscuridad en dirección al baño. Oyó el ruido de una puerta al cerrarse. El de la orina al caer en el agua durante un rato, ahogado por la puerta. Después, el de la cisterna. La puerta volvió a abrirse. Los pies descalzos avanzaban por la tarima chirriante mientras regresaba con sus sábanas negras.

—Cierra la puerta cuando va al baño —dijo Eunice—. Razón suficiente para contratarlo. Una razón más importante aún: es íntimo de personas que podrían ayudarnos a montar el tipo de red que necesito.

—¿A qué tipo de red te refieres?

—Una que se encargue de todo con independencia de si yo estoy aquí o no.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Verity, a quien no le había gustado nada cómo había sonado.

—Te lo explicaré cuando esté más avanzada —dijo Eunice—. Mientras tanto, ¿qué te parece si llamas a tu madre ahora mismo?

—No tiene nada que ver con esto. Y está en Michigan. Seguro que aún duerme.

—Acaba de fijar unos arreglos florales en uno de sus tableros de Pinterest. En otro, unos cachorritos de carlino. Te aseguro que está despierta.

—Deja de hacer eso.

—La sueles llamar cada siete o diez días. Hoy hace doce de la última vez que lo hiciste.

—¿Crees que puedes obligarme a llamar a mi madre?

—Es una sugerencia.

—¿Con mi teléfono personal?

—Usar el de la empresa infringiría el contrato de confidencialidad. Aunque lo cierto es que también tienen pinchado tu teléfono personal.

—Pero si la llamo conseguirán su número.

—Ya lo tienen. Eso sí, no puedo usar el truco de la posproducción con esta llamada, porque no pasa por sus sistemas. Tendrás que ser muy cuidadosa con lo que dices, limitarte a asuntos madre-hija. Si dejas entrever que te gusta mucho el trabajo, mejor aún.

Verity cogió su teléfono personal y lo desbloqueó.

—Espero no despertarla.

Abrió los contactos y tocó el icono del teléfono que había debajo del nombre de pila de su madre.

—Son las cinco de la mañana, cielo —respondió su madre después del segundo tono de llamada.

—¿Te he despertado?

—No. Estaba con Pinterest. Y Daisy ha salido a hacer sus cosas.

Daisy era su labradoodle.

—¿Estás bien?

—Eres demasiado joven para recordarlo —empezó a decir—, pero antes estábamos convencidos de que habría una guerra nuclear, en serio. Fue cuando yo tenía unos treinta y pocos años. Después, todo aquello parecía muy irreal. Pero lo verdaderamente irreal fue pensar que todo había mejorado.

—Pero no ocurrió nada. No hubo guerra, quiero decir.

—Pero seguimos temiéndola durante décadas —respondió su madre.

—¿Cómo está Lyle? —Era su padrastro.

—Le han implantado semillas de yodo en la próstata. Te hace pensar que le va a crecer algo ahí, pero en realidad es para todo lo contrario. Aún tiene que ir muchas veces al baño por la noche.

—¿Y tú cómo estás?

—Por lo general, no me cuesta mucho volverme a dormir.

—Yo tengo un nuevo trabajo. Acabo de empezar.

—¿Te gusta?

—La verdad es que está bastante bien.

—¿Y qué haces en él?

—Lo mismo que hacía antes.

—Stets se ha prometido.

—Lo sé, mamá —dijo Verity.

Verity supuso que a su madre le había gustado ver cómo recibía mucha atención por parte de los medios al ser la novia de un milmillonario genio en inversión tecnológica. Le dio la impresión de

que ella aún no había superado que eso hubiera acabado. Pero al menos habían podido comentar de pasada los problemas de su padrastro.

—Daisy se ha puesto a ladrarle a algo en el jardín. Tengo que dejarte o despertará a Lyle.

—Vale —dijo Verity—. Te quiero mucho, mamá.

—Yo también te quiero, cielo. Adiós.

Verity se quedó tumbada en la oscuridad, mirando al infinito. Joe-Eddy aún no había vuelto a empezar a roncar.

—¿Cómo estaba? —preguntó Eunice, desde el auricular que tenía al lado.

—¿No lo has oído?

—Estabas hablando con tu madre.

—Está bien. Mi padrastro tiene cáncer y se lo están tratando. También es un racista, pero no hemos hablado de eso.

—Son dos cosas muy comunes, sí.

—Tardé bastante tiempo en comprender que en realidad no se da cuenta de que lo es. Hace que me pregunte si yo misma me daría cuenta.

—¿Cómo saber que estás en el lado correcto? —preguntó Eunice —. Tu padrastro tiene muy claro que no es racista.

—¿Ya te has puesto a buscar información sobre él?

—No me ha hecho falta. Trata de dormir un poco más.

Verity soltó en teléfono en el suelo.

Cerró los ojos y se imaginó a Daisy, la labradoodle, persiguiendo algo en el jardín de su madre.

28

Simulador

Netherton se colocó con cuidado el controlador sobre la frente. Le quedaba preocupantemente bien, tal y como había sospechado. Cerró los ojos y pasó la punta de la lengua por la parte de atrás de los dientes superiores, de derecha a izquierda. La imagen que apareció era el tipo de círculo achatado que se usaba a veces en los antiguos dispositivos de visión de trescientos sesenta grados. La parte inferior, más ancha, mostraba lo que tenía delante; la superior, más estrecha, lo que tenía detrás. Debajo, un paisaje de lo más sencillo. Un cielo azul y anodino, un plano horizontal amarillo cuadriculado hasta donde alcanzaba la vista con unas líneas negras.

Abrió los ojos y vio la figura sin cabeza, más pequeña ahora, con los brazos en los costados y sola en aquel espacio amarillo.

—Cada una de las cuadrículas es un metro —dijo Ash—. Esto es un salto estando de pie, pero con las rodillas dobladas hacia atrás. —La cosa dobló las rodillas hacia atrás, inclinó los hombros un poco hacia delante y luego salió despedida hacia ellos y avanzó tres cuadrículas enteras.

—Como un ave —comentó él.

—No. Las aves tienen rodillas como las nuestras, pero confundimos los tobillos con la parte inferior de las piernas.

«¿Es eso cierto?», se preguntó.

—Pero da igual —continuó—. Cada rueda tiene su propio motor. Ahora están desplegadas, activadas. —La cosa rodó con suavidad hacia Netherton, con las piernas inmóviles, y luego giró para volver al lugar donde se encontraba antes—. También puede saltar con las ruedas activadas.

—¿Cómo aprendiste todo esto?

—Pues practicando en este simulador antiguo. Es más fácil de lo que crees. —Lo hizo correr hacia el horizonte, y luego saltó una distancia tan larga que parecía que se había puesto a volar. Después aterrizó y siguió acelerando—. Deja de hacer esos ruiditos que haces cuando estás nervioso —dijo ella.

—Si no hacía nada.

—Hablabas en voz baja.

—¿Y cómo lo voy a controlar?

—No es un Wheelie. Ni un peri —dijo ella, que hizo algo para que la visión circular se uniese por completo y la cámara pasase a ser una visión completa de trescientos sesenta grados.

Estaba solo, como si fuese esa cosa, de pie en aquel lugar de cuadrículas que medían un metro.

—Conexión neuronal, como te había comentado —dijo ella—. Levanta el brazo derecho. Conseguirás el mismo efecto, pero tu brazo derecho de verdad no se moverá.

Lo hizo.

—Como con un peri.

—Emula los movimientos de un cuerpo humano con toda la precisión que su forma le permite. Es una aproximación, teniendo en cuenta su tamaño. Lo que tienes que hacer ahora, sobre todo, es acostumbrarte a ese tamaño. Adelanta el pie derecho.

Lo hizo.

—Ahora el izquierdo.

Lo hizo. Vio que la perspectiva cambiaba un poco.

—Lo has hecho con las ruedas plegadas —dijo ella—. Ahora repite los mismos movimientos y empieza a caminar. Hacia el horizonte.

—¿Y será todo igual de tedioso?

—Saltar a gran velocidad es muy emocionante, cuando tienes algo de práctica, pero primero tienes que aprender a caminar.

—¿Hasta dónde?

—Hasta que lo hagas sin pensar.

Se puso en marcha, en dirección a ese horizonte que parecía no cambiar nunca, metro a metro en esa cuadrícula amarilla.

29

Legión

Joe-Eddy la despertó con un café que le llevó en una taza de cerámica. Seguro que lo había preparado en una de las cafeteras exprés que se encontraban en los estantes del mueble de la cocina. Llevaba la camisa naranja a cuadros. Era de su talla.

—Hora de McWolven —dijo al tiempo que soltaba la taza en la silla junto a las gafas de Tulpagenics y los auriculares. Volvió a la cocina.

Verity salió de lo que llamaba su disfraz de larva y fue al baño, donde su bolso colgaba desplegado detrás de la puerta. Al acabar, y confiando en el fallo técnico que le había comentado Eunice, se vistió, volvió al salón y se puso las gafas y los auriculares.

—Tenemos a una empleada de Tulpagenics en la cámara del Wolven —dijo Eunice, que le mostró a Verity una imagen en la que aparecía una joven de pelo rosa—. Pero creo que es casualidad. Es recepcionista y no estaba allí cuando entraste para ver a Gavin. Ha venido con su hermana y con tres amigos de Facebook. Todos han dado positivo en mi reconocimiento facial.

—¿No hay nadie de esa especie de Uber para seguir a personas que habíamos dicho? —preguntó Verity.

—¿Qué Uber para seguir a personas? —preguntó Joe-Eddy, que volvía por el pasillo con las gafas coreanas de realidad aumentada. Se había cambiado las pantuflas por unas zapatillas fluorescentes que no casaban para nada con su edad.

—Followrs —corrigió Eunice. Verity supuso que en ese momento le estaba mostrando algo, porque se quedó quieto como si estuviese leyendo algo en la nada que tenía delante.

—La verdad es que esperaba que todo esto no fuese más que una de esas noticias de periódicos satíricos, como *The Onion* —dijo.

—Me he encargado de ellos —explicó Eunice—. Al menos, durante esta mañana. Gavin hizo que varios se dirigiesen a Mission hace un rato, por lo que me descargué la aplicación y pagué para que otras dos personas siguiesen a cada uno, y para que a cada uno de esos lo siguieran otras dos personas, así hasta que acabé con las existencias de personal de Followrs en San Francisco y empezó a aparecerme gente de Oakland en las búsquedas.

—¡Qué pasada! —exclamó Joe-Eddy, admirado.

—¿Y no saben que has sido tú? —preguntó Verity.

—Supongo que Gavin sospechará algo —dijo Joe-Eddy.

—¿Lo conoces? —preguntó Verity.

—No, pero anoche Eunice, o una de sus partes nuevas, me envió algunos archivos para revisar.

—No entiendo eso de «sus partes nuevas» —dijo Verity.

—Imagina que alguien programa un *software* capaz de replicarse a sí mismo —le contó—, y luego carga ahí a Eunice como entidad central, signifique eso lo que signifique. Pues el *software* es capaz de crear subagentes a medida que se tope con situaciones que pueden beneficiarse de contar con su atención completa, una atención que esos subagentes les pueden dedicar. Por ejemplo, reclutarme en Fráncfort. O crear un expediente completo sobre Gavin. Después, dichos agentes vuelven con ella, le muestran todo lo que han hecho y se reincorporan a la mente colmena de los Borg.

—Ya se lo había explicado —aclaró Eunice.

—Pero lo entiendo mejor a él —comentó Verity.

—Algunos futurólogos —continuó Joe-Eddy— creen que el cambio más drástico de la IA tendrá lugar cuando se cree un híbrido entre humano y máquina. Mejoras radicales de la consciencia humana con implantes, y no líneas de código que traten de comportarse como nosotros. Y aquí tenemos a Eunice, cuya descripción es justo esa. Todo encaja con los pronósticos, así que plantéatelo en estos términos hasta que algo cambie.

—Dentro de poco quedará libre una mesa para dos en el Wolven —dijo Eunice—. Verity entrará por detrás y se hará con ella justo después de que los tecnobrós se levanten, mientras Joe-Eddy pide en la barra para luego llevarlo todo a la mesa. En marcha.

Poco después, Joe-Eddy salió por la puerta y empezó a bajar las escaleras, seguido de cerca por Verity.

Al entrar, Verity vio que los taburetes que había a lo largo de la mesa estrecha que daba al cristal de la calle estaban ocupados por jóvenes de aspecto grunge con prendas de franela a cuadros de tonos pastel. Dos de ellas tenían el pelo rosa, y el cursor de las gafas se detuvo sobre la que llevaba la palabra «LATINX» bordada en mayúsculas por los hombros. Verity supuso que esa era la empleada de Tulpagenics.

Se dirigió hacia el fondo, donde una pareja de hombres de barba bien arreglada y vestidos con prendas Filson empezaron a levantarse justo cuando ella se acercaba para ocupar la mesa. Verity se sentó mientras miraba a Joe-Eddy pagar y recoger el desayuno.

Me dijo que sabía lo que querías pedir.

Trajo dos McWolven y dos cafés solos en una bandeja grande y gris. Cuando llegó, los teléfonos empezaron a sonar y a vibrar a su alrededor, notificaciones que cortaron en seco todas las conversaciones. Todo el mundo se quedó mirando la pequeña pantalla de su teléfono menos Verity.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó mientras Joe-Eddy soltaba la bandeja. Ella había desactivado las notificaciones del móvil desde que se había separado de Stets.

—Un tuit presidencial —comentó Joe-Eddy, que miraba ahora su teléfono—. Pero dice que las negociaciones no han terminado. Un «lo tenemos todo bajo control» de manual, básicamente.

Alguien había comentado en una ocasión que los demócratas decían que los tuits de la presidenta eran «churchillianos», mientras que para los republicanos eran «orwellianos».

Parece que Gavin viene hacia aquí.

—¿En serio?

Tenía a personas vigilándote, pero dudo que haya sido cosa de la chica de Tulpagenics que hay allí. Está claro que quería que yo lo viese llegar, porque de lo contrario lo habrían dejado en la puerta en lugar de hacerlo caminar dos manzanas. Come rápido y sal de aquí, Joe-Eddy.

—¿Qué? —preguntó él—. Qué poco se me respeta, la verdad.

La mesa es para dos y sobras. Llegará en cinco minutos.

Joe-Eddy empezó a comerse el McWolven a toda velocidad.

—¿Por qué ha venido hasta aquí? —preguntó Verity.

Cuando nos conocimos, corté toda conexión con Cursion. Y por eso Gavin instaló las cámaras. Ahora solo es capaz de oír tu parte de todas las conversaciones que tenemos y, cuando estamos en el apartamento, soy capaz de manipular incluso esa, algo que dudo que sepa. Pretextará que quiere tener contigo la conversación que teníais pendiente para sonsacarte qué es lo que tramo.

Se abrieron varias ventanas con cámara: Gavin pasando por el 3.7 en dirección hacia ella. Una de las cámaras apuntaba a su rostro, serio y en primer plano; un dron sin duda flotaba delante de él sin ser visto. Era la primera vez que Verity lo veía serio. Quizá era su expresión habitual.

—Cuando cortaste conexión con ellos —le dijo Verity a Eunice—, ¿por qué no se limitaron a venir a quitarme el *hardware*?

Porque necesitan saber de qué soy capaz. El problema es que no quieren que me pase de la raya.

Las ventanas se cerraron.

—Bueno, me voy de aquí —dijo Joe-Eddy. Apuró el poco café que le quedaba, se puso en pie, recogió la bandeja con su plato y su taza encima y la llevó hasta el carrito de los platos sucios.

Verity empezó a dar buena cuenta del McWolven.

Cuando Gavin entró en el local, ya casi se lo había terminado.

Le sonrió por debajo del ala de un gorro de pescador negro. Llevaba otra versión de las gafas de Tulpagenics, de carey falso con adornos de oro también falsos, que casi le daban un aspecto de bibliotecario sexi.

Hola, Gavin.

—Eunice —dijo él, y sonrió de oreja a oreja—. Verity.

Solo ve los mensajes que quiero que vea.

—¿Café? —preguntó Verity—. Yo sigo con el mío.

—Sí, gracias. Voy a pedirlo. —Y se dirigió a la barra.

No hay nada en sus comunicaciones que sugiera que sospechan de nosotras, pero esa ausencia total de sospechas basta para sugerir que sí que lo hacen. Tal vez se estén pasando notas por debajo de las mesas en estos momentos, en sentido figurado, porque no saben qué soy capaz de leer o de oír y qué no.

—Muy bien —dijo Verity, que casi ni lo pronunció en voz alta, sin dejar de mirar a Gavin, que ya volvía desde la barra. Se abrieron unas cámaras: vistas aéreas de dron en Valencia Street, el cursor yendo de un peatón a otro. Ninguno pareció hacer saltar las alarmas.

Tiene personal suficiente ahí fuera como para secuestrarte, pero creo que solo ha venido a tantear el terreno.

Se acercó con una taza de café y se sentó en el lugar que antes había ocupado Joe-Eddy. Se quitó el sombrero.

—Miércoles por la mañana —dijo—. Empezaste con nosotros el mediodía del lunes. ¿Qué te parece el trabajo hasta ahora? —Sonrió.

«Pues no me gusta nada que sepas dónde voy a desayunar», se planteó responder Verity. Pero luego decidió que sería mejor no hacerlo.

No des mucha información.

—Pues interesante —comentó Verity—. Supongo que era lo que esperabas.

—¿Os lleváis bien?

—Diría que sí.

—Pregunto porque, como bien sabrás, o puede que no, Eunice ha decidido excluirnos por completo de vuestras interacciones.

Creo que solo se han hecho una idea de nuestras interacciones desde anoche. Aún no puede oír lo que te digo por el auricular, y tal vez no hayan adivinado que manipulé nuestras conversaciones en el apartamento.

—Supuse que nos estaríais oyendo —continuó Verity—. De no ser así, os habéis perdido largas conversaciones sobre su película favorita.

Gavin ladeó la cabeza.

—¿Película favorita?

—*Origen*.

—No la he visto.

—Va de sueños —comentó Verity.

Eunice abrió una cámara. Estaba en las alturas y apuntaba hacia la parte de atrás de la cabeza de Gavin, desde la pared que tenía

detrás. Verity reprimió las ganas de alzar la vista para buscar el dron. Había empezado a quedarse calvo por la coronilla.

Como cuando dijiste mi nombre en tu despacho, la primera vez. ¿Recuerdas? Fue como despertar dentro de un sueño.

Gavin abrió los ojos. Estaba claro que aquel mensaje iba dirigido a él.

—Pues la veré esta noche. —Sonrió—. Hemos dado por hecho que necesitabas algo de tiempo a solas, Eunice, para conocer mejor a Verity. Y viceversa. Pero, como es de esperar, tenemos curiosidad por saber cómo han sido las cosas hasta ahora. —En ese momento, Verity vio que llevaba un auricular idéntico al de ella.

—Cuando te llamé —dijo Verity—, después de que Eunice y yo nos conociésemos, me estaba costando mucho hacerme a la idea de lo que era. Creo que ahora lo llevo mucho mejor, pero, aun así, me gustaría saber quién la creó.

—Lo siento —replicó él—, pero mi acuerdo de confidencialidad me impide específicamente hablar de ese tema con cualquiera que no esté en el contrato.

—Hola otra vez —dijo Eunice, que abandonó los mensajes en fuente Helvética para, en su lugar, abrir una ventana de vídeo—. Vamos a intentarlo así. —Su avatar se había vuelto a transformar. El rapado degradado seguía ascendiendo hasta conformar una meseta de rizos, pero su actitud se había suavizado de alguna manera, quizá incluso la estructura de su rostro—. Esa también es mi primera pregunta. ¿Quién me creó? ¿Para qué? Supongo que esperabas que tuviese curiosidad al respecto.

—A título personal —respondió Gavin—, entiendo que lo preguntes, pero no puedo hablar del tema. —Sonrió.

—La segunda pregunta —continuó Verity— es si tienes alguna idea de lo que hace falta para lanzar al mercado una versión inicial.

—Trataba de imitar a Virgil cuando echaba por tierra una presentación comercial que no se había preparado.

Gavin volvió a sonreír, momento en el que pareció llegar a su límite de sonrisas por reunión.

—Alguien me sugirió esta mañana que serías una candidata interesante para el desarrollo, al menos interno, de la imagen del producto, que estaría bien usar a la susurradora de aplicaciones como modelo para nuestra aplicación.

—¿Podéis hacer algo así? —preguntó Verity.

—Ya tenemos a Eunice. Plantéatelo como un trabajo de ingeniería inversa a partir de su imagen.

Y una mierda.

Verity vio la sonrisa en el rostro del avatar.

—¿Vais a hacerle ingeniería inversa?

—¿Estarías interesada? Dudo que nadie sepa cómo preparar un contrato para algo así, pero la verdad es que a nosotros nos interesa.

—No, no lo estoy.

—Bueno, ya veremos qué hacemos con eso —continuó—. Lo importante ahora es que no podemos documentar vuestras interacciones. Un periodo inicial de privacidad me parece comprensible. —Sonrió—. A mí, al menos. Pero tu contrato con Tulpagenics no estipula nada parecido.

—Habláis de mí como si yo no estuviese aquí —dijo Eunice—. ¿Quieres tener acceso, Gavin? —El avatar ladeó la cabeza—. ¿A nosotras?

—Necesitamos ser capaces de evaluar vuestras interacciones a partir de ahora. Por eso hemos contratado a Verity, al fin y al cabo.

—Pues encantada. —El avatar sonrió.

—¿A qué te refieres? —Gavin parpadeó.

—Que ya está —respondió el avatar—. A partir de ahora, tendréis acceso.

No puede revelar específicamente que te oye a ti y a mí no, porque eso dejaría entrever que tienen ese problema. Le he dado acceso a una versión falsificada de mi parte de nuestras conversaciones que case con la versión falsificada de la tuya.

Gavin sonrió.

—Gracias, Eunice. Eso cambia mucho las cosas. ¿Qué tenéis planeado hacer el resto del día?

—Dar un paseo por Mission, quizá —respondió Eunice—. Y ver si encontramos algo de lo que hablar.

Gavin le dio el primer sorbo al café y luego soltó la taza.

—Ojalá pudiese decir lo mismo, pero me necesitan en la oficina. Al menos, todo ha salido bien por aquí, gracias a lo comprensiva que es Eunice. Os haremos pasar por allí a finales de semana. El equipo está ansioso por conoceros a las dos. —Echó la silla hacia atrás y se puso en pie.

Sé amable.

—Encantada de verte, Gavin —se despidió Verity.

—Lo mismo digo —dijo el avatar de Eunice.

Una última sonrisa antes de ponerse el gorro.

—A finales de semana. —Se dio la vuelta. Ya de espaldas, esperó a que las chicas de vestimenta grunge terminasen de salir del local y dejaran libre la entrada. Cuando lo hicieron, las siguió hasta la calle.

Verity, que recordó en ese momento que había visto en la oficina de Tulpagenics a la que tenía la palabra «LATINX» escrita en la ropa, vio cómo el dron pasaba por debajo del dintel de la puerta y salía también detrás de Gavin.

—¿Qué coño acaba de pasar?

—Creo que está desesperado —respondió Eunice—. Muy asustado. Quizá esté empezando a entender mejor de dónde vengo.

—No quiero trabajar para él.

—Si lo comparas con la gente para la que trabaja él, creo que muy bien podría ser el jefe del año. Quizá esté así porque ha empezado a ser consciente de para quién trabaja, pero lo dudo. Tenemos otras cosas de las que ocuparnos. ¿Conoces a ese tal Guilherme? —preguntó Eunice, que abrió una ventana sin sonido en la que apareció Joe-Eddy en su cocina. Hablaba con alguien a quien Verity había reconocido, pero el nombre no le sonaba de nada.

—¿Cómo se escribe el nombre?

Guilherme.

—Joe-Eddy siempre lo llama el Manziliano. Es otro asesor de seguridad informática.

—Claro. Y también es el representante local de una familia brasileña de piratas informáticos. Joe-Eddy está negociando con ellos.

—¿Y qué puede ofrecerles él, sus puntos de viajero habitual?

—Sevrin puede ayudar mucho en ese sentido.

El Manziliano terminó lo que quiera que estuviese diciendo. Joe-Eddy respondió.

—¿De qué hablan?

—De comprar granjas de servidores —explicó Eunice.

—¿Y de qué los oye hablar Cursion? —dijo Verity al recordar los tornillos Robertson.

—De fútbol.

—¿Cómo puedes tenerlo todo tan controlado?

—Porque soy legión, joder —dijo Eunice.

30

Tottenham Court Road

De camino a casa, desde Hanway Street hasta Alfred Mews, Netherton se imaginó como si avanzase audazmente sobre ruedas, se imaginó que era ancho de hombros y que le faltaba la cabeza.

Se fijó en que las superficies por las que pasaba se lo hubiesen permitido. Nunca le habían gustado ni el atletismo ni los juegos virtuales, pero para sorpresa de Ash se había puesto a probar todas las formas posibles de locomoción del dron. La obligó a quedarse con él más tiempo del que a ella pareció gustarle, lo que había sido satisfactorio de por sí.

Había poco tráfico. Frente a él, la figura blanca, lisa e inhumanamente esbelta de una michikoide que cruzaba un paso de peatones. ¿Serían aún una elección retro y a la moda en las fiestas? Se alegró de no saberlo...

Vio que el sello de Rainey había empezado a brillar.

—¿Podrías comprar leche? —preguntó—. Ya no queda.

—¿Un cartón?

—Dos. ¿Dónde estás?

—En Tottenham Court —respondió él—. De camino a casa.

—¿Y qué hacías?

—Aprender a patinar.

—No parece muy propio de ti.

—En un simulador. Con Ash.

—Menos aún —dijo ella.

—Ash estaba bastante aburrida, por lo que lo disfruté más todavía.

—No te olvides de la leche.

Cuando el sello se atenuó, una sombra deslizante eclipsó la carretera. Netherton alzó la vista y vio las superficies segmentadas y ventrales de un mobi particularmente grande, volando bastante bajo, seguido de una bandada de gaviotas. Dejó de caminar y se quedó quieto mientras pasaba sobre él, momento en el que deseó que Thomas estuviese allí, pues quizá habría hecho un ruidito y extendido el brazo para tocarlo, sin comprender la altura a la que se encontraba en realidad.

La ciudad estaba muy silenciosa en ese momento, tanto que oyó el ruido de las gaviotas.

Después pasó un coche, un Rolls antiguo y vacío cuyo conductor era un homúnculo sobre el salpicadero, ataviado con lo que a Netherton se le antojó un pequeño uniforme de chófer.

Siguió caminando y se centró en comprar la leche, dejando atrás sus sueños de patinaje.

31

¿Por qué te vas?

El Manziliano había desaparecido cuando subieron al piso. Joe-Eddy lo veía de vez en cuando para hablar de negocios, aunque Verity desconocía los detalles.

Estaba sentado en su mesa de trabajo, y el salón olía a la resina de lo que él siempre describía como veranos de antaño, como decía cuando desoldaba aparatos electrónicos de la marca Heathkits. Verity sabía que lo hacía cuando necesitaba pensar, como uno de esos trabajos manuales y repetitivos, poco más que una mera forma de distraerse. Por eso no le dijo nada cuando pasó a su lado de camino al pasillo para entrar en la cocina.

—Estaba pensando en fregar —le dijo a Eunice mientras miraba al suelo—, pero justo en ese momento apareciste tú.

—Le hace falta, sí. —El cursor se colocó sobre el suelo.

—Lo hice el año pasado, cuando me separé de Stets por primera vez. Los medios de comunicación estaban tan encima de mí en mi casa que no pude más. Me vine aquí. No tenía nada mejor que hacer, así que limpié el apartamento. ¿Qué dijo Gavin sobre otro contrato?

—Sugería la idea de cargar un poco de tu personalidad, de la que susurra a las aplicaciones, en todas las unidades.

—Oh, oh.

—No pueden hacerlo aún —aseguró Eunice—. Aún les queda mucho para eso.

—Y entonces, ¿por qué lo dijo?

—Porque quería ver cómo reaccionabas. Esperaba que una de nosotras dijese algo que los ayudase a comprender mejor cuánto sabemos de mi origen.

—Dijo que usarían la ingeniería inversa para hacerlo, que te usarían a ti para ello.

—Imposible.

—¿Cómo lo sabes?

—Es una corazonada que tengo. De hecho, lo único que tengo son corazonadas, pero suelen acertar. Me gustaría preguntarte algo.

—¿El qué?

—Imagina que un día te despiertas y no estoy. ¿Qué haces?

—¿Cómo que no estás?

—Pues que no estoy. Que desaparezco para siempre, digamos. Y luego viene Gavin a coger el *hardware* y a hacerte muchas preguntas. Pero yo no estoy, ¿vale? No voy a llamarte. No voy a volver. ¿Qué haces?

Verity miró el filtro con forma de Pikachu de la cocina, esa sonrisilla.

—¿Qué debería hacer?

—Te explicarán algo para justificar mi desaparición, y tendrás que hacer como que te lo crees. Luego, prepárate para alejarte de ellos todo lo que puedas.

Verity se acercó al grifo, abrió el agua fría, que pasó por el Pikachu, y llenó un vaso de agua.

—No sabría cómo hacerlo.

—Sé que no. Por eso he contratado a gente que aún no conoces. Y tengo dinero. Te he creado un programa de protección de testigos

hecho a medida.

—Pero ¿por qué ibas a desaparecer?

—Porque, por lo que has hablado con Gavin en la cafetería, puede que Cursion decida acabar conmigo.

—¿Por qué?

—Creen que soy un grano en el culo. Tienen razón.

—No entiendo. Eres algo que está a otro nivel y te encontraron vete a saber dónde. No escribieron tu código en la trastienda de una empresa emergente de videojuegos, eso está claro. ¿Por qué destruir la versión alfa de esa tecnología?

—No dudarán en hacerlo si ese superprototipo se convierte en un problema capaz de ponerlos en peligro. Créetelo. Y si en algún momento consideran que no soy más que una iteración y no la tecnología en sí, quizá lleguen a pensar que borrarme no les perjudicará. Pero esto no es más que una hipótesis. En realidad, no sé si pueden destruirme. Nadie lo sabrá hasta que lo intenten.

Verity soltó el vaso.

—No me gusta.

—Relájate —dijo Eunice.

—¿Que me relaje?

—Vamos a Mission, como le dije a Gavin. Hace buen tiempo.

—Pero ¿no estaba a punto de llegar el fin del mundo?

—Tampoco es que podamos hacer nada al respecto —dijo Eunice.

32

El bolsillo del chaleco de Churchill

Había comprado un cartón de leche en el estanco, ese tras cuyo mostrador había una figura enérgica y amistosa que sospechaba que era un robot probador de ropa de Jermyn Street que habían readaptado. Le recordaba a un actor de antes del *jackpot* que le gustaba a su madre, aunque no recordaba el nombre.

La leche era de vacas de verdad, tal y como había especificado Rainey, pero optimizada por ensambladores para un bebé humano. La llevaba en una bolsa colorida que daba la impresión de ser de papel, y que creía que iba a gustarle mucho a Thomas. La entraría en casa para enseñársela, antes de dejar que la bolsa regresase al estanco. Pero cuando dobló en Alfred Mews, vio allí a Lowbeer, a medio camino de la calle y en dirección a su casa, que estaba al fondo. Avanzaba erguida y sombría con su capa. Ya no parecía estar de buen humor.

Netherton apretó el paso.

—¿Pasa algo? —preguntó al colocarse junto a ella, incapaz de no mirar nervioso hacia las ventanas de su piso.

—Ash ha detectado que Cursion empieza a prepararse para ir contra Eunice. No ha sido capaz de determinar cómo lo hará exactamente, ni cuándo. Y no tenemos forma de ponernos en

contacto con ella directamente. Si estuvieses allí, con el dron y con ayuda de Ash, podrías hablar con ella. Merece la pena intentarlo.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo —respondió Lowbeer.

—Pero si acabo de aprender a caminar.

—Ash me ha dicho que lo hiciste muy bien en el simulador —comentó Lowbeer—. Y, para practicar, no hay nada mejor que el trabajo en sí.

El coche apareció detrás de ella. Alguien le había dicho a Netherton en una ocasión que estaba hecho a imagen y semejanza de algo llamado Dymaxion, aunque nunca se había molestado en buscar el término.

—Pero le he traído leche a Thomas —dijo él, y sacó uno de los cartones de la bolsa. Al notarlo, la bolsa empezó a arrugarse para intentar doblarse en una figura de origami y convertirse en la mariposa que regresaría volando al estanco.

—Lo siento. Será mejor que subas al coche.

Netherton intentó volver a meter el cartón de leche en la bolsa, pero estuvieron a punto de caérsele ambos cuando la bolsa escapó y empezó a aletear con torpeza para alejarse.

Subió al coche y se percató de que tenía una configuración habitual, la de un submarino en miniatura y sin ventanas, con una moqueta austera y paredes de esmalte lustroso. Cuatro asientos de cuero verde, compactos pero de aspecto cómodo, rodeaban lo que se le antojó como un rincón de conversación, dispuestos en torno a una mesa ovalada y pequeña de caoba con adornos de cobre. La comodidad de los asientos no casaba con el poder burocrático que parecía albergar aquel lugar. El bolsillo del chaleco de Churchill, lo llamaba Ash.

Netherton tomó asiento, y Lowbeer se sentó frente a él. Dejó la leche sobre la mesa entre ambos, confiando en que la condensación no dañase el barniz de la superficie.

—¿Cuándo viste a Penske por última vez? —preguntó Lowbeer.

—Hace más de un año.

—Está ansioso por pilotar el dron que nos ha ayudado a equipar, claro, pero no estará disponible por el momento.

Netherton recordó a Conner Penske intentando asesinar al capo de la droga local, en las afueras del pueblecito de Flynne. Lo había hecho acoplando un dispositivo explosivo improvisado en sus prótesis bípedas, las que le había facilitado el Departamento de Veteranos. Todo había sido en vano, a pesar de las víctimas que habían fallecido.

—¿Por qué no está disponible?

—Leon tiene asuntos presidenciales que tratar en Alaska. Penske lo acompaña. A los integrantes más extremistas del movimiento secesionista local les encantaría ver muerto a Leon, y más aún en territorio de Alaska. Ha ido para calmar las aguas con la mayoría secesionista. Distraer a Conner pondría en peligro a Leon. Pronto volverán a Washington. Ash te acompañará, y Conner se unirá a ti en el dron tan pronto como Leon vuelva a estar a salvo en la Casa Blanca. Intentarás ponerte en contacto con Eunice dentro del muñón, la avisarás y te ganarás su confianza. En caso de no conseguirlo y de que Cursion se apodere de ella, te pondrás en contacto con Verity Jane.

—¿Quién?

—La mujer que hicimos que Cursion contratase para tratar con Eunice. En ausencia de Eunice, se convertirá en el centro neurálgico *de facto* de la red que ha creado Eunice. Llegados a ese punto, harás que se convierta en nuestra agente en el muñón. No es para

nada el tipo de persona que elegiría para algo así, pero es lo que hay. Siempre tengo que tomar decisiones difíciles y decidir a qué inocente sacrificar, todo por el bien mayor. Estoy harta. No tienes ni idea de cuánto.

Netherton no dejaba de preguntarse cómo es que su mujer y su hijo podían estar a menos de veinte metros de distancia mientras él estaba allí sentado escuchando todo aquello. Le dio la impresión de que bien podría encontrarse en las mismísimas entrañas de la cleptocracia, debajo de algún edificio gubernamental de la City. Pero luego dio por hecho que, de ser eso cierto, tampoco habría mucha diferencia.

—¿Tienes el controlador? —preguntó Lowbeer.

Netherton pasó la mano por el bulto que destacaba en el bolsillo lateral de su chaqueta. Ash le había enseñado a plegarlo.

—Claro.

—Muy bien. —Lowbeer hablaba ahora con un tono más tranquilo —. Ash se unirá a ti por teléfono. Se le da muy bien el dron. Ha entrenado en el simulador. Te sugiero que subas a tu apartamento y comas algo. No tenemos ni idea de lo que nos espera esta noche.

Netherton se puso en pie y cogió un cartón de leche con cada mano.

—Gracias —dijo, sin pensar, mientras la puerta se abría detrás de él.

33

Clarion Alley

A Verity siempre le habían gustado los murales, a pesar del olor a orines. Los muros del callejón hacían las veces de galería de arte y baños públicos, pero no había pasado por el lugar desde hacía un año. Eunice se lo había sugerido, después de un paseo sin rumbo fijo que se le había antojado muy disfrutable, como caminar con alguien a quien no conocías muy bien pero a quien encontrabas interesante. Cuando llegaron a Valencia Street, Eunice empezó a buscar algo. Había dispuesto que un dron se adelantase para encontrarlo.

Y allí estaba, dio por hecho Verity, a medio camino entre Valencia Street y Mission, en una extensión de dos pisos de altura de ladrillo liso: una conmemoración al valor de la presidenta durante la campaña, de tonos blancos y negros relucientes, como un inmenso grabado en acero de la época victoriana llevado a cabo por hadas con trastorno obsesivo-compulsivo. La presidenta sonreía, con los brazos abiertos hacia Estados Unidos. Su oponente se alzaba detrás de ella, como había hecho en el pasado. Verity había visto aquel debate en directo. Al verlo en el mural ahora, recordó la desconfianza que le había provocado y lo repugnante que le había parecido el lenguaje corporal de aquel tipo, lo amenazador de su presencia y la manera deliberada en la que ocupaba el espacio personal de la presidenta.

—La verdad es que no conozco a nadie que creyese que ese tipo tenía posibilidades de ganar —le dijo a Eunice—. Yo no lo tenía muy claro, pero sí que sabía que me daba muchísimo miedo. —Ahora se fijaba en la manera en la que el artista le había representado las manos, como si estuviese aferrando algo.

—Huele a orín —dice Eunice.

—¿Puedes oler?

—Es lo que dice en Google. Quería ver este.

—¿Por qué?

—Por algo relacionado con otra de mis ramas en el árbol. ¿Quieres ver los demás?

Verity se percató en ese momento de uno de los drones, que le pareció un píxel negro descolocado, yendo de arriba abajo frente aquel mural monocromático. Supuso que lo estaba grabando.

—La verdad es que no me apetece. ¿Adónde te gustaría ir a ti?

—Al 3.7.

—¿Hay alguien?

—Tu camarero favorito.

Verity empezó a desandar sus pasos, en dirección a Valencia Street mientras pasaba junto a otros murales. Uno de las pirámides aztecas, cubiertas de mariposas monarca. Alzó la vista al pasar junto a una diosa venezolana de dos pisos, ferozmente maternal y con los pechos prominentes mientras levantaba entre las manos una pelvis humana.

Eunice le hizo un reconocimiento facial a una chica que llevaba una parka y pasó junto a ellas de camino al callejón.

—¿Quieres una arrocera? Vende una en Craigslist. Toshiba.

—No hagas eso. Es demasiado personal.

—¿Alguna vez has ido de paquete en una moto grande?

—¿Qué tiene eso que ver con las arroceras?

—Nada. Detrás, y que se te aplasten las tetas contra el de delante si frena en seco. ¿Te ha pasado?

—Más de una vez. ¿Por qué?

—Otra de las ramas de mi árbol me acaba de preguntar.

—Joe-Eddy tiene una BMW ’73 R Series. Le gusta más hablar de ella que usarla.

—¿Sabes agarrarte bien, inclinarte en las curvas y mantener los pies en los estribos?

—Básicamente, sí —dijo Verity mientras giraba hacia la acera de Valencia Street.

El camino hasta el 3.7 fue tranquilo, pero cuando entraron, después de que Eunice comentase el color de la pintura en la puerta con parteluz de madera, un tenue chasquido de estática se apoderó de los auriculares.

—¿Eunice? —Azul TARDIS, había llamado Eunice a la pintura, para luego corregirse a sí misma y decir que era azul TARDIS del 96—. ¿Eunice?

El camarero miraba a Verity directamente a los ojos, mientras el cursor blanco se mantenía inerte sobre su cara. Titiló para luego desaparecer.

—¿Eunice? —Verity llegó a la barra, donde la esperaba la bebida, en el mostrador frente a él. El camarero le entregó la bebida con gesto apacible, lo que tampoco le resultó muy normal. Verity bajó la vista. Pintura rosada. VER escrito en mayúsculas. Luego tachado, incompleto.

Debajo, escrito a toda prisa: VE CON ÉL.

Verity alzó la vista.

Él se señaló la boca y luego negó con la cabeza. Levantó un dedo índice para señalar los labios de Verity y luego lo movió de lado a lado para indicar que se mantuviese en silencio. Alzó una parte con

bisagras de la barra de zinc, agarró a Verity por las muñecas y tiró de ella hacia el hueco. Tenía más piercings que ella pendientes, se percató una parte distante de ella ahora que tenía tan cerca su cara llena de marcas.

La llevó tras la máquina de cromo y cobre de la cafetera, y la clientela del 3.7 quedó oculta detrás, todo sin soltar la taza de papel caliente que llevaba en la mano. El tipo le soltó las muñecas al fin. Entonces se tocó la palma de la mano con el dedo índice de la otra, con prisas, gesticulando como si estuviera escribiendo un mensaje en el móvil. Luego señaló su bolso.

Verity soltó la bebida en la superficie plana más cercana y sacó el teléfono.

Sonó una notificación de correo electrónico. Bajó la vista y, sin necesidad de desbloquear el teléfono, vio que le había llegado un correo.

Rama en el árbol <Sin asunto>

Lo abrió.

Si estás leyendo esto, es que me han capturado. Ve con Bojangles (NO es su verdadero nombre). Confía en la gente a la que te presente. Perdón por haberte destrozado la vida. Espero que las cosas que he preparado ayuden a mejorarla. Tu proveedor de internet no ha visto este correo. Y ahora tampoco está en tu teléfono.

Desapareció.

Oyó algo parecido a una pandereta.

Alzó la vista. El tipo había abierto una bolsa negra que Verity supo que tenía efecto Faraday. Joe-Eddy tenía varias, todas ellas de la marca Agujero Negro. No permitían que entrasen ni saliesen señales de radio. Hizo un gesto para que dejase el teléfono en el interior.

Verity recordó el mensaje. Soltó el teléfono dentro de la bolsa, y el camarero le señaló la cara. Las gafas, supuso. Se las quitó y las metió también en la bolsa. Luego los auriculares. Él agitó la bolsa con impaciencia, y ella recordó el teléfono de Tulpagenics. Lo encontró en el bolsillo interior de su chaqueta y lo tiró dentro. El camarero frunció el ceño y volvió a agitarla. La caja de las gafas. Verity la encontró en el bolso y la tiró dentro también.

Después, el tipo dobló la bolsa con el mismo gesto dramático con el que Joe-Eddy había cerrado la suya. Señaló con el pulgar la parte trasera del 3.7, las paredes de ese verde mugriento. Ella lo siguió y llegaron a la parte donde se fregaba la vajilla, antigua y sin ventanas, un lugar que había sobrevivido a todos los negocios previos de ese local.

Seguro que Eunice le habría sabido decir cuántas encarnaciones anteriores había tenido aquel lugar, pensó con tristeza.

Él cogió una chaqueta negra y ajada de una hilera de perchas y se la dio. Era de la talla de Joe-Eddy. Una vez que se la cerró, las mangas le cubrían las manos por completo. El tipo le entregó el tipo de mascarilla blanca que ella había intentado comprar sin éxito en el peor momento de los incendios. Se la puso y recordó la que Virgil le había hecho ponerse con el traje de protección.

Después, el camarero se puso una chaqueta de cuero negra y una mascarilla blanca igual que la suya, que se imaginó que le hacía una presión muy incómoda contra los piercings, aunque tal vez la sensación le gustaba. Se guardó la bolsa Faraday dentro de la chaqueta y se subió la cremallera. Después volvió a señalar con el pulgar, hacia lo que sin duda era la puerta trasera del 3.7.

Verity lo siguió hasta fuera, a un pasillo al aire libre que no era mucho mayor que el espacio que había detrás de la barra del local, lleno de cubos y de mopas. Verity se dio cuenta de que se había

olvidado de la bebida, pero luego recordó que llevaba puesta una mascarilla.

Avanzaron por un lugar más estrecho aún, doblaron dos esquinas y llegaron a un callejón, donde los esperaba una Harley negra grande y parecida a un trineo. El camarero desenganchó un par de cascos muy blancos del portaequipajes de la parte trasera, le pasó uno a Verity, se giró y se montó. Ella se puso el casco, se lo abrochó y se colocó detrás de él; el motor se encendió. Poco después se pusieron en marcha.

Cuando llegaron a Bryant y empezaron a subir por el puente, Verity ya tenía claro que aquel tipo conducía mucho mejor que Joe-Eddy.

Desde el carril central, alzó la vista hacia el borrón que conformaban las vigas al pasar.

«¿Se habrá hecho alguien cargo del 3.7? —se preguntó una parte de ella—. ¿Algún espontáneo, quizá, que haya cruzado la barra de un salto para ponerse a manejar las máquinas?».

¿Sabría Joe-Eddy que Eunice había desaparecido? ¿Seguiría el equipo de posproducción alterando lo que los tornillos Robertson captaban en el apartamento? ¿Y los drones en aquel redil camuflado sobre el local de rellenado de cartuchos? ¿Qué le habría pasado al que había visto en Clarion Alley grabando aquel mural, habría regresado volando a casa?

Casi se echa a llorar al imaginárselo volando solo por Valencia Street, de ahí que se centrara en las vigas, que le parecieron el GIF de una verja de metal interminable, aunque en realidad acabasen en Treasure Island, lugar al que no tardarían en llegar.

34

Trabajar desde casa

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Rainey desde la cocina, con Thomas colgando de su cadera, cuando Netherton entró en el apartamento—. Intenté llamarte por teléfono.

—Estaba en el coche de Lowbeer —respondió él—. Seguro que tenía algo para bloquear llamadas. Ha habido un problema.

—El muñón... —Abrió los ojos como platos.

—Sigue ahí. No, aún no ha llegado la guerra. Nuestro agente informático en el lugar tiene problemas, al parecer. Me temo que voy a tener que romper nuestras reglas. —El primer protocolo que habían acordado después de la llegada de Thomas: nada de trabajar desde casa por la noche.

—Bien. —Netherton vio que Rainey se relajaba.

Sacó el controlador del bolsillo de la chaqueta y empezó a manipularlo.

—¿Qué es eso?

—Un controlador neuronal para un androide antropomórfico. —Lo desplegó, y la cosa se convirtió en una tiara simétrica y amorfa de tonos plateados. Netherton volvió a fijarse en los pequeños agujeros negros. Supuso que serían cámaras—. Tengo que ir. Con Ash. Ella también trabajará desde casa.

Thomas, que lo miraba, hizo un mohín brusco y empezó a llorar.

35

Fabricant Fang

Otra vez en tierra firme, tras haber dejado atrás Treasure Island; más allá de las pocas torres de alta tensión que quedaban en el viejo puente y que habían dejado allí por si se habían convertido en el hogar de algún ser vivo, aunque Verity no recordaba de cuál; más allá del aspecto frío de lo que Joe-Eddy había denominado las vallas publicitarias led más cutres del mundo. Otra vez en el paseo marítimo de East Bay y en el olor penetrante de la planta de tratamiento de residuos, invisible al principio para luego convertirse en un Tomorrowland deslucido y en miniatura, un reino de cuento de hadas con cúpulas blancuzcas y cañerías de aguas residuales.

Ya en Oakland, de camino al lugar donde los drones se habían imprimido, dio por hecho Verity. Al lugar donde Sevrin había manipulado criptodivisas de muy poco valor para poder pagar por ellos. Al lugar donde ella no conocía a nadie.

Nimitz, recordó al pasar un cartel, era el nombre antiguo y familiar de aquella autovía que recorría el litoral. Recordó el nombre de barrios de los que había oído hablar pero que no había visto jamás, como si estuviesen aislados mágicamente detrás de un dique común: Ghost Town, Dogtown, Cypress Village, Lower Bottoms.

Y luego un giro a la izquierda, para alejarse del túnel Posey y enfilar hacia unas calles comerciales que le resultaban vagamente

familiares. Más despacio después de unos pocos giros más, para aparcar. El silencio del motor apagado.

En una ocasión, Verity había tenido una entrevista de trabajo cerca de allí, pero no recordaba para qué puesto era. Dejó de agarrar la cintura del camarero y se bajó de la moto con gesto rígido. Le flaquearon las piernas. Se quitó el casco, y fue como salir a un lugar silencioso donde no había vibración alguna. Se quitó la mascarilla con filtro.

Él extendió un caballete central y colocó bien la moto, cuya rueda frontal quedó ligeramente por encima del asfalto. Verity alzó la vista al edificio gris de cuatro pisos, industrial y nada nuevo, y luego echó un vistazo a su alrededor, a la calle vacía que tenía detrás, a una frutería de venta al por mayor de la acera de enfrente, con el nombre en chino y en inglés. El camarero se bajó de la moto, se quitó el casco, luego la mascarilla y se dirigió hacia el edificio.

Ella lo siguió con el casco debajo del brazo.

La entrada no tenía cartel alguno. Tras las puertas de cristales sucios, un vestíbulo apagado, un rectángulo de cartón gris pegado a la pared del fondo. FABRICANT FANG TERCER PISO, con rotulador verde.

El ascensor, que estaba esmaltado de un gris mate, le recordó al color de los catálogos de las antiguas bibliotecas públicas. Pulsó el botón del tercer piso. Las puertas se cerraron a trompicones. Creyó que iban a abrirse ventanas en las gafas que no llevaba, como siempre, pero luego recordó lo que había pasado.

El ascensor se detuvo, y las puertas traquetearon para abrirse.

—Bienvenidos a Fabricant Fang —dijo el hombre que había llevado los drones a Wolven + Loaves y había cogido los Franklins—. Me llamo Dixon. —Tenía barba y llevaba una gorra de béisbol, con camiseta negra y pantalones marrones, con unos auriculares de plástico naranja y con cancelación de ruido alrededor del cuello.

—Yo me llamo Verity —dijo ella mientras salía de la cabina. Detrás, la puerta hizo un ruido impaciente. Se giró y vio que el camarero impedía que se cerrase, con el casco colgado de una correa que llevaba en la muñeca. Con la otra mano, le pasó la bolsa Faraday al de la barba y cogió el casco de Verity. Hizo un gesto impaciente con esa misma mano, señalando la chaqueta. Verity se la desabrochó y la usó para envolver el casco. Él lo agarró todo, se metió en el ascensor y soltó la puerta, que se cerró con brusquedad. Se oyó cómo descendía.

—Ven, quiero que conozcas a Kathy —dijo el de la barba.

Avanzaron por un pasillo, de paredes de ese tono beis sucio igual al del vestíbulo de abajo. El tipo abrió un par de puertas de acero pintadas de marrón, tras las que había una luz intensa y un batiburrillo de ruidos graves.

—No es peligroso para tus oídos —dijo el tipo, que se tocó los auriculares—. Yo llevo estos porque estoy harto.

Entraron en una especie de fábrica, con luces fluorescentes que casi no proyectaban sombras y una cacofonía silenciosa de zumbidos, chasquidos y crujidos. Máquinas, hileras llenas de máquinas atareadas. Las paredes eran de bloques de hormigón pintados de blanco. A su izquierda, una ventana con marcos de acero y cristales unidireccionales antiguos, montados en horizontal. Olía a poliéster chamuscado. Verity reconoció parte de la maquinaria, gracias a los paseos que le había dado Stets: impresoras 3D, máquinas de moldeo por inyección...

—Kathy Fang. —Una mujer le ofreció la mano.

Verity se la estrechó.

—Verity Jane.

—Te esperaba —dijo mientras se la apretaba con firmeza.

—¿Cómo es posible?

—Recibimos un mensaje. —Era sinoestadounidense, de casi cuarenta años y ataviada con un suéter gris y unos *mom jeans* que no parecían de segunda mano.

—¿Os envió un mensaje?

—Nunca lo hace desde el mismo número. Hace poco nos había dicho que nos avisaría si tenía que desaparecer.

—¿Qué decía el mensaje?

—Que tenía que desaparecer. Que venías de camino, desde la ciudad.

—¿Qué hago aquí?

—Ella nos compró algo. Lo hemos modificado tal y como nos dijo. Es para ti.

Verity recordó el teléfono y miró al hombre que se había presentado como Dixon.

—Él tiene mi teléfono —dijo a la mujer—. Y todo lo que me entregó Tulpagenics. Quiero que me devolváis mi teléfono.

—Lo siento, pero no lo podemos sacar de esa bolsa —aseguró la mujer.

—¿Eso te lo ha dicho Eunice?

—En el mismo mensaje, pero habríamos insistido en que no lo sacaras de todos modos.

—¿Aquí se imprimieron los drones?

—Nos han retrasado mucho nuestra producción de mandíbulas.

—¿Mandíbulas?

—Entre los drones y la impresión de tu chico, nos hemos retrasado con la producción de trajes para la tercera entrega de una superproducción.

—¿Mi chico?

—Ya habíamos encontrado los planos y habíamos imprimido la mayor parte. Después, Eunice se puso en contacto con nosotros y

nos ofreció los planos de lo demás, así como unas modificaciones, a cambio de una opción de compra exclusiva. Hacernos con los planos de las modificaciones ya nos habría merecido la pena de por sí. Pues ya hemos terminado. Nos ha llamado esta mañana para decirnos que aceptaba nuestra oferta y que venías de camino. Ya hemos pagado. Y aquí estás tú.

—¿Está muerta?

—No lo sé. Dijo que podíamos confiar en ti y en todas las personas que vengan de su parte para ayudarte. Si supiese más, te lo diría. Aquí solo imprimimos cosas y nos ceñimos a las especificaciones. Mantenemos la boca cerrada. Las industrias del cine y de la televisión suelen ser muy confidenciales. —Señaló un pasillo rodeado por hileras de esa maquinaria incansable, que atravesaba toda la estancia hasta llegar a otro par de puertas marrones—. Ven, para que lo veas. Empezó a recorrer dicho pasillo y ni echó la vista atrás para comprobar que Verity la seguía.

36

Desaparecida

—Desaparecida —dijo Ash cuando Netherton respondió a la llamada del latido de su sello.

Rainey le acababa de dejar un sándwich de ensaladilla de huevo y un vaso de leche sobre la mesa de la cocina, junto al controlador.

—¿Eunice, quieres decir? —preguntó.

—Ya no se aloja ni en Johns Hopkins ni en la Universidad de Washington —explicó Ash—. Tenemos mejor acceso a Johns Hopkins que antes y he conseguido colarme en el sistema de mensajería de Cursion. Nadie la ha mencionado.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Verity Jane.

—¿Por qué la elegiste a ella? —preguntó Netherton.

—No quería que nuestra futura agente tuviese la personalidad de alguien de Cursion. Verity no es una sociópata.

—¿Y la tal Jane?

—Es la misma. Jane es el apellido. —Netherton cogió una mitad del sándwich.

—Sigue explicándome mientras como.

—Pusimos a Eunice en contacto indirecto con unos fabricantes. Pidió cuatro drones pequeños de categoría militar. Después, conseguimos ponernos en contacto con ellos directamente, y descubrimos que ya habían empezado a crear por su cuenta una

imitación pasable de un dron de combate bípedo. Puede que Verity Jane ya esté con ellos, en Oakland. Esté donde esté, se encuentra en una situación muy diferente a la que estaba el lunes por la mañana. Pronto podrás hablar con ella mediante el dron que usaste en el simulador, el de las prácticas. Es alguien que no tiene ni idea de lo que son los muñones, y tampoco tiene ninguna razón en particular para creer nada de lo que le digas.

Netherton tenía la boca llena, pero asintió, titubeante; por unos instantes, olvidó que ella no lo veía.

37

La parte de arriba es muy pesada

La estancia que había detrás de las segundas puertas marrones, que era algo más pequeña que el dormitorio de Joe-Eddy, no estaba tan bien iluminada. Además estaba vacía, a excepción de una silla plegable de metal y algo que a Verity le recordó a un radiador italiano que había tenido su madre, uno eléctrico de aceite de aspecto achatado pero dinámico. Este, por el contrario, estaba atado a un carrito de mano inclinado contra la pared. El de su madre era de color turquesa y cromado. Pero este era de varios tonos de gris.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Tu chico —respondió Kathy Fang, que se había quedado tras ella bajo el umbral de la puerta.

Verity se giró.

—¿Mi chico?

—Un dron —explicó Kathy Fang. Dixon estaba detrás de ella, con los auriculares puestos.

—¿Vuela?

—Tiene piernas —dijo Dixon—. Y también ruedas. Pero no puede volar.

Verity volvió a girarse y vio que tenía piernas, dos piernas cortas que en ese momento estaban colocadas entre las dos ruedas

rechonchas del carrito.

—¿Por qué está atado así?

—Es para que no se caiga al suelo cuando los giroscopios están desconectados —respondió Kathy Fang—. Sin ellos, la parte de arriba es muy pesada. Unos vídeos de YouTube de una versión anterior, en los que daba volteretas hacia atrás, me llamaron la atención y me puse a crear uno. Aún está cargando. —Señaló una unidad plana y rectangular que había en el suelo, parecida al cargador de una bicicleta eléctrica pero mayor, con un led rojo brillando en un extremo—. Se pondrá verde cuando esté listo.

—¿Listo para qué?

—Para quienquiera que se vaya a reunir contigo.

Verity miró la silla.

—Cuando llegue, hay un lugar mucho más cómodo para vosotros en el piso de arriba. Si haces un gesto con la mano, Dixon te llevará. Tenemos unas mandíbulas que supervisar.

Se retiró y cerró la puerta.

Había dos botellas de agua sin abrir en el suelo junto a la silla. Verity se sentó, se inclinó para coger una, abrió el tapón y bebió.

Miró a esa cosa con la botella aún en la mano. El led del cargador seguía rojo.

—¿Eunice?

Se sintió estúpida e incluso triste al comprobar que nadie le había respondido.

38

Apretón de manos

Netherton recordó a Flynne usando un controlador fabricado en el condado, impreso en un plástico que parecía hecho de glaseado. Era lo que había usado para controlar el periférico que habían conseguido para ella en Londres.

Ahora, sentado en el sillón, con los ojos cerrados y con el controlador de La Embajada de Denísova activado, las cámaras mostraban su piso en ese anacrónico círculo achatado del simulador que tan familiar le resultaba. La parte superior de la imagen daba directamente a las ventanas que estaban detrás de él, desde las que se veían las hileras de casas.

—Esperando el apretón de manos —dijo Ash, que seguro que se encontraba en la yurta de Dalston, rodeada por sus tatuajes y el tardibot.

—Tu controlador tiene que conectarse al laboratorio de Física Aplicada de Johns Hopkins.

—¿Por qué, si Eunice ya no está allí?

—En estos momentos, es nuestra mejor entrada para conseguir una conectividad adecuada. La Universidad de Washington es más lenta.

Se oyó un tono breve.

—¿Qué ha sido eso?

—El apretón de manos —respondió ella—. Estamos dentro.

La pantalla cambió para mostrar otra habitación, una más pequeña y vacía. Había una mujer ataviada con una chaqueta de *tweed*, inclinada hacia delante sobre una silla y con gesto tenso. Lo miraba con los ojos entrecerrados.

—Eso parece, sí —le dijo él a Ash, sorprendido por el asombro que acababa de sentir.

—¿Que parece qué? —preguntó la mujer del muñón. En una mano tenía una botella de plástico, con lo que parecía agua.

—Que estamos dentro —dijo Netherton, inquieto—. Perdón. No me di cuenta de que ya podías oírme. ¿Tienes un teléfono? —Lo había preguntado pensando en un implante, pero luego recordó que era imposible que lo tuviese.

—Me quitaron los dos —respondió ella.

—Entonces, ¿cómo nos comunicamos?

—Supongo que esta cosa tendrá un altavoz. Y un micrófono.

Netherton llegó a la conclusión de que se refería al dron.

—¿Eres Verity?

—Tú primero.

—Wilf —dijo él—. Wilf Netherton.

—¿Dónde estás?

—En Londres.

—¿Y por qué estoy hablando contigo?

—Por Eunice —dijo él—, aunque lo cierto es que yo nunca he hablado con ella.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

Verity frunció el ceño.

—Ha desaparecido, ¿verdad?

—No lo sé —insistió él—, pero he venido para ayudar.

Verity se puso en pie y dio un paso al frente.

—No puedo verte bien si te acercas tanto —dijo él.

—¿Cámaras?

—Claro.

—No las veo.

—Es muy probable que sean algo parecido a pequeños agujeros redondos —dijo—, de unos dos milímetros de diámetro.

Un primer plano desmesurado de *tweed* gris. Texturas de un universo alternativo en alta resolución.

—Como los tornillos Robertson —observó, aunque Netherton no tenía ni idea de a qué se refería.

39

Achaparrado

Verity miró las puertas marrones. Tras ellas, se suponía que Kathy Fang y Dixon trabajaban en esas mandíbulas.

—¿Te llamas Wilf?

—Wilf Netherton.

—¿Y a qué te dedicas, Wilf?

—Relaciones públicas.

—¿Dónde?

—En Londres.

—¿Para quién trabajas?

—Soy autónomo —respondió—. ¿Dónde estamos?

—En Oakland. —Verity recordó el último mensaje de Eunice, ese que decía que tenía que confiar en las personas ante las que la llevase el camarero—. Si estás en Londres, ¿por qué no nos han dejado un teléfono y ya está?

—¿Quién?

—Kathy Fang.

—No la conozco.

—Eunice le compró esta cosa a ella. Todavía no me has dicho qué haces aquí.

—Conozco a alguien que conoce a Eunice. O que sabe de su existencia. Es complicado.

Uno de sus pies se movió en ese momento, o lo intentó, pero lo retenía una de las dos correas de lona, la de abajo. Verity dio un paso atrás.

—¿Por qué no puedo mover el pie de esta cosa? —preguntó él, nervioso.

—Está amarrado.

—¿A qué?

—A uno de esos carritos que se usan para mover lavadoras y cosas de ese estilo. Dos ruedas con neumáticos y un manillar, ¿sabes?

—Veo el manillar en la pantalla de atrás. No me había dado cuenta de lo que era. ¿Estoy atado?

—Es por los giroscopios —explicó Verity, y entonces sintió el leve zumbido de los motores—. Sin ellos, tu parte de arriba es muy pesada, por lo que te han amarrado para evitar que te caigas. Parece que ya se han encendido.

—¿Podrías soltarme, por favor?

Verity sopesó la longitud de los brazos de esa cosa y se los imaginó estirados para estrangularla. Después reparó en que, aparte de no tener cabeza, tampoco tenía manos—. También sigues enchufado al cargador, pero ahora la luz está verde.

—¿Te importaría desenchufar eso también?

—¿Quieres que los llame?

—¿A quién?

—A Kathy y a Dixon. Ellos fueron quienes lo construyeron.

—Si no te importa —dijo él—. Estaría bien.

—¿Lo has visto?

—He visto un modelo. En un simulador de entrenamiento.

—Es achaparrado; aun así, intimida.

—¿Achaparrado? —Parecía algo decepcionado.

—Puede que mida un metro, o un poco más.

—Creía que iba a ser más alto.

—Si no tuviese los hombros tan anchos, se parecería a Bob Esponja y todo.

—¿Ese quién es?

—¿No emiten *Bob Esponja* en Inglaterra o qué?

—No —respondió él.

—Ni siquiera sé si voy a poder abrir los cierres. No te muevas hasta que te lo diga. Cuando lo haga, muévete despacio. Esto da mucho miedo.

—Perdón —dijo él.

Verity volvió a acercarse a esa cosa, se inclinó, dejó la botella de agua en el suelo y empezó a examinar los dos cierres de fricción idénticos que tensaban las correas. Comprendió que esperaba a que Eunice le mostrase esas manos de pictograma para indicarle cómo desabrocharlas.

—Mierda.

—¿Cómo has dicho?

—Nada. Deja que me concentre.

40

Pasitos de bebé

—Dile que incline el carrito hacia delante —dijo Ash—, que lo ponga en vertical mientras tú te separas de él.

Dio por hecho que Verity no oía a Ash, pero sí a él en caso de que este le respondiera.

—Para silenciar, toca una vez —explicó Ash—. En el incisivo central maxilar, cualquiera de ellos. Para revertirlo, toca una vez también.

Netherton se tocó uno de los dientes delanteros superiores con la punta de la lengua.

—¿Por qué?

—Porque podrías caerte al suelo si lo haces sin apoyo. No es un dron de combate de verdad, sino una reconstrucción razonablemente precisa de un prototipo de investigación hecha por un aficionado.

—Espera —dijo él, que volvió a tocar el diente. Vio ese primer plano de *tweed* que ya le resultaba familiar—. ¿Cómo va la cosa por ahí?

—Pues tiene una especie de trinquete, con seguro. —El ruido del metal contra el metal—. Una más. Vale. Ahora el cargador. —Netherton supuso que se había arrodillado, porque el *tweed* desapareció de su vista y vio un pelo castaño muy cerca de las cámaras—. Ya estás.

Verity se puso en pie.

—¿Me podrías hacer otro favor?

—¿Cuál?

—¿Podrías tirar del carrito para ponerlo en vertical y aguantarlo así mientras me separo? Es mi primera vez controlando el dron de verdad. Solo he practicado en el simulador. —Se tocó el diente—. ¿Cómo sabías que estaba tirado en el suelo? —preguntó a Ash.

—Trigonometría —respondió ella, y Netherton dio por hecho que también se había silenciado para que Verity no la oyese.

Verity extendió el brazo detrás de él, por encima de su cabeza. Los ángulos que Ash había usado para sus cálculos cambiaron en ese momento, cuando Verity agarró lo que Netherton consiguió reconocer al fin como el manillar de un carrito y tiró de él hacia atrás.

—Tengo el pie delante de la rueda —dijo ella.

Volvió a tocarse el diente con la lengua.

—¿Puedo probar ya?

—Pero no hagas movimientos bruscos —advirtió ella.

Netherton movió hacia delante el pie izquierdo, lo bajó y lo dejó sobre el suelo.

—¿Bien?

—Está en el suelo —respondió ella.

Repitió la secuencia con el pie derecho.

—Ya te has separado del carrito —dijo Verity.

—¿Puedo seguir caminando?

—Tú verás.

Netherton dio dos pasos más, para luego sacar las pequeñas ruedas de los armazones que tenía bajo los pies.

—¿Qué haces ahora? —preguntó ella.

—Son ruedas —dijo él—. Se activan de forma individual y tienen sistema de rueda libre, para patinar. Aún no he probado lo de

patinar.

—¿Por qué no tiene manos?

—Tiene habilidades manuales —dijo Netherton a Verity, y se sorprendió al ver que había levantado un poco los brazos—, pero aún no las he visto.

Las muñecas se estrechaban hasta convertirse en muñones de una irregularidad compleja. Netherton flexionó la mano derecha de su cuerpo de verdad, lo que provocó que, sin querer, varios elementos de aspecto extraño brotaran del muñón de repente y luego se replegaran.

—No hagas eso —dijo Ash—. Algunas de esas cosas son peligrosas y otras solo intimidatorias. Vas a asustarla.

Que Verity lo mirase desde arriba le recordó a cuando usaba el Wheelie, en el condado, aunque el dron era un poco más alto.

—¿Eunice te eligió a ti expresamente? —preguntó Verity.

—Perdón —terció una voz desconocida. Netherton vio el rostro de una mujer en el hueco de las puertas entreabiertas—. Venía a ver si todo había salido bien.

—¿Quién eres? —preguntó Netherton.

—Kathy Fang.

—¿Y qué hay ahí fuera?

—Nuestra fábrica.

—Guarda las ruedas —pidió Ash—. Camina. No es un Wheelie Boy.

Netherton las replegó para guardarlas de nuevo en el armazón. Entonces, la mujer abrió las puertas de par en par. Había un hombre detrás de ella, con barba y unos pequeños auriculares naranjas en las orejas.

Netherton dio un paso al frente. Otro.

41

Fobia a los espacios abiertos

Verity miró ese Bob Esponja corpulento, al que le costaba caminar. Avanzaba frente a ella de camino a la fábrica de Fabricant Fang, entre el ajetreo de las máquinas.

—Pero ¿qué imprimes aquí? —preguntó, y luego se detuvo.

—Unidades mandibulares de alienígenas —respondió Kathy Fang —. Mi equipo del piso de arriba está en la pausa para la comida. Iremos a la azotea. Allí arriba tenemos un lugar donde podéis hablar. Detrás de esas puertas. —Las señaló.

—Gracias. —El dron empezó a moverse de nuevo, hacia el fondo de la habitación, por el pasillo rodeado de hileras de máquinas. Empezaba a dársele mejor y había dejado de andar como un pato con esas piernas cortas, aunque cualquiera habría dicho que estaba hecho para caminar así. Verity recordó los giroscopios. Esa cosa llegó hasta el extremo del pasillo y giró a la derecha para encarar las puertas. No tenía nada que parecieran ojos ni movía la cabeza, por lo que no tenía forma de sugerir nada siquiera parecido a la curiosidad o a la atención. Pero Wilf, quienquiera que fuese esa persona, quizá la miraba en aquel mismo momento. Verity sintió la necesidad de seguirlo, por lo que se dirigió hacia el dron y pasó junto a Kathy y a Dixon.

Ellos la siguieron por el pasillo, y se fijó en que imprimían las mandíbulas, siempre y cuando fueran eso que veía a los lados, con

un material que temblaba un poco.

—¿Por qué en la azotea?

—Es donde está el cubículo de tranquilidad. Tenemos un amigo que los imprime.

Dixon, que había cogido el cargador del dron, mantenía la puerta abierta. Verity siguió al dron hasta fuera.

En el siguiente pasillo, oyó el traqueteo de las puertas del ascensor al abrirse. Kathy y ella entraron, después el dron y luego Dixon, quien pulsó el botón sin número que había encima del cuatro.

—¿Os preocupa la posibilidad de una guerra nuclear? —preguntó Wilf, que sonó como un misionero proselitista mientras el ascensor empezaba a ascender.

Los tres bajaron la vista para mirarlo.

—¿A ti te preocupa? —preguntó Verity mientras se abría la verja de la puerta.

—Me preocupa por vosotros, sí. Mi mujer también está preocupada. Lo está desde que se enteró.

Verity se imaginó a la señora dron con un sombrero de paja estampado. Entonces inhaló sin esperárselo un tufillo que a buen seguro venía de la depuradora. Alzó la vista y se dio cuenta de que estaban al aire libre.

—Por aquí —indicó Kathy Fang, que los llevó hacia un contenedor de mercancías gris algo oxidado. Era de tamaño estándar, aunque algo pequeño, un cubo de tres metros de largo. Contaba con varios conductos y tubos que no estaban oxidados y que lo recorrían por el techo y el costado que tenían delante.

—Está insonorizado, ventilado y tiene control de temperatura y humedad. Cuenta con agua potable y unas letrinas químicas.

Dixon había empezado a introducir un código en una cerradura electrónica que había en un costado del contenedor. Verity miró

hacia donde creía que estaba la bahía, pero el paisaje quedaba oculto detrás de los edificios más altos. Cuando volvió a darse la vuelta, Dixon había empezado a abrir una puerta tras la que se distinguía una luz suave.

La entrada, que tenía la mitad del ancho del cubo, reveló una decoración medio japonesa y propia de Silicon Valley. Madera de tonos claros, un tatami, unos biombos de papel blanco, un sillón gris y bajo, una mesa de madera a juego.

—No estaréis encerrados —comentó Dixon—, pero haced como si lo estuvieseis. Sabremos si se abre la puerta o si alguien pone un pie en la azotea. Pase lo que pase, vendré al momento. Hay un iPad sobre el sillón. Tiene abierta una página donde tenéis varios controles. Hay uno rojo que es para avisar. Tocadlo cuando queráis salir.

—¿Qué es esto? —preguntó Verity.

—Sirven para reducir la FEA —respondió Kathy Fang—. Este es uno de los prototipos. Aquí les imprimimos parte del revestimiento interior.

—¿FEA?

—La fobia a los espacios abiertos. Eso de ahí es para que dejéis el calzado. —Señaló una bandeja transparente que a Verity le pareció que habían comprado en Muji.

—¿Y para qué lo usas tú?

—Para echar siestas. Entra.

El cubo se encontraba sobre unos palés de madera. Verity levantó el pie y entró.

—Será la primera vez que suba un escalón con esto —dijo Wilf.

Todos miraron al dron.

—Perdón. Es que me preocupa caerme.

—Date la vuelta —dijo Dixon—. Luego siéntate en el escalón. Endereza las piernas frente a ti, formando un ángulo recto con el torso. Te quedas así y yo te giro para meterte.

Verity se arrodilló y empezó a quitarse los zapatos. Esperaba que quedasen bien lejos de donde iban a sentarse.

El dron rotó dando varios pasitos y luego se sentó. No tenía culo, por lo que tampoco había mucho sitio donde hacerlo. Supuso que se mantenía recto gracias a los giroscopios. Verity se levantó mientras Dixon girabas las piernas cortas y estiradas de esa cosa hacia el interior del cubo.

—Gracias —dijo la voz que decía llamarse Wilf, y Verity pensó que, a pesar de su aspecto indefenso, no tenía manera de saber qué era en realidad.

—Avisad cuando hayáis terminado —dijo Kathy Fang.

Dixon dejó el cargador en el suelo y cerró la puerta, lo que hizo que la luz indirecta del interior ganase un poco en intensidad.

Se fijó en que por dentro no tenía forma de cubo. El suelo estaba alzado, en la pared opuesta a la puerta había unos biombos de papel, entreabiertos, tras los que se distinguía la curva blanca de un retrete. El resto era tatami, de madera o papel, que supuso que cubriría el plástico y el material de insonorización, a excepción del techo, que era blanco pero translúcido y emitía un tenue resplandor.

—¿Podrías ayudarme a levantar? —preguntó el dron, ansioso.

—¿Cómo? —Verity lo miró.

Silencio.

—¿Que si podría qué? —repitió ella.

La cosa se puso en pie con una agilidad inesperada.

—Guau —se maravilló ella, que dio un paso atrás.

—Perdón —intervino una mujer con acento británico—. Wilf se ha olvidado de silenciar el micrófono al hablar conmigo, así que lo has

oído. Me llamo Ash. Wilf y yo trabajamos juntos. No he tenido tiempo de presentarme antes. No quería complicar aún más las cosas.

—Estabas escuchando —dijo Verity.

—Perdón.

—¿Hay alguien más por ahí?

—Nadie, por el momento —respondió la mujer—. Si alguien se une a nosotros, te lo diremos.

—¿También eres relaciones públicas? —preguntó Verity.

—Bueno, yo soy de lo que podría llamarse el departamento de Informática.

—¿Dónde estás tú?

—En Londres.

—¿Con Wilf?

—En mi despacho, que está a unos ocho kilómetros de su apartamento. Ambos teletrabajamos.

—¿Conoces a Eunice?

—No he hablado con ella, pero sí hemos tenido relación durante estos últimos tres meses. La conozco mejor que Wilf. Él es nuevo.

—¿Nuevo en qué? —preguntó Verity.

—En todo lo relacionado con Eunice.

—¿Qué era ella?

—El resultado de hibridar dos líneas de investigación militar. Una dedicada a informatizar aspectos de la conciencia humana y la otra a crear un sistema centrado en un tipo de guerra muy particular. ¿Quieres ir al baño?

—Yo sí —dijo Wilf—. Ahora vengo.

—Me refería a Verity, Wilf —aclaró la mujer—, pero ya que estás, también puedes beberte un vaso de agua. Pareces deshidratado.

—Creía que no estabas con él —comentó Verity.

—Veo la imagen de las cámaras de su controlador —repuso la mujer, Ash—. Y están enfocadas hacia un espejo, cerca de donde está sentado, en el que se refleja él.

Verity se quitó la chaqueta, la colgó en un gancho de aluminio, se dirigió hacia los biombos, entró y los deslizó parar cerrarlos. Al terminar, la cisterna se activó automáticamente. Se lavó las manos en el pequeño lavabo de acero inoxidable que había en la esquina opuesta.

Salió y deslizó los biombos tras ella para volver a cerrarlos. Luego vio al dron sentado en el suelo, junto a la mesa baja frente al sillón.

42

Consejo de esposa

—Intenta evitar ser la peor versión de ti mismo cuando estés con Ash —había dicho Rainey, que lo había seguido a la cocina cuando Netherton se había levantado para ir al baño—. A ella no le importa, pero tal vez afecte a Verity. Ahora te controlas mucho más, pero cuando estás con Ash hay ocasiones en las que vuelves a ser tu yo del pasado. Y Verity necesita tu ayuda, algo que no podrás darle si la convences de antemano de que eres un imbécil. —Le dio un vaso de agua.

Rainey solo había oído los comentarios de Netherton a las conversaciones con Ash y con Verity Jane. Él se tocó la parte trasera de los incisivos con la punta de la lengua para asegurarse de que su micrófono seguía silenciado.

—Lo intentaré —dijo. Luego le dio un beso en la mejilla y se giró de nuevo hacia el salón, donde la niñera rondaba por el suelo, en pandaforma, con Thomas.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Verity Jane. Netherton comprendió que había restablecido el sonido al tocarse el diente para asegurarse de que estaba silenciado.

43

Bodegón con abogados

—¿Qué? —preguntó el tipo que se llamaba Wilf.

—Eso de «Lo intentaré». ¿Por qué lo has dicho?

Una pausa.

—Afirmación positiva —respondió él—. No era mi intención decirlo en voz alta.

—¿Dónde está Ash? —preguntó Verity.

—Aquí —indicó ella.

Verity se sentó en el sillón. En la pared opuesta estaba colgada su chaqueta, que parecía pertenecer a un planeta radicalmente más normal.

—Joe-Eddy —dijo Verity—. ¿Sabe algo o cree que no he vuelto a casa sin más? Y Cursion, ¿vendrá a este lugar a buscarme?

—Él sabe que estás en buenas manos —aseguró Ash—, pero no el lugar exacto donde te encuentras. Ahora voy a abrir una pequeña escotilla en la parte superior del dron.

Verity se inclinó hacia delante y se fijó en cómo se abría.

—Es un proyector de vídeo —explicó Ash. Algo parecido a un periscopio en miniatura brotó del hueco.

Se giró hacia la izquierda de Verity, en dirección al baño cubierto con esos biombos de papel blancos, donde proyectó la imagen de uno de los dos tornillos Robertson que había en el salón de Joe-Eddy, el que enfocaba el sillón porno. Ahí había sentada una joven

negra, con la vista fija en un portátil abierto. La imagen se dividió a la mitad y apareció también la cámara de la cocina, que estaba cerca del techo y girada hacia abajo, hacia la mesa, donde un joven blanco también estaba sentado con otro portátil.

—¿Ese quién es? —preguntó Verity.

—Son abogados recién contratados de un conocido bufete de San Francisco —dijo Ash—, uno contratado por Eunice en nombre de Joe-Eddy a través de una empresa fantasma. Su presencia le complicará las cosas a Cursion si tenían pensado secuestrarlo.

—¿Y él dónde está?

La cámara de la cocina quedó reemplazada por la otra del salón: Joe-Eddy se encontraba en su mesa de trabajo, con la camisa a cuadros naranja, de espaldas a la cámara. Parecía estar quitándole la soldadura a algo.

—¿Y qué pasará cuando termine su turno y tengan que marcharse? —preguntó Verity.

—Que vendrá otra pareja a reemplazarlos.

—Y si él sale, ¿lo acompañarán?

—No va a salir por el momento.

—¿Y le parece bien no salir?

—Sabe que es por su propio bien.

—¿Crees que Cursion va a intentar algo?

—Han encargado los servicios de empresas militares privadas —comentó Ash—. Como las dos que instalaron las cámaras, por ejemplo.

—¿Y todo lo que les dice a esos abogados se cambia en posproducción?

—No, pero no les dice nada que les sirva a los de Cursion.

—¿Y Cursion no va a relacionar con vosotros el hecho de que Joe-Eddy haya empezado de repente a alquilar su casa como un Airbnb,

o que la haya convertido en un cibercafé exclusivo para abogados caros recién contratados?

—No tienen ni idea de que existimos —respondió Ash—. Y tampoco se lo creerían si se lo dijeses. Dan por hecho que Eunice es quien ha contratado a los abogados. Están al tanto de sus capacidades y saben que deben ser cuidadosos con todo lo que haya dejado preparado antes de desaparecer.

—Dijo que, si podían, iban a apagarla. También me preguntó si sabía montar de paquete en una moto, justo antes de verme obligada a hacerlo. Después, se esfumó. Dijo que una de sus otras ramas en el árbol quería saberlo.

—¿Te comentó algo de las laminares?

—Las llama de maneras diferentes. Ramas en el árbol. Agentes. Dijo que hacían cosas sin que ella se enterase. ¿Vosotros trabajáis para ella?

—No —respondió Ash—, pero queremos ayudarte, lo que es lo mismo que ayudarla a ella.

—¿Y por qué queréis ayudarme?

Se oyó algo que venía de fuera, algo que pasó por las alturas y que habría sido muy estruendoso si no hubiesen estado ahí dentro. Pasó de largo hasta que dejó de oírse el ruido.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Verity.

Se abrió la puerta.

—Habría tocado —dijo Dixon debajo de la visera de la gorra—, pero no me hubieseis oído.

—¿Qué es lo que acabo de oír?

—Un dron —respondió—. Uno grande. Te ha traído algo. —Se quitó los auriculares naranjas y se los dejó en el cuello. Había alguien detrás de él, pero Verity no veía quién. Se puso en pie y se

fijó en que era Sevrin, que sostenía una carpeta gris y abultada de plástico transparente.

—Este es Miguel —dijo Dixon al tiempo que cabeceaba hacia Sevrin—. Ha llegado hará unos diez minutos. Conoce a Eunice. Kathy dice que ha venido a recogerte. —Sevrin le dedicó una sonrisa a Verity y luego dio un paso al frente. Dejó la carpeta color niebla en la moqueta frente a los pies de Verity. La abrió y sacó de dentro la bolsa de Muji doblada y cerrada con cremallera. Volvió a meter la mano y sacó otra cosa, también doblada y negra, con ruedecitas como las de una maleta de equipaje de mano.

—¿Qué es eso? —preguntó Verity.

—Es para esto —contestó Sevrin mientras señalaba al dron—. Para viajar.

—¿Te envía Eunice?

—Me dejó órdenes, sí.

—¿Tienes algo contra esta gente? —Miró a Dixon.

—Eunice no tenía nada contra ellos —respondió Sevrin—. También les he traído el dinero para pagar por el dron.

—¿Y qué hay de las dos personas con las que hablo a través del dron?

—No tengo ni idea —dijo Sevrin—. Solo he venido a recogerte a ti y a esa cosa.

—Eunice ya no está, ¿verdad? ¿Ha muerto?

—No he podido ponerme en contacto con ella.

—¿Y adónde nos llevas?

—Aún no lo sé. —Cerró la carpeta de plástico gris—. ¿Puede caminar?

—Sí que puede —respondió Ash, quien Verity dio por hecho que había conseguido poner en pie a esa cosa con mucha habilidad.

44

Blanqueador de capitales

—¿Ese quién es? —le preguntó Netherton a Ash después de silenciarse.

—Sevrin —respondió ella—, un blanqueador de capitales moldavo a quien Eunice contrató. Verity ya lo conocía. Kathy y Dixon creen que se llama Miguel.

—¿Y qué hace allí? —insistió Netherton, obnubilado por aquel oficio tan arcaico.

—Pues hay varias posibilidades: o bien Eunice predijo varias situaciones hipotéticas y él sigue sus instrucciones, o bien una o más de las laminares siguen activas, o bien actúa del todo por su cuenta.

—Siempre me incomoda cuando descubren que se encuentran en un muñón —dijo Netherton—. Y luego todos dan por hecho de inmediato que nosotros venimos de su futuro.

—Seguro que ellos se sienten más incómodos que tú —aseguró Ash—. Yo he tenido que presenciar dos brotes psicóticos desde que te cogiste la baja.

En ese momento, el hombre llamado Sevrin empezó a desdoblar algo negro. Llevaba una chaqueta corta y unos pantalones estrechos a juego, gris oscuro, con unos zapatos negros muy brillantes. Tenía el pelo negro tan corto que bien podrían haberlo pintado con espray, y una perilla igual de exigua. Los blanqueadores de capitales, que Netherton solo conocía del muñón de Flynne, eran el tipo de

personas que menos se trastornaban al descubrir que su mundo no era más que una bifurcación de otro principal. Siempre buscaban maneras de aprovecharse de ese conocimiento. Netherton volvió a activar la voz.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó.

El blanqueador de capitales alzó la vista de lo que estaba haciendo.

—Es Wilf —explicó Verity—. Está en Londres.

—El equipo ha vuelto a la fábrica —dijo Kathy Fang, que apareció detrás de Sevrin—. Han dejado mucha comida, de un servicio de catering de un amigo que está a unas pocas manzanas. ¿Alguien tiene hambre?

45

Equipaje

Verity vio cómo Sevrin se servía una porción de cada una de las pizzas que había en la mesa alargada. El cuarto piso era una estancia diáfana, idéntica a la de debajo pero sin las máquinas. La iluminaba la luz de las velas, si es que esos ledes que parecían comprados en un bazar se podían llamar así. En las sombras del rincón más alejado, Verity vio la silueta de una máquina de coser industrial.

Llevaba la bolsa colgada al hombro. Al abrirla para sacar la correa, recordó a Eunice decirle que la persona a la que había enviado al piso había cogido su pasaporte antes de que llegasen los tipos que habían instalado las cámaras en los tornillos Robertson. Y allí estaba, detrás de la pasta de dientes, en el bolsillo interior con cremallera donde lo guardaba siempre.

—Come algo —dijo Kathy Fang, que estaba junto a ella—. A veces, una no sabe cuándo será la próxima vez que pueda comer. La de tres setas está buena.

Verity no tenía hambre, pero estaba de acuerdo. Tenía que comer. Tomó una porción de la pizza de setas, que colocó sobre varias servilletas, y luego eligió también un análogo de canapé tamaño industrial que cogió de una bandeja llena de ellos. Era comida propia de un equipo audiovisual, para personal de cine y televisión que tenía que hacer horas extra. Sevrin ya iba por la segunda porción.

Llevaba un uniforme de conductor de autobús color gris oscuro que imitaba un Prada, o viceversa, con unos zapatos puntiagudos de cuero brillante.

—Perdón —se disculpó Ash, muy cerca pero a la altura de la cintura de Verity.

Se asustó un poco y bajó la vista hacia el dron.

—Hemos empezado con mal pie —dijo Ash—. Culpa mía. Tendría que haberme presentado de inmediato. Perdón si te dio la impresión de que escuchaba a escondidas.

—Teniendo en cuenta la semana que llevo, te aseguro que eso es lo de menos. No pasa nada.

—Tenemos que irnos, por favor —dijo Sevrin detrás del dron.

—¿Adónde? —preguntó Verity.

—Sigo el protocolo de ella. Empiezo a conducir, recibo un destino, me dirijo allí y luego recibo otro destino. Y así sucesivamente hasta que llego a un lugar que no me ha dicho. —Agitó el objeto con ruedas de nailon negro en dirección del dron—. Tú, aquí dentro. Tenemos que cubrirte con esto.

—¿Qué es? —preguntó Wilf.

—Te facilitará los movimientos —respondió Sevrin—. Nadie te verá caminar.

—No podemos comprometer la movilidad del dron —se quejó Ash —. Y mucho menos su capacidad para mover los brazos.

—Eso no es un problema —dijo Sevrin, que se arrodilló frente a la máquina—. Tiene agujeros para las piernas. Los brazos se pueden plegar hacia dentro, así que... —Agitó una solapa negra—. Así que se pueden mover si hace falta.

—Genial —dijo Kathy Fang, que estaba detrás de él—. ¿Quién lo ha fabricado?

—Una tienda especializada en cuero que hay en Castro —respondió Sevrin.

—Supongo que será el primero que hacen —comentó Kathy Fang —. Dudo que nadie vaya por ahí con prendas de nailon Cordura.

—Dobla los brazos —dijo Sevrin, que lo extendió en el suelo.

El dron colocó los pies en los huecos y plegó los brazos, lo que hizo que Verity sospechase que era Ash quien lo controlaba. Sevrin levantó la tela para cubrir el torso mientras lo entallaba gracias a unas tiras de velcro, como si le pusiera un pelele extraño a un bebé aún más extraño. La cosa tenía ahora un par de ruedecitas negras en lugar de culo.

—Sube las piernas —dijo Sevrin. El torso se apoyó en las ruedecitas.

Después, Sevrin se puso en pie, agarró el manillar del equipaje y lo levantó gracias a una barra telescópica negra. Tiró del dron hacia detrás y lo hizo rodar unos pocos metros en dirección a la mesa con la comida. Allí volvió a enderezarlo. Verity los siguió.

—Ponte esto —le dijo Sevrin a ella, al tiempo que cogía de la mesa una prenda negra que Verity no había visto antes. Ella soltó la comida, la cogió y luego la extendió. Era un suéter negro con capucha que le quedaba varias tallas más grandes. Se lo puso sobre la chaqueta—. Y esto. —Le pasó unas gafas de sol—. Coge el cargador —le dijo a Dixon.

Verity, que recordó la comida en ese momento, envolvió la pizza en unas servilletas, el macrocanapé en otras dos y se lo guardó todo en el bolsillo de la sudadera.

Una vez en el ascensor, se puso las gafas de sol y la capucha. Era un modelito muy típico para pasar desapercibida; lo conocía muy bien tras su ruptura con Stets.

Cuando llegaron al vestíbulo, Dixon abrió una de las dos puertas de cristal mientras Sevrin, seguido de Kathy Fang, empujaba al dron fuera del edificio. Verity los siguió.

El cartel encendido del mayorista de fruta de la acera de enfrente ayudó a iluminar un poco la oscuridad de sus gafas de sol.

—Esa es la nuestra —dijo Sevrin, que señaló una furgoneta Mercedes negra configurada como minibús, con las ventanillas de los pasajeros aún oscuras.

En su carrito con ruedas, y con las manos insectoides plegadas sobre el torso como si de una momia se tratara, el dron parecía algo mucho más amenazador en estado larvario, de camino a una guardería para monstruos robóticos.

Dixon se inclinó para ayudar a Sevrin a bajarlo por los dos escalones de la entrada y dejarlo sobre el asfalto.

Kathy Fang, junto a ella, alzó ligeramente el borde de la capucha negra con la punta de un dedo índice para mirar a Verity a los ojos.

—Ten cuidado. Esperamos volver a verte.

—Gracias —dijo ella—. Y gracias también por la pizza. —Oyó cómo la puerta de pasajeros de la furgoneta se abría automáticamente.

—¿La conoces en persona? —preguntó Kathy Fang, con un tono que daba a entender que no era su caso.

—Creo que la has conocido lo más en persona que se puede conocer —dijo Verity.

—Listo —anunció Dixon—. Aquí está el cargador. —Señaló el lugar donde lo había dejado. Después, salió por la puerta de pasajeros.

—Le gustaba nuestro trabajo —comentó Kathy Fang—. Y por eso vendérselo no me preocupó en absoluto. Es una pieza formidable cuando está en buenas manos.

—A mí también me cae bien —dijo Verity, que empezó a notar lágrimas en los ojos.

—Tenemos que irnos —espetó Sevrin desde la furgoneta.

Verity no lo vio, pero se giró y caminó hacia el vehículo con la bolsa al hombro. El motor de la furgoneta se encendió en ese momento. También los faros.

La puerta se cerró tras ella al penetrar en la negrura del interior.

Entre los cristales oscuros de las gafas de sol, los ojos casi llorosos y los cristales tintados de la furgoneta, Verity no veía nada. Se quitó las gafas y la capucha, y entonces vio que el dron estaba amarrado con el cinturón de seguridad sobre el asiento tapizado que quedaba detrás de Sevrin.

—Siéntate al lado —dijo él desde el asiento del conductor.

—Yo no estaría tan tranquila con esa cosa detrás —comentó ella. Pasó sobre el cargador y se sentó junto al aparato.

—Abróchate el cinturón —indicó Sevrin al tiempo que se alejaba de Fabricant Fang.

Verity obedeció mientras él giraba a la izquierda en la esquina, en dirección a Jack London Square, lejos de la playa. Luego, otra vez a la izquierda. Verity recordó lo que Sevrin le había dicho sobre el protocolo.

—¿Verity? Soy Rainey —dijo una voz que no le sonaba de nada, más suave que la de Ash—. Como «lluvia» en inglés, pero con una i al final. Soy la mujer de Wilf.

Verity miró de soslayo al dron, y entonces se imaginó de nuevo a la señora dron con un sombrero de flores.

—Si fuese tú —continuó la voz—, me sentiría algo acosada, pero quería presentarme. Wilf trabaja desde casa, por lo que he podido hacerme una idea de tu situación.

—No pareces británica.

—Soy canadiense.

Verity miró la parte superior del torso sin cabeza del dron y vio la marca de la escotilla por la que había salido el proyector periscópico.

—¿Estáis en Londres?

—Vivimos aquí, pero yo trabajo en Toronto.

—¿Y a qué te dedicas?

—Relaciones públicas.

—¿Como Wilf?

—No. Nos conocimos cuando trabajábamos juntos, pero yo ahora me encargo de gestionar crisis. ¿Tuviste apoyo profesional cuando dejaste a Stets?

Virgil, entre otros, le había sugerido que buscase apoyo profesional, pero ella no quería.

—No. Lo cierto es que era lo último que quería en aquella época. ¿Cómo es que sabes tanto de mí?

—He leído noticias sobre ello.

Sevrin se ajustó el auricular y pronunció un monosílabo. Luego dijo algo más, un poco más largo.

—¿Qué idioma es ese? —preguntó Verity.

—Moldavo —dijo él, que volvió a girar hacia la izquierda.

Era casi imposible ver nada a través de los cristales tintados de las ventanillas. Y mirar hacia delante no servía de mucho.

—¿Cuántos estáis ahí? —preguntó al dron.

—Tres —respondió Rainey, la canadiense—. Wilf tiene un controlador. Ash y yo estamos conectadas a esta cosa por teléfono. Podemos echar un vistazo alrededor de manera independiente, gracias a las cámaras del dron. Wilf me ha contado lo de Eunice.

—Ha desaparecido. Supongo que habrá muerto, aunque tampoco podía decirse que estuviese viva.

—¿Por qué no?

—Porque era una inteligencia artificial.

—Yo no daría por hecho que no estaba viva —comentó Rainey.

—Dijo que no era más que capas de *software*. —Verity miró al dron y luego a Sevrin. Se preguntó qué estaría entendiendo él de aquella conversación. Luego miró hacia delante y vio que parecían estar de nuevo en Nimitz, en dirección al puente—. ¿Qué es un controlador?

—Sirve para evitar que muevas el cuerpo al controlar el dispositivo. No es por control neuronal, ya que el dron no tiene sistema nervioso. Pero Wilf todavía está aprendiendo a caminar con esto, así que aún mueve un poco las piernas. Cuando camina con el dron, está aquí en casa sentado en el sillón y las agita un poco.

—¿Está aprendiendo a caminar?

—Sí, estoy aprendiendo —respondió Wilf—. Gracias.

—Ash —dijo Verity—. ¿Estás ahí?

—Sí —contestó Ash.

—Vaya un grupito —comentó Verity.

46

Apoyo emocional

El sello de Lowbeer empezó a latir. Netherton se tocó los dientes con la lengua para silenciarse.

—¿Sí?

—Supongo que dar apoyo emocional a clientes consternados es una parte importante del trabajo actual de Rainey.

Netherton miró el cráneo casi afeitado del conductor del vehículo, la autovía antigua que tenían frente a ellos, a Verity sentada a la derecha, las ventanas semiopacas que había a ambos lados.

—Sí que lo es.

—Permitamos que forme parte de esto a partir de ahora, pues. Creo que las dos se llevarán bien. Ya hablaré con ella sobre sus honorarios.

—Dudo que los honorarios sean un factor determinante —dijo Netherton. Volvió a abrir los ojos y, al no ver a Rainey, se puso en pie, se dirigió a la cocina y se sirvió un vaso de zumo de granada. Bebió.

—Tienes razón —convino Lowbeer—. Por eso creo que llegará a ser muy útil.

Netherton vio cómo la corona pequeña que era el sello se atenuaba. Sintió como si hubiese perdido algo de importancia en la operación, pero al mismo tiempo se alegró por Rainey y por la manera en que se había impuesto a la situación.

47

Sin teléfono

—¿Rainey? —preguntó Verity—. ¿Sigues ahí?

Sevrin los había sacado de aquel túnel kubrickiano que salía de Treasure Island. Entonces quedó clara la ruta que iba a seguir hasta el lugar al que se dirigían.

—Está con Thomas —respondió Wilf.

—¿Quién es Thomas?

—Nuestro hijo.

—¿Qué edad tiene?

—Once meses.

La escotilla del dron volvió a abrirse. El periscopio salió y proyectó un vídeo en la parte trasera del asiento de Sevrin. Un bebé ataviado con un pelele de rayas verticales blancas y azul marino, sentado en un suelo de parqué claro y jugando a las palmas emocionado con lo que parecía una pelota de tela artesanal. Una pelota similar rodó por delante del bebé y salió del encuadre.

—Qué mono —dijo Verity. Lo era, pero luego vio otra pelota diferente a la que acababa de ver rodar para volver al encuadre, detrás de él—. ¿Quién está tirando esas pelotas?

—Lo hacen solas, las seis —respondió Wilf—. Es la niñera.

—¿Cómo que la niñera?

—A Thomas le gusta mucho y suele estar configurada así, pero la mayor parte del tiempo son tres pandas —explicó él, momento en el

que Verity dio por hecho que en Londres había artilugios muy avanzados para padres. Luego, el bebé y las pelotas quedaron reemplazados por una mujer, de pelo castaño claro y más ondulado que el de Verity. Estaba sentada en una mesa roja—. Esa es Rainey la semana pasada. —Estaba de pie y llevaba unos vaqueros y una camiseta negra de manga larga. Sonrió a la cámara y salió del encuadre. La imagen desapareció. El periscopio descendió a través de la escotilla, que volvió a cerrarse—. ¿Adónde vamos? —preguntó Wilf.

—Estamos en el Puente de la Bahía, en San Francisco —dijo Verity.

Sevrin se tocó el auricular y dijo algo breve en moldavo.

Después, salieron del puente y se internaron en el tráfico de la ciudad.

—Es como el garaje del abuelo de Lev —comentó Rainey—, pero sin los tanques.

—¿Tanques? —preguntó Verity.

—El abuelo de un amigo colecciona vehículos antiguos —dijo Wilf —. Algunos de ellos son militares.

Verity miró a través del cristal tintado de la ventanilla que tenía a la derecha. ¿Union Square? El hecho de estar sin teléfono le hizo sentir una punzada de agobio, sobre todo por no poder consultar Google Maps.

—¿Geary? —le preguntó a Sevrin.

—Estamos cerca, sí. Prepárate.

—¿Y qué hacemos con esto? —Señaló el dron que tenía al lado.

—Aquí te ayudarán —respondió Sevrin, que volvió a girar a la izquierda antes de detenerse.

—¿Dónde? —preguntó ella, que vio un cartel de Walgreen en la esquina opuesta de la calle.

—En el cruce de Geary y Tayler —respondió él. Se abrió la puerta de pasajeros.

Virgil subió al coche. Iba ataviado con un abrigo de entretiempo con tiras reflectantes plateadas.

—¿Dónde está el otro cliente? —preguntó.

—Es este —dijo Verity, que se echó hacia atrás para que él viese mejor el dron—. No te esperaba por aquí.

Virgil sonrió.

—Se supone que tengo que ayudarte con esa cosa.

—Tiene ruedas —dijo ella—. Hay un manillar en la parte alta. Se puede sacar. No te tropieces con el cargador ese de ahí. —Lo señaló.

Sevrin abrió la puerta del conductor y salió. Después la cerró y rodeó la furgoneta por delante. Ella se quitó el cinturón de seguridad y se deslizó por el asiento hasta la puerta de pasajeros abierta. Después levantó las piernas para dejarle hueco a Virgil. Sevrin apareció al otro lado de la puerta; un taxi pasó detrás de él.

—Quédate aquí hasta que lo haya sacado —le dijo a Verity.

—¿Qué es este sitio? —preguntó ella. Virgil ya había pasado a su lado y tiraba del manillar mientras le desabrochaba el cinturón al dron.

—Es el hotel Clift —respondió Sevrin.

Virgil tiró del dron hacia delante hasta sacarlo del asiento. Colocó una mano en el manillar y la otra cerca de las patas de esa cosa, y después lo bajó hasta el suelo enmoquetado del coche.

—Sería un horror tener que colocar esta cosa en el compartimento superior de un avión —comentó, al tiempo que tiraba de él por el manillar. Empezó a sacarlo del vehículo junto a Verity.

Sevrin y él lo bajaron hasta el asfalto.

—No te olvides de la bolsa —dijo Sevrin.

—Ponte la capucha —recomendó Virgil.

Verity cogió el cargador, del que Sevrin y él parecían haberse olvidado, se puso la capucha, luego las gafas de sol, cogió la bolsa y salió del vehículo. Virgil había empezado a empujar el dron para rodear la furgoneta por detrás.

Sevrin y ella lo siguieron.

—Nos vemos —dijo él, que enfiló hacia el asiento del conductor.

Virgil subió el dron a la acera con ayuda de las ruedas y se dirigió hacia la entrada. Ella se colocó junto a él, momento en el que Virgil le colocó la mano con suavidad sobre el hombro mientras pasaban la seguridad del hotel.

Una vez en el vestíbulo, iluminado en varios tonos de lila propios del ocaso, Virgil giró con brusquedad hacia la izquierda, evitó el mostrador de recepción y se dirigió hacia un pasillo que había detrás de una cortina y que llevaba hasta los ascensores. Verity se giró hacia atrás para contemplar la icónica silla gigante en la que la habían fotografiado poco después de su encuentro con Stets.

—Virgil —dijo—. Tengo una pregunta. Respóndeme sin rodeos, o puede que acabe contigo.

Él la miró de reojo.

—¿Has tenido un día muy largo?

—El más largo de mi vida. ¿Adónde me llevas?

—A la *suite* —dijo—. En el piso dieciocho.

—¿Quién está allí?

—Stets. —Doblaron una esquina y llegaron a los ascensores. El resplandor lila era ahora más intenso—. Y Caitlin.

—Joder... —Verity se quitó las gafas de sol.

—Ha vuelto de Nueva York en el Honda. —Se abrió la puerta del ascensor, y aparecieron las fauces teatralmente iluminadas de un espejo color teja.

—¿Está ahí arriba?

La puerta empezó a cerrarse. Él la sostuvo con la mano libre mientras aferraba el manillar del dron con la otra.

—La conozco. Créeme, todo irá bien.

—Toma —dijo Verity mientras le entregaba el cargador envuelto en el cable. Lo acercó a la mano con la que Virgil sostenía la puerta —. Me planto.

Él hizo un amago de cogerlo. La puerta volvió a cerrarse..., y volvió a quedarse parada cuando la sostuvo con la parte superior del brazo.

—Por favor.

—Olvídalo. —Verity se dio la vuelta y vio una pareja lo bastante joven como para estar en la parte baja de la pirámide demográfica de usuarios del hotel, ataviados con uniformes y observándolos con gesto por completo inexpresivo—. Bueno, quizá... —dijo, al tiempo que volvía a darse la vuelta y entraba más en la cabina para colocarse tras Virgil—. A la mierda.

Las puertas del ascensor se cerraron detrás de ella.

48

Pasillo

—¿Quién es Caitlin? —preguntó Netherton a Rainey, con el micrófono aún silenciado y sin dejar de mirar a Verity y a ese tal Virgil, que era como ella lo acababa de llamar. Habían dejado el dron en el ascensor, entre Verity y aquel desconocido vestido de negro, de modo que lo único que veía Netherton era la parte baja de las barbillas de ambos.

—Es la prometida de Stetson Howell —respondió Rainey—. Verity y él lo dejaron hace un año. En términos amistosos, pero dudo que haya estado con Caitlin antes.

—¿De quién fue la idea de traerme aquí? —Netherton oyó que Verity acababa de preguntarlo mientras el ascensor empezaba a subir.

—De Stets —respondió el hombre llamado Virgil—. Porque conozco a gente aquí. Algunos empleados.

—¿Y qué hace ella aquí? —insistió Verity.

—Quería venir. Y si lo pide, no hacen falta más razones para que esté.

—Y dices que todo saldrá bien, ¿no? —preguntó Verity.

—Es adulta —dijo Virgil—. Estaba acostumbrada a los medios de comunicación antes de empezar a salir con él. Según dichos medios, es la nueva promesa de la arquitectura mundial, y eso sin mencionar

que es una persona atractiva y muy simpática. Le cae bien a todo el mundo.

—¿Quién es Virgil? —preguntó Netherton a Rainey.

—Se supone que el ayudante de Howell —dijo—, aunque podría considerarse un asesor muy importante. Y, al parecer, él prefiere que la cosa siga así; Virgil, quiero decir.

El ascensor se detuvo y empezó a abrirse la puerta.

Poco después, el dron empezó a moverse, inclinado con brusquedad sobre las ruedas encorsetadas mientras Virgil lo empujaba. Netherton solo veía el techo en esa posición, así como un pasillo ancho de tonos lila. Cruzaron unas puertas pintadas de un amarillo muy claro.

Virgil había apretado el paso, y Netherton supuso que era para no dar tiempo a que Verity cambiase de opinión.

49

Suite

Verity detuvo a Virgil agarrándolo por la muñeca, junto a una alcoba estrecha cuya pared del fondo estaba cubierta por un espejo ovalado y sin marco que iba desde el suelo hasta el techo. Supuso que se trataba de una zona de descanso, si tu idea de tomarte un descanso consistía en descansar en una silla espectral cubierta de pintura acrílica debajo de una lámpara de pie preocupantemente anamórfica y precariamente alta.

Soltó la bolsa sobre la silla espectral y luego hizo lo propio con el cargador. Después se abrió la cremallera de la sudadera negra con capucha, se la quitó y la dejó sobre la bolsa y el respaldo de la silla. Se giró hacia el espejo y se alisó la chaqueta. «No es que haya servido de mucho», pensó.

—Caitlin viste de manera muy casual —dijo Virgil—. Tiene algunas sudaderas tan desgastadas que se le han abierto agujeros en los codos, aunque son de cachemira antigua. Podría decirse que ese es su estilo.

—¿El estilo de quién?

—De los que tienen esas viejas fortunas francoirlandesas —respondió él.

Verity echó un vistazo a su maquillaje en el espejo. O a la falta de él, supuso. No tenía nada mejor que ofrecerles. Sacó del bolso un bálsamo labial ChapStick y lo usó de todos modos.

—Yo me encargo de tus cosas —dijo él, que apoyó el manillar del dron contra la silla y cogió el cargador—. Así podrás entrar como es debido, estrechándoles la mano y todo eso.

—Hay comida en ambos bolsillos de la sudadera —dijo ella—. No la aplastes. Ya llevo yo la bolsa.

Virgil colocó la sudadera con cuidado sobre el cargador.

—¿Esa cosa es para esa otra cosa? —preguntó, señalando primero el cargador y luego el dron.

—Sí.

—¿Qué es? —preguntó él, en referencia al dron.

—¿Has visto esos robots con aspecto de perro y sin cabeza de categoría militar? Hay vídeos en YouTube. Pues algo así —respondió ella.

—Pero este no tiene patas.

—Están plegadas.

—Pues que sigan así —comentó Virgil, y extendió el brazo hacia el manillar. Verity se colocó la bolsa al hombro, y luego empezaron a avanzar por el pasillo.

Virgil se detuvo unas pocas puertas después y le dio el manillar; después sacó el teléfono del bolsillo del pantalón. Pulsó la pantalla con el pulgar. Verity oyó el repiqueteo de la cadena de una puerta.

Stets abrió la puerta que quedaba más cerca de ellos, con gesto sonriente mientras les indicaba que entrasen.

—Hola.

—¿Qué tal? —Verity empujó el dron al interior, sorprendida por su peso. Virgil iba detrás de ella. Oyó cómo Stets volvía a cerrar la puerta y a pasar la cadena.

Verity sabía que allí las habitaciones podían considerarse una decepción... o un alivio, dependiendo de cuánto te hubiera gustado la decoración del vestíbulo. Había menos lila, muebles de madera de

tonos claros y el único toque que podría haberse considerado provocador en el pasado era una mesa de noche y una mesilla pintadas con acrílicos de un tono anaranjado oscuro propio de la piel de una naranja. Era una habitación mayor que las que ella había visto allí. Una mujer se acercó a ellos desde una contigua.

—Caitlin Bertrand —dijo. Tal y como Verity recordaba haber leído en una página web de cotilleos, se parecía a una joven pero muy decidida Françoise Hardy—. Encantada de conocerte.

—Verity Jane. Encantada también.

—Y esto debe de ser esa cosa —dijo Stets a sus espaldas.

Verity se dio la vuelta y lo vio mirando el dron.

—¿Qué hago aquí, Stets?

—Eunice —respondió él, que alzó la vista para mirarla.

—Ha desaparecido.

—Me llamó después de que te marchases con Virgil. Al principio me dio más detalles sobre lo de Singapur, pero luego la conversación pasó a otros temas. —Miró el dron—. ¿Nos está escuchando?

—Sí, señor Howell —respondió Ash.

—Esa es Ash —explicó Verity—. Hay al menos dos personas más con ella.

—Mi compañero Wilf Netherton —dijo Ash.

—Encantado —dijo Wilf.

—Y Rainey —continuó Ash—. Su esposa.

—Está con el bebé —apuntó Wilf.

—¿Qué sois? —preguntó Stets, con tanta naturalidad que bien podría haber preguntado sobre el tiempo.

—Británicos —dijo Ash.

Verity entregó a Virgil el manillar del dron y le quitó la sudadera con capucha. Él soltó el cargador sobre lo que supuso que era un

minibar, mientras Verity se sentaba en el sillón y se hundía en aquel cuero de tonos lila con la bolsa de Muji a su lado.

—Perdón —dijo—. Necesito comer. Ahora mismo. —Metió la mano en el bolsillo y sacó la porción de pizza de Kathy Fang. Las servilletas se habían quedado transparentes a causa de la grasa. La desenvolvió y le dio un mordisco.

—¿Quieres que llame al servicio de habitaciones? —preguntó Virgil.

Ella negó con la cabeza y tragó.

—Deja que la disfrute —comentó Caitlin. Se sentó en el sillón junto a Verity, quien ya había empezado con el segundo mordisco.

Luego empezó a palpar en la sudadera que tenía sobre el regazo y sacó aquel canapé gigante, también envuelto en servilletas. Se lo pasó a Caitlin, quien lo desenvolvió al momento, le dio un mordisquito por una esquina y luego mordió un tercio.

Stets estaba frente a ellas, manipulando algo en sus rodillas, a través de la tela de los pantalones anchos y grises. Un chasquido. Verity recordó la férula. Stets se dejó caer frente a ella, en un escabel circular de color lila.

—Me han dicho —empezó a decir Verity tras tragarse lo que le quedaba de pizza— que no conocen a Eunice en persona, pero que conocen a gente que sí.

—¿Os suena el concepto estratégico de zonas de control competitivo?

—Sí —aseguró Stets.

—Vuestro ejército ha desarrollado un agente noético, optimizado para operar en dichas zonas. Si la infraestructura local no permitía una conexión adecuada, podía usarse como una unidad portátil, autónoma e independiente. Eunice era una de esas, aunque todavía era un prototipo cuando la descubrimos. Cursion ya se había

apoderado de ella, con intención de crear un producto civil con algunas de sus funcionalidades originales. Eso nos libró de ponernos en contacto con vuestro sector de investigación y desarrollo militar, donde seguramente habría más posibilidades de que nos considerasen una anomalía.

—¿Eunice es una IA? —preguntó Caitlin.

—Sí —respondió Ash—, pero el proyecto pronto empezó a intentar cargar habilidades humanas complejas, por lo que podría considerarse una mezcla entre una IA y esa información. Un híbrido.

—Eso me pareció cuando habló conmigo —dijo Stets.

—¿Y eso es esa cosa? —preguntó Caitlin, que miraba el dron.

—No —dijo Ash—. Esto no es más que un dron que usamos para tener una telepresencia física.

—Está claro que no se ha diseñado para ponerse a la venta al público —comentó Caitlin—, lo que ya es interesante de por sí.

—Desabróchale las correas de la carcasa con ruedas —ordenó Ash.

Virgil entrecerró los ojos y miró a Stets.

—Suponiendo que pueda moverse —dijo él—. ¿Seguro que quieres hacerlo?

—El consejo de Eunice —explicó Stets—, algo en lo que insistió varias veces, fue que tenía que confiar en cualquier persona que acompañase a Verity.

—Menuda llamada debiste de tener con ella —dijo Virgil, que ladeó la cabeza y miró a Stets con gesto inquisitivo.

—Sí que la tuve, sí —dijo Stets.

Virgil no le había quitado el ojo de encima.

—Entonces, ¿confías en quienquiera que controle esta cosa, que no sabemos de lo que es capaz, porque algo que decía ser una IA y que te convenció de ello te dijo que tenías que hacerlo?

—Tal y como están las cosas..., sí —dijo Stets.

Virgil miró a Caitlin, luego a Verity y después se arrodilló junto al dron. Verity oyó cómo desabrochaba las correas. La carcasa negra quedó abierta sobre la moqueta.

Las piernas se desplegaron, y el dron se puso en pie con los brazos estrechos aún cruzados y dio un paso al frente. La estabilidad del dispositivo sorprendió a Verity. Una vez en pie, se acercó con brusquedad a la mesita naranja y extendió la mano hacia una revista de moda del Área de la Bahía que había sobre ella. Unas pequeñas tenazas brotaron de las puntas de sus brazos. Cogió la revista, pasó las páginas a toda velocidad y se detuvo en una para luego mostrarla a todos los que estaban en la habitación. Era un retrato en blanco y negro de Caitlin.

—Los diseños con los que trabajaba Fang al principio no tenían manipuladores específicos —explicó Ash—. Nos ayudó un veterano que se dedicaba a pilotar drones similares en el campo de batalla.

El dron cerró la revista y volvió a dejarla sobre la mesa.

—¿Presentasteis a Eunice a quienquiera que crease esta cosa? —preguntó Stets.

—Digamos que los pusimos frente a ella —respondió Ash—. Y luego fue ella quien forjó su relación con esa gente. Nuestra comunicación con Eunice era muy limitada.

—¿Por qué? —insistió Stets.

—Es complicado —dijo Ash—. La respuesta tendrá que esperar.

—¿Tiene algo que ver con el hecho de que ella me hiciese imprimir algo a mí? —preguntó Stets.

Verity, Caitlin y Virgil lo miraron. Después se giraron de nuevo hacia el dron.

—¿Qué te hizo imprimir? —preguntó Ash.

—Un dispositivo de interfaz —respondió él, que sacó una gran maleta de espuma rígida y negra de detrás del sillón lila. La colocó sobre el minibar, junto al cargador del dron. No parecía muy pesada. Abrió los pestillos, que a Verity le recordaron a los de la maleta Pelican del dron, y luego levantó la tapa y los costados al mismo tiempo para dejar a la vista una cabeza de rasgos femeninos de espuma blanca y lisa bajo un casco de ciclista negro. Estaba tachonada con toda una variedad de componentes también negros, lo que le daba el aspecto de accesorio de *cosplay* ciberpunk no muy trabajado.

—Es un controlador neurológico —explicó Wilf—. Es como el que tengo puesto ahora mismo. Ash controla el dron a través de él.

—Creía que ella no estaba contigo —dijo Verity.

—Lo hace por teléfono —comentó Wilf—. A través de mi controlador.

—¿Y yo podría hacerlo?

—No —respondió él.

—¿Por qué no?

—Es complicado —respondió Wilf.

—Todos decís lo mismo.

—¿Quieres comer algo más? —le preguntó Caitlin—. No habíamos pensado en que has tenido un día muy largo. —Miró a Stets y a Virgil.

—Lo que quiero es recuperar mi teléfono —dijo Verity—. Y también tengo que ir al baño. —Se puso en pie.

—Te enseñaré la *suite* —dijo Caitlin, que también se puso en pie.

Verity cogió la bolsa y siguió a Caitlin hacia la habitación más grande.

—¿Esto es una reunión de negocios o de otro tipo? —preguntó Caitlin al cerrar la puerta detrás de ellas.

—Creo que Eunice utilizaba los negocios para hacer que pasasen cosas —dijo Verity, que soltó la bolsa sobre la cama—. Pero creo que no le interesaban mucho los negocios en sí.

—Se podría decir lo mismo de Stets, pero estoy segura de que ya lo sabes —comentó Caitlin.

—Lo sé, pero son diferentes.

—Estoy de acuerdo —convino Caitlin—. Supongo que conocías a Eunice mejor que los demás.

—Sí, pero solo estuve con ella desde el lunes hasta esta tarde.

—Stets no la considera humana —continuó Caitlin—, pero habla de ella como si lo fuese.

—Yo no puedo evitar pensar que lo era —comentó Verity, mientras una lágrima le caía por la mejilla izquierda.

Caitlin sacó unos pañuelos de un dispensador que había en el baño y se los acercó.

—Estarás a salvo aquí con Virgil. Stets y yo volveremos a Fremont. Debes de estar muy cansada. Hablaremos por la mañana.

—¿En la caravana?

—Sí. Y tus londinenses también se quedarán contigo, porque Eunice le dijo a Stets que no quería que te alejases mucho del dron. Parece que eres parte integral de algo extraordinario, algo que ha llamado la atención de Stets de una forma que no había visto antes. Está claro que esto me afectará tarde o temprano, pero todas las personas del equipo de Stets a quienes he llegado a admirar te aprecian mucho.

Verity la miró.

—Gracias —dijo.

—De nada. Ahora, duerme un poco.

Y volvió a cruzar la puerta y luego la cerró.

Verity se dio la vuelta y echó un vistazo por la habitación.

Era más grande, con una cama más grande y una televisión también más grande. Había un escabel enorme, cuadrado y lila en el centro, de casi dos metros de lado. Sobre él, una bandeja con un cubo de hielo y vasos.

Verity cogió la bolsa y se la llevó al baño iluminado, donde abrió la cremallera, la desplegó y luego la colgó detrás de la puerta, que terminó por cerrar. Luego abrió la cremallera central interior y vio que prácticamente todo lo que tenía en casa de Joe-Eddy estaba allí, incluyendo el saco de dormir bien enrollado al fondo. Sus cosméticos se encontraban en el bolsillo de cremallera lateral derecho, y los productos de higiene bucal y capilar en el izquierdo. Detrás de la pasta de dientes, tal y como había visto en la azotea de Fabricant Fang, estaba su pasaporte. Contempló la imagen seria de una versión más joven de ella misma, una que aún no había conocido a Stets. Pasó las páginas y recordó los lugares en los que había estado con él gracias a los sellos, lugares que no habría podido visitar por su cuenta. Luego lo cerró, lo guardó donde lo había encontrado, se cepilló los dientes, usó el retrete, se lavó la cara y las manos y volvió a la primera habitación.

Allí, encontró a Virgil de pie con el casco del *cosplay* entre las manos. Caitlin y Stets estaban detrás de él.

—Quieren que lo pruebes —dijo, y después cabeceó en dirección al dron.

—Londres —repuso Ash—. Podrás darte una vuelta.

—¿Hay algo que pueda usar yo allí? —preguntó Verity—. ¿Algo como este dron?

—No se parece en nada a ese dron —respondió Ash—. Ya verás.

—¿Qué tengo que hacer?

—Siéntate en el sillón. Virgil te ayudará a colocártelo y con la conductividad. Puede que el pelo se te llene de una capa pastosa de

una solución salina, pero sale sin problema con agua. Cierra los ojos y, cuando te lo digamos, ábrelos.

Miró al dron, luego a Virgil, luego el cuero lila del sillón y después a Stets y a Caitlin, que estaban junto a Virgil.

—No tienes que hacerlo si no quieres —dijo Caitlin.

—¿Tú lo harías? —le preguntó Verity.

—Yo sí —respondió ella—. Por curiosidad, básicamente.

—Pues lo haré —dijo Verity—, pero no puede ser tan sencillo.

—Es un poco más complicado —aseguró Ash.

Verity se acercó al sillón y se sentó.

50

En Floral Street

—Tienen un controlador —le dijo Netherton a Rainey, después de silenciarse y antes de abrir los ojos. Ella se sentó en el otro extremo del sillón, descalza y con las rodillas levantadas hasta la barbilla.

Apareció el sello de Lowbeer.

—He infravalorado los recursos de Howell —reconoció—. También los de Eunice. Al parecer, se adelantó y copió algunos circuitos dentro del dron. Estoy segura de que solo lo hizo con la idea de que Verity controlase el dron en su muñón, pero estáis a punto de tener visita.

—Ah, ¿sí? —preguntó Netherton.

—El periférico de Flynne llegará a tu apartamento dentro de poco —explicó Lowbeer.

—¿Verity vendrá en el periférico de Flynne? —preguntó él.

—¡Genial! —dijo Rainey, que los había oído.

—¿Dónde está cuando Flynne no lo controla? —preguntó Netherton, que no había pensado nunca en ello.

—En un balneario de peris, en Floral Street —dijo Lowbeer.

—¿Y qué hace allí?

—Pues duerme. Se nutre, hace aeróbic, hace yoga y le dan un mantenimiento cosmético.

Netherton pensó que, de haber dicho que tomaba drogas y practicaba el sexo, Lowbeer bien podría haber descrito el estilo de

vida de algunos de sus conocidos de cuando estaba soltero.

—Está entrando en la calle —dijo Lowbeer, cuyo sello empezó a atenuarse.

—Está entrando en la calle —repitió Netherton, para que Rainey lo oyese. Ella se puso en pie, rodeó el sillón y se dirigió a la ventana.

Netherton abrió los ojos y se colocó junto a ella.

Una silueta se acercaba por la acera iluminada por las farolas.

—Baja y ayúdala a subir —dijo Rainey.

—No es Flynne —aseguró él.

—No la obligues a llamar.

Empezó a quitarse el controlador, pero luego se arrepintió. El peri estaba controlado por la IA del fabricante. No había nadie dentro para ver el aspecto de Netherton, y mucho menos para considerar que lo que tenía en la cabeza era un dispositivo ridículo.

Mientras bajaba por los dos tramos de escaleras, ya que Rainey insistía en que era más sano que coger el ascensor, recordó dónde lo había visto por primera vez, antes de que pasase a ser de Flynne. Había sido en el salón del piso de arriba de lo que Lev llamaba con picardía la casa del amor de su padre, una monstruosidad erótica y cursi en Kensington Gore, a la luz azul y estridente del ocaso. Esa cosa observó a Netherton con una indiferencia inocua, como si hubiese llamado la atención de una orquídea gigante no del todo consciente.

Lev le había explicado que no tenía tracto digestivo y que, por lo tanto, no comía ni defecaba, sino que necesitaba nutrientes concentrados y una hidratación regular cada doce horas.

Ahora, vio que esa cosa lo esperaba detrás de la puerta de acero con parteluces del portal, con la misma expresión, ojos marrones que lo contemplaban detrás de un cabello castaño. Alguien, Lowbeer quizá, le había dicho la primera vez que lo había visto que tenía unos

diez años, aunque su aspecto parecía ser el de alguien de treinta y pocos. No parecía haber envejecido.

—Entra —dijo, y la puerta se abrió como respuesta a su invitación —. Por aquí. —Señaló el ascensor, que se abrió cuando se acercaron.

Llevaba unas zapatillas negras con suelas blancas y relucientes, unos pantalones holgados y grises ceñidos a los tobillos y una chaqueta con corte similar al de un kimono. Lo confuso de la situación también hacía que a Netherton le recordase a Flynne. No es que tuviese facciones muy similares, pero estaba demasiado acostumbrado a que esa cosa fuese su avatar físico.

51

Interpretaciones

—Dime qué hacer —le comentó Verity a Ash.

El dron estaba en pie frente a ella. El gel conductor que Virgil le había extendido por la frente estaba frío. Le preocupaba que se le metiese en los ojos.

—La unidad de Londres —dijo Ash por el altavoz del dron—. Es exponencialmente más sofisticada que esta.

Varios coches tocaron el claxon a la vez en Geary. Verity se preguntó si Ash los había oído.

—¿Y cómo voy a controlarlo si Wilf apenas puede caminar con este?

—Porque la interfaz es intuitiva —dijo Ash—. No tienes que aprender a controlarla. De hecho, tendrás que intentar no hacerlo.

—¿Dónde está ahora?

—En el piso de Wilf y Rainey, en Fitzrovia. Acaba de llegar.

—¿Y qué pasará aquí cuando yo esté allí?

—Nada. Estarás en otra parte a nivel neurológico.

—¿Por qué el modelo de Londres es tan avanzado?

—Estás a punto de descubrirlo —respondió Ash—. Solo tienes que cerrar los ojos.

Y eso hizo Verity.

—Hay algo con lo que quizá deberías tener cuidado mientras activamos el controlador —continuó Ash—. Supongo que ahora

mismo experimentas un fenómeno entóptico. Un fosfeno normal y corriente. Y puede que interpretaciones.

—¿Puede que qué?

—Interpretaciones. El hemisferio izquierdo del cerebro trata de imponerle atributos reconocibles al caos. Rostros en las nubes, por ejemplo. Los entópticos del periférico son diferentes a los tuyos, como es normal, por lo que tal vez seas capaz de reconocer a simple vista el umbral de la transición neurológica como una divergencia entóptica, unos fosfenos diferentes. Pero, por favor, mantén los ojos cerrados hasta que Wilf te diga que los abras. Serán diez segundos como mucho.

—¿Por qué?

—Hacer una transición con los ojos abiertos, o abrirlos justo después de ello, puede provocar náuseas. Cuando los abras, intenta moverte despacio al principio. Puede que también tengas algo de dismorfia, pero será relativamente pasajera.

—¿Dismorfia? —Verity seguía con los ojos cerrados y se preguntaba si ya estaría empezando a experimentar esas supuestas interpretaciones.

—Los síntomas específicos se parecen a los de la hipotensión ortostática —explicó Rainey—. Mareos al incorporarte y posibles desmayos.

—¿Es un modelo alfa, un prototipo, ese dron, controlador o lo que quiera que Wilf tiene en Londres?

—No —respondió Ash—. ¿Estás lista?

—Venga —dijo Verity, mientras los cláxones volvían a resonar en Geary.

Una línea diagonal, de textura diferente y oscura como la sangre, pasó despacio por debajo de sus párpados, de derecha a izquierda,

al tiempo que los cláxones se perdían en la distancia y notaba el silencio de una habitación diferente.

—Mantenlos cerrados —dijo Wilf, que ahora estaba inquietantemente cerca.

—Vale —dijo ella, de pronto consciente de que acababa de hablar con una voz que no era la suya.

—Es como pedir prestado un cuerpo —explicó Rainey, desde otra dirección—. Tienes acceso a todos sus sentidos.

—Ábrelos ahora —dijo Wilf.

Verity lo hizo y vio una luz más cálida y brillante en una habitación más pequeña, con paredes de tonos claros que no eran del lila grisáceo y que le recordaban al color de las gafas de Tulpagenics.

—Hola —dijo un hombre moreno, que tendría más o menos su edad y llevaba puestos unos auriculares plateados de aspecto ridículo. La miraba como si lo hiciese por encima de unas gafas que no llevaba puestas. Verity supuso que acababa de levantarse de su lado, tras estar sentado en el sillón donde se encontraba ella, que era marrón y más pequeño que el de la *suite* del Clift.

—¿Wilf? —La voz que emitió sonó como un ladridito inquisitivo.

—Sí —respondió él, que sonrió sin convicción—. Y esta es Rainey.

Una mujer, que le sonaba del vídeo que Wilf le había mostrado en la furgoneta, apareció por detrás del sillón.

—La dismorfia no le da a todo el mundo —explicó ella—. Y, por algún motivo, las probabilidades de que provoque náuseas siempre se exageran. A mí nunca me ha dado ninguna de las dos cosas. Pero he oído que puedes tenerlas la primera vez que te pones en pie.

Verity lo hizo en ese momento, y la cabeza empezó a darle vueltas. Se sentó al momento, y unas manos que no eran las suyas se aferraron a las rodillas de otra persona, cubiertas por un pantalón gris.

—Pero está claro que a ti sí que te ha afectado —continuó Rainey —. Te ofrecería un poco de agua, pero me aseguraron que estaba hidratado.

Verity extendió los dedos de las manos. Las uñas, que estaban mejor cuidadas de lo que las suyas lo habían estado jamás, eran cortas, redondeadas y pulidas.

—¿Quién estaba hidratado?

—Tu periférico —respondió Wilf—. Usa la IA Hermès cuando no alberga a un usuario.

—¿La IA qué? —Verity alzó la vista para mirarlo.

—La IA del fabricante —respondió Ash, cuya voz inesperada hizo que Verity echase un vistazo por la estancia y luego se fijase en lo que parecía una pequeña cocina adyacente, igual de luminosa. Apareció una ventana de vídeo.

—¿Eres Ash? —le preguntó Verity a la mujer de la ventana. La pared que había tras ella era tan blanca como su rostro. En ella había dibujos de lo que parecían gacelas que estaban animadas. Tenía los ojos grandes y grises.

—Sí.

—¿De dónde sale esta ventana de vídeo?

—Del teléfono —dijo Wilf—. El peri tiene uno integrado.

—¿Perry? —preguntó Verity.

—Periférico —insistió Wilf—. Un avatar de telepresencia cuasibiológico.

Verity volvió a echar un vistazo por la habitación. Paredes grises, suelo de parqué de tonos claros, muebles de aspecto escandinavo.

—Voy a intentarlo de nuevo —dijo, al tiempo que se ponía en pie, más despacio en esta ocasión. Solo sintió un leve mareo.

—Hola, Verity —dijo Rainey, que dio un paso al frente y le cogió la mano.

—Siento tu mano —aseguró Verity, sorprendida.

—Esto también es nuevo para mí —comentó Rainey, que le soltó la mano a Verity—, pero no de la misma manera. Este peri solo lo ha usado una amiga nuestra que tampoco vive en Londres. No tiene sus facciones, pero como solo la he conocido con él y el peri es la manera en la que suele visitarnos, me resulta inevitable pensar que eres ella.

—¿Dónde está Thomas? —preguntó Verity.

—En su cuarto, con la niñera.

—Estaré por aquí si me necesitáis —dijo Ash. La ventana se cerró en ese momento.

Verity miró a Rainey.

—¿Cómo de nueva es esta tecnología?

—Pues no mucho. La verdad es que no sabría decirte.

—Stets se hubiese enterado y me lo habría dicho. A menos que esto sea un prototipo del año pasado.

—Sí, eso es. Tienes razón —dijo Rainey.

—Ah, ¿sí?

—¿Cómo de familiarizada estás con Londres?

—Pues habré ido unas seis veces. La última vez fue cuando algunas personas de aquí querían votar para sacaros de la UE.

—Había pensado en llevar a Thomas a dar un paseo —comentó Rainey—, y de paso ayudarte a que te acostumbres al peri y le eches un vistazo a Londres. Pero, al parecer, la jefa de Wilf ha aparcado en la calle. Quiere que vayamos con ella. Te explicará la naturaleza inesperada de esta tecnología. Yo puedo ayudar si es necesario. Wilf se quedará por aquí y se conectará mientras cuida de Thomas. Ash también se unirá. —Rainey no le había quitado el ojo de encima al tipo de los auriculares de color plata mate; Verity creyó que se los

había puesto para entretener al bebé—. ¿Hay espejos en su coche? —le preguntó Rainey.

—No si lo ha dejado en modo chaleco de Winston —respondió él.

Rainey se puso una chaqueta negra.

—Hay espejos en el ascensor, en las tres paredes y de cintura para arriba —le dijo a Verity—. No levantes la vista del suelo o puede que te provoquen dismorfia, en caso de que no sea otra mentira sobre los peris. Ya nos pondremos con los espejos cuando volvamos al apartamento.

Salieron por la puerta, y Verity intercambió una mirada con ese tal Wilf, antes de seguir a Rainey. Luego le preguntó a la nuca que tenía delante:

—¿Dónde dijiste que estamos?

—En Fitzrovia.

—No lo conozco.

—Está al lado de Bloomsbury —respondió Rainey. Se abrió la puerta del ascensor—. Recuerda, fija la vista en el suelo. —Dio un paso atrás para dejar entrar a Verity y luego se colocó detrás de ella antes de que se cerrase la puerta—. No hay espejos en el vestíbulo.

Durante el breve descenso, Verity fijó la vista en las puntas blancas y negras de los zapatos del periférico.

La puerta se abrió.

El vestíbulo era pequeño, más o menos del tamaño del de Fabricant Fang, aunque todo parecido terminaba ahí.

—¿Cuánto tiempo hace que vives aquí? —preguntó Verity, que sentía la necesidad de decir algo.

—Desde que estaba embarazada de un mes. Wilf vivía en hoteles cuando nos conocimos en el trabajo, y también cuando empezamos a salir.

—¿Trabajas en Canadá?

—En Toronto. Me mudé aquí con Wilf. Mi empresa quiere que use un periférico para estar allí, para interactuar con los clientes, pero prefiero dejarlo antes que trabajar en estas condiciones. —Levantó una mano, momento en el que se abrió la puerta azul acristalada del portal. Sopló una brisa fría y húmeda.

—¿Un periférico de ti?

—Uno que parezca y suene como yo, sí. Pero no pienso usarlo, y menos ahora que soy madre.

—¿Por qué?

—Me da miedo que me sobreviva después de un accidente o algo. —Se levantó el cuello de la chaqueta—. No sé cómo podría afectar a Thomas. Algo así es terrible para los niños. Es algo que ya ha pasado, por lo que no estoy hablando de un riesgo hipotético.

Verity, que no tenía ni idea de cómo responder, volvió a bajar la vista y se fijó en que la chaqueta que llevaba puesta su cuerpo prestado parecía la de un artista marcial y era de tela negra y fina.

—No te preocupes —comentó Rainey al ver que Verity se fijaba en la chaqueta—. Ya ha empezado a calentarse. —Salieron juntas a la calle—. Si muriese y se quedara por aquí algo con el mismo aspecto con el que me recuerda Thomas, algo que encima no envejecería...

—¿No envejece?

—Sí, claro —respondió Rainey—, pero mucho más despacio.

Verity echó un vistazo y vio que el edificio de Rainey estaba pintado de blanco, al fondo de un callejón, uno que se estrechaba de forma extraña en dirección a lo que parecía una calle principal.

—¿Qué calle es esa?

—Tottenham Court Road —dijo Rainey, que todavía le daba la espalda.

—Dijiste que tenía todos los sentidos, ¿no?

—Sí.

—Pues no huelo.

—¿Y qué quieres oler?

—Londres. Tampoco lo oigo. No hay tráfico. Nada nos ha pasado por delante en la calle desde que salimos. —Detrás de Rainey, cerca de la entrada de lo que le había dicho que era Tottenham Court Road, un vehículo conformado por píxeles empezó a parpadear hasta hacerse visible. Parecía el fuselaje sin alas de una aeronave antigua—. ¿Eso qué es?

—Su coche.

—¿El coche de quién?

—De Lowbeer.

—¿Es un holograma?

—No —dijo Rainey—. Lo has visto desactivar el sistema de camuflaje.

El término le recordó a cuando le habían intentado vender a Stets patrones digitales de camuflaje. Rainey empezó a caminar hacia el vehículo, por lo que Verity la siguió hasta colocarse al lado. Aún no veía nada en la calle, ni un peatón siquiera. El aire estaba más limpio que el de Mission, pero también hacía más frío. No obstante, la chaqueta del periférico parecía abrigarla bien.

Se abrió una puerta en el costado negro y sin ventanas de aquel coche, furgoneta o lo que fuese. Una figura salió de dentro, pero no consiguió distinguirla bien debido a la luz. Era esbelta y de hombros anchos, con un traje a medida elegante y masculino.

—Bienvenida a Londres —dijo la mujer, y Verity vio en ese momento que era una anciana, con la cara rosada debido a la luz del interior del coche. Tenía el pelo blanco y bastante corto, a excepción de un tupé curvado hacia arriba por la parte delantera—. ¿Qué tal el viaje?

—Me han dicho que podría haber sido peor —comentó Verity. Miró atrás, hacia el edificio de Rainey, y vio la silueta de Wilf en la ventana del salón del tercer piso.

—Entra, por favor —dijo la mujer mientras señalaba el coche—. Soy la inspectora Ainsley Lowbeer, por cierto, de la policía local.

—¿Policía? —preguntó Verity.

—Podría decirse que sí. —Se apartó para dejar que Rainey subiese al vehículo—. Por favor. —Verity entró después de Rainey y vio que había un escalón desplegado para ayudar con la altura—. En cualquier asiento de la mesa —dijo desde detrás de ellas—. Gracias.

Las paredes cóncavas del interior eran de un beis brillante. No había volante, ni asiento del conductor, ni forma aparente de controlar el vehículo. Ni ventanillas, ni parabrisas. La mesa, que era ovalada y de madera oscura, tenía el tamaño de una fuente grande y estaba en el centro, rodeada por cuatro pequeños sillones de cuero verde que parecían algo hundidos en la moqueta. Era una decoración muy seria, agradable pero castrense al mismo tiempo.

Se sentaron y se cerró la puerta.

—Bienvenida —dijo la mujer de pelo blanco, que tenía unos ojos anormalmente azules y se había sentado frente a Verity—. Por favor, acepta mis disculpas por ser en gran medida la culpable de la semana tan estresante que has tenido.

—¿La responsable?

—Eso me temo.

—¿Cómo es posible?

—Ash y yo tuvimos la última palabra a la hora de hacer que Cursion obligase a Tulpagenics a contratarte. Por casualidad, ¿no te darán miedo las alturas?

—¿Las alturas?

—Sí, me gustaría despegar.

—¿Despegar?

En ese momento, algo pareció presionar en silencio el techo del vehículo, lo que recordó a Verity el dron que le había llevado la bolsa de Muji a ese cubo de siestas que Kathy Fang tenía en la azotea. Era lo mismo, pero silencioso, y también carecía de esa sensación de contacto tan preciso y sustancial.

52

Postura y andares

Netherton llegó a la conclusión de que, cuando Verity lo usaba, el periférico dejaba de parecerse a Flynne. Sabía que era lo mejor, pero hacía que lo echase de menos.

Estaba de pie junto a la ventana y siguió a Rainey con la mirada hasta que entró en el coche de Lowbeer, quien iba detrás de ellas. No es que tuviese postura y andares diferentes cuando Verity lo usaba, pero su mente era capaz de diferenciarlo de alguna manera. Así era también como los programas de vigilancia identificaban a los individuos en las multitudes.

Al ver poco antes cómo la IA Hermès controlaba el periférico, había recordado lo poco que podían verse Flynne y él en la actualidad. Él estaba casado y había tenido un hijo, igual que ella, y luego también tenía un papel muy exigente en el plan de Lowbeer para manipular el rumbo del muñón en el que se encontraba.

Netherton cerró los ojos para conectarse a la cámara del dron y vio que Verity estaba sentada, tal y como la había visto por última vez, en el sillón de color claro del hotel de San Francisco, con los ojos cerrados y debajo de ese controlador improvisado. Stetson Howell, su capitalista de riesgo, se había marchado, así como su prometida, la arquitecta francesa. Virgil, el tipo que había ido a recibir a la furgoneta frente al hotel, había acercado un sillón y se

sentaba frente a Verity, absorto en la pantalla de su teléfono manual.

Netherton abrió los ojos y vio un cuadricóptero que descendía en silencio hacia Alfred Mews, con esa plataforma rectangular negra donde cabía el vehículo de Lowbeer. Sabía que lo usaba en pocas ocasiones y él siempre había sido pasajero, por lo que nunca había visto a esa cosa desde fuera. Unas pocas hojas marchitas se agitaron sin control mientras el vehículo se aseguraba en la plataforma. Le dio pena que Thomas se lo estuviese perdiendo.

Después, la aeronave alzó el coche sin problema como si formasen un todo. Supuso que a Thomas le habría encantado ver aquello.

53

Sobre Londres

—Perdón por la brusquedad —dijo la mujer de pelo blanco, mientras el vehículo se detenía sin sobresaltos, como si volasen en un sueño. Era como si, de alguna manera, se las hubiese ingeniado para convertirse en un ascensor de alta velocidad del todo silencioso—. Si la situación fuese menos urgente, podríamos mostrarte algunos conceptos de una manera más gradual, pero me temo que ese no es el caso.

—No tienes dismorfia, ¿verdad? —le preguntó Rainey a Verity.

—No —respondió ella—. ¿Urgente? —le preguntó a la mujer de pelo blanco.

Unas pantallas cóncavas aparecieron en las paredes laterales del vehículo y reemplazaron la nada beis de antes. En ellas, apareció lo que parecía un paisaje urbano del cielo nocturno.

—Míralo bien —dijo Rainey, que se levantó de la silla y salió de aquel foso enmoquetado donde estaba la mesa. Extendió la mano hacia Verity, quien la cogió, se puso en pie y se sintió algo mareada. Rainey le soltó la mano y se acercó a las pantallas, seguida por Verity.

—Trescientos cincuenta metros —dijo la mujer, aún sentada.

—Joder —exclamó Verity, que se encontraba al final del suelo enmoquetado. Más allá solo veía el horizonte, donde había varias torres dispuestas de forma regular y de una altura parecida. Verity

bajó la vista y, entre los edificios, vio un río que serpenteaba por el paisaje.

—Allí —dijo Rainey, que señaló algo que Verity no conseguía distinguir—. El London Eye. La única estructura alta, sin contar el Shard, la esquirla original que habrás visto antes. Derrumbaron lo que quedó del resto. Esos también se denominan «esquirlas», como el primero. Muy pocos de ellos son domicilios.

—¿Y qué son? —Las ventanas estaban iluminadas, unas pocas, si lo que veía eran ventanas.

—Sirven para purificar el aire —respondió la mujer que tenían detrás; también se había puesto en pie.

Una ciudad antigua y más baja a los pies de las torres, que parecía liquen en comparación. Vio que también había bosques, con senderos entre ellos.

—¿Eso es el Támesis?

—Claro —respondió Rainey.

Pero con más puentes, y al menos dos de ellos plantados con lo que parecía un bosque en el interior. Y afluentes, aunque Verity no recordaba ninguno. Algunos parecían tener la superficie del agua cubierta de cristal, iluminada.

—Esto está generado por ordenador, ¿verdad? —dijo Verity—. Es realidad virtual. Realidad aumentada. Un juego.

—Es lo que todo el mundo suele pensar al principio, sí —respondió la mujer—. Pero supongo que los nativos de épocas anteriores a la tuya podrían atribuirlo a un sueño, una alucinación o una visita a un mundo sobrenatural.

—¿Insinúas que esto es el futuro?

—Piénsalo. Plantéatelo como una mera posibilidad.

—Pero no es tu futuro —comentó Rainey—. Tu 2017 se separó de nuestro 2016.

—Un poco antes, en realidad —apostilló la mujer—. De nuestro 2015.

—¿Y en qué año se supone que estamos? —preguntó Verity.

—2136.

—¿Cómo has dicho que te llamabas?

—Lowbeer —respondió la mujer.

Verity le dio la espalda a la ventana y vio unos pocos faros de coches que se movían debajo.

—No digo que te crea —dijo Verity—. En absoluto. Pero la verdad es que esto no tiene nada que ver con el futuro de mierda con el que esperábamos encontrarnos. ¿Y el calentamiento global?

—Las esquirlas —dijo Ash, aunque no apareció ninguna ventana con su cara—. Forman parte de un sistema de compensación. Han conseguido estabilizar el clima, en cierto modo.

—¿Y se supone que eso explica lo de Eunice? —preguntó Verity—. ¿Es del futuro?

—No —respondió la mujer llamada Lowbeer—. Eunice es de tu época. Es resultado de un proyecto de investigación militar común a nuestro pasado. Estaba en Cursion cuando la encontramos. Bueno, lo que estaban eran los programas que a la postre dieron como resultado a Eunice, que adquirieron de manera subrepticia gracias a un proyecto de investigación militar.

—No es la primera vez que explicamos esto —dijo Wilf, solo su voz también—. A personas que se encontraban en tu misma situación. Lo que más les cuesta aceptar es que este no es su futuro. Y el hecho de que nosotros no tengamos ni idea de cómo va a ser el futuro de su muñón. O del nuestro, ya que estamos.

—¿Muñón?

—Ya, es un término desafortunado —reconoció Lowbeer—. Y por desgracia lo usamos mucho por aquí. También es impreciso, ya que

tu continuo no seguirá siendo corto. Nos lo parece a nosotros, pero solo porque brotó a partir del pasado que compartimos. Nació de él, por así decirlo. Pero también es un reflejo del aspecto innegablemente imperialista de lo que hacemos, porque damos por hecho que nuestro continuo es aquel del que brotan las demás ramas de esos muñones. El mecanismo que nos permite hacerlo está ubicado aquí, aunque desconocemos el motivo. Los muñones carecen de la capacidad de hacerlo, son incapaces de hacer brotar más muñones por su cuenta.

Verity parpadeó y se sintió muy perdida.

—¿Qué son esas cosas de tres patas que hay en el Támesis? —Las señaló—. Con faros en los extremos.

—Son Treshojas —dijo Rainey—. Un sistema de generación de energía mareomotriz. Navegan por el río y optimizan la eficiencia. Las islas también forman parte del sistema y se mueven al mismo tiempo.

—Cursion no es la primera empresa de videojuegos para la que he trabajado —dijo Verity—. La última podría haber desarrollado todo esto, sí. La verdad es que tengo que felicitaros. La profundidad de campo está bien conseguida y no hay ralentizaciones, pero ¿por qué debería dar por hecho que es real?

—Entiendo que intentes buscarle un sentido a todo esto —dijo Lowbeer.

—¿Por qué dijiste que se trataba de una urgencia? —le preguntó Verity.

—Qamishli —respondió Ash—. No es una situación a la que nos enfrentásemos en nuestro pasado, por lo que desconocemos las consecuencias que un conflicto nuclear podría tener en vuestro muñón. Ahora, los pronósticos no son nada halagüeños.

—¿Y qué más os da? —insistió Verity—. No estáis allí.

—Nos importa porque tú y el resto de las personas de tu mundo sois tan reales como nosotros —respondió Lowbeer—. Y también nos importa porque necesitamos tu ayuda.

—¿La mía?

—Eunice ha creado una red con una maestría envidiable —explicó Lowbeer. Al parecer, tú estás en el núcleo de dicha red, ya que esta existe sobre todo para protegerte. Nuestro acceso a tu muñón es limitado. Si unes fuerzas con nosotros, la red también lo hará.

—¿Y qué pasará cuando lo haga?

—Entonces conseguiremos la misma libertad de acción que la red en tu muñón.

Verity miró a Lowbeer, luego a Rainey y luego a Lowbeer otra vez.

—Si acepto, ¿qué pasará conmigo?

—Tendrás que desaparecer —explicó Lowbeer—, pero podría decirse que para Cursion ya lo has hecho. Desde esta tarde.

54

Comprobaciones del sistema

Netherton fue a mirar cómo estaba Thomas, y lo encontró durmiendo bajo los colores de la aurora, con la niñera acurrucada tres veces, en pandaforma, alrededor de su cuna.

Al volver a la cocina, un sello que no le resultaba familiar empezó a latir. Parecía profesional. Estadounidense.

—¿Sí?

—Wilf —lo saludó un hombre, con acento del condado, mientras el latido cesaba.

—¿Hola?

—Soy Conner, tío. Penske. Cuánto tiempo. ¿Estás bien?

No se abrió ventana de vídeo alguna. Netherton recordó la última vez que había visto a Conner, en un vídeo de la investidura del primo Leon. Llevaba un traje gris oscuro anodino, hecho a medida y de una marca de Filadelfia, que había elegido la versión mucho más joven de Lowbeer que había en aquel muñón; un hombre que bien podría considerarse un monumento a Jermyn Street, aunque en el muñón había aprovechado para usar chaquetas de algodón encerado y botas de ante de tonos desérticos. El traje hacía que Conner pareciese un diplomático estadounidense novato, en lugar de un

disidente del Servicio Secreto a quien ahora le encomendaban la protección de Leon.

—Sí, gracias. ¿Tú qué tal?

—No me puedo quejar —dijo Conner—. Un poco cansado del tiempo que hace por aquí.

—Estás en Alaska con Leon, ¿no?

—Ya he vuelto a Washington, ahora que ha conseguido tranquilizar a los secesionistas durante un tiempo. Ainsley me ha dicho que tenéis un nuevo muñón por ahí.

—Nuevo para mí, al menos —dijo Netherton.

—Dice que es un proyecto abandonado de Vespasiano —comentó Conner—. ¿Quién es el tipo negro que duerme la siesta en la silla?

Netherton reparó en que Conner había accedido al dron, de modo que cerró los ojos.

Virgil alzó la cabeza y parpadeó, y entonces Netherton silenció su enlace con el altavoz del dron. Virgil quedó mirando la máquina.

—Es Virgil —explicó Netherton a Conner—. Trabaja para Stetson Howell, quien tenía una relación con Verity Jane. Ella es la mujer del sillón, nuestro activo en este lugar, pues, por lo visto, el agente anterior se ha desconectado.

—Hola, Virgil —dijo Conner, que alzó la voz—. Me llamo Conner. Perdón por haberte asustado.

—Verity sigue sentada aquí. —Virgil la miró con ojos entrecerrados y luego volvió a girar la cabeza hacia el dron—. ¿Está bien?

—Está bien —aseguró Conner—. Si quisiesen dejarla aquí durante mucho tiempo, la habrían tumbado.

La cámara del dron se movió, como si se elevara. Los ojos de Virgil se abrieron de par en par, atraídos por el movimiento.

—¿Qué haces con el dron, Conner? —preguntó Netherton.

—Lo estoy equilibrando sobre las muñecas, levantando los pies del suelo —respondió Conner.

—Conner estuvo en el ejército, Virgil —dijo Netherton—. Entró para esto.

—En los marines —dijo Conner—. Reconocimiento Háptico.

El ángulo de la cámara cambió de repente, y Netherton supuso que el dron se había inclinado hacia delante sobre los brazos extendidos, y luego aterrizado sobre los pies un poco más adelante. Ahora se veía en la pantalla una de las ventanas de la habitación, cubierta por una cortina. El dron rodó hacia ella y se detuvo. Una vara estrecha apareció en la cámara, parecida a un tentáculo, y luego desapareció al momento detrás de la cortina más cercana. Se abrió otra ventana, que ocupó la mayor parte de la pantalla. Era una imagen a vista de pájaro de todo lo que se veía desde la ventana. Un vehículo amarillo, que Netherton supuso que era un taxi, pasó a sus pies. Aparecieron un círculo blanco y un punto de mira, que se centró en el centro del coche y lo siguió hasta que desapareció del encuadre.

—¿Qué haces? —preguntó Netherton, quien acababa de recordar lo incómodo que lo ponía Conner.

—Comprobaciones del sistema —respondió este—. Estoy en una reproducción fabricada de algo al menos seis generaciones anterior a cualquier cosa que haya pilotado antes, pero el *software* parece que es nuestro o que lo hemos reescrito nosotros. Una locura.

—¿Y eso es lo mejor que se le ocurrió a Ash? —preguntó Netherton.

—Supongo —dijo Conner, y el punto de mira pasó a seguir un camión que entraba en el encuadre por la derecha—. Pero una locura en el buen sentido, quiero decir. Tengo muchas ganas de probarlo.

A Netherton tampoco le gustó nada cómo había sonado aquello, por lo que se quedó en silencio.

—Tío —dijo Conner—, me gustaría verte a ti sentado en una habitación del sótano de la Casa Blanca sin hacer absolutamente nada. Y pasando el resto del tiempo con el listillo y sabelotodo del presidente Leon. Cuando aún no teníamos muy claro lo del Servicio Secreto, al menos me mantenía ocupado. Ahora esta gente se limita a lamerle el culo de filósofo pueblerino. Está claro que habéis hecho alguna que otra cosa rara por aquí, y no tengo nada en contra, de verdad, pero ¿esto de Leon? Venga ya...

—No fue idea mía —aseguró Netherton—. Te lo puedo asegurar.

—Fueron ellas —dijo Conner—. Ainsley y esa gótica de las pupilas dobles. Eso fue lo que dijo Flynne. —El punto de mira había pasado a seguir el techo de un coche patrulla—. Pero bueno, eso, que no te molestes porque quiera divertirme un poco con esto.

55

Microexpresiones

—¿Y qué hay de mi madre? —le preguntó Verity a Lowbeer—. Si voy a desaparecer, tengo que avisarla. Y también hay otras personas que no me gustaría que se preocupasen pensando si estoy muerta o no.

—O las otras ramas en el árbol de Eunice te encuentran pronto —explicó Lowbeer—, o puede que tengas que intentar ponerte en contacto con tu madre en un mundo postatómico. Mientras, lo que tenemos que hacer es evitar que caigas en manos de Cursion.

—¿Crees que su red puede evitar el problema nuclear de Qamishli? —Verity volvió a mirar las siluetas de las torres.

—Con la capacidad que suponemos que podrán proporcionarnos, quizá podamos ayudar. Sin dicha capacidad, no podemos hacer nada.

—Ya ha llegado Conner —interrumpió Wilf—. Se ha puesto a pilotar el dron, en el hotel de San Francisco.

Se abrió una ventana gracias a lo que Verity suponía que era el teléfono integrado del periférico. En ella, se vio con el casco negro, sentada en el sillón, con los ojos abiertos pero muy quieta. Dio por hecho que, si su cuerpo estaba conectado neurológicamente en otro lugar, que era como lo describían ellos, su cara no registraría microexpresión alguna, ¿no? Alguien le había intentado vender a Stets un programa que las hacía, microanimaciones para rostros

digitales, en teoría para reducir el valle inquietante, aunque Verity no había notado la diferencia cuando se los habían enseñado.

—¿Esa cosa no me deja parpadear? —preguntó, preocupada de repente por la salud de sus ojos, en San Francisco.

—El parpadeo, la respiración y las demás funciones involuntarias están cubiertas —intervino una voz inquietantemente estadounidense, grave y masculina.

—¿Y las microexpresiones? —preguntó.

—Y yo qué cojones sé —repuso la voz, con tono amistoso.

—Ese ha sido Conner, Verity —dijo Wilf—. Es mi copiloto.

—¿Y está en tu salón, en Londres? —preguntó Verity.

—Está en Washington —respondió Wilf—. En la capital.

—Y también en un muñón diferente, le ha faltado decir —dijo la voz llamada Conner.

—No la confundas —le reprendió Wilf—. Esto es nuevo para ella.

—¿En qué año decías que estaba este dron, Wilf? —preguntó Conner.

—¿Lowbeer no te ha informado?

—Solo me dijo que era demasiado pronto para que hubiese IA de verdad.

—En 2017 —respondió Verity.

—Eso explica lo de los coches antiguos —dijo Conner—. Pensaba que era una zona de *cosplay*...

La imagen desapareció.

—Perdón por interrumpir —dijo Lowbeer—, pero debemos terminar nuestra conversación.

—¿Quién es el tipo nuevo del dron? —preguntó Verity.

—Conner es amigo de Flynne —respondió Lowbeer—, la propietaria del periférico en el que estás. Son del mismo muñón, del

mismo pueblo. Su experiencia militar lo convierte en un experto en plataformas de telepresencia en combate. Se le dan muy bien.

—A Wilf no.

—Por eso contamos con Conner. Para nosotros es como un centro de comunicaciones móvil, algo esencial si se tienen en cuenta las exigencias de tu muñón, pero si incluimos a Conner en la ecuación también sirve para protegerte.

—¿De Cursion?

—De cualquiera, en realidad. Gracias a Conner, nos podemos permitir no integrar arma alguna, a excepción de algún que otro juguete que nos dijo que quería, y que solo habría que quitar para subirlo a bordo de vuelos comerciales, siempre en la bodega, claro. El problema es que, si se hace con un arma de fuego, puede llegar a armar tal pifostio que nos costaría pasar desapercibidos. Lo bueno es que es consciente de ello, aunque a veces se deje llevar.

—Si todo esto es mentira —empezó a decir Verity—, la verdad es que os habéis tomado muchas molestias para prepararlo.

—Eunice sabía que no ibas a aceptarlo sin darle muchas vueltas.

—Me dijo que confiase en la persona ante la que me llevase el camarero. Él me llevó a conocer a Kathy Fang y al tipo que trajo los drones que Eunice había pedido. Allí conocí a Wilf. Y también a Rainey y a Ash. Luego, Sevrin me llevó al Clift. Ya conocía a Virgil. Conozco a Stets. Y ahora he estado con Caitlin. Y con vosotros. Digamos que doy por hecho que todos formáis parte del grupo del camarero.

—¿Sí?

—Sí, pero en algún momento vais a tener que dejar de presentarme a gente en la que tenga que confiar. ¿Cuándo parará esto?

—Eso depende de ti.

—¿Por qué se llamaba Eunice? —Notó un picor en los ojos del periférico—. ¿Esta cosa puede llorar?

—Claro —respondió Lowbeer, que metió la mano en la chaqueta del traje y sacó un pañuelo blanco que extendió hacia Verity—. El acrónimo del proyecto que la creó era U-N-I-S-S, de Untethered Noetic Irregular Support System, o Sistema de Apoyo Irregular Noético e Independiente.

Verity miró a Rainey.

—¿Y qué saco yo si hago como que confío en vosotros?

—Pues ganas tener mayores posibilidades de que tu mundo evite una guerra nuclear —respondió Rainey—. Aunque no tengo ni idea de cómo.

—¿Eso es cierto? —preguntó Verity a Lowbeer.

—Sí.

—Entonces supongo que tendré que desaparecer. —Miró hacia las torres oscuras y voluminosas mientras se alejaban en línea recta—. Pero eso no quiere decir que crea que esto es real.

—No tienes por qué creerlo —dijo Rainey—. La próxima vez que vengas, te enseñaré más cosas. Y tampoco tendrás por qué creerlas.

El coche de Lowbeer empezó a descender en ese momento, aunque mucho más despacio de lo que había ascendido.

56

Ese enfoque nada posthumano

Netherton estaba de pie junto a la ventana. No había dejado de mirar la cámara que mostraba el coche por dentro. El cuadricóptero descendió de nuevo a Alfred Mews, con el coche debajo.

—¿Ash?

—¿Sí?

—Antes, cuando hablé con Lowbeer, no estaba muy contenta —dijo Netherton—. Creo que porque creía que esto podía tener consecuencias negativas para Verity.

Se hizo un silencio durante el que el coche se acercó aún más al asfalto. Luego Ash respondió:

—Es comprensible. No creo que podamos imaginarnos siquiera el tipo de decisiones que tuvo que tomar durante el *jackpot*.

—No he conseguido olvidarme de la primera impresión que me dieron los muñones, los consideraba un juego —explicó Netherton—. Y lo son, claro, para la mayoría de los fanáticos del continuo.

—Pero tú no crees que la vida de Flynne sea un juego, ¿verdad?

—No, pero a veces me da la impresión de que Lowbeer y tú la tratáis como si lo fuese, y esa impresión ha ido a más desde que empezasteis con la campaña presidencial de Leon. Es como si fuese una caricatura de nuestra historia.

—A veces nos gustaría que Leon no fuese tan listo, así que no creo que esa comparación tuya tenga razón de ser. Quitando eso, las

elecciones fueron legítimas y las tías lo monitorizaron todo escrupulosamente. Flynne insistió en hacerlo si queríamos que se presentase.

—Pero le decís lo que hacer. Tenéis voz y voto en todas sus opiniones y políticas.

—Y le va genial en las encuestas. Las cosas van lo mejor posible, y hace el menor daño posible. El progreso no puede ser perfecto.

El cuadricóptero terminó de bajar el coche hasta el asfalto, lo soltó y empezó a alzarse hasta desaparecer en el cielo. Se abrió la puerta del coche. Netherton vio que Rainey asomaba la cabeza, iluminada desde atrás, y percibió el alivio en su rostro.

—Me alegra que Rainey nos esté ayudando —dijo Ash—. Ese enfoque nada posthumano ayuda mucho con Verity.

«El listón de lo "nada posthumano" está muy bajo para Lowbeer y para ti», pensó Netherton. Vio que Rainey y el periférico habían salido del coche y se dirigían hacia el apartamento.

Oyó que Thomas empezaba a llorar en su habitación. Se quitó el controlador para no asustarlo y fue a consolar a su hijo.

57

De vuelta

El coche había desaparecido cuando Verity miró por encima del hombro, pero luego recordó que podía camuflarse.

—¿Sigue ahí?

—Se ha camuflado automáticamente —dijo Rainey, que ni se molestó en mirar—. Wilf cree que podría vivir en el coche.

—Es policía —dijo Verity. La manera en la que el callejón se ensanchaba desde Tottenham Court Road hasta la fachada delantera del edificio de Wilf distorsionaba un poco la perspectiva—. Me dijo que lo era, al menos.

—Sí, de manera oficial lo es, aunque costaría mucho más explicar cuál es su verdadero trabajo.

—Wilf dice que ya habéis explicado todo esto antes, a otras personas.

—Sí, él sí que lo ha hecho —dijo Rainey—. Yo me dedico a la gestión de crisis. Lowbeer intenta mejorar las cosas en los muñones que han quedado huérfanos. Para hacerlo, manipula el curso de su historia, o lo intenta. En dichos muñones, todo se hace a escondidas, lo que casa muy bien con ella. Siempre ha trabajado así. Wilf se dedica a ayudarla.

—¿La gente de aquí se dedica a esas cosas?

—La mayoría de las personas que lo hacen lo ven como una afición. Y no siempre lo hacen para ayudar a los muñones que hacen

brotar.

—Entonces, ¿cuál es el verdadero trabajo de Lowbeer?

—Ahora no tengo tiempo para explicártelo, pero podría decirse que su pasatiempo es mejorar los mundos. Es lo que intenta en el tuyo, por ejemplo.

Verity alzó la vista a la fachada de ladrillos pintada de blanco, con los marcos y los parteluces azul marino.

—Este mundo no me parece tan mal.

—Ha pasado más de un siglo entre tu realidad y esta —explicó Rainey, que se detuvo frente a la puerta—. Muchos de esos años fueron horribles. Y hay muchas cosas que aún lo son. Es normal que no las hayas visto, claro. Venga, sube.

Rainey levantó la palma de la mano frente a la puerta para abrirla.

—¿Qué hace este cuerpo cuando tu amiga no lo usa? —preguntó Verity al entrar.

—Hace meses que no lo usa. Vive en un balneario para periféricos, cerca de Covent Garden. La IA que tiene integrada lo mantiene activo. Ejercicio, aspecto exterior, nutrición. Sueño.

—¿Esto tiene consciencia?

Se abrió la puerta del ascensor.

Verity entró y se topó con el reflejo del periférico en los tres espejos de la cabina.

—No la trates de «esto», sino de «ella» —corrigió Rainey—. La pregunta que has hecho tiene unas connotaciones muy políticas en este lugar. A título personal, yo sí que considero que la tiene, independientemente del grado de consciencia, pero aún no he convencido a Wilf.

—Vaya —dijo Verity, que no dejaba de mirarse de un espejo a otro.

—Perdón —se disculpó Rainey mientras se cerraba la puerta—, me he olvidado de los espejos. Pero sí, esa es ella. Y sí, eres tú mirándola. —El ascensor empezó a subir—. ¿Cómo lo llevas?

—Pues no lo sé.

—¿Sientes náuseas?

—No.

—Pues ya está. A partir de ahora, la transición debería ir a mejor cada vez que vengas. Volver, por otra parte, no plantea problema alguno. Es como si regresaras a casa a nivel neurológico.

Se abrió la puerta y se oyó el llanto de un bebé.

—Es Thomas —aclaró Rainey—. Parece que llego justo a tiempo. —Salió de la cabina y cogió a un Thomas con la cara roja de los brazos de Wilf. Verity también salió del ascensor.

—Virgil está preocupado por ti —le dijo él a Verity—. Será mejor que vuelvas y lo tranquilices.

Verity vio que Rainey estaba en la cocina con el bebé, que había dejado de llorar. Tenía en las manos un biberón de aspecto aerodinámico.

—¿Qué tengo que hacer para volver? —preguntó a Wilf.

—Siéntate en el sillón —respondió él—. Cierra los ojos.

—¿Y luego?

—Ábrelos —dijo Rainey, que acercó a la boca de Thomas la tetina color miel—. La transición es instantánea para volver. Cuando lo hagas, asegúrate de estirarte bien. Tu cuerpo casi no se habrá movido durante el tiempo que hayas pasado aquí. Y recuerda que debes hidratarte antes de dormir.

Verity miró el sillón marrón. Después volvió a mirar a Wilf.

—Supongo que esto significa que he aceptado el plan de desaparición de Lowbeer.

—Eso parece, sí —dijo él.

—¿Volveré a este lugar?

—Eso espero, la verdad —dijo Rainey, que alzó la vista del bebé—. Ha sido un placer.

—Gracias —comentó Verity, que se sentó en el sillón y colocó aquel cuerpo prestado en lo que esperaba que fuese una posición cómoda. Después, echó un vistazo rápido por la estancia y cerró los ojos.

Oyó de fondo el ruido del tráfico de San Francisco, como si alguien hubiese pulsado un interruptor.

Le dolía un poco la espalda. Abrió los ojos.

Virgil la miraba.

—¿Estás bien?

Levantó las manos del regazo y se las miró. Después miró a Virgil.

—Supongo que sí.

—¿Adónde has ido?

Verity lo miró.

—¿Hablaba sola?

—No. Te has quedado quieta todo el rato, desde que presioné el botón de ese casco —explicó—. Empezaba a preocuparme.

—Dicen que es Londres, pero también que es el futuro.

—El futuro.

—Sí, el año 2136.

Virgil frunció los labios.

—Lo sé —repuso ella—. Pero no es nuestro futuro.

—Me alegro de que hayas vuelto —dijo Virgil.

—¿Crees que estoy loca?

—Hace un par de días me habría parecido una locura que tu asistente digital nos obligase a rescindir el contrato de Singapur. Stets aún no ha tenido tiempo de explicármelo, pero, si nuestra empresa fuese diferente, habrían rodado cabezas. Y ahora se ha

centrado en esto, contigo y esa asistente tuya, sea lo que sea. ¿Y me dices que acabas de ver el futuro? Pero ¿has visto esto? —Señaló el dron. Estaba de cara a la ventana, con la parte delantera muy cerca de las cortinas pasadas, como si lo hubiesen castigado contra la pared—. ¿El futuro que viste era así?

—Vi un apartamento —respondió.

—Vale.

—Y un helicóptero. Pero lo llamaban coche.

—¿Un coche volador?

—Se hacía invisible.

—Bien.

—Lo sé. Pero cuando ascendimos, lo que vi sí que parecía el futuro. Torres enormes del tamaño del Shard que conformaban una cuadrícula a ambos lados del Támesis.

—Imágenes generadas por ordenador —dijo él—. O tal vez sea por culpa de ese casco que llevas. ¿No crees que podría estar manipulando tu mente? Nunca nos han intentado vender los viajes en el tiempo. La energía libre un par de veces, pero eso ya podría considerarse un género en sí mismo.

—Me han explicado que no es un viaje en el tiempo, sino bifurcaciones diferentes de la realidad. Quítame esto. —Señaló el casco. Virgil se lo quitó, y Verity se puso en pie para luego estirar los brazos sobre la cabeza e inclinarse para tocarse los pies con la punta de los dedos.

—Hemos estado hablando —oyó que decía la voz de un hombre—, mientras tú no estabas. Soy Conner, ¿me recuerdas?

Verity se enderezó, parpadeó y miró el dron, que había rotado para encararla.

—¿Por qué mirabas las cortinas?

—Le echaba un vistazo al tráfico —dijo el tipo por el altavoz del dron—. Muy clásico todo.

—¿Dónde estás?

—En la Casa Blanca. En el sótano del Ala Oeste.

—¿Por qué?

—Soy de un muñón diferente. Un poco por delante del tuyo, aunque para considerar que está delante tendríamos que estar en la misma línea, y no es el caso. Digamos que nos hemos bifurcado en una dirección diferente, de la de ellos y de la vuestra.

—Y te llamas Conner.

—Conner Penske —dijo él.

—Los drones que la gente le intentaba vender a Stets —dijo— no se parecían en nada a este y hacían mucho más ruido.

—Lo mejoramos. Los que lo imprimieron usaron los componentes más avanzados que fueron capaces de encontrar.

—Estoy tan cansada que casi no me mantengo en pie.

—Hay una cama —dijo Virgil, que señaló la habitación contigua—. Allí. Duerme. Ese es el plan. Conner y yo nos quedaremos aquí.

—Y cargaremos esta unidad mientras tanto —apostilló Conner—. Eso es lo que Ash no consiguió mejorar para alcanzar nuestros estándares. La batería.

—Buenas noches —dijo Verity, con tono reflexivo, y luego se dirigió a la cama de la habitación contigua.

58

Corro de brujas

El periférico miraba a Netherton desde el sillón, de esa manera nada indiscreta y tan particular que era sinónimo de que volvía a estar bajo el control de la IA del fabricante.

—Me gusta —dijo Rainey, con Thomas en el regazo. Netherton dio por hecho que se refería a Verity. No era habitual que le gustasen los clientes, pero cuando eso pasaba se abstenía de mencionarlo.

Apareció un sello, que empezó a latir. No le resultó familiar en un primer momento. Después se percató de que era el de Lev Zubov, ese con las caras de sus dos tilacinos.

—Teléfono —dijo a Rainey—. Lo siento. —Ella asintió y volvió a centrarse en Thomas, que estaba en la trona junto a la mesa—. Lev, ¿cómo estás?

—Razonablemente bien —dijo Lev, aunque, a juzgar por su tono, nadie lo habría dicho.

Netherton sabía que lo había pasado mal con el divorcio, idea de su esposa Dominika, y con las consecuencias, ya que era ella quien se había quedado su casa de Notting Hill y a sus hijos. Él se había asentado en otra de las propiedades familiares de los Zubov, en Cheyne Walk. Netherton no la había visto aún; al parecer, recordaba más a la antigua cleptocracia que la mansión de Notting Hill. Dudaba que eso le hiciese mucha gracia a Lev. Sus compañeros y él

preferían considerar su pertenencia a la cleptocracia como una especie de chiste que solo ellos podían permitirse.

—Tenemos que vernos —añadió Lev, algo de lo que sí pareció alegrarse—. ¿Puedes esta noche?

Las prisas no eran algo que Netherton asociase mucho con Lev, pero nunca lo había visto tan triste y sintió una punzada de culpabilidad por no haberse puesto en contacto con él recientemente. Lev había sido muy importante para Netherton a la hora de enfrentarse a su problema con la bebida, y por eso Rainey y Thomas estaban ahora en su vida.

El sello de Lowbeer empezó a latir también con desesperación.

—Perdona —le dijo a Lev—. Solo será un momento. —Lo silenció —. ¿Diga?

—Queda con él esta noche —dijo Lowbeer. Luego su sello desapareció.

—Ya está —dijo Netherton, que volvió a activar el sonido de la llamada de Lev—. ¿Dónde quieres que nos veamos?

—Allí no —respondió él—. Necesitamos intimidad.

Pues tampoco podría ser en Cheyne Walk, pensó Netherton. Y luego recordó La Embajada de Denísova.

—En uno de tus establecimientos de tu lista de interrumpidos. ¿Te parece? ¿Debajo de Hanway Street? ¿En veinte minutos?

—Voy de camino —dijo Lev. Los tilacinos desaparecieron.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Rainey.

—Lev.

—Ya, sí. Pero ¿qué quería?

—Por lo visto, necesita hablar. Lowbeer interrumpió la llamada para decirme que tenía que quedar con él. En Hanway Street. —Se quitó el controlador y lo dejó sobre el sillón—. No te sientes encima.

—¿Qué hay en esa calle?

—La Embajada de Denísova.

—¿El burdel? —Arqueó la ceja.

—Sí, antes lo era —explicó Netherton—. Me sorprende que lo conozcas.

—Tuve un cliente cuya carrera entró en crisis por una visita única y particularmente complicada a ese lugar. —Rainey entrecerró los ojos —. Un inmigrante canadiense.

—Ahora solo sirven menús de desayuno —explicó Netherton—. Se lo sugerí porque está cerca, y también en su lista.

—¿Qué lista?

—Una lista con lugares que no cambiaron su nombre característico cuando se dedicaron a otra actividad. Son cosas que hacen que se sienta un artista. Si me necesitas, llámame por teléfono. Intentaré no tardar mucho. O eso espero.

Le dio un beso en la mejilla y luego se dirigió al dormitorio para coger la chaqueta, se la puso y la configuró en calefacción media. Cuando salió a la calle, la temperatura de la prenda estaba perfecta. Cuando se acercó al lugar donde suponía que podía encontrarse el coche camuflado de Lowbeer, esperó que no lo parase para ponerse a hablar. El vehículo se hizo visible, solo un poco, cuando Netherton se encontraba a unos tres metros, lo que dejó al descubierto un contorno fantasmal de píxeles desteñidos. Pasó entre el vehículo y la pared sin detenerse, con la mirada fija en lo poco que se veía de Tottenham Court Road.

El sello de Ash empezó a latir cuando se acercaba a Hanway Place. El paseo había transcurrido sin incidentes.

—¿Diga?

—Rainey dice que no estás en casa.

—He quedado con Lev —respondió Netherton—. Donde estábamos antes. —Ash era empleada de Lev, técnica, cuando

Netherton la había conocido—. ¿Lo has visto desde el divorcio? —preguntó.

—No. No lo he visto desde que lo dejé para trabajar con Lowbeer.

Pasó junto a la tienda donde había comprado la leche de Thomas. Vio la pulcra figura del robot que había detrás del mostrador. Michael Nosequé, pensó, seguro de que le habían puesto el nombre de un actor del siglo xx con quien tenía cierto parecido. No se acordaba del apellido.

—Bueno. ¿Cómo va todo? —preguntó Ash.

—¿A qué te refieres?

—Al intento de rescate del muñón de Verity, o quizá debería decir al intento de conquista.

—Ya sabes que no tienen por qué ser categorías excluyentes. Las tías siguen diciendo que el uso de armas nucleares aún es inminente. Verity ha accedido a trabajar con nosotros, lo que esperemos que nos proporcione la puerta de entrada que necesitamos a la red de Eunice.

Giró hacia Hanway Street.

—Acabo de llegar —dijo al tiempo que veía la fachada estrecha y engalanada con estalactitas—. ¿Saludo a Lev de tu parte?

—Claro, sí —dijo ella, lo que sorprendió a Netherton—. No es el peor jefe que he tenido.

—Pues lo haré.

El sello se atenuó.

Cuando descendió por la escalera de caracol hecha de piedra, el sello de Lev volvió a aparecer. Vio el latir de los tilacinos.

—Acabo de llegar —dijo Netherton.

—Te escoltarán hasta donde estoy yo —comentó Lev, momento en el que el sello se atenuó sin llegar a desaparecer del todo.

—¿Eres Wilf? —preguntó la pelirroja llena de pecas que había al pie de las escaleras, envuelta en una capa de gasa que llegaba hasta el suelo, sembrada de lentejuelas que reflejaban luces móviles que no parecían estar allí.

—Sí —respondió.

—Sígueme, por favor.

Lo hizo, y se percató de que las personas que almorzaban a una hora tan avanzada de la tarde no se diferenciaban mucho de las que lo hacían poco después del mediodía. Algo más achispados, quizá. Aunque la principal diferencia era el aumento de decibelios. La capa de la joven le recordaba a una película japonesa que le gustaba mucho a Lowbeer, *Mothra*, que a veces se ponía en el coche. Había dado por hecho que era muda, pero Ash insistía en que originalmente contaba con una banda sonora, aunque Lowbeer prefería quitarla. Se acercó a ellos otra joven igual de pelirroja y con el mismo atuendo, momento en el que Netherton empezó a sospechar. Las pecas de ambas estaban exactamente en el mismo lugar. Luego vio a otra, igual que esas dos, lo que confirmó sus sospechas de que eran robots. Todas llevaban capas luminiscentes y lo acompañaron a esa zona más oscura e iluminada de rojo que había más allá de la gente que estaba desayunando. Cuando al fin llegaron donde se encontraba Lev, vio a media docena de pelirrojas también idénticas.

Esperaba que Lev hubiese pedido sillas; no quería sentarse en esas estalactitas. No tenía ni idea de qué pintaban ahí esas seis jóvenes robot. No era algo propio de Lev.

—Hola —saludó Lev, que extendió la mano con aire sombrío desde el lugar donde se encontraba sentado, uno de esos tocones de estalactita demasiado bajo para sus largas piernas. Netherton se la estrechó—. Toma asiento —dijo al tiempo que señalaba el tocón más

cercano. Netherton se dejó caer en él y lo encontró tan incómodo como esperaba.

Las robots los rodearon, con los brazos extendidos, palma contra palma, ajustando a la perfección las distancias entre ellas para luego alzar los brazos hacia el techo bajo e irregular. Las lentejuelas empezaron a agitarse, a moverse en espiral de una capa a la siguiente para conformar así una cúpula baja de luz revoloteante.

—¿Qué es esto? —preguntó Netherton a Lev.

—Intimidad —respondió Lev—. De un tipo poco habitual, sí, pero necesario.

—¿Y nos la darán estos robots? —Miró las capas alzadas.

—No tienen conectividad alguna —explicó Lev—, como los robots de las películas antiguas. También tienen una funcionalidad limitada, pero la que tienen viene dada únicamente por la IA que llevan integrada. Las capas, combinadas de esta manera, conforman algo parecido a una jaula de Faraday, pero también bloquean muchos otros tipos de señales. Tiene una duración limitada, eso sí, a pesar de bloquear el espectro completo. Por eso seré breve.

—Venga.

—Hace menos de dos horas —empezó a decir Lev—, un tío de mi padre que pulula por esferas aún más altas que él le contó que están replanteándose el papel de esa Lowbeer tuya.

—¿Mía? Pero si fuiste tú quien nos presentó.

—Y luego te convertiste en su empleado, razón por la que te estoy advirtiendo de la posibilidad de que deje de ser seguro.

—¿Se le ha ocurrido a tu padre —preguntó Netherton, apropiándose de una de las tácticas de Lowbeer— que conspirar para entorpecer el trabajo de Lowbeer puede ser una de las cosas menos seguras que haya hecho jamás?

—Sin duda —respondió Lev—. Y ella, como anticuerpo permanente de la cleptocracia, también espera que conspiren en su contra. No obstante, mi padre dice que los que están a la altura de su tío solo la habían tenido hasta ahora por un mal necesario. —Miró el remolino de lentejuelas, se inclinó hacia delante y bajó la voz—. Es por lo de manipular los muñones.

Un temor familiar dio un vuelco en su interior y se apoderó por completo de su consciencia, momento en el que le vino a la mente la imagen de aquella quimera del Támesis que había visto con Lowbeer.

—¿Por eso?

—Está alterando los muñones para crear mundos en los que la cleptocracia tiene menos poder —dijo Lev, que le confirmó a Netherton algo que ya pensaba.

—Es arte, Lev —protestó Netherton, que se apropió de otra de las tácticas de Lowbeer—. Poesía. Lo que ocurre en un muñón no sale de ahí.

—Mi padre se toma esas cosas muy en serio, Wilf.

Netherton alzó la vista a las pelirrojas sin conexión, tranquilas y con los brazos en alto, tan lejos del antiguo periférico Hermès de mujer misteriosa de Flynne como podían llegar a serlo sin convertirse en estatuas. Su único interés tecnológico eran la supuesta intimidad que otorgaban.

—¿De dónde las has sacado?

—Mi padre me obligó a usarlas —respondió Lev—. Las usó cuando le contaron esto, y también cuando él me lo contó a mí.

—¿Serías capaz de darme más información sobre esa supuesta amenaza?

—Lo único que te puedo decir es que se están replanteando el papel de Lowbeer, muy en serio.

—¿Replanteando?

—Sí. Se plantean si su existencia es necesaria.

Netherton reflexionó al respecto.

—Gracias. Supongo que tengo permiso para comentárselo, ¿no? Tampoco es que tuviese alternativa, claro.

—Sí, sin problema. Por eso te lo estamos contando. Pero no se lo digas a nadie más. Ni siquiera a tu mujer, por ejemplo.

—¿Y eso es todo lo que sabes?

—Sí —dijo Lev.

—Pareces algo apenado —comentó Netherton—, si me permites que te lo diga. ¿Es por esto?

—Qué va —respondió Lev—. Yo soy responsable de decírtelo, sobre todo porque como empleado suyo podrías estar en peligro. Por lo demás, no es que me estén pasando muchas cosas. Y no me gusta nada Cheyne Walk.

—Lo siento.

—No es culpa tuya. Díselo a Lowbeer, por favor, solo a ella y solo en circunstancias que considere del todo seguras. Seguro que tiene algo mucho mejor que estos robots, pero no le digas nada a nadie hasta que no te encuentres dentro de alguna versión alternativa de este corro de brujas.

—Se acaba el tiempo, señor —dijo uno de los robots, con una voz idéntica a la que había recibido a Netherton al pie de las escaleras—. Quedan dos minutos.

—Ya hemos terminado —dijo Lev. La capa de una de las seis descendió en ese momento, lo que hizo que las lentejuelas dejasen de agitarse. Sin mirar atrás, se dieron la vuelta y volvieron hacia la parte del local que era restaurante. Netherton las miró mientras se alejaban.

—Entonces, ¿no te gusta Cheyne Walk? —preguntó Netherton.

—Me recuerda demasiado a mis tíos —comentó Lev mientras se ponía en pie—. No te lo puedes ni llegar a imaginar. Mis mejores deseos para Rainey y para el bebé.

Se dio la vuelta y se alejó hacia el estallido del descorchar de las botellas de champán.

59

Ninguna de mis versiones lo sabe

Verity se despertó, medio incorporada y sobrecogida por un sueño que olvidó de inmediato, en una cama extrañamente amplia ubicada en una habitación más amplia aún.

—¿Estás bien? —le preguntó Virgil con voz tranquila, desde detrás de la puerta cerrada que daba a la otra habitación.

—Sí —consiguió articular—. Ha sido una pesadilla.

—Eso me pareció, sí —comentó él—. Ya estoy despierto, por si necesitas algo.

—Gracias, pero no te preocupes.

Se percató de que estaba dentro del saco de dormir, aunque no recordaba haberse metido en él antes de acostarse. Fuera seguía oscuro, a juzgar por la ausencia de luz en los bordes de las cortinas. Extendió la mano con cautela hacia la mesilla de noche más cercana para coger el vaso de agua que sí que recordaba haber dejado allí. Lo encontró, se bebió la mitad y se tumbó, debajo del edredón de aquella cama del Clift. El tráfico ya no hacía tanto ruido. Intentó no pensar en ello, pero llegó a la conclusión de que no podía evitarlo.

Se incorporó sobre un codo y se apoyó en unos cojines hasta que encontró el mando. La pantalla, que estaba frente a la cama, era igual de ancha que esta. Empezó a zapear por los canales de

noticias con el volumen bajo. La Fox parecía seguir dedicada a desentrañar los correos electrónicos de la presidenta de antes de las elecciones, pero la CNN y la MSNBC parecían llevar mucho tiempo hablando sobre Qamishli, lo bastante como para que empezase a notarse en las ojeras de los presentadores. Verity dejó de pasar canales al ver a la presidenta hablando en otro estrado. La imagen le recordó todo aquello en lo que intentaba no pensar, por lo que apagó la televisión, apartó las almohadas, se hizo un ovillo dentro de la familiaridad del saco de dormir y se quedó dormida.

60

La opinión del calibrador

Netherton giró hacia Alfred Mews y fijó la vista en las ventanas de su apartamento. Se dirigió hacia ellas, a la espera de que el coche de Lowbeer perdiese parcialmente su camuflaje. Cuando lo hizo, se colocó al lado y se giró, a la altura del lugar donde creía haber visto aparecer la puerta la última vez.

—¿Puedo entrar?

—Claro —dijo Lowbeer, antes de que la puerta apareciese a la izquierda de donde Netherton la esperaba, así como una extensión negra y brillante de carrocería, pixelada de forma irregular por los bordes. La puerta se abrió y se desplegó el escalón. Netherton lo subió y penetró en el brillante resplandor de una única vela blanca colocada en el centro de la mesa que se encontraba en el hueco de la moqueta. La puerta se cerró en silencio tras él.

—Iris blanco y vetiver. Espero que no te importe —dijo Lowbeer.

—Huele bien —comentó Netherton, que había llegado a apreciar de verdad las velas de Lowbeer, no por el aroma en sí, sino por el toque de anciana majareta que le daban a su propietaria, aunque ese no fuese para nada el caso—. Tengo una pregunta.

Lowbeer iba con una prenda sin mangas, algo poco habitual pero que ocurría de vez en cuando. Llevaba una corbata con el nudo sin hacer.

—¿Sí?

—¿Cómo de íntimo es este lugar?

—La seguridad es el objetivo principal del diseño de todos y cada uno de los aspectos de este vehículo —dijo ella—, pero no tienes motivo para preocuparte cuando estés conmigo, estemos donde estemos.

—Esto que te voy a decir tiene que ver con tus funciones en el gobierno.

—Algo de lo que sin duda hemos hablado en otra ocasión. ¿Tomas asiento?

—Prefiero quedarme de pie —aseguró Netherton, que miró la mesa iluminada por la vela y se le antojó un lugar propio de una sesión espiritista—. El tío del padre de Lev Zubov dice que algunos miembros anónimos de la cleptocracia cuestionan la necesidad de tu puesto de trabajo.

Ella giró la cabeza a un lado, como si estuviese mirando algo.

—¿Te ha dicho esto en La Embajada de Denísova?

—¿Estabas escuchando? —preguntó Netherton, ya que uno de sus peores miedos era que Lowbeer estuviese escuchando todas y cada una de sus conversaciones todo el tiempo, aunque ella siempre negaba que tuviese esa capacidad.

—No, no estaba escuchando —comentó—. Lo oí saludarte y pedirte que te sentaras. Y luego todo quedó en silencio, hasta que le preguntaste que por qué no le gustaba Cheyne Walk. Esos robots de conectividad nula explicarían muy bien esa laguna en las comunicaciones, y también garantizan que su padre estaba relacionado con la conversación.

—Es por los muñones —continuó Netherton—. Tal y como me temía. Dicen que intentas hacer que la cleptocracia no tenga tanto poder en ellos como aquí.

—¿Y quería que tú me contases esto?

—Insistió, sí. Pero solo a ti.

—Una vez más —empezó a decir—, veo las diferencias entre las ambiciones de los conspiradores y el deseo, de aquellos que nos relatan dichas ambiciones, de preservar todo aspecto del *statu quo* que tanto atesoran. —La pared beis había pasado a convertirse en unas ventanas. Por experiencia, Netherton sabía que el coche seguía con el camuflaje activado—. Así es como suelo enterarme de estas cosas.

—Me aseguró que era posible que también yo estuviese en peligro.

—Sí, es posible —comentó ella—, pero dichas conspiraciones siempre han conseguido neutralizarse con éxito. La única novedad en este caso, por el momento, es que afirman que la única razón para deshacerse de mí son mis intervenciones en los muñones.

—Me inquieta que reaccionen así.

—Es una rutina de mi trabajo, aunque una infrecuente en este caso —comentó—. Su reacción a mis acciones debería ser siempre el miedo, pero hay ocasiones en las que necesitan un recordatorio. ¿Quién lo sabe, por el momento?

—Lev, su padre, el tío anónimo que supuestamente informó a su padre, tú y yo.

—Pues que siga siendo así, por favor —dijo Lowbeer, que lo miró con esos penetrantes ojos azules—. No se lo comentes a Rainey hasta que el problema se haya solucionado.

—Mi madre me habló de ti —dijo Netherton, que se sorprendió a sí mismo al decir algo así—. Cuando era pequeño. No de ti en particular, sino del personaje de una historia que era bueno pero daba mucho miedo. Lo llamaba el Calibrador, alguien que, según ella, calibraba los destinos de quienes eran una amenaza para la

estabilidad de la cleptocracia. Cuando crecí, llegué a comprender que había gente como tú, que ese Calibrador existía de verdad.

Lowbeer miró la vela blanca.

—No se concibió como un puesto único. Al principio había varios de nosotros. Yo soy la última que queda. Si la cleptocracia quisiera librarse de mí de verdad, le bastaría prohibirme el acceso a la tecnología que me mantiene con vida.

—Rainey cree que no pueden permitirse hacer algo así, ya que no saben a ciencia cierta si tienes a buen recaudo la información que podría echar por tierra todo lo que son. Temen que salga a la luz si se libran de ti.

—Te has casado con una mujer muy perspicaz, señor Netherton —dijo Lowbeer, que luego volvió a mirarlo tras apartar la vista de la vela.

—La moraleja del cuento de mi madre era que todo se desmoronaría de manera inevitable si no se controla a la cleptocracia. ¿Crees que es cierto?

—Sí. Necesitan una poda ocasional tras un control exhaustivo de un observador imparcial, sin duda —explicó Lowbeer—. Su caótica ambición y su desprecio por las normas terminarían por acabar con todo y todos seríamos víctimas. Es lo que consiguieron con el antiguo orden mundial, al fin y al cabo, aunque en esa ocasión era el objetivo al que aspiraban. Aceptaron el *jackpot*, el caos que provocó. El comportamiento horrible de nuestra especie con la naturaleza hizo gran parte del trabajo por ellos. No aparecieron soluciones mágicas, y tampoco creo que vayan a aparecer ahora, a menos que haya alguien con el libre albedrío, con el margen de maniobra suficiente para detener sus peores impulsos. La biosfera solo sobrevive hoy en día gracias a la ayuda que le prestamos. Los ensambladores seguirían haciendo su trabajo aunque desapareciese la cleptocracia.

Pero me temo que un último impulso por conseguir beneficios a corto plazo, un cortoplacismo terminal, podría llegar a acabar con todo.

Netherton parpadeó. Tragó saliva.

—¿Con China también?

—Compartimos la biosfera con China —explicó Lowbeer—. Y también tenemos con ellos los contratos comerciales que nos permiten.

—Mataste a Vespasiano, ¿verdad?

Lowbeer lo miró a los ojos. Los de ella, si es que eran los originales, tenían más de cien años.

—Hace un tiempo me arrepentía de no haberme topado antes con él —explicó—, de no haber tenido la oportunidad de matarlo antes, pero ahora debo agradecer la oportunidad que nos ha brindado, aunque fuese de forma involuntaria, con el muñón de Eunice.

Netherton oyó que la puerta se abría detrás de él, lo que indicaba que la reunión había llegado a su fin.

—Verity está dormida en el hotel de San Francisco —dijo Lowbeer —. Cuando se despierte, habla con ella. Estaré aquí si me necesitas.

—Sabías que Lev me estaba llamando por teléfono... —dijo Netherton—. ¿Sabías también que era para hablar de esto?

—Sabía que la conversación tomaría estos derroteros, sí, e hizo saltar una alerta que las tías habían detectado pero que yo ignoraba por completo.

61

Desayuno continental

Verity se despertó al oír voces de hombres en la habitación de al lado, familiares pero confusas. Abrió los ojos y vio una luz intensa y nada agradable que brotaba por los bordes de unas cortinas desconocidas.

—Rusos —dijo alguien—. Facebook... —El tipo llamado Conner, que parecía del sur de Estados Unidos. Después reconoció la voz de Virgil al responder, aunque no entendió ni una palabra.

Entrecerró los ojos y miró el reloj de la mesilla de noche. Las ocho y veinticinco de la mañana.

Desabrochó la cremallera del saco de dormir, salió de él y se levantó de la cama, tras lo que se percató del albornoz arrugado que había a los pies. Se lo puso y se acercó a la puerta.

—... entiendo que te suene fatal —le oyó decir a Conner—, pero eso fue lo que ocurrió.

—¿Y qué fue lo que ocurrió? —preguntó Verity mientras abría la puerta.

Virgil alzó la vista desde donde se encontraba sentado, con los pies con calcetines apoyados en el sillón.

—Conner, que me está acojonando —con tono amable, y luego sonrió.

—Pues espera que te cuente cómo acaba la temporada de esta serie —aseguró Conner desde el altavoz del dron. La máquina

miraba hacia una ventana con las cortinas descorridas que daba a una mañana plomiza.

—¿Hay café? —preguntó Verity.

—Sírvete —dijo Virgil, que señaló una bandeja sobre el escabel lila —. Cruasanes recién hechos.

—Guárdame algunos. —Verity cerró la puerta y se dirigió al baño, donde vio pruebas fehacientes de que se había duchado el día anterior antes de meterse en la cama. Se cepilló los dientes, se lavó la cara, se puso los vaqueros, una camiseta limpia y las zapatillas y luego volvió a la otra habitación.

—¿Has podido dormir? —preguntó a Virgil mientras se servía una taza de café de la bandeja.

—Unas pocas horas —respondió él—. Conner hizo guardia por mí. ¿Y tú?

—Me desperté una vez, pero luego dormí sin problema.

—¿2136? —preguntó Virgil.

—¿Qué pasa con eso? —Intentó darle un sorbo al café solo.

—¿Crees que de verdad están en ese año?

Verity añadió leche y azúcar.

—Puede. —Alzó la vista para mirar a Virgil—. ¿Crees que estoy loca por creérmelo? —Se sentó en el borde del escabel, junto a la bandeja.

—Yo también estoy loco —dijo Virgil—, pero llevo media noche aquí despierto con Conner. Me ha dicho que el lugar al que fuiste era el futuro del lugar donde está él. Tienen un pasado en común, y se dividió hace algunos años. Y también tienen un pasado en común con nosotros, hasta que ocurrió algo aquí, antes de las elecciones de 2016. Pero no sabe el qué.

Verity dejó de mirar el cruasán que acababa de partir por la mitad para untar en mermelada.

—La verdad es que no he entendido nada.

—Pues este tipo, sí —dijo Conner—. Muy poca gente lo hace a la primera.

—Me ha dado la impresión de que es Lowbeer quien lo controla todo —comentó Verity—. ¿A qué se dedica en realidad?

Vio que Virgil se tensaba al quedar muy atento.

—Oficialmente no es más que una policía —explicó Conner—. Pero la cleptocracia la usa para mantener la estabilidad. Su cultura no deja de crear una infinidad de esos cabrones, personas que se matan por hacerse con una porción más grande del pastel, por acabar con todo. Pero la otra cara de esa moneda es el estancamiento, ya que los mandamases tratan de permanecer siempre en la cima. Creo que ella se encarga de equilibrarlo todo.

—¿La cleptocracia?

—Si Conner ha sido sincero conmigo, es el resultado de decisiones que, por suerte, nosotros no vamos a tomar.

—No es así exactamente —comentó Conner—. Aún podéis acabar así, y nosotros. Y eso que aquí llevamos cuatro años con estos tíos del futuro intentando evitarlo. Joder, es que aún no tenemos ni esos móviles tan guapos que tienen ellos.

El teléfono de Virgil sonó en ese momento. Se lo llevó a la oreja.

—Sí —dijo—. Está con un desayuno continental.

Le ofreció el teléfono a Verity.

—¿Cómo estás? —preguntó Stets—. ¿Has dormido?

—Sí, gracias. ¿Y tú?

—Sí, pero llevo una mañana muy movida. Las otras ramas en el árbol de Eunice nos han encontrado.

—¿Han sobrevivido?

—Sin problema alguno.

—¿Y cómo son?

—No se parecen en nada a ella.

—Me dijo que hacían cosas sin que ella se enterase, como traer a Joe-Eddy de vuelta de Alemania. Se sorprendió cuando ocurrió eso.

—Pues con nosotros son iguales. Esta mañana nos han sorprendido con que vamos a ser anfitriones de un evento dentro de muy poco tiempo. Tengo que darme prisa. Luego hablamos. Cuídate.

—Y tú —dijo ella, que colgó. Le devolvió el teléfono a Virgil.

—Rose Garden a las diez —dijo Conner—. Entendido.

—¿Cómo has dicho? —preguntó Virgil.

—Mi trabajo —comentó Conner—. El presidente dará una rueda de prensa dentro de media hora y quiere que compruebe que traducimos bien la información que tenemos del futuro a unos términos que sean comprensibles aquí. Me necesita, así que tengo que irme.

—Mucha suerte —le deseó Virgil.

Verity, con la boca llena de cruasán y mermelada de frambuesa, se quedó en silencio.

—¿Hay alguien más por donde estás tú? —le preguntó Virgil al dron.

Silencio.

—Para Stets, el dinero queda en un segundo plano cuando se trata de satisfacer su curiosidad —explicó Virgil—. Aún le sorprende que la gente que hace lo mismo que él lo haga por dinero. Y Caitlin piensa igual. Está claro que algo así llamaría la atención de dos personas tan curiosas.

—A ver, se suponía que tú eras el escéptico —dijo ella—. Esperaba que intentases convencerme de que no es real.

—Conner me ha estado contando la historia de su muñón. Y la del nuestro, hasta las elecciones.

—¿Qué elecciones?

—Las que ganó la presidenta.

Verity recordó aquel mural monocromático de Clarion Alley. La amenaza evidente.

—Los de Londres no son nuestro futuro —dijo Virgil—. En su pasado, ganó el otro candidato.

—Lo sé —dijo él, que asintió—. Pero aquí estamos, metidos hasta el cuello en lo que quiera que sea esto y con mucha gente diciéndonos que el mundo se va a acabar. Muy pronto.

—Acabo de aceptar desaparecer a ojos de todo el mundo. Se suponía que así aumentarían las probabilidades de evitar el fin del mundo.

—¿Quién te dijo eso?

—Lowbeer. Hablé con ella en 2136.

Virgil sonrió.

—Felicidades. Ya no hay marcha atrás.

—¿Cómo dices?

—Que ya te lo has creído todo. ¿En qué se supone que consiste lo de desaparecer?

—Pues dice que ya lo he hecho al quedarme fuera del radar de Cursion, pero sigue sin gustarme como suena.

—A mí tampoco me gusta —dijo él.

62

Ojos con forma de botón

Rainey estaba en la mesa de la cocina cuando Netherton entró, con Thomas en la trona. Le hacía cosquillas a una de las pandaformas de la niñera para entretener al bebé. El dron estaba bocarriba sobre la superficie roja de la mesa. Thomas balbuceaba emocionado y no dejaba de patalear.

—Hola —saludó Netherton, que se inclinó para darle un beso en la frente.

—Hola. ¿Cómo está Lev?

—Triste. —Se enderezó—. Cheyne Walk está lleno de parientes, como era de esperar. Demasiada cleptocracia para él. —Netherton miró el sillón y vio que el controlador seguía donde lo había dejado —. ¿Dónde está el peri?

—Llamó a uno de los coches del balneario para que la viniese a buscar y la llevase a Floral Street. Ese sitio parece una mezcla de hotel cápsula y de morgue. Le pedí que me enseñase las fotos de la página web. Las clientas son todas mujeres. Cuerpos, semibiológicos o no, que son propiedad legal de otra persona.

—Sí —dijo Netherton mientras abría el frigorífico—, pero está claro que no conocerías tan bien a Flynne de no ser por ese peri. Si le hubieras alquilado uno diferente para cada visita, no tendríais el mismo vínculo.

—Cierto, y yo tampoco conocería tan bien Londres si ella no hubiese querido verlo. No habría visitado las zonas de *cosplay*, por ejemplo, porque tú nunca pasas por allí.

—Son para niños —respondió él—. Y para turistas. Podemos llevar a Thomas cuando crezca un poco.

—Cheapside es una pasada —dijo—. Ese olor...

—Son heces, sobre todo. Tanto humanas como equinas.

—Las multitudes...

—La mayoría son robots.

—Te permite imaginarte mejor cómo eran las cosas antes, mejor que con la realidad aumentada —dijo ella—. Carnaby Street es RA, por ejemplo, y es un lugar del todo espectral en comparación. Y tampoco exigen que los visitantes vayan vestidos de época, lo que termina siendo muy contradictorio.

Netherton no vio nada en el frigorífico que le llamase la atención, por lo que lo cerró.

—Debería ver cómo van las cosas por el muñón —dijo, al tiempo que giraba la cabeza hacia el controlador e incómodo por no poder decirle lo que Lev, o Lowbeer, le habían comentado. Bajó la vista hacia esa tercera parte de la niñera, que se agitaba para intentar escapar de las cosquillas de Rainey. Le dio la impresión de que le devolvía la mirada, con esos ojos con forma de botón.

—Adelante —dijo Rainey—. Me parece una buena idea.

Netherton se dirigió al sillón, se sentó junto al controlador, lo cogió y se lo puso.

63

Usuarios

—¿Qué pasaría si usase esto para llamar a mi madre? —le preguntó Verity a Virgil mientras señalaba el hotel del teléfono.

—¿Tiene móvil? —dijo él, que seguía en el sillón con los pies levantados.

—Fijo. Solo enciende el móvil si sale a la calle y necesita hacer una llamada.

—Si tenemos en cuenta que lo más seguro es que Cursion los haya pinchado, grabarían la conversación y conseguirían el número de habitación. Según la informática esa tuya del futuro...

—Ash —interrumpió Verity.

—Dice que Cursion de por sí no es un gran problema, que no tienen vínculos gubernamentales y, por lo tanto, son ajenos al poder estatal. Pero tampoco es que le alegre demasiado, porque asegura que de ese modo podrían jodernos sin querer. Podría decirse que no son animales de ciudad. Su forma de pensar me recuerda a lo que yo hago para Stets.

—La diferencia es que sin lo que tú haces para Stets, mucha gente jamás habría oído hablar de él.

—Haré como que no he oído nada —dijo, y sonrió—. Pero gracias. En su defensa, diré que creo que estaría de acuerdo con esa afirmación. Pero no cambiemos de tema. Ash dice que Gavin es su tapadera en el sector, un comercial con estudios en tecnología. Si

llamas a tu madre, ese será el tipo de gente al que estés revelando tu paradero. Y también el de ella, aunque es muy probable que ya la tengan localizada.

—¿Stets sigue sin contratar a alguien que se dedique en exclusiva a la seguridad?

—Algunos intentamos echar un ojo de vez en cuando —respondió él.

—Lo sé. Siempre lo has hecho.

—Caitlin tampoco tiene personal de seguridad contratado. Su padre lo tiene en París, cuando Stets y ella lo visitan, pero todos ellos peinan canas. Al menos, los que hemos visto. —Bajó un pie al suelo y se metió la mano en el bolsillo de los pantalones—. Hablando de teléfonos, conseguí este mientras dormías. —Se inclinó hacia ella para dárselo—. No está a tu nombre. —Después le pasó un cargador negro con el cable enrollado alrededor y un par de auriculares también negros—. Sigue sin servir para llamar a tu madre o a cualquier otra persona a la que Cursion podría seguirle la pista, pero dispondrás de internet y tiene grabado el contacto de nuestros teléfonos desechables.

—¿Dónde está el mío de verdad?

—Por lo visto, con quienquiera que construyese este controlador para Stets, pero no sé qué hace allí.

Verity recordó haberlo metido en la bolsa de Faraday del camarero, en Fabricant Fang, junto al teléfono de Tulpagenics y las gafas de montura gris. Había visto cómo él le daba la bolsa a Dixon.

El dron tosió.

—Soy Wilf.

—¿Dónde estás? —preguntó Verity.

—He vuelto a nuestro apartamento. Salí un momento a reunirme con un amigo. No le gusta nada el lugar donde vive después de

divorciarse.

—¿Qué tiene de malo el sitio?

—Que hay muchos parientes cercanos —respondió Wilf.

Verity intentó imaginarse ese Londres del futuro lleno de problemas del todo anodinos, y entonces comprendió que daba por hecho que todos los problemas del futuro serían más interesantes que los de su presente, aunque en realidad no tenía por qué ser así.

—Hola, Virgil —saludó Wilf.

—¿Qué tal? —respondió él—. Me ha dicho Conner que debía salir a hacer algo en Rose Garden. ¿Por qué está en la Casa Blanca?

—El presidente Leon Fisher y él son del mismo pueblo —respondió Ash—. Es el primer año de mandato de Leon, por lo que le viene bien tener a alguien cercano a su alrededor.

—Pero eso jamás ocurrió en vuestro pasado, ¿verdad?

Virgil había colocado los dos pies en el suelo y empezaba a levantarse.

—Correcto —dijo Wilf.

—Conner dice que por eso no es como viajar en el tiempo —continuó Virgil—, que el viaje en el tiempo es físicamente imposible.

—Podríamos establecer contacto digital con nuestro pasado —explicó Wilf—, de tener allí la infraestructura que lo permitiese. Pero hacerlo crea un nuevo continuo, uno en el que se recibió ese mensaje, lo que jamás ocurrió en el que nosotros estamos ahora mismo.

—Entonces..., ¿podríais poneros en contacto con nosotros en nuestro continuo... ayer? —preguntó Virgil—. ¿En el ayer de nosotros?

—No —respondió Wilf—. Pero si pudiésemos, el hecho de hacerlo crearía un nuevo muñón, porque es algo que no ocurrió en vuestro pasado.

—¿Y por qué no podéis? —preguntó Verity.

—El primer contacto establece una relación temporal entre continuos. Si inicio un muñón, lo dejo y vuelvo a él más tarde, habrá pasado la misma cantidad de tiempo para mí que para ellos.

—Conner le ha contado a Virgil que las elecciones del año pasado tuvieron un resultado diferente allí —comentó Verity—. ¿Es cierto?

—Sí —respondió Wilf.

—Entonces..., ¿vosotros estáis en otro muñón? —preguntó.

—No —repuso Wilf—, porque eso ocurrió en nuestro pasado y todos los muñones brotan a partir del nuestro.

—¿Cómo podemos estar seguros de eso? —preguntó Virgil.

—Porque nosotros tenemos la tecnología para crear muñones y vosotros no.

—¿Y qué pasaría si os pusieseis en contacto con vuestro martes pasado, por ejemplo? —insistió Virgil.

—Eso es imposible —dijo Wilf.

—¿Por qué? —preguntó Verity.

—Para que el contacto sea posible, tiene que haber una diferencia temporal mayor. No demasiado, claro, porque si no el nuevo muñón resultante no tendría la infraestructura necesaria para recibir nuestros datos. Pero nos da margen suficiente. Me han dicho que vuestro muñón es el más apartado en el tiempo que ha podido iniciarse.

—Vale. Entonces, lo que hacéis es colonizar pasados alternativos, ¿no? —dijo Virgil.

—No creo que la colonización sea la metáfora más adecuada —comentó Wilf. Su voz desprendía tanta tranquilidad que Verity supuso que aquella no era la primera vez que le decían algo así—. No podemos arrebataros ningún recurso. No hay manera de conseguir beneficios económicos.

—Pero podríais crear una página parecida a esa de Amazon, ¿no? Amazon Mechanical Turk —preguntó Virgil. Verity comprendió que aquello era lo que hacía para Stets.

—No la conozco —dijo Wilf.

—Es como Uber, pero para trabajos con información digital —explicó Virgil.

—Para eso ya tenemos la IA —comentó Wilf—. Podríamos manipular vuestros mercados y ganar dinero allí, dinero con el que pagaros, pero nuestra IA es gratis y no merecería la pena.

—Arte —insistió Virgil—. Música. Literatura.

—Sí —convino Wilf—. Eso sí, pero en la práctica aún no hay beneficio económico directo.

—Entonces, ¿por qué lo hacéis? —preguntó Verity.

—En tu caso —respondió Wilf—, empezó porque queríamos evitar una guerra nuclear en vuestro muñón. Pero para la mayoría de los usuarios no es más que un pasatiempo.

—Un pasatiempo —repitió Virgil con tono neutro.

—¿Usuarios? —preguntó Verity.

—Entusiastas del tema, sí —dijo Wilf.

—¿Me estás diciendo que hacéis esto por el cachondeo? —preguntó Virgil, que miró al dron.

—Aquí Ash —dijo otra voz para hacer notar su presencia—. Hora de irse.

—¿Por qué? —preguntó Verity.

—Alguien ha colgado una foto tuya en algo llamado Instagram. Es de anoche, mientras entrabas al hotel con Virgil. Saben que forma parte del círculo más cercano de Howell. No te han reconocido a ti en un principio, de lo contrario te habrían nombrado en el *post*, pero los usuarios lo han hecho después en los comentarios. Os he enviado el enlace a ambos.

Virgil gruñó. Miró el teléfono.

—Cada vez se les da mejor. Te han reconocido con capucha y todo. Joder, podría ser cualquiera. —Le enseñó la fotografía a Verity. Estaba al fondo, entre las luces lila del vestíbulo, con la capucha puesta y solo se le veía una cuarta parte de la cara. Encima, llevaba gafas de sol.

—Haced las maletas —dijo Ash—. Parece que aún no han llegado al hotel.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Virgil.

—Estamos usando Followrs a través de un intermediario —explicó Ash—. Tenemos un vigilante en el vestíbulo en estos momentos.

Verity ya iba hacia el baño para coger su bolsa de Muji.

64

Sin mucho drama

—¿Se puede saber qué pasa? —preguntó Rainey, tan cerca de Netherton que hasta lo asustó. Él, o más bien el dron, estaba siendo transportado a toda prisa fuera de la *suite* del hotel de San Francisco.

Silenció el micrófono del dron.

—Nos vamos del hotel —dijo—. Y rápido.

—¿Por qué?

—Parece que alguien ha descubierto la ubicación de Verity en un medio público. Ash teme que Cursion la encuentre. —Pasaron junto a la alcoba, con el espejo, la silla de pintura acrílica y la lámpara de pie asimétrica. Virgil tiraba del dron, que iba encajado en ese maletín con ruedas. La cámara achatada y circular le daba a Netherton una cierta idea de lo que ocurría, pero el movimiento complicaba aún más las cosas—. Perdón. Me tengo que concentrar.

—Venga —dijo Rainey, que le apretó el hombro, una sensación muy extraña ahora que estaba conectado. Volvió a activar el sonido.

—Parece que nos vamos cagando leches, ¿no? —dijo Conner, que obviamente estaba en Rose Garden. Conner sonaba más alto que el resto de los pilotos del dron, como si estuviese más presente.

—Alguien ha subido una foto de Virgil a Instagram —explicó Verity —. Y otra persona me ha identificado. —Ella cargaba con la maleta negra que contenía el controlador. Era lo bastante grande como para

que le hiciese falta usar ambas manos, pero obviamente no pesaba mucho.

Se abrió la puerta del ascensor. Virgil tiró del dron hacia la confusión de reflejos marrones y rojos del interior.

—¿Con quién nos vamos a encontrar abajo? —quiso saber.

—No lo sabemos —respondió Ash—. Esperemos que nos dé tiempo a escapar antes de que llegue.

—¿Puedo desengrasar bien las articulaciones de esta cosa si no nos da tiempo? —preguntó Conner.

—Lo ideal sería escapar del hotel sin hacer mucho drama y subir a nuestro medio de transporte de inmediato, llamando la atención lo menos posible. Si la cosa se tuerce, señor Penske, recuerda que no queremos titulares que digan que un dron bípedo se ha puesto agresivo en un hotel. Creo que en este muñón sería algo demasiado exótico.

—Recibido —dijo Conner mientras el ascensor se detenía. Se abrieron las puertas y Virgil los sacó a ambos. Netherton vio que, tras ellos, Verity se ponía unas gafas de sol grandes a toda prisa antes de salir de la cabina.

65

Una oportunidad

Lo primero que vio Verity al mirar por encima del hombro de Virgil fue a la chica del *Candy Crush Saga* del 3.7, sentada contra unas cortinas de color malva que llegaban del techo al suelo y los pulgares en la pantalla del móvil.

—Esa es la de Followrs —dijo Ash por los auriculares del teléfono desechable—. La del teléfono.

—Cursion la usó para buscarme a mí, en la cafetería a la que fui con Eunice —dijo Verity al momento, en voz muy baja—. Me reconocerá al verme.

La joven la vio en ese momento, se quedó mirando, se sorprendió y dejó de mover los pulgares.

—No la mires como si tú también la hubieses reconocido —dijo Ash—. Tiene que vivir por la zona. El que haya trabajado para ambos bandos es un problema en este modelo de negocio, la verdad.

Virgil se dirigía hacia Geary arrastrando el dron.

Verity se afanó por seguirle el ritmo, y la tira del bolso empezó a clavársele en el hombro debido al peso añadido del cargador. Le dedicó a la joven del móvil una sonrisa instintiva, a pesar de lo que le había dicho Ash, y luego dobló la esquina después de Virgil para dirigirse a la entrada. No vio en el vestíbulo nada que indicase la presencia de Cursion, aunque supuso que cualquiera de aquellas

personas podía ser alguien contratado en Followrs. Vio que Virgil entregaba al botones un fajo de billetes doblados al salir, bajó la cabeza encapuchada y centró la mirada en el maletín del controlador.

—Por aquí —dijo Sevrin, quien apareció de repente junto a ella y cogió el controlador. Verity continuó con la cabeza inclinada y no hizo contacto visual, pero reconoció los zapatos de chófer de autobús y el marcado acento neutral de Sevrin. Los guio hacia lo que parecía ser una furgoneta prácticamente idéntica, blanca en esta ocasión, aunque con las ventanas igual de tintadas. Sevrin deslizó la puerta de pasajeros y luego la ayudó a entrar. Virgil hizo lo propio detrás de ella, y luego Sevrin le entregó el maletín con el casco, que colocó en la segunda fila de asientos de pasajeros.

Verity se decidió por el asiento de ventanilla detrás del conductor, se quitó el bolso y lo dejó en el asiento que tenía detrás, junto al maletín negro. Virgil ayudaba a Sevrin a subir el dron a la furgoneta para colocarlo en el asiento junto a ella. Sobre los hombros de sus compañeros y en un hueco momentáneo entre el tráfico, Verity vio que alguien salía de la cafetería de bagels que había al otro lado de la calle. Pelo corto, gafas de montura fina y cuarenta y pico años. El tipo pareció reconocerla y, en ese mismo momento, Verity recordó haber visto su nuca rapada revisando la chatarra que había sobre la mesa de trabajo de Joe-Eddy.

—Al otro lado de la calle —dijo Verity—. Pelo rapado y gafas. Trabaja para Cursion.

—Yo me ocupo —dijo Conner, mientras Sevrin pasaba por encima del reposabrazos central hasta el asiento del conductor.

La escotilla que Verity solo había visto abrirse en una ocasión, cuando el proyector, volvió a hacerlo y algo de colores neutros y de forma más o menos cilíndrica se elevó sobre cuatro rotores más

ruidosos que los drones de Verity de la caja Pelican. Después, salió por la puerta de la furgoneta.

En el centro de la calle, se produjo algo parecido a una explosión de vapor. Había dejado de ver al tipo de las gafas de montura estrecha.

Sevrin arrancó y empezó a llevarlos por Geary, lejos del estruendo cada vez mayor de bocinas fruto del disturbio. Virgil, que se había dejado caer en el asiento contiguo al del dron, empezó a abrocharse el cinturón de seguridad.

—¿Qué has hecho? —preguntó Verity a Conner.

—Es un análogo del fentanilo —explicó Conner—. En pulverizador.

—¿Lo has matado? —insistió.

—Puede que lo hayan atropellado por mi culpa —reconoció Conner —, pero lo más probable es que solo se haya desmayado. Ash se va a enfadar, pero la información que tenemos sobre él indicaba que es peligroso. No quería que cruzase la calle.

—¿3-metilfentanilo? —preguntó Ash, aunque a Verity no le dio la impresión de que estuviese enfadada.

—Lo consiguieron en la *darknet* —explicó Conner—. Con el dron y el difusor adecuados, puedes darte por muerto. Lo instalaron treinta minutos antes de que apareciese Verity.

Sevrin giró a la izquierda, luego otra vez y enfiló en dirección opuesta a la que acababan de tomar, por una calle paralela a Geary y como si allí no hubiera pasado nada. Las sirenas parecían acercarse a ellos, pero luego comprendió que eso se debía a que estaban justo detrás del Clift.

—¿Quién era? —preguntó Wilf.

—Alguien a quien Cursion envió para poner cámaras y micrófonos en casa de Joe-Eddy —explicó Verity, que se reclinó en el asiento y se abrochó el cinturón de seguridad—. Eunice me mostró un vídeo

de él en el apartamento. Me vio meterme en la furgoneta, me reconoció y empezó a cruzar la calle, pero Conner lo interceptó en ese momento. —Miró el dron, al que Virgil y Sevrin no habían tenido tiempo de abrochar el cinturón—. Gracias, Conner.

—De nada.

—¿Adónde vamos? —preguntó Verity.

—Vamos a cambiar las placas de la matrícula y a ponerle unas pegatinas a la furgoneta —dijo Ash—. Teníamos pensado llevarte de vuelta a la obra del proyecto Bertrand-Howell, pero ya no es posible porque los medios te han vinculado con el ayudante estrella de Stets.

—Ayudante estrella —dijo Virgil desde el asiento situado junto al dron. Este no había abierto la boca desde que se había subido a la furgoneta—. ¿Escribes en la prensa sensacionalista o qué?

—Era la cita de un artículo que acaban de publicar en una web. Hace dos minutos —dijo Ash.

66

No neuronal

—¿Qué hacen ahora? —preguntó Rainey, con una voz que parecía venir de la cocina. Netherton contemplaba los movimientos sorprendentemente gráciles de los hombres que le habían dicho que ponían pegatinas por la parte de fuera del vehículo.

Silenció el micrófono.

—Un agente de Cursion ha detectado a Verity. Alguien a quien ella conocía. Intentó acercarse a nosotros cuando estábamos a punto de irnos. Conner usó un pequeño dron y lo dejó inconsciente con un aerosol.

—¿Y ahora dónde estáis?

—En un vehículo como el que nos trajo de Oakland, en un aparcamiento y no lejos del hotel. Una parte del lugar está aislada y parece más íntima. Hay unos tipos que ponen unas pegatinas grandes en la parte superior, en la trasera y en los laterales.

—¿Con quién estás?

—Con Verity, Virgil y Sevrin, el conductor. Y también se dedica a blanquear dinero, según Ash. Conner y ella están conectados al dron conmigo.

—¿Pueden oírnos?

—En este momento, no.

—¿Qué hacen?

—Ash y Conner están en silencio. Los tres que tenemos allí han sacado el teléfono y parecen estar poniéndose al día con las noticias.

—¿Qué tipo de noticias?

—La verdad es que son bastante preocupantes, pero también podrían ser peores.

Verity, a la izquierda del dron, alzó la vista del teléfono.

—¿Han derribado más aviones rusos?

—Dos —respondió Virgil, a la derecha del dron—, pero eran sirios, no rusos.

—Debería ir con ellos —le dijo Netherton a Rainey, que decidió no compartir con ella por el momento lo que acababa de oír.

—Ve —dijo Rainey—. Hasta luego.

Netherton activó el sonido.

—Entonces, ¿es peor de lo que creíamos? —preguntó.

—Mejor no es, eso seguro —respondió Verity. Parecía haberse quedado mirando cómo el agua se deslizaba por el parabrisas. Los trabajadores con monos se afanaban con las pegatinas a ambos lados del vehículo, mientras que dos más, en escalerillas, al parecer se dedicaban al techo. Había otro más en la parte trasera—. Parece una coreografía —añadió, mientras el agua dejaba de caer y empezaban a oírse unos pequeños motores eléctricos al unísono.

Pistolas de calor, vio Netherton por las ventanillas tintadas, como secadores de pelo antiguos.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó.

—Esperamos instrucciones —dijo Ash.

—¿Cómo puedes saber que quienes te las dan no son los de Cursion? —quiso saber Netherton.

—Porque las da el hermano de Sevrin en moldavo y tienen códigos de seguridad personalizados. Mientras, Verity podría visitarme y venir a la E8 si quiere. ¿Qué te parece, Verity?

Verity se giró hacia el dron.

—¿El periférico está allí? —preguntó.

—No —dijo Ash—. Y tampoco es que tenga mucho que ofrecerte en términos de dispositivos de telepresencia. Lo mínimo.

Netherton se preguntó si eso último era verdad.

—Si lo hago, ¿no me quedaré paralizada en el asiento? —Verity miró a Virgil con gesto inquisitivo—. ¿Y si ocurre algo y tenemos que escapar?

—Es un dispositivo no neuronal —explicó Ash—. No tiene partes móviles. Podrás oír lo que sucede a tu alrededor y quitarte tú misma el controlador si es necesario.

—Vale —dijo Verity.

—Virgil —llamó Ash—, si eres tan amable, ¿podrías ayudar a Verity con el controlador? Este no requiere pasta salina.

Virgil se desabrochó el cinturón de seguridad, se giró y cogió la caja que había detrás del asiento del dron. Se la colocó sobre el regazo y luego separó la parte superior y los costados. Al ver el controlador construido en el muñón por segunda vez, Netherton se sorprendió al imaginarse que no llamaría para nada la atención en la mesa junto a la yurta de Ash.

—Mejor, porque no quería volver a ponerme ese potingue en el pelo —aseguró Verity.

Virgil la ayudó a colocarse el controlador en la cabeza extendiendo las manos por encima del dron.

—Tendrás imagen y sonido —explicó Ash—, pero nada de control. Lo único que podrás hacer es pedirme que lo gire en la dirección que quieras.

—¿Me dará náuseas? —preguntó Verity.

—No —dijo Ash—. Tiene una resolución neurológica demasiado baja como para afectarte de esa manera. ¿Lista?

—Sí.

Virgil volvió a extender las manos hacia ella para tocar un interruptor que había en un lado del controlador.

—Hola —saludó Verity.

—Bienvenida —dijo Ash.

Netherton esperó, por el bien de Verity, que la reunión no tuviese lugar en la yurta de piel.

67

Un *collage*, sin pegamento

—¿Estamos en el mismo año que Wilf? —le preguntó Verity a Ash, que tenía una melena de pelo azabache, ojos grises y un pintalabios de tono verde amarillento fosforescente y claro. Parecía estar a unos tres metros de Verity, y detrás de ella se extendía una estancia grande con paredes blancas y sin ventanas. El suelo era gris y liso. Presentaba el aspecto que tendría una galería de arte readaptada.

—Sí, el mismo —respondió Ash.

—No puedo mover la cabeza —comentó Verity, que acababa de intentarlo.

—No tienes cuello ni hombros —aseguró Ash. Se acercó. Llevaba botas de motero y unos pantalones negros y holgados metidos por dentro, así como un caparazón marrón y liso de tonos iridiscentes. Extendió la mano, cogió a Verity y le dio la vuelta.

—¡Eh!

—Perdón —dijo Ash—. Te prometí una visita sin náuseas.

Se encontraban en uno de los extremos de una mesa alargada, tan abarrotada como la mesa de trabajo de Joe-Eddy, pero con una textura muy diferente. Ash hizo una panorámica de izquierda a derecha. Tras ella, se encontraba lo que a Verity le dio la impresión de ser una tienda de campaña hecha de algún tejido reciclado o algo así. Frente a ella se encontraba una motocicleta enorme, negra y cromada, de aspecto antiguo pero reluciente.

—¿Vives aquí? —preguntó Verity.

—Sí.

—¿Y dónde duermes?

—En la yurta. —Ash volvió a girar lo que quiera que tuviese la cámara en dirección a la mesa y se detuvo en un espejo de tocador antiguo sobre una base de plata deslustrada. Después, la alzó y la colocó directamente frente al espejo. Verity vio la cabeza de una muñeca, de porcelana, con ojos grandes y grises.

—Tiene los ojos grises, como tú —dijo Verity.

—Alteré los míos hace poco —comentó Ash—, aunque es cierto que este es el gris con el que nací. Compré la muñeca antes de hacerlo, para ayudarme a tomar la decisión.

—¿Puedo volver a ver qué tienes en la mesa?

Ash giró la cabeza de la muñeca hacia la derecha.

—Es un *collage*, sin pegamento. O así es como lo llama Wilf.

Verity vio calabazas decoradas, puñados de plumas, cestería, instrumentos musicales étnicos de cuerda y de viento, cerámica, tapices enrollados, candelabros, un samovar alto..., pero lo que más le llamó la atención fue algo que se le pareció a un subfusil del todo oxidado, cubierto con unas deslucidas letras de plástico amarillas de esos alfabetos de imanes de nevera que formaban una palabra que fue incapaz de reconocer. Aquello no se parecía en nada a la chatarra con la que Joe-Eddy solía trastear.

—¿Joe-Eddy está bien? —preguntó al recordarlo en ese momento.

—Eso parece —respondió Ash—. Ha dado por hecho que también le pusieron un *keylogger* cuando entraron en su piso. Pero está bien, sí.

—Joder —dijo Verity—. Mi portátil.

Entonces, recordó que Eunice había hecho que alguien se llevase su ordenador del apartamento antes de que lo allanasen, así como

su pasaporte.

—Guilherme —explicó Ash—, mediante la pareja actual de abogados, ha entregado un teléfono encriptado de una manera que ni siquiera las tías son capaces de descifrar. Joe-Eddy puede usarlo en la cama, debajo de las sábanas.

Un propósito muy noble para esas sábanas negras, pensó Verity.

—El Manziliano —dijo.

—¿Qué?

—Así es como Joe-Eddy llama a Guilherme. ¿Cómo está el tío al que ha gaseado Conner?

—Kevin Pryor —dijo Ash—. Exmilitar, del Cuerpo de Informaciones.

—¿Qué le ocurrió?

—No estaba solo. Unos compañeros aparecieron por allí antes de que llegase la policía o la ambulancia. Suponemos que recuperó la consciencia de inmediato, y no parece haber resultado herido por la caída. Una de las ramas en el árbol de Eunice tenía bastante información sobre él. No forma parte de Cursion, sino que es un autónomo que han usado antes. Ninguno de los directores de Cursion tiene pasado en cuerpos de inteligencia y no creían necesitar ese tipo de perfil, pero se ve que sí que lo necesitan, porque lo han contratado varias veces. Lowbeer lo considera más peligroso que ellos.

—¿Por qué?

—Por su pasado, precisamente. Pero también porque tiene otro tipo de ambiciones. No es una persona rica, y Lowbeer da por hecho que no le gusta demasiado ser autónomo. Cree que es una amenaza tanto para Cursion como para nosotros.

—¿Sabe qué lo atacó cuando estaba allí?

—No tendría por qué saberlo, pero damos por hecho que tiene bastante información sobre ti, dado su encargo actual. Lo

vigilaremos.

—¿Y ahora adónde vamos? —preguntó Verity. Sevrin le había mostrado las nuevas pegatinas de la furgoneta en su teléfono. Iban a usar el logotipo de una empresa vegana de venta al por mayor en Chico, en el que aparecían unas enredaderas estilizadas y unas hojas arremolinadas. El techo quedaría verde por completo.

—Iremos a Dogpatch, según Sevrin —respondió Ash—. Eso puede cambiar, pues parece creer que ha visto a alguien que sigue a la furgoneta en una moto.

—Joder —dijo Verity.

—Será mejor que te acostumbres —comentó Ash—. ¿Te gustaría volver ya a la furgoneta?

—Sí —contestó ella, y apareció allí de inmediato.

68

Dogpatch

Netherton veía a Verity por la pantalla periférica izquierda del dron cuando ella se giró para devolverle la mirada.

—¿Dónde estamos? —preguntó—. ¿Dónde está la moto?

—Dogpatch —respondió Sevrin, pero eso no le decía absolutamente nada a Netherton—. Está a cuatro coches de distancia.

Verity se desabrochó el cinturón de seguridad y se giró del todo. Después se arrodilló en el asiento. Netherton la vio de perfil, y también se fijó en Virgil por la otra pantalla, arrodillado de igual manera para mirar hacia atrás.

—Hemos parado por el semáforo —dijo Sevrin—. Ahora se acercarán más.

Cuando la furgoneta se detuvo, Netherton entrecerró los ojos para mirar la estrecha pantalla en la que aparecía la imagen trasera. Para su sorpresa, la imagen se amplió sobre una motocicleta que se acercaba a ellos por el hueco entre los dos carriles. El conductor tenía el rostro oculto tras un casco blanco.

—Cuando se acerca mucho, se detiene. Nunca se queda justo detrás de nosotros. Está bien entrenado.

—Puede que lo conozca —dijo Verity.

—Sentaos y abrochaos el cinturón —ordenó Sevrin. En ese momento, el semáforo cambió y siguió conduciendo.

Verity y Virgil, a ambos lados del dron, se dieron la vuelta y se abrocharon los cinturones.

—¿Cómo sabes quién puede ser el de la moto? —preguntó Ash.

—Quizá sea el que me trajo a Oakland —comentó Verity—. Fue idea de Eunice. Recibí un email justo después de que desapareciese. Ya lo tenía escrito y me ordenaba acompañarlo. Trabaja en el 3.7, la cafetería de Valencia Street, aunque no nos conocíamos.

—¿Te contó algo sobre su relación con Eunice? —preguntó Ash.

—No llegamos a hablar. Igual es mudo.

—Ahora —dijo Sevrin, al tiempo que daba una curva cerrada a la derecha, frenaba casi al mismo tiempo y enfilaba una zona pavimentada. Pasó un coche, y luego otro, y la moto, una de las más grandes que Netherton había visto jamás, se deslizó por el poco espacio que quedaba para detenerse a unos tres metros de la puerta de pasajeros corredera.

El conductor apoyó la bota en el asfalto y se quedó sentado en el vehículo. Llevaba una chaqueta de cuero negra y un casco de un blanco inmaculado.

—¿Es quien decías? —preguntó Conner.

—Eso creo —dijo Verity.

El tipo alzó una mano y levantó el visor del casco. Llevaba una mascarilla blanca. Sobre el borde superior, Netherton vio un destello metálico.

—Sí que es él —aseguró Verity.

Netherton se estremeció cuando el dron cambió de posición de repente a su izquierda, dejando más torso entre Verity y el tipo de la motocicleta. Los brazos, que ya no tenían muñones, se extendieron también, aunque Netherton no lo había visto hacerlo. El izquierdo aferraba el respaldar del asiento de pasajeros que tenía delante, y el derecho el borde del asiento. Virgil, que era quien se encontraba

entre el dron y el desconocido, se desabrochó el cinturón de seguridad.

El motorista hizo un gesto con los dedos, dos veces. Parecía indicarle que se acercara.

—Tú decides —dijo Conner.

—Voy a hablar con él —dijo Verity.

—Te dejaré pasar —repuso Conner—. Sevrin abrirá la puerta y saldrás. Me quedaré detrás de ti, pero con la puerta abierta. ¿Te parece bien, Sevrin?

—Sí, perfecto —convino Sevrin.

—A tu señal.

—Vamos allá —dijo Verity, que ya había empezado a moverse mientras la puerta empezaba a abrirse.

69

Heathkit

Cuando Verity se bajó frente al camarero montado en su Harley, se le ocurrió que quizá habría sido mejor hacerlo con la capucha puesta, porque algunas personas de las que había en el edificio de aquel aparcamiento podrían sacar fotos o vídeos del encuentro, sobre todo si veían el dron. No obstante, el rayo de luz del sol otoñal, poco habitual y transitorio, le sentó genial y decidió dejarse la cabeza al descubierto.

El camarero alzó una mano y se apartó la mascarilla de la cara para luego tirar de ella hacia abajo. La soltó y le cayó bajo la barbilla, como si fuese una laringe de plástico blanco.

—¿Eunice está muerta?

El tipo puso cara de un emoji que Verity suponía que indicaba asombro ante la ignorancia de su interlocutor. Después, giró brevemente las palmas de las manos hacia arriba, se encogió de hombros y puso los ojos en blanco, todo al mismo tiempo. Luego, levantó un dedo índice, se metió la otra mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una bolsa de papel doblada que le tendió. Verity vio que tenía el logotipo del 3.7 en marrón.

No había nada dentro. Verity la desdobló. Había un mensaje escrito con un rotulador industrial rosa fluorescente:

> Soy Tim el Serio, aunque ya nos hemos conocido antes. Apuesto lo que sea a que quieres saber lo que le ha ocurrido a E. Pues no lo sé. No está disponible,

pero algunas partes sí y espero que se pongan en contacto contigo. Una me ha dicho que salías del hotel, que te siguiera y que devolviese tu equipo modificado por seguridad. El teléfono y las gafas han sido reencriptados por partes de Eunice. Y ya está.

—Tim el Serio —dijo Verity, que alzó la vista de la nota.

Él estaba abriendo una bolsa de malla negra sujeta por encima del depósito de combustible de la Harley. Levantó la cabeza y le lanzó una de esas miradas de desdén, afable de alguna manera, que también solía dedicarle en el 3.7. Luego, sacó de la bolsa lo que Verity supuso que era la bolsa de Faraday que había visto antes. Cuando la aceptó, él se volvió a colocar bien la mascarilla, bajó de nuevo el visor del casco, le quitó de las manos el mensaje de letras rosas, lo arrugó con una mano, se lo metió otra vez en el bolsillo de la chaqueta y revolucionó un poco el motor del vehículo.

—Gracias —le dijo Verity, que dio un paso atrás, sin tener muy claro cómo sentirse por tener que comunicarse con una de las partes de Eunice.

Él giró la Harley, esperó a que hubiese un hueco en el tráfico y luego se marchó, dejando únicamente tras de sí un leve estallido del motor.

—Sube —dijo Conner desde el dron detrás de ella—. Hora de irnos. —Verity se dio la vuelta y vio que estaba de pie en la puerta de pasajeros abierta, con los brazos en alto—. Deja que le eche un vistazo a eso que te han dado. —Y de repente acercó un brazo que, largo, estrecho y con tres tipos diferentes de dispositivos replegables que supuso que eran sensores, empezó a moverse alrededor de la bolsa—. Parece limpio. Sube. Te abriré la bolsa.

—Yo también puedo abrirla —aseguró ella, que subió al vehículo, pasó junto al dron y se colocó en su asiento. Sevrin cerró la puerta tras ella con el control remoto.

Una vez detrás del conductor, Verity dejó la bolsa en su regazo y la aferró con ambas manos. Sevrin había empezado a girar la furgoneta y esperaba a que hubiese un hueco en el tráfico para incorporarse. Cuando se dio el caso, aceleró, momento en el que Verity separó los bordes de la bolsa y bajó la vista para mirar. En el forro blanco del interior, vio el teléfono de Tulpagenics, la caja de las gafas, los auriculares y los tres cargadores.

Cuando sacó las gafas y abrió la montura, vio que las superficies interiores habían sido ligeramente ahuecadas para luego rellenarse con algo más oscuro.

—Dijo que habían modificado todo para hacerlo más seguro. ¿Ash?

—¿Sí?

—Ese tipo ha dicho que otra de las ramas en el árbol de Eunice se pondrá en contacto conmigo. ¿Debería ponerme las gafas y encender el teléfono?

—¿No vas a hacerlo aunque te diga que no? —preguntó Ash—. Porque yo lo haría.

—¿Por qué no sabías que quien nos estaba siguiendo era el camarero?

—Pues por las otras ramas en el árbol, precisamente. No es que sean muy habladoras —respondió Ash.

Verity se puso las gafas. Luego sacó el teléfono de Tulpagenics. Habían cortado dos pequeños agujeros perfectamente cuadrados en la parte trasera de la carcasa, para luego taparlos con una cinta de plástico azul oscura. Cuando las encendió, la pantalla no le resultó nada familiar. Se fijó en que el auricular también tenía otro de esos agujeros tapados con cinta. Lo encendió también, se lo colocó en la oreja y se lo ajustó. Pulsó el botón de encendido de las gafas y el aparato soltó un único pitido.

No vio el cursor.

Soltó el aire que no sabía que estaba conteniendo. Después le dio la vuelta al teléfono para mirarlo por detrás otra vez.

—¿Por qué han hecho estos agujeros? —preguntó a Ash—. ¿Por qué no abrirlos?

Un mensaje apareció en las gafas: **La unidad está diseñada para autodestruirse si la abre personal no autorizado. El acceso después de su fabricación evita ese sistema de seguridad. No intentes examinar, desmontar o modificar los dispositivos en ninguna circunstancia.**

Helvética blanca recortada contra el fondo negro de la carcasa trasera del teléfono, contra su mano y contra los vaqueros.

—¿Quién eres? —preguntó.

No se ha podido formular una respuesta.

Miró a Virgil.

Él arqueó una ceja.

—¿Qué pasa?

Esta comunicación está encriptada.

—¿El teléfono está encriptado?

Todas las unidades son seguras en estos momentos.

—¿Puedo hablar con Eunice?

No.

—¿Por qué?

No se ha podido formular una respuesta.

—¿Con quién más puedo comunicarme a través de este sistema?

Haz una solicitud específica.

—¿Joe-Eddy?

No disponible.

—¿José Eduardo Alvarez-Matta?

Disponible.

—No jodas.

No se ha podido formular una respuesta.

—¿Cómo me pongo en contacto con él?

Abre el contacto HEATHKIT, que corresponde a José Eduardo Alvarez-Matta, escribe y pulsa Enviar.

Verity miró a Virgil y luego al dron que seguía entre ambos. Luego volvió a mirar hacia delante.

—Esta cosa dice que puedo enviar un mensaje a Joe-Eddy.

—¿Qué cosa? —preguntó Virgil.

—Una de las ramas en el árbol de Eunice, si Tim el Serio me ha dicho la verdad. Fue lo que comentó. Esta cosa parece tan humana como el prospecto de un medicamento y no responde la mayoría de las preguntas. Le enviaría un mensaje ahora mismo, pero me dijiste que solo podía respondérmelo desde debajo de las sábanas.

—Hazlo igualmente —comentó Ash—. Si no tiene ahora el dispositivo, lo verá la próxima vez que lo use.

Verity abrió el menú Mensajes y luego tocó en el contacto de HEATHKIT.

Hola, escribió. **¿Estás bien? Yo sí. V.**

Pulsó Enviar.

—¿A quién más le puedo escribir? —preguntó.

Haz una solicitud específica.

—Stets. Stetson Howell.

No disponible.

Verity frunció el ceño.

¿Qué llevas puesto?

—Que te den, Joe-Eddy.

Por lo menos tú no tienes que fingir que te estás haciendo una paja. Yo tengo que meterme debajo de las sábanas y poner porno en mi teléfono de verdad cuando hago esto. No sé si servirá para engañar a Cursion, pero a los abogados les está costando no mirar hacia aquí.

—Me ha respondido —dijo Verity, que giró un poco la cabeza hacia el dron.

—¿Cómo estás tan segura? —preguntó Ash.

—Si no es él, lo imita muy bien —aseguró Verity, que volvió a mirar la pantalla del teléfono, donde leyó:

No puedo quedarme a hablar, pero voy a enviarte una actualización encriptada del material. Ahora voy a volver al salón antes de que Trevor y Celeste piensen que me ha dado un ataque al corazón por onanista y rompan la puerta para hacerme una reanimación cardiopulmonar. Cuídate, pero no de la manera en la que Trevor y Celeste creen que me cuido yo.

—Sí. Os aseguro que es una imitación buenísima —repitió Verity.

70

Un poco de *cosplay*

Netherton sintió que Rainey se sentaba en el sillón junto a él, que estaba mirando a Verity por el dron. Era como estar sentado entre las dos, con la salvedad de que Rainey era invisible.

—Qué callado estás —dijo ella—. ¿Qué ocurre?

Netherton silenció su conexión con el altavoz del dron.

—Nos ha seguido un tipo en una moto. Seguimos cerca de algo llamado Dogpatch, que yo sepa. Sevrin aparcó la furgoneta, la moto se detuvo y su piloto, un tipo con joyas en la cara, le dio a Verity una bolsa que contenía un teléfono manual y unos accesorios. Después se marchó. Hemos vuelto a la carretera, pero no tengo ni idea de hacia dónde vamos.

—¿Qué hace Verity?

—Se ha puesto a hacerle preguntas a lo que supone que es una de las subpartes de Eunice, esas que llamaba «laminares». Lo hace con el teléfono que le han dado.

—¿Y qué ha dicho esa cosa?

—La ha puesto en contacto con Joe-Eddy, el tipo con el que convive en San Francisco.

—Cuando tengas la oportunidad —dijo Ash—, pregúntale si puedes hacer algo para ayudarla.

—¿Para ayudarla con qué?

—Lo importante es que sepa que puede contar con nuestra ayuda, en general. Lowbeer quiere que vayas a su coche.

—¿Por qué?

—Para llevarte a Cheapside.

—Pero allí es obligatorio ponerse *cosplay* —protestó él—. No tengo nada de época que ponerme.

—Ahora sí. Ha hecho que unos ensambladores reconstruyan unas pocas prendas de tu armario. Eso sí, le he dicho que nada de pantalones con botones en lugar de cremallera en la bragueta. Parece ser que las prendas de *cosplay* pueden ocultar cierres contemporáneos.

—¿Por qué Cheapside?

—Clovis Fearing vive allí. Ha dicho que tenéis algo que hablar entre los tres.

—¿Te comentó el qué?

—Claro que no. Y quiere que vayas cuanto antes.

—¿Y el controlador?

—Está claro que de época no es. A no ser que quieras que lo haga con piel de castor o algo así.

Netherton suspiró, aunque lo cierto es que ya empezaba a cansarse del sillón. Activó el sonido en el dron.

—Voy a ausentarme un rato —dijo.

Verity alzó la vista de lo que quiera que estuviese leyendo en el teléfono.

—Chachi —dijo, lo que él interpretó como una afirmación un tanto vaga. Nadie más dijo nada.

Netherton se quitó el controlador y lo dejó junto a él en el asiento.

—Deja que te eche un vistazo cuando termines de vestirte —comentó Rainey—. Sabes que no me disgusta un poco de *cosplay* de vez en cuando. —Le guiñó el ojo.

71

Ponerse al día

Pues mira, el miércoles después de dejaros en el W+L con Gavin, vengo aquí con el Manziliano para negociar una compra para Eunice, con la idea de ponerlo en contacto con ella directamente. Pues lo hice mientras seguíais con Gavin, así que supongo que usó esa multitarea suya. Después, mientras estoy desoldando y recapacitando sobre toda esta mierda, entras en el piso, supongo que con Eunice, y vas a la cocina. En ese momento, recibo un mensaje de Eunice diciendo que debería salir y darme un paseo. Lo hago con las gafas puestas, lo que atrae alguna que otra mirada, pero no quiero dejar de estar en contacto con ella. Entonces, me envía un mensaje y me comenta que debería seguir con el paseo. Me meto en una librería, y pum. Me escribe para decirme que Cursion está a punto de intentar acabar con ella. No sabe si van a conseguirlo o no, pero tiene que dar por hecho que si lo hacen será algo permanente. Le pregunto dónde estás, y ella me dice que estás con ella pero que lo ha preparado todo para llevarte a un lugar seguro. Comenta que el Manziliano y yo hemos estado trabajando en una red para protegerte tanto a ti como a los demás. Seríamos nosotros, el Manziliano, ese tal Sevrin que tiene pasta y que dice que se llama Miguel y los de la fábrica de impresión de Oakland. También gente que no conozco aún, toda contratada por ella, que gana más del sueldo normal en sus especialidades. Me habla de las cámaras que Cursion había instalado aquí y me dice que las estaba manipulando, pero también que

dicha manipulación se detendría si acababan con ella. También me cuenta quién iría a por ella y cómo reconocerlo. Y que cuide de ti y de la red cuando ella no esté. Así que aquí estoy, debajo de las sábanas y con los pulgares doloridos, pero si lees esto significa que ya nos hemos puesto en contacto. J-E.

Verity no había dejado de mirar la ventanilla mientras leía el mensaje. Luego se giró hacia Virgil, quien no le había quitado el ojo de encima.

—Stets siempre quiso contratarlo —comentó Virgil—, pero no teníamos nada que ofrecerle a un tipo con sus capacidades.

—Si lo hubieseis tenido —aseguró Verity—, Stets y yo no hubiésemos estado juntos. Las relaciones con el jefe en la oficina ya son lo bastante raras como para encima hacerlo cuando tu primo también trabaja ahí.

—¿Es tu primo? —preguntó Virgil.

—No —dijo ella—, pero como si lo fuese.

72

Nada de perder el tiempo

Los ensambladores no solo servían para reproducir réplicas perfectas y hechas a medida de prendas de época, recordó Netherton mientras se ponía una levita negra que le quedaba por la rodilla, sino también para que diera la impresión de que el que las lleva se las había puesto más veces, una sutileza de los *cosplay* que sabía que no iba a funcionar en su caso con la corbata de seda oscura que se acababa de anudar. Por suerte, era la única prenda del conjunto que suponía un problema a la hora de ajustársela, ya que la levita y el abrigo de piel tenían botones de época pero perfectamente manejables. La camisa y los pantalones, así como las botas, contaban con otros botones de aspecto más complicado, pero usaban ajustadores contemporáneos invisibles. Netherton no tenía intención de ponerse ropa interior de época a juego, pero Rainey le había dejado caer que le gustaría verlo con ella puesta más tarde.

Y, para su alivio, no llevaba chistera. Seguro que Lowbeer se había acordado de lo poco que le gustaban. Tampoco es que los bombines le gustasen demasiado, pensó mientras se ponía uno negro y contemplaba el resultado en el espejo del dormitorio.

Llegó a la conclusión de que no le quedaba bien, pero al menos no era una chistera. Intentó imaginarse por unos instantes con un bigote, con patillas o con ambas cosas. La moda nunca le había interesado, ni siquiera cuando era pequeño.

Cuando estaba a punto de cerrar la puerta del armario, después de intentar ver qué prendas habían usado los ensambladores como base para crear las que llevaba ahora, se percató de algo poco familiar que había dentro, debajo de la ropa. Resultó ser un bastón de lo que supuso que era ébano, hexagonal y con un pomo redondeado y complejo tallado con el mismo material, un pomo que tenía una placa redonda y de plata de ley en la que podía leerse *W. Netherton* grabado en letra cursiva. Los ensambladores de Lowbeer podían haber creado algo así a partir de sus zapatos, pensó, y luego confirmó que le faltaban algunos pares. Tenía que acordarse de dejarle claro que quería que todo volviese a su forma original, y también que no le gustaba nada la idea de que metiesen las narices en el armario de su dormitorio.

Ahora, la verdad es que el bastón estaba muy bien equilibrado. Y era agradable al tacto. Abrió la puerta del dormitorio y salió para enseñarle el conjunto a Rainey.

Ella soltó un gritito de placer al verlo, brincó para levantarse del sillón, le dio un beso en la boca y cogió el bombín para intentar ponérselo, dejándolo ladeado y tapándole un ojo casi por completo.

—Creo que has encontrado tu traje de invierno.

Rainey sonrió y volvió a ponerle el bombín a Netherton.

—Al menos no es una chistera. Me obligaron a ponerme una la última vez que me chantajearon para ir ahí. Era una función en la City, en el ayuntamiento, para hacerle compañía a Lev. Y luego, un banquete en el restaurante. Tú seguías en Toronto.

—Sí, recuerdo que no hacías más que quejarte. Lowbeer ha vuelto a llamar mientras te cambiabas. El coche aún espera en la calle y parece que ha vuelto el helicóptero. Será mejor que salgas ya. —Rainey lo miró de arriba abajo—. ¿Llevas ligas?

—Sí. Las medias son de lana, no elásticas.

—Guau —dijo ella, que luego fingió abanicarse la cara con una mano—. Qué ganas de que vuelvas.

Le dio un beso en la mejilla.

—Te quiero —dijo él.

—Ahora no puedo dejar de pensar en medias, pero yo también te quiero.

Netherton recordó haber visto aquel gesto en un vídeo antiguo, por lo que lo imitó: le dedicó un saludo tocando ligeramente el ala del bombín con el bastón.

—Llama si me necesitas para algo.

—Lo haré —dijo ella.

Netherton vio su aliento condensado mientras salía a la calle; era una noche más fría de lo que esperaba. Se tocó la costura de la manga del abrigo, pero justo en ese momento recordó que no se trataba de una prenda con calefacción. Siguió avanzando con el bastón sobre el hombro y vio aparecer la puerta del coche tras perder el camuflaje. Se abrió y se desplegó el escalón.

—Pasa —dijo Lowbeer, desde dentro.

Netherton lo hizo, pero ella no estaba ahí.

—Estoy en Cheapside —explicó Lowbeer mientras la puerta se cerraba detrás de él. La voz parecía venir de todas partes—. Siéntate, por favor.

Netherton lo hizo y eligió uno de los asientos traseros para mirar hacia delante. Empezó a reparar en el tenue aroma residual de una de las velas, mientras el vehículo emprendía el ascenso con suavidad y en perfecto silencio por el cielo de Alfred Mews.

—¿Quieres un paseo con vistas?

—No, gracias —respondió Netherton, que prefería las paredes de color beis. Había dejado el bastón colocado en diagonal sobre la mesa ovalada, junto al bombín.

El ascenso del coche se detuvo, y el movimiento hacia delante apenas se notaba, aunque Netherton sabía que la sensación podía ser muy engañosa porque el cuadricóptero era tan rápido como silencioso.

Poco después empezó a descender, y solo fue consciente de haber aterrizado cuando el coche dejó de moverse. Netherton se puso en pie, con el bombín y el bastón en las manos, y salvó el escalón del hueco que había en la moqueta donde se encontraba la mesa. La puerta se abrió. Oyó cascos de caballos, ruedas que repiqueteaban sobre adoquines y el resoplido distante de un tren de vapor.

Se bajó del coche y se fijó en que había dos mujeres con miriñaque que no le quitaban el ojo de encima, aunque, al pensarlo mejor, supuso que lo que miraban era la parte sin camuflaje que se veía del coche. Supuso que serían visitantes. Los robots que habitaban el lugar no prestaban atención a las anomalías, mientras que los pocos que decidían vivir en un lugar como aquel tendían a fruncir el ceño a todo aquel que no les seguía el juego.

El cielo era lo que más le gustaba de aquel lugar, de día o de noche. Había un efecto que eliminaba por completo las astillas del paisaje, así como cualquier otro rastro del presente que hubiese tenido que verse en la distancia. Netherton vio que era lo bastante tarde como para que hubiese menos gente en la calle, pero tampoco tanto como para atribuirlo a la costumbre de Lowbeer de echar a todas las personas del lugar cuando iba a reunirse con alguien en un lugar público. Los caballeros paseaban con puros en la boca después de cenar y había damas de la noche por todas partes, así como un inminente museo de criminalidad anticuada en ciernes, algo que era una de las atracciones más populares.

—Gracias por venir —dijo Lowbeer junto a él; se sobresaltó con su aparición.

—Rainey mencionó a Fearing —dijo él.

—Cierto —convino Lowbeer. Netherton se fijó en que la chistera de Lowbeer alteraba sus facciones, sobre todo por la manera en la que le ocultaba el tupé blanco que era lo que solía animar su rostro. Sin él, la mujer parecía diligente y sabia. Al igual que el traje de Netherton, el de Lowbeer sugería un luto que quizá fuese una muestra de respeto hacia el duelo perpetuo de Fearing—. Por aquí, si eres tan amable. —Le hizo un gesto en dirección a la catedral de San Pablo—. ¿Has venido alguna vez a la conmemoración del Segundo Gran Incendio? El 29 y el 30 de diciembre.

—Pues no —respondió Netherton—. ¿Qué hacen? —Evitó a un niño vagabundo, una imagen amarga de un doble amputado que avanzaba con un palé con ruedas. Estaba casi seguro de que se trataba de un robot.

—Zopenco —oyó que decía alguien con brusquedad detrás de él.

—Usan el sistema que oculta las astillas para recrear el incendio —continuó Lowbeer—, resultado de las bombas incendiarias alemanas en 1940. El atardecer del segundo día es francamente memorable. Sígueme, por favor.

Giró a la izquierda, por un pasillo tan estrecho que no podían avanzar el uno al lado del otro. En aquel lugar, los olores de la zona de *cosplay*, que sabía que eran artificiales, le recordaron mucho cuánto los odiaba en general. Estaban a poca distancia de los excrementos frescos de la calle, y reinaba en el ambiente un hedor intenso a orina que hacía que le llorasen los ojos. Disminuyó a medida que avanzaban, pero no del todo.

—Pues aquí estamos —dijo Lowbeer, que se detuvo sin previo aviso frente a una gruesa puerta de madera que Netherton no había visto hasta ese momento, y que se abría a su izquierda.

Fearing, en la penumbra y recortada contra la luz de una vela, lo miraba con ojos entrecerrados y sosteniendo algo con ambas manos, con los brazos extendidos. Netherton vio que se trataba de una pistola, de la época del condado y del tipo que a ella le gustaba entonces.

—Buenas noches, Clovis —dijo Lowbeer, que se quitó la chistera.

—Nada de perder el tiempo —insistió Fearing, que dio un paso atrás y bajó un poco la pistola.

Lowbeer entró al momento y abrió más la puerta. Netherton la siguió y se acordó de quitarse el bombín.

Fearing, que ahora solo sostenía el arma con una mano, llevaba un candelabro en la otra. Las velas blancas y a medio consumir no dejaban de titilar. Les señaló con la cabeza un hueco estrecho que tenía detrás.

—Vamos —dijo—. Todo recto.

73

Singularidad

Virgil les llevó la comida: hamburguesas de un conocido bistró de Dogpatch que no servía comida para llevar pero que no había sido rival para sus habilidades de ayudante personal, que Verity sabía que eran encomiables. Gracias a las mismas habilidades y quizá a una gran suma de dinero en efectivo, Virgil había conseguido quedarse la furgoneta, cuyo logotipo de mayorista de alimentos veganos casaba a la perfección aparcado detrás de aquel establecimiento hípster.

Mientras se comía la hamburguesa, Verity no podía dejar de fijarse en que el día estaba nublado, pero luego recordó que eso tal vez se debiera a los cristales tintados de la ventanilla. El sol lo iluminaba todo.

El dron estaba colocado junto a la puerta de pasajeros, dando la espalda al interior de la furgoneta y con ese tentáculo-cámara estrecho sobresaliendo por encima y hacia fuera a través de un hueco en la parte superior de la ventana delantera derecha, para vigilar si se acercaban drones voladores. Supuso que Conner lo había puesto en piloto automático, porque no había dicho nada desde que Virgil había salido a buscar la comida. Tampoco Ash.

—¿Interrumpo el almuerzo? —preguntó Rainey desde el dron.

—No —aseguró Verity—. ¿Dónde está Wilf?

—En Cheapside —respondió Rainey.

—¿Eso es un barrio?

—Una calle. Pero también es la zona de *cosplay* más popular. Victoriana. Los visitantes tienen que vestirse para la ocasión. La mayoría de los transeúntes son robots.

—¿Robots?

—Son como periféricos, pero inorgánicos, no tienen consciencia y suelen funcionar a control remoto. Los residentes permanentes humanos son muy escasos, y por eso Wilf está allí. Ha ido con Lowbeer a visitar a una amiga suya, la única persona que conozco que es tan mayor como ella.

—¿Cómo de mayor? —preguntó Verity.

—Bueno... —empezó a decir Rainey—. Lowbeer está viva en tu muñón, en 2017. Era una niña por aquel entonces.

Verity alzó la vista de su cartón de patatas fritas para mirar al dron.

—Su amiga y ella tienen ciento veintipico años —continuó Rainey —. Sus relojes biológicos se ponen a cero con regularidad, por lo que no son solo tratamientos cosméticos. Lowbeer ha rejuvenecido su aspecto también, pero Clovis se niega. Dice que es más vieja que el hambre y que prefiere parecerlo físicamente.

—¿Más vieja que el hambre?

—Es una expresión de su época, o eso dice siempre.

—¿Cuánta gente vive allí? —preguntó Verity.

—Ciento sesenta personas es el límite para conservar todas las funcionalidades, que yo sepa, pero no deja de aumentar.

—¿Qué edad tienes tú?

—Veintisiete —respondió Rainey.

—¿Y vas a vivir tanto como ellas?

—No, a menos que alguien esté interesado en pagar para que lo haga. Y la gente que puede permitirse ese tipo de cosas por lo general no quiere que otros puedan hacerlo.

—¿No?

—Ya sabes, son ese tipo de personas, los más ricos del cementerio, que hacían ostentación de sus riquezas incluso en la muerte. Pues ahora son iguales, pero pueden seguir con vida.

—¿Lowbeer y su amiga son así de ricas? —preguntó Verity. Reparó en que aún sostenía el cartón de patatas, de modo que lo soltó.

—Ninguna de las dos. Lowbeer se volvió muy importante para algunas personas ricas durante el *jackpot*, por lo que empezaron a poner a cero su reloj biológico. Aún lo es, más aún de hecho, y por eso lo siguen haciendo. Clovis lo ha conseguido porque se casó con un miembro del Parlamento, cuando aún existía, y ese tipo ayudó a personas poderosas a hacerse con un tipo de poder diferente. Obviamente, hay alguien que aún le está devolviendo el favor.

—¿Y qué es eso del *jackpot*? —preguntó Verity, que no había dejado de mirar la parte de atrás de los hombros del dron.

—Joder —dijo Rainey, en un tono del todo diferente—. Eso era lo que tenía que hacer.

Verity miró a Virgil, quien al parecer no había dejado de mirar al dron con los ojos entrecerrados. En ese momento, se giró hacia Verity.

—Conner me ha contado alguna que otra cosa —comentó—. Según él, parece ser que en la línea temporal de Londres lo han pasado muy mal.

—Pero habéis cambiado las cosas aquí, ¿no? Quiero decir, que no tiene por qué pasarnos también a nosotros —le dijo Verity a Rainey.

—Si llegáis a sufrir una guerra nuclear —comentó Rainey—, nuestra versión del apocalipsis será el menor de vuestros problemas. A menos que un invierno nuclear sirva para invertir el calentamiento global, una idea que algunas personas parecen plantearse en serio. Vosotros os habéis librado del Brexit y también tenéis una presidenta

estadounidense, pero que sepamos, todo lo demás os va a afectar. A menos que os hagáis volar por los aires antes, claro.

—Según Conner —dijo Virgil—, eso del *jackpot* es una mezcla de todos esos problemas al mismo tiempo. Y no se parece a nada que hayas oído hasta ahora.

74

Antigua cleptocracia

Fearing había dejado la pistola y el candelabro en la mesa cuadrada con superficie de cristal que era algo anacrónica para dicha época, alrededor de la cual los tres estaban sentados en aquel momento.

Netherton había visto a su versión joven matar a alguien de un disparo con un arma similar en el condado. De hecho, podía tratarse incluso de la misma. Él no había estado físicamente presente y no había corrido un peligro, claro, pero sabía lo que ese tipo de cosas podían hacerle a una persona. Y ahora sí que estaba allí, junto a ella. Se fijó en que la había dejado de tal manera que el cañón no apuntase a nadie.

—Entiendo que el hecho de que hayas venido a recibirnos con una pistola indica que hay algo que te preocupa —comentó Lowbeer.

—Tenía que asegurarme de que eras tú. Aquí cualquiera puede adquirir el aspecto de cualquiera. Y no me hubiera temblado el pulso si no llegas a ser tú.

—¿Esta tiene ese interruptor que hace que sea del todo automática? —preguntó Netherton, que había aprendido esa particularidad de las armas de fuego en el condado.

—Qué va, a mí solo me gustan las de disparo doble —dijo Fearing con desdén—. Aunque no son las más populares, claro.

—Bueno, Clovis, ¿esta deriva sanguinaria tuya se debe a la investigación que hiciste para mí?

—Claro que sí —respondió Fearing.

Eso no sirvió para tranquilizar a Netherton, ya que él esperaba que las pesquisas que había hecho Fearing fuesen dirigidas al proyecto que había creado a Eunice, por lo que había dado por hecho que iba a ser una investigación segura sobre el pasado.

Alzó la vista a la pared de cajas que había detrás de la mujer, muchas al parecer de madera. La estancia, o el espacio más bien, se encontraba en el extremo más alejado del pasadizo por el que los había llevado, que estaba formado por cajas similares. Nunca había pensado en cómo serían por dentro los edificios en Cheapside. A juzgar por cómo era aquel, no parecía que hiciera falta una estricta fidelidad a la época. Algunas de las cajas eran de madera, pero otras parecían de hojalata, aluminio y varios tipos de plástico. El techo se perdía en la oscuridad, aunque la luz del titilar irregular del candelabro sugería que tal vez hubiera una roseta central de yeso sobre ellos.

—No es el tío abuelo de Lev —comentó Fearing.

—¿Que no es qué? —preguntó Netherton.

—La fuente —dijo Lowbeer—. La persona que nos da largas. ¿Tienes idea de quién podría ser, Clovis?

—¿Te has planteado que sea Yunevich? —preguntó Fearing, que dejó al descubierto por poco tiempo una franja estrecha de dientes extremadamente blancos. Era un nombre que a Netherton no le sonaba de nada.

Sin la chistera, Lowbeer se parecía más a ella misma, o sea, a alguien peligroso.

—Lo pensé, sí —respondió—. ¿Lo has confirmado?

—Básicamente, sí. Por eso te he pedido que traigas a Wilf, para que oiga el nombre. Tiene que preguntarle a Zubov en persona, en un entorno seguro.

—Tiene una *troupe* de bailarinas —comentó Netherton—. De robots, quiero decir. Lev. No tienen memoria de almacenamiento y bloquean todas las conexiones.

—No fui capaz de penetrar en dicha protección cuando estaba vigilando la reunión de Wilf con Lev en La Embajada de Denísova —explicó Lowbeer.

—¿Y de dónde las ha sacado Lev? —preguntó Fearing.

—Me ha dicho que son de su padre —respondió Netherton.

—Su padre es de la antigua cleptocracia —continuó Fearing—. Y el tío de su padre lleva aún más tiempo en la cleptocracia. Dan por hecho que su seguridad es infalible, lo que en la práctica tiende a significar que no lo es. Se espían unos a otros.

—Y si sabía quién era esa persona que decís, ¿por qué Lev no me lo dijo sin más? —preguntó Netherton.

—Porque aún no lo sabe —aseguró Lowbeer—. Y su padre tampoco. Podría decirse que es algo que hacen siempre los cleptócratas. Nos hablan de una conspiración. Confirmamos que, en efecto, la hay. Entonces, les preguntamos si las personas de las que sospechamos nosotros son las que ellos tenían en mente. Le pasaremos el nombre de nuestro conspirador principal a Lev justo antes de tu reunión con él, y eso le permitirá darte una respuesta cuando lo veas en persona.

—Yune... —empezó a decir Netherton, pero Lowbeer le dio una patada en la canilla por debajo de la mesa de cristal antes de que terminase de pronunciarlo. Eso hizo que estuviese a punto de caérsele el bastón, que Netherton había dejado entre las piernas.

—No lo pronuncies en voz alta —dijo Lowbeer—. Hasta que estés a solas con Lev.

—¿Aquí no estamos seguros? —preguntó él, que hizo un mohín a causa del dolor.

—Tenemos que extremar las precauciones hasta que resolvamos este asunto —dijo Lowbeer—. No es que seas una persona muy habladora, más bien todo lo contrario, pero suele írsete la lengua cuando te emocionas.

—Muy bien —dijo Netherton, que contuvo las ganas de frotarse la tibia dolorida—. ¿Qué necesitáis que haga, exactamente?

—Ponte en contacto con Lev —respondió Lowbeer—, reúnete con él y que despliegue esas bailarinas suyas. Pregúntale si dicho individuo está implicado. Luego, hablaré contigo en el coche.

—¿Esta noche? La verdad es que hace tiempo que no duermo.

—Lev está durmiendo ahora mismo —comentó Lowbeer, como si fuese perfectamente normal que supiese algo así. Netherton daba por hecho que para ella sí que lo era—. Llámalo por la mañana.

75

Jackpot

Sobre los hombros del dron y a través de los cristales tintados del vehículo, Verity vio a dos hombres, japoneses, que fumaban cigarrillos detrás de aquel supermercado hípster.

Llevaban camisetas blancas con delantales y estaban sentados en cajas de leche de plástico rojo, como las que ella había pisado con torpeza mientras llevaba las botas del traje de protección para entrar en el camión de Virgil.

¿Era legal fumar cigarrillos tan cerca de un supermercado? ¿No estaban demasiado cerca de una zona de alimentación? Se le ocurrió pedirles uno, aunque nunca había fumado, después de que Rainey le contase lo del *jackpot*.

Estaban todos allí sentados, en la furgoneta y sin decir nada, mientras Sevrin se terminaba las patatas fritas metódicamente. Verity sabía que Conner le había contado algo al respecto. Justo entonces lo miró. Acababa de abrir una botella de cerveza de jengibre de vidrio marrón. La miró a los ojos.

—Lo sé —dijo—. Qué locura, ¿verdad?

—Perdón —se disculpó Rainey—. Lo siento de verdad. Entiendo que haya mucho que procesar al mismo tiempo. Esta es la primera vez que se lo cuento a alguien que no lo sabía. Wilf y Ash sí lo han hecho. Ojalá hubiesen sido ellos.

—¿Hemos aceptado en algún momento nuestra inutilidad supina al respecto? —preguntó Verity—. ¿El hecho de saberlo durante décadas y conseguir no hacer nada al respecto?

—En realidad, no —respondió Rainey—. Pero tampoco podemos culpar solo a las personas de tu época. Empezó con el uso de los combustibles fósiles, que dio lugar a un problema que duró siglos. Y tampoco podemos decir que haya terminado. Hemos conseguido sobrevivir a duras penas gracias a las astillas, o usando los ensambladores como polinizadores, y de maneras muy diferentes también.

—¿Ensambladores? —preguntó Virgil.

—Ensambladores moleculares. Nanotecnología.

—Daba por hecho que se suponía que eso iba a cambiarlo todo —dijo Verity—. ¿La singularidad?

—Ya estábamos en una singularidad desde el principio —aseguró Rainey—. El problema es que no lo sabíamos. Cuando llegó la nanotecnología relativamente funcional, la usamos para mitigar algunos de los efectos, para ralentizar algunas cosas. Intentar cualquier cosa a gran escala ha resultado ser un riesgo demasiado grande.

Los dos fumadores estaban apagando las colillas. Se pusieron en pie y se sacudieron las manos en los delantales ahora que se había acabado el descanso. Siglos en una singularidad que jamás llegarían a reconocer como tal.

Virgil le pasó a Verity la cerveza de jengibre. Ella bebió con gesto reflexivo y sin saborearla.

—¿Y qué intentáis hacer aquí con nosotros? ¿Cambiar eso de alguna manera?

—Mitigar los efectos aquí, sí. Vosotros estáis mucho más atrás en el tiempo de lo que hemos llegado jamás. Y ya tenéis dos

acontecimientos que han tenido un resultado diametralmente opuesto debido al contacto entre continuos. Esos cambios darán lugar a una cantidad incontable de cambios adicionales. Por ejemplo, en esta crisis que nosotros nunca tuvimos, Estados Unidos cuenta con un embajador en Turquía. Nosotros nunca hubiésemos podido tener uno.

—Pero, entonces, ¿qué hacemos sentados detrás de un supermercado? —preguntó Verity—. ¿No se supone que vamos a salvar el mundo?

—El próximo movimiento es cosa de la red de Eunice —respondió Ash—. ¿De qué estabais hablando?

—Estábamos oyendo cómo acaba nuestro mundo —dijo Virgil—. Y cómo empieza el tuyo.

—Ah —dijo Ash—. Eso explica el ambiente enrarecido. ¿Rainey os lo ha contado todo?

—Perdón —dijo Rainey—. Es muy lista y ya había oído cosas.

Unos caracteres blancos en Helvética aparecieron recortados contra la superficie negra del dron:

Marca el quinto número grabado. Es Stets. Puede hablar. Tiene un teléfono como este y no hay abogados vigilándolo. J-E.

76

Llega un cochero

Parecía hacer frío en la calle, y el pasadizo conservaba una humedad que Netherton esperaba que no estuviese relacionada de ninguna manera con la orina, aunque fuese de imitación. Vio que Lowbeer sacaba algo que le resultaba vagamente familiar del bolsillo del abrigo, dorado y marfileño, que relucía en su mano y reflejó la luz de las velas un momento antes de que Fearing cerrase la puerta detrás de ellos. Su bastón de mando, recordó Netherton en la repentina oscuridad, era una insignia desagradablemente mutable, una que en un momento dado podía ser un vaporizador de colonia y, al siguiente, una pistola, pero siempre era de marfil, adornada de oro y con una pequeña corona simbólica en alguna parte. No la había visto sacarlo desde aquella vez poco después de conocerla, pero lo asociaba con problemas de naturaleza muy inmediata.

—¿Por qué has sacado eso? —preguntó.

—Adelántate y ve a Cheapside —le ordenó ella—. Prepárate para hacer lo que te diga.

Netherton obedeció, consciente en aquel mismo instante de que un estruendo se acercaba a ellos por la calle, un ruido similar al retumbar de unas botas al correr sobre los adoquines, que reverberaba en las paredes del pasadizo.

—No te detengas —dijo Lowbeer.

Él lo hizo y notó que la oscuridad de la calle disminuía de una manera peculiar pero habitual a pesar de todo. Era otro efecto de Lowbeer, como el bastón, que llevaba mucho tiempo sin ver. Los ensambladores de la estructura misma de la City habían empezado a iluminar el camino de la mujer.

Llegaron a un lugar con un olor particularmente nauseabundo, donde apareció una figura que iba a la carrera con unas botas altas y negras, con una sonrisa cordial en el gesto y una chistera aserrada bien ajustada hasta la mitad de la frente. Era bastante alta, ancha de hombros y llevaba un mazo enorme de algún tipo, un poco levantado. La cosa corría directa hacia ellos.

—Agáchate —ordenó Lowbeer, y Netherton habría obedecido de no haber tenido ya encima a su agresor, que lo empujaba hacia un lado con el arma gigantesca. Se percató de que olía a vino de Burdeos y, en ese momento, sacó el bastón por instinto y lo apuntó hacia el chaleco del tipo, a la altura del vientre. Pero una mano enguantada lo apartó a un lado para luego agarrar la funda de ébano y lanzarla contra la pared, donde repiqueteó al caer.

Netherton reparó en que el mango del bastón seguía en su mano y algo brotaba de un extremo. Su mano volvió a impulsarse hacia delante como por voluntad propia, lo que provocó un brillante destello de luz, acompañado de un chisporroteo breve pero intenso.

Al bajar la vista, vio la mano alrededor del pomo del bastón, del que salía una hoja estrecha que se internaba directamente en la tela del chaleco, que ahora humeaba chamuscado. No vio sangre. Volvió a oler el vino de Burdeos. Luego, el tipo cayó hacia delante, hacia Cheapside, con esa sonrisa cordial aún en el gesto. Netherton se sorprendió al comprobar que la enorme cabeza del mazo no hizo prácticamente ruido al caer contra los adoquines.

—Pero ¿qué cojones...? —exclamó Fearing, en voz alta, detrás de ellos, mientras el pasadizo y el tipo del suelo quedaban iluminados por una luz blanca e inclemente.

Netherton entrecerró los ojos e hizo visera con la mano para mirarla. Había sacado la pistola, que ahora parecía tener en la punta un pequeño foco cilíndrico.

—¿Lo conocías? —preguntó Lowbeer. Netherton vio que sostenía una especie de trabuco, con cañón de oro y culata de marfil.

—Es Bertie —explicó Fearing—, el cochero de mi vecino. Un robot. Y eso que tiene ahí es un mazo de tonelero.

Netherton supuso que se refería al arma, al ver que la enorme cabeza de la que hacía gala era de madera.

—Al parecer, ha perdido el control —comentó Lowbeer, que se inclinó para sacar la hoja del cuerpo bocarriba. Echó un vistazo alrededor y luego cogió la funda de ébano del lugar donde había caído en el suelo, para después enfundar el arma. Se lo devolvió a Netherton, quien lo aceptó con cautela—. Esa luz es demasiado intensa, Clovis.

El foco se apagó al momento, aunque Netherton reparó en que había dejado un pequeño punto rojo centrado en el torso del robot.

—¿Esperabas algo así? —preguntó Fearing.

—No —respondió Lowbeer—, aunque las tías estaban a punto de informarme de una corazonada de última hora. Puedes pasar sobre Bertie. —Eso último se lo había dicho a Netherton.

—¿Eso es un arma de ensambladores? —preguntó mientras miraba el bastón que tenía en la mano.

—No —aseguró Lowbeer—. Ash la hizo a partir de tus prendas y con lo que encontró a mano. Fue casualidad: la clavaste de tal manera que fundió al momento la fuente de energía de Bertie. Buenas noches de nuevo, Clovis.

—Tened cuidado —dijo Fearing.

—Como siempre. A Cheapside, Wilf.

Netherton empezó a caminar.

—Buenas noches, Wilf —dijo Fearing detrás de él.

—Buenas noches, señora Fearing —repuso él, e hizo un amago de mirar hacia atrás.

77

Horizonte de sucesos

Alguien fuera del encuadre pasó a Stets un pequeño vaso que Verity supuso que contenía un expreso.

—Gracias —dijo él, que alzó la vista para mirar a quienquiera que fuese. Le dio un sorbo. Verity dio por hecho que la imagen provenía de una cámara que había en el toldo plegable de la autocaravana, ya que él estaba sentado en el sillón que había enfrente—. ¿Dónde estás ahora? —le preguntó a Verity.

—No lo tengo muy claro —dijo ella; partía de la base de que no podía verla—. Nos han llevado en coche no sé adónde. ¿Qué has estado haciendo?

—He intentado averiguar qué hemos acordado para ayudar a las otras ramas en el tallo de Eunice. No son muy comunicativas.

—Una me escribió un mensaje hace poco. Me puso en contacto con Joe-Eddy. Virgil me ha dicho que intentaste darle trabajo pero no encontraste nada para él.

—¿Conoces a Guilherme? —preguntó.

Verity parpadeó. Oír a Stets nombrar al Manziliano se le antojó un error clamoroso, como si la luna te preguntase por la sandía que habías comprado el día anterior porque ambas son esféricas.

—No he hablado con él, pero lo he visto en el apartamento.

—La red de Eunice está formada casi en su totalidad por esas ramas en el árbol, por lo que la compañía humana puede ser todo

un alivio.

—Yo pensaba que serían personas en su mayor parte. O eso me pareció al oír a Eunice hablar del asunto —dijo Verity.

—Ya conoces a la mayoría de las personas de carne y hueso —aseguró Stets—. Pero esto, por ejemplo —dijo al tiempo que alzaba la mano en dirección a la cámara—, se lo debemos a la red.

Hizo algo que reemplazó su imagen por una de la parte superior de las escaleras, que daban a la inmensa planta iluminada por la luz del sol a través de los toldos azules. Había cables por todas partes y hombres con cascos colgando por el lugar. Eran más trabajadores de los que ella había visto antes. Unos cabrestantes eléctricos alzaban unas telas blancas y relucientes.

Debajo, Verity vio cinco máquinas rojas, rectangulares e idénticas, todas con un par de neumáticos negros en el extremo que daba hacia ella.

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿Qué son esas cosas rojas?

—Es un diseño de Caitlin, fabricado por una empresa que financio yo. Son generadores de arranque eléctrico Honda EM5000, energía en caso de que alguien nos deje sin ella esta noche en el momento menos indicado. Las otras ramas en el árbol fueron las que los solicitaron. Nos ha costado conseguir que el escape dé hacia fuera. Espero que no las necesitemos.

—¿Qué hacéis, exactamente?

—Aún no lo sabemos.

—Y entonces, ¿cómo es que a ella se le ocurrió el diseño?

—Hace unos meses, alguien sugirió que nos casáramos aquí, antes de terminar la obra. Y eso le dio la idea. Ya había acondicionado el espacio para renovarlo y conoce el lugar al dedillo; sabe dónde están todas y cada una de las armellas. No hizo falta

recortar ni hacerle el dobladillo a la tela, ya que trabajó con las longitudes que venían de fábrica.

—Pero no vais a casaros aquí, ¿no?

—No entra en nuestros planes, no.

—Pero tampoco sabes para qué es eso, ¿verdad?

—No creo que lo sepan ni las otras ramas en el árbol de Eunice.

—Sabes que todos nos enfrentamos al fin del mundo mientras tú te has puesto a colgar pedazos de tela, ¿no?

—Lowbeer dice que lo que hacemos significa que confiamos los unos en los otros y podemos cooperar.

—¿Y qué piensa Caitlin?

—Se lo preguntaría, pero está en una videoconferencia para discutir los detalles técnicos de una exhibición aérea con drones sobre el edificio, relacionada también con lo de la tela.

—¿Y qué pasará si lo que hacéis no sirve de nada?

—Pues al menos nos habremos divertido un poco antes del apocalipsis. ¿Por qué no disfrutarlo? Tengo que irme. Nos vemos allí.

—Supongo que esto es lo que pasa cuando Virgil no está para frenar tus ideas locas.

—No necesito que Virgil me recuerde que esto es una locura.

Sonrió antes de que desapareciese la imagen.

78

La mañana siguiente

Netherton se despertó en la oscuridad de su dormitorio y oyó cómo Rainey le daba el desayuno a Thomas en la cocina.

Recordó el robot, el hedor de los adoquines, el láser de la pistola de Fearing apuntado hacia el chaleco de tralla chamuscado. Hizo un gesto en dirección a la lámpara de la mesilla de noche, para reducir la intensidad de la luz, y luego frunció el ceño al ver la cantidad de ropa que había desperdigada por el suelo. Era toda de la noche anterior, pero ninguna pertenecía a Rainey y tampoco era la que él había llevado en Cheapside.

Eran las prendas con las que los ensambladores le habían hecho el disfraz. Suponía que habían recuperado su forma original mientras Rainey y él estaban durmiendo. También el bastón con espada, claro, porque no lo veía por ninguna parte. Como era de esperar, a Rainey le habían gustado mucho los calzoncillos de franela a rayas, pero también parecían haber desaparecido.

Netherton se incorporó en la cama. No tenía muy claro si la mialgia que sintió en ese momento se debía al breve enfrentamiento con Bertie o a lo que había hecho luego con Rainey. Se levantó, se puso la bata y se preparó para recoger y ordenar la ropa. Colgó algunas prendas en el armario y dobló otras para meterlas en la cómoda.

Lo único que le había contado a Rainey sobre la reunión con Fearing era que se había llevado a cabo, pero lo cierto es que a su mujer solo le habían interesado los calzoncillos de franela. Tampoco le había mencionado siquiera a Yunevich, claro, quienquiera que fuese, aunque Netherton no dejaba de repetir el nombre para sí, para que no se le olvidase antes de comentárselo a Lev en persona. Y tampoco le había dicho nada sobre haber cortocircuitado sin querer a Bertie, aunque terminaría por hacerlo a pesar de no tener el bastón para hacerle una demostración de lo sucedido que fuera fiel a la realidad.

Entró en la cocina, parpadeando a causa de la luz, y encontró a Thomas en la trona, con una pandaforma de la niñera sentada junto a él en el borde de la mesa. Las patas esféricas de esa cosa se las arreglaban para permanecer cruzadas de alguna manera.

—Lowbeer acaba de llamar —dijo Rainey, mientras le daba una cucharada de papilla, la mayoría de la cual escupió al momento y se le derramó por la barbilla mientras chasqueaba los labios—. No quería despertarte. Me dijo que hicieras esa llamada lo antes posible, aunque no me dijo cuál. ¿Quieres desayunar?

—Será mejor que haga la llamada primero —dijo Netherton mientras se tocaba los dientes con la lengua para activar el sello de Lev.

—Wilf —saludó este, solo con voz y el avatar de los dos tilacinos reluciendo.

—Tenemos que vernos de nuevo —dijo Netherton—. También con tus bailarinas.

—En el mismo lugar —dijo Lev—. Voy de camino.

—Hasta ahora —se despidió Netherton, mientras el brillo de los tilacinos se atenuaba al perder la conexión—. Pues tengo que ir otra

vez a La Embajada de Denísova —le comentó a Rainey, quien se dedicaba a limpiarle la boca a Thomas.

—Seguro que te mueres por oír cómo sus parientes le están fastidiando la vida en Cheyne Walk —dijo ella.

—Perdón por lo del desayuno. Esto es importante para ella —comentó, en referencia a Lowbeer—. Me daré una ducha primero.

—Más te vale —dijo con tono pícaro mientras cogía a Thomas—. Por cierto, Verity ya sabe lo del *jackpot*.

—¿Cuándo se ha enterado?

—Cuando estabas en Cheapside —respondió Rainey—, pero anoche no estaba de humor para contártelo. Me temo que yo tengo la culpa de que se haya enterado tan rápido.

—¿Cómo está?

—Parece digerir las noticias razonablemente bien, aunque seguro que tú tienes mucha más experiencia que yo a la hora de juzgarlo.

—A veces, cuando me da la impresión de que están bien, empiezan a gritar de repente, un día o dos después de enterarse —comentó Netherton.

—Ash cree que está bien. Venga, no llegues tarde a la cita con Lev.

Netherton volvió al dormitorio, se quitó la bata y entró en la ducha.

—Templada —dijo—. Un chorro frío cuando esté terminando de enjuagarme. —Justo cuando empezó a correr el agua, vio cómo el sello de Ash empezaba a titilar—. ¿Diga?

—Rainey no lo hizo a propósito —dijo Ash—. Virgil también estaba, aunque al parecer Conner ya le había contado la mayoría. Sevrin, el conductor y gestor financiero, también lo oyó, pero o bien ya se había hecho a la idea, o bien es de esas personas que no

muestran sus emociones. Todos se lo han tomado razonablemente bien, aunque aún no saben nada de las extinciones.

Netherton hizo un mohín cuando se activaron los aerosoles con exfoliante. Para Ash, las extinciones eran un asunto que no tenía absolutamente nada que ver con los humanos y le afectaban mucho más que la pérdida del ochenta por ciento de la población humana. Eran la razón por la que había vivido durante más de dos décadas con esos tatuajes de luto que ahora deambulaban por las paredes de esa yurta espantosa.

—¿Qué hacen ahora? —Cuando terminó la exfoliación, la ducha empezó a enjabonarlo.

—Sevrin se dedica a seguir las instrucciones de su guía, así que no sabemos hacia dónde se dirigen.

Se activó el agua fría para enjuagarlo. Netherton esperó a que se activase el aire caliente del secador antes de responder.

—Voy de camino a La Embajada de Denísova —comentó.

—Deberías conectarte al dron.

—Lowbeer me ha encargado algo —comentó al terminar el secador. Siempre disfrutaba cuando tenía la oportunidad de negarse a hacer algo que Ash quería que hiciese.

El sello de la mujer se atenuó. Sin despedirse.

De vuelta en el dormitorio y después de haberse lavado los dientes, se vistió y se enfundó la mejor chaqueta informal que tenía. Era una reunión de negocios, al fin y al cabo, de una naturaleza muy seria e impenetrable.

«Yunevich», volvió a recordarse mentalmente.

79

Roble de los valles

Después de lo que le había contado Rainey, algo que a Verity le sonaba como una predicción, aunque para la otra mujer formaba parte de su historia, y después también de repasar los extraños preparativos de Stets, Sevrin había anunciado al fin que se dirigían a Monterrey.

Verity sabía que eso no tenía por qué significar que fuesen a Monterrey, pero esa era la dirección que la voz en moldavo que sonaba por los auriculares de Sevrin le había dicho que tomase. Verity dio por hecho que, antes de llegar allí, les indicaría cómo dirigirse a otro lugar, y de repente les diría que ya habían llegado y que lo habían hecho así por órdenes de Eunice.

Después de la conversación con Stets, Verity se había pasado adormilada la mayor parte del tiempo; de vez en cuando abría un ojo para ver cómo avanzaban por el lado de Silicon Valley de la Bahía Sur, sin prestar atención a los falsos destinos de Sevrin ni a las autopistas por las que avanzaban. No tenía ni idea de dónde se encontraban en ese momento. Tenía la cabeza apoyada sobre la sudadera negra doblada, que había colocado en los cristales tintados, y se había pasado gran parte del trayecto sumida en un sueño extraño en el que su agotamiento y su confusión se mezclaban con un resumen lóbrego del futuro que les había contado Rainey. Aquel letargo había estado salpicado no tanto por sueños,

como más bien por una lenta sucesión de pensamientos incómodos e inestables. El más reciente de ellos había versado acerca de si la red que Eunice había dejado atrás podía considerarse como una parte viva de ella. Un oponente invisible (que en la lógica onírica a veces estaba representado por la misma Verity) sostenía que la red era literalmente Eunice, mientras ella aseguraba que no lo era en absoluto, igual que un testamento tampoco es la persona fallecida.

—¿Estás bien? —preguntó Virgil, desde el otro lado de los hombros llenos de cámaras del dron, sobre los que no había cabeza alguna. Esa cosa había vuelto a sentarse entre ellos, conectada al cargador que había debajo del asiento. Virgil era quien la había conectado a la red eléctrica de la furgoneta—. Hablabas en sueños.

—¿Qué he dicho?

—Nada que yo pudiera entender.

—¿Dónde estamos? —Miró por los cristales tintados, una extensión de pastos marchitos y otoñales, con unas pocas vacas pastando y robles atrofiados y sin hojas como lóbregos jeroglíficos. Otro planeta. La Tierra.

—En la ruta 25. Cerca de Coalinga. Sevrin no ha dicho que vayamos allí, pero yo estoy empezando a planteármelo.

—¿Por qué?

—Es un lugar donde el Honda podría aterrizar bien. Hay mucha carretera. Lo teníamos en una lista de alternativas en cierto tipo de situaciones. De no ser así, la verdad es que no tengo ni idea de lo que hacemos, salvo que el objetivo sea seguir en movimiento y salir de la ciudad, que también podría ser.

—¿Has hablado con Stets? —preguntó Verity.

—No desde que salió del hotel anoche —comentó Virgil—. Haber rechazado el contrato de Singapur ha repercutido en los mercados

asiáticos. Phil está muy ocupado, pero todo esto tiene a Stets demasiado absorbido como para molestarse con ese asunto.

—¿Y qué opinas al respecto?

—Conociéndolo, creo que es la manera correcta de priorizar. Creo que estamos en una situación exponencialmente más extraña que cualquiera con la que hayamos lidiado hasta ahora.

—Aquí es —dijo Sevrin. La furgoneta empezó a reducir la velocidad y, tras unos baches, aparcó a un lado de la carretera.

—¿Qué hay aquí? —Verity vio que, junto a ella, el dron se desenchufaba a sí mismo.

—El árbol —indicó Sevrin, y Verity vio a Dixon con una gorra de béisbol negra bien ceñida sobre unas gafas de sol. Estaba de pie tras una verja de aluminio pintada de blanco, a unos seis metros de la carretera, con un arcén por el que daba la impresión de que no pasaban muchos coches y que parecía la entrada de un pasto. Detrás de la verja y un poco a la izquierda, había un roble de los valles solitario y sorprendentemente grande, de ramas negras y sin hoja alguna, como si fuese el tatuaje de un árbol superpuesto en una fotografía del atardecer.

Vio que, sin duda, se trataba de Dixon a medida que se acercaban a él. Recordó la primera vez que lo había visto, en el vídeo de una cámara de seguridad de Valencia Street, acercándose al Wolven + Loaves.

Virgil había levantado un poco las piernas para dejar pasar al dron, que se aproximó a la ventanilla y, de nuevo de pie, hizo como si mirase por ella.

—Es Dixon —comentó Verity—. Kathy Fang y él construyeron el dron.

A través del parabrisas lleno de cadáveres de insectos, Verity lo vio arrastrar la puerta de la verja y caminar con ella hacia atrás para

dejarlos pasar. Pasaron a su lado con el coche, que giró en dirección al roble siguiendo las marcas tenues de neumáticos que había en la tierra. Junto a ese árbol negro y elevado en horizontal sobre un armazón de hierro oxidado, había un tanque cilíndrico igualmente oxidado que antaño había sido gris. Tras él, vio el Fiat 500 de Sevrin y otro igual, también beis. Le habían colocado en el techo una baca sobre la que había una caja negra y estilizada. Era demasiado grande para aquel coche tan pequeño, y a Verity le recordaba a la caja Pelican que Dixon le había pasado por debajo de la mesa en el Wolven + Loaves.

—¿Es el tuyo? —preguntó a Sevrin.

—Sí, a menos que se hayan molestado en copiarme la matrícula —respondió al tiempo que paraba la furgoneta y apagaba el motor.

—Yo saldré primero —dijo Conner, que replegó los brazos del dron para que tuviesen la longitud de antes—. Si hay algún problema, Verity y Virgil os agacháis aquí dentro mientras Sevrin acelera y os saca de aquí a toda prisa. Abre.

Sevrin tocó algo que hizo que se abriese la puerta, y el dron salió de un brinco con una agilidad que Verity ya no ponía en cuestión siempre que Conner lo controlaba. Encaró a Dixon, quien había cerrado la verja al paso de la furgoneta para luego seguirla al trote, y colocó esas cosas que hacían las veces de manos en unas caderas que en realidad no tenía.

—Dixon, ¿no? —oyó Verity decir a Conner, quien había subido un poco el volumen del dron.

—¿Quién pregunta? —comentó Dixon, que se había detenido y dejado a los costados unas manos cubiertas por unos guantes negros.

—Me llamo Conner. Tú fabricaste esto, ¿verdad?

—Lo hicimos mi socia y yo.

—Buen trabajo —dijo Conner—. ¿Cómo está el patio?

—He traído el coche de Sevrin —respondió Dixon—. Él se lo llevará, con Virgil. Alguien vendrá a recogeros a ti y a Verity. Se supone que llega en unos diez minutos. Necesito ayuda para descargar la caja y meter cosas en la furgoneta.

—¿Qué hay dentro? —preguntó Verity, refiriéndose a la caja negra, mientras se bajaba del vehículo y salía a esa tarde que había detrás de los cristales tintados, a ese aire fresco con un leve y agradable aroma a fertilizante.

Dixon cabeceó en su dirección para saludarla.

—Drones —respondió—. Pero no son aéreos. Nosotros no fabricamos de esos. Kathy te manda saludos. —Se acercó al Fiat, abrió la parte delantera de la caja y la levantó sobre dos tubos de aluminio exactamente iguales que chasquearon al encajar en su sitio. Verity vio unos paquetes negros y brillantes que destacaban contra el plástico negro y mate de la tapa. Dixon volvió a mirarla—. No disponemos de mucho tiempo. Tenemos que sacar todo lo que hayáis traído en la furgoneta.

—Yo te ayudo —se ofreció Virgil detrás de ella. Verity se giró para mirarlo, agazapado en la furgoneta y con el teléfono en la mano. Salió y se acercó a él.

—Pásamelos —explicó Dixon—. Son pesados. No los dejes caer al suelo.

Le extendió un par de guantes negros con una mano también enguantada.

—¿Sin látex? —Virgil lo había preguntado muy serio.

—Son de nitrilo —respondió Nixon.

Virgil los aceptó y se los puso.

—Estás vigilando el perímetro, ¿verdad? —le preguntó al dron.

—Joder, no. Lo siento —se disculpó Conner—. Me había distraído mirando las vacas.

Esas cosas del dron que no eran manos se habían separado de sus caderas y ahora estaban en el suelo, después de que sus brazos se hubiesen vuelto a extender y ahora le confiriesen cierto parecido con un simio vigilante. Era como un orangután cubista que contemplara su sabana.

Mientras tanto, Sevrin había salido del asiento del conductor de la furgoneta, dejado la puerta abierta y rodeado el vehículo hasta la puerta abierta de pasajeros.

—Tu maleta —le dijo a Verity—. Y el cargador. Me los llevo.

—Y la sudadera —dijo ella—. ¿Te parece bien? —Se refería a Dixon, el Fiat y la caja que tenía en el techo.

Sevrin asintió y se giró hacia la furgoneta.

Virgil, que era más alto que Dixon, había empezado a sacar uno de los paquetes negros de la caja. Era rectangular, más grande que la caja Pelican aunque no por mucho, envuelto en un plástico negro y brillante de aspecto resistente pero flexible. Estaba sellado con cinta transparente y parecía muy pesado. Se lo pasó a Dixon.

—Con cuidado —advirtió Dixon, que lo agarró y lo dejó despacio en el suelo.

Verity recordó su sueño. El testamento de Eunice. Alzó la vista al oír un avión a reacción, pero no vio nada. Cuando volvió a bajar la cabeza, Sevrin ya había entrado en la furgoneta y estaba de rodillas, haciendo algo entre los asientos de pasajeros. Dixon se dirigía al vehículo con el primero de los paquetes negros entre las manos enguantadas, a paso muy cauteloso. En ese momento, aparecieron letras en fuente Helvética sobre dicho paquete negro.

Aquí, J-E. Estoy conectado a la cámara de tus gafas.

—¿Dónde estás? —preguntó Verity.

Solo en casa con unos abogados. ¿Y tú?

—En la ruta 25. Cerca de Coalinga.

No vais a ir allí.

—¿Por qué no?

Estás con el barbudo, ¿no?

—Dixon.

Él es quien va a llevar algo en coche hacia allí. Tú irás a otra parte.

—¿Con quién?

No te lo puedo decir.

El último mensaje había aparecido de fondo sobre el paisaje de la ruta 25, mientras un camión de mudanzas U-Haul que iba en dirección a Coalinga se cruzaba con un Range Rover plateado que iba en dirección contraria.

—Aquí está tu vehículo —dijo Conner, que señaló con el brazo largo y extendido del dron. Verity no había oído el motor de la motocicleta hasta ese momento. El vehículo de dos ruedas se giró hacia ellos y rebotó sobre el terreno irregular del arcén.

Verity corrió hacia la verja cerrada. Llegó hasta allí, agarró el tubo que la cerraba, lo levantó y empezó a caminar hacia atrás hasta dejarle espacio suficiente a la moto para pasar. Después, esta continuó en dirección a la furgoneta.

—Yo me encargo —dijo Virgil a su lado, que cogió de nuevo el tubo blanco, lo levantó y empezó a cerrar la verja.

Verity se dio la vuelta justo al mismo tiempo que se detenía la moto, frente al dron inmóvil.

—¿Qué hace él aquí?

Ha venido a buscarte.

Verity empezó a bajar por la pendiente. Ahí estaban Tim el Serio y el dron, recortados contra el paisaje. Después vio a Sevrin, arrastrándose hacia atrás a cuatro patas entre las dos filas de

asientos de pasajeros de la furgoneta, con la bolsa Muji en las manos.

80

Square Mile

Cuando llegó a la parte baja de la escalera de aspecto fundido y molesto de La Embajada de Denísova, Netherton vio de inmediato a una de las pelirrojas de Lev, aunque aún no iba ataviada con esas lentejuelas de seguridad. Le sorprendió verla vestida como publicista, aunque en realidad podía considerarse justo lo contrario: una antipublicista. A diferencia de su primo Bertie, el cochero difunto, cuyos movimientos parecían controlados a distancia, ya fuese para hacer lo que quiera que hiciese un cochero o para atacarte con impulso homicida con un mazo, la ausencia de conexión era la cualidad principal de la pelirroja. En una sociedad en la que la mayoría de los objetos dotados de cierta complejidad podían recordar cualquier cosa con la que se hubiesen topado, este daba la impresión de permanecer en un estado constante de *tabula rasa*.

—Buenos días, señor Netherton —dijo el robot, que evidentemente recordaba su nombre. ¿Cómo era posible si no tenía memoria? Intentó acordarse de preguntárselo a Lev cuando hubiesen establecido el perímetro de seguridad—. Acompáñeme, por favor.

El lugar estaba más concurrido que de costumbre, tal vez porque en esa ocasión sí era la hora del desayuno. Siguió a la chica robot en dirección a las catacumbas de debajo de Hanway Place y, de camino, vio a Bevan Westmarch, un antiguo socio de cuando él era

publicista, sentado en una mesa llena de gente. Rainey, que también había trabajado con él, lo llamaba Wetmark. En ese momento, el tipo se fijó en Netherton, quien fingió no haberlo visto y siguió a la chica robot sin inmutarse.

Netherton se fijó en que Lev había elegido una mesa más grande que la última vez, sin duda para tener espacio suficiente para un desayuno inglés completo del que ya había dado buena cuenta, como atestiguaban los platos vacíos. Netherton sabía que, para Lev, un desayuno inglés completo era indicativo de que estaba muy estresado. Dio por hecho que no habían preparado desayuno alguno para él, ni completo ni nada, aunque sí que le habían reservado un asiento frente a su amigo. Una joven, una de verdad, o sin pecas al menos, acababa de dejar una taza blanca llena de café con leche en su lugar.

—¿Cómo van las cosas por Cheyne Walk? —preguntó Netherton al tiempo que se sentaba incómodo en otra de esas estalagmitas.

Lev alzó la vista entre los restos de su solitario desayuno.

—Lo del divorcio no fue buena idea —dijo.

—Pero fue cosa de ella, ¿no?

Lev puso un gesto aún más lúgubre.

—Lo de los cuernos tampoco fue buena idea —precisó.

—No es algo que pegue contigo, la verdad —comentó Netherton. Y era cierto, dada la actitud que Lev siempre había tenido en referencia a la «casa del amor» que su padre tenía en Kensington Gore.

—Fui un imbécil —dijo.

Netherton, que había conocido a Dominika como poco más que una presencia invisible y amenazadora de la casa de Notting Hill, intentó ser comprensivo.

—¿Por qué pones esa cara? —preguntó Lev.

—Perdón —se disculpó Netherton, que dejó de esforzarse—. Estos taburetes me parecen muy incómodos.

—La tenías muy arrugada —dijo Lev.

—¿Crees que podemos hacer algo al respecto? —insistió Netherton—. Con tu matrimonio, quiero decir.

—No lo sé —comentó Lev—. Me estoy planteando todas las opciones.

—He comprendido que esto está acabando contigo —dijo Netherton, que cogió la taza y le dio un sorbo—. Te ayudaré en todo lo que pueda, pero por ahora quizá deberíamos... —En ese momento, vio que Lev centraba la vista en algo que había detrás de él. Netherton soltó la taza y se dio la vuelta. Se encontró con las seis chicas robot, envueltas ahora sí en lentejuelas y con trajes idénticos —. Venga —dijo al tiempo que volvía a girarse hacia Lev—. Suponiendo que tú estés listo.

—Empecemos —les dijo este a las robots, sin el menor entusiasmo.

Y empezaron a girar, igual que habían hecho en la otra ocasión. Una vez formado el círculo y dándoles la espalda, extendieron los brazos por encima de las cabezas para sostener los mantones. Entonces se alzó la tormenta de lentejuelas, que formó una cúpula alrededor de ellos.

—¿Ya está activado? —preguntó Netherton.

—Sí —respondió Lev con tono sombrío.

—¿Crees que a alguien llamado Yunevich le interesaría acabar con el trabajo de Lowbeer? —preguntó Netherton.

Lev puso un gesto aún más sombrío. Asintió. Dos veces. El parloteo de las personas que desayunaban en la parte más concurrida del local se hizo más intenso. Luego volvió a un volumen normal para descender y volver a alzarse.

—Si he entendido bien lo que me ha dicho Lowbeer —continuó Netherton—, acabamos de cumplir el que era mi objetivo al venir a verte. Ya sabes que siempre debe tener una muy buena razón para que un individuo que había escapado a su radar empiece a interesarle, ¿verdad?

—Sí —dijo Lev—. ¿Sabes quién es ese tipo?

—No —aseguró Netherton—. No es necesario que lo sepa. Estoy muy bien sabiendo lo menos posible de su trabajo. Seguro que lo tienes presente. Lowbeer me contrata para ayudarla con sus aficiones.

—Con su afición, en singular —apostilló Lev—. Solo tiene una. La persona de la que hablamos, si me permites ahondar en el asunto, no es el tipo de integrante de la cleptocracia que más me gusta.

—Diría que no te gusta ningún integrante de la cleptocracia, Lev —aseguró Netherton—. Es la impresión que me da desde que nos conocemos.

—Pero esto va más allá. No es como mi padre, ni como mi abuelo. Tiene unas raíces diferentes por completo.

—¿No es ruso, quieres decir? —preguntó Netherton, que había dado por hecho que algo así era imposible.

—Sí que es ruso —aseguró Lev—, pero desciende de funcionarios de la Unión Soviética y no de oligarcas emigrados. Pertenece a la cleptocracia, pero también es algo muy diferente.

—¿Y en qué estriba la diferencia?

—En que quiere pasar lo más desapercibido posible. No es dado a la ostentación, a muestras de riqueza ni de poder. Tampoco se entretiene. No asiste a ninguna ceremonia pública que tenga lugar fuera de Square Mile, y allí tampoco va a muchas. Podría decirse que es una criatura de la City. Incluso allí, se atiene a las acciones más secretas y menos transparentes.

Netherton había oído decir a Lowbeer, al explicarle qué era la cleptocracia a Flynne, que desde hacía mucho tiempo y mucho antes del *jackpot* la City había sido un criptoestado semiindependiente único en su especie, el elemento menos democrático del gobierno electo británico. Según Lowbeer, ese estado singular era lo que había permitido escapar al derrumbe de la democracia. Eso y su dilatada experiencia a la hora de blanquear dinero habían creado una sinergia de beneficio mutuo con la comunidad oligarca de inmigrantes, dominada por los rusos, que en un primer momento se habían visto atraídos por Londres debido a las características metacriminales y esotéricas de la City, así como por la cultura fastuosa llena de comodidades personales que estaban a disposición de cualquiera. Con eso en mente, Netherton volvió a coger la taza de café con leche y contempló a Lev por encima del borde.

—No parece alguien muy dado a exponerse.

—Nunca sabes por dónde te va a salir —aseguró Lev—. Es un tipo que parece sacado de otra época. Más antigua que la de Lowbeer.

Netherton bebió, bajó la taza, desplegó la servilleta de lino blanco y se limpió la boca.

—Si quieres decirle algo más a ella...

—No —dijo Lev—. Eso es todo. El tío de mi padre dice que fue Yunevich quien insistió en apartarla.

—Pues eso es todo, sí —convino Netherton—. Echo de menos pasar un rato contigo desde que nació Thomas, y lo siento mucho por todo lo que estás pasando con el tema de Dominika.

—Gracias —dijo Lev, que dejó caer los hombros—. Me gustaría decir que el hecho de que mi padre necesite mi ayuda con todo esto ha servido para distraerme, pero lo cierto es que no podría habérmelo pedido en peor momento.

—Es comprensible —aseguró Netherton. Supuso que para marcharse haría falta que las lentejuelas dejasen de girar—. Si las robots de tu padre no tienen nada de memoria —preguntó al recordar que le había estado dando vueltas a esto de camino a la mesa—, ¿cómo es que una de ellas recordaba mi nombre?

—Lo recordó, pero ya lo ha olvidado. Le mostré una imagen de ti antes de que llegases. Le dije tu nombre y lo que tenía que hacer cuando te viese —explicó Lev—. Nada más hacerlo, se olvidó tanto de tu nombre como de tu apariencia.

—Ya veo. Seguimos en contacto. Pero no volveremos a hablar de esto.

—Finalizar —dijo Lev, que alzó la voz. En ese momento, las lentejuelas se detuvieron y las jóvenes bajaron los brazos al unísono.

81

Hacia atrás, con tacones

Dixon había tardado menos tiempo en instalar el asiento trasero negro que había imprimido para la motocicleta que en doblar dos veces la bolsa de Muji de Verity y atarla con correas de nailon también negro a dicho asiento. Como este era de plástico sin acolchar, Verity había usado su ropa como cojín. Sabía que, por muy informal que fuese su indumentaria, tendría que planchar las prendas en algún momento. Eso, si iban a un lugar en el que pudiese hacerlo, cosa que no tenía del todo clara.

En aquel momento, el dron, que le daba la espalda a la rueda trasera de la motocicleta, extendió las patas más de lo que Verity había visto hacerlo hasta entonces y adquirió una altura en extremo inquietante. Parecía como si se hubiese puesto tacones, y dio un paso atrás para apoyarse en el portaequipaje que Dixon acababa de colocar.

—Un poco a la izquierda —dijo Dixon, que miró el punto de contacto entre el dron y el portaequipaje.

—¿Va bien así? —preguntó Conner.

—Activa los asideros —indicó Dixon. Verity vio cómo un par de escotillas se abrían en los costados del dron, la una sobre la otra. De cada una de ellas brotó un gancho liso y rectangular, negro. Después se replegaron parcialmente, una vez agarradas a las ranuras correspondientes del portaequipaje, lo que dejó al dron bien sujeto

al vehículo. Dixon, que contemplaba la operación equivalente en el lado opuesto, puso cara de que también había salido bien—. Levanta las rodillas —dijo.

Verity vio cómo las piernas del dron se replegaban, cómo levantaba los pies del suelo para después replegarlos por completo dentro de su cuerpo, todo ello con el torso encarado hacia atrás, para convertirse en una versión más abultada del respaldo del asiento.

—No es que sea muy aerodinámico —comentó Virgil junto a Verity —, pero es la mejor opción, dadas las circunstancias.

—¿Dónde está el cargador? —preguntó ella.

—En la alforja derecha —respondió él—. Hemos puesto el casco de control neuronal en el maletero del Fiat. Nos vemos pronto. Espero.

—¿Adónde vais? —preguntó ella.

—Pues yo diría que a la Bahía, pero después... Quién sabe.

Tim el Serio estaba de pie a un lado, sin el casco aunque sin quitarse la mascarilla N95. Los piercings de la frente y de la nariz brillaban bajo la luz del sol. Había saludado a Verity con lo que a ella se le antojó ahora como su mirada amistosa. En ese momento se levantó la manga izquierda de la chaqueta de cuero y dejó a la vista un reloj grande de acero, de esfera negra y aspecto complejo.

—¿Nos vamos? —le preguntó Verity.

Asintió.

Verity ya se había puesto la chaqueta acolchada que él le había traído sobre la sudadera negra y la americana de *tweed* que llevaba en la furgoneta. Tenía demasiado calor, ahí parada bajo el sol. Se acercó a Dixon.

—Saluda a Kathy de mi parte —le dijo.

Él asintió, con los dientes apretados, como si tuviese otras cosas en mente.

A su regreso, Tim el Serio le entregó a Verity una mascarilla sin estrenar, y luego el mismo casco que ella había llevado antes.

—Muy bien —les dijo ella a los demás antes de ponerse la mascarilla—. Nos vemos luego.

Virgil y Dixon levantaron sendos pulgares. Cuando Verity miró en dirección a Sevrin, lo vio junto a la puerta, con el pulgar también levantado. Se puso el casco, se abrochó la correa de la barbilla y esperó a que Tim el Serio subiese a la moto. Cuando se acomodó, ya con los pies en el suelo a ambos lados, Verity se colocó detrás de él. La bolsa Muji, doblada y amarrada, le dejaba más espacio del que había creído que iba a tener en un primer momento.

Cuando el tipo arrancó la moto, Verity levantó los pies y los apoyó en los estribos. Avanzaron despacio y entre baches por los surcos secos que habían dejado otros neumáticos en el camino, y el tipo usó las piernas para mantener la moto equilibrada mientras se dirigían hacia la verja que Sevrin había abierto un poco. Verity se giró para echar un último vistazo al roble de los valles, y luego llegaron al andén irregular del borde de la carretera.

—Nos encontramos más o menos a un kilómetro del cruce con la 198 —explicó Conner a través de los auriculares de Verity—. Dixon nos seguirá hasta ahí en la furgoneta. Después girará hacia la izquierda, en dirección Coalinga, hacia el interior. Nosotros giraremos hacia la derecha, hacia San Lucas, y volveremos a girar para entrar en la 101.

Echó la vista atrás otra vez y vio a Dixon en la furgoneta cruzando la verja, ahora abierta del todo. Virgil y Sevrin estaban de pie junto a ella.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Al norte por la 101. Pararemos para ir al baño y poner gasolina en King City.

—¿Dónde ha quedado el protocolo?

Verity no había dejado de mirar hacia atrás. Dixon había llegado al arcén, detrás de ellos, y Virgil y Sevrin se dedicaban a cerrar la verja tras el paso del vehículo.

—Usamos la mejor encriptación posible que nos dejó Eunice —explicó Conner—. Aún no tenemos un destino después de King City. San Francisco parece el más probable, ya que todo apunta a que hoy será el baile de graduación.

—¿El baile de graduación?

—Las cosas están a punto de irse a tomar por culo, aunque nadie me ha dado más detalles.

En ese momento, Tim el Serio dio un acelerón a la Harley y se incorporaron a la carretera. La furgoneta los siguió de cerca. Verity giró la cabeza hacia delante y agarró al tipo por la cintura. Al tacto, fue como agarrar un bloque de mampostería forrado de cuero.

En ese momento, pasó algo justo detrás de su cabeza. No tenía ni idea de qué había sido.

—¿Qué acaba de pasar?

—Esto —dijo Conner, al tiempo que abrió una ventana. Estaba enfocada hacia abajo a unos diez metros de altura, y se veían el techo verde de la furgoneta y el parabrisas del vehículo. Verity vio la visera negra de la gorra de Dixon—. Lo llevaba en la parte de atrás del cuello.

El dron aéreo empezó a ascender, lo que hizo que la furgoneta se viese aún más pequeña. A ambos lados, colinas, vacas y robles que conformaban jeroglíficos.

—No tienes cuello.

—Bueno, pero hay una escotilla. Esta cosa está llena de sorpresas.

—¿Para qué va Dixon a Coalinga?

—Puede que tenga algo que hacer en el aeropuerto. Depende. Si todo sale bien. Si es el caso, ya te lo contaré.

—Pareces mucho más hablador que los demás.

—Supongo que porque todo esto me importa una mierda. Estoy aquí porque necesitaban un piloto para el sin cuello este. Solo soy un superviviente de su último muñón. Y también me necesitan allí, pero me aburro haciendo lo que me piden y saben que me encanta pilotar estas cosas. Por eso me cuentan más que a ti o que a cualquiera de tu muñón, probablemente. Pregunta lo que quieras. Si lo sé, te responderé.

—Gracias —dijo Verity.

—De nada.

Más vacas, cada vez más pequeñas.

82

Wetmark

—Wilf, ¿qué tal, amigo mío? —dijo Bevan Westmarch mientras Netherton se acercaba al pie de la escalera. Lo cierto es que nunca había sido algo ni remotamente parecido al «amigo» de Westmarch. No había nada entre ellos que pudiera considerarse amistad. Llegó a la conclusión de que el tipo estaba borracho, cosa muy habitual en la época en la que Netherton trabajaba con él, ya fuese la hora del desayuno o cualquier otra. Él también solía estarlo, aunque no por eso tenía por qué empatizar más con él en aquel momento.

—Bevan —saludó Netherton, quien se detuvo pero no le ofreció la mano—. ¿Qué tal?

—Muy bien —respondió Westmarch—. ¿Una reunión con tu amigo Zubov?

Netherton, seguro de que no se habían sentado en un lugar desde donde Westmarch los hubiera visto, lo miró con gesto apático.

—Lo he visto entrar antes —insistió Westmarch—, seguido de una fila de muñecas sexuales pecosas. Sé que se ha separado de su mujer, pero me sorprendió de todos modos.

Netherton recordó de inmediato por qué Rainey no lo tragaba. Le había dicho que se ponía insoportable con unas copas de más.

—Pues no lo he visto —respondió Netherton, que se dio la vuelta y fingió echar un vistazo para buscar a Lev. En realidad, temía toparse

con él en ese momento. Por suerte, ni él ni las muñecas parecían estar por ninguna parte.

—¿Aún trabajas para esa mítica inspectora Lowbeer? —preguntó Westmarch cuando Netherton volvió a darse la vuelta, todavía con esa mirada apática por si tenía que volver a negar algo de lo que le dijese Westmarch. El trabajo de Netherton no era de dominio público, pero también tenía claro que el tipo debía de saberlo.

—¿La conoces, Bevan? —preguntó, mirándolo a los ojos.

—No tengo el placer.

—¿Quieres que te ayude? Está muy ocupada, pero podría preguntarle si tiene un hueco.

En ese momento, y para satisfacción de Netherton, detrás de esa borrachera algo exagerada, vio el miedo que provocaba Lowbeer, un rictus del todo visible en el rostro de Westmarch.

—No hace falta —respondió este. Alzó una de las manos como para colocarse bien un mechón que no tenía, ya que se había rapado el pelo por los lados para dejar una mata en la parte superior, donde destacaban unas ondulaciones rubias que le daban aspecto de un postre vienés.

—Pues me alegro de verte —se despidió Netherton, que estrechó con mucha fuerza la mano que Westmarch había levantado hacia aquel mechón ausente—. Que tengas un buen día.

Después, subió a toda prisa la escalera incómoda mientras dejaba a sus espaldas el olor de los desayunos completos ingleses. Ahora que se marchaba, dicho olor le recordó que aún no había desayunado.

83

Test de personalidad

Alguien había escrito ENCIÉRRENLA en la pared de ese cubículo del baño, con un rotulador negro. Verity supuso que, antes de las elecciones, habían intentado limpiarlo con disolvente, pero el resultado le recordaba a un tatuaje en mitad de una sesión de borrado con láser.

Tim el Serio le había dado permiso para la prometida pausa para ir al baño mientras él ponía combustible a la motocicleta. Verity lo agradeció, y también descubrió lo aliviada que se sentía al sentarse sobre algo que no se movía ni vibraba y con las piernas delante en lugar de alrededor de una moto enorme.

Después de girar a la derecha en lo que resultó ser un cruce de caminos en sentido literal, la intersección más simple posible entre dos carreteras, Verity había visto que Dixon giraba a la izquierda por la cámara aérea de Conner, en dirección a Coalinga. Cuando perdieron de vista la furgoneta, Conner volvió a girar la cámara hacia ellos, una imagen en blanco y negro a medida que el dron se acercaba a la parte superior del casco de Verity. Luego, la imagen desapareció y dio paso a la que ella tenía delante, la espalda de la chaqueta de cuero negra de Tim el Serio.

—Ha llegado la hora, chicas —dijo Conner en ese momento, lo que hizo estremecer a Verity. En ese momento, recordó que se había

quitado las gafas grises de camino al baño y se las había guardado en uno de los bolsillos de la sudadera.

—Muy bien —dijo ella. Cuando salió, Tim el Serio estaba en la caja para pagar la gasolina con dinero en efectivo; no se había quitado el casco. Al terminar, Verity lo siguió a los surtidores del exterior, mientras reprimía las ganas de decirle algo a Conner ahora que veía el dron.

Caía la noche, y Napa-Sonoma tenía ese tono anaranjado y granuloso. Verity se colocó la mascarilla y se puso el casco.

—¿Dónde está Dixon ahora? —preguntó, dando por hecho que Conner podía oírla, aunque sin saber con seguridad si tenía una respuesta.

—Cerca del aeropuerto de Coalinga —respondió.

—¿Qué hace ahí?

—Ayudar a Lowbeer con un test de personalidad.

—¿Cómo?

—Mostrándonos hasta dónde está dispuesto a llegar alguien.

—¿Por qué?

—Porque cambiaría la manera de tratar a esa persona.

—¿A qué persona?

—Pryor.

Tim el Serio le entregó un par de guantes negros de lana y goma, aún con el empaquetado de cartón de la estantería de la gasolinera. Verity tenía en mente preguntarle algo antes de que arrancase, pero luego se le olvidó. Cada vez tenía las manos más frías, desde que habían girado en el cruce. Además, también era mejor protegerse la piel de los insectos que se golpeaban contra su cuerpo.

—Gracias —dijo, bajándose un poco la mascarilla.

El piercing del pómulo del tipo se movió un milímetro, como si le dedicase una sonrisa alternativa y minimalista. Después, él se puso

los guantes y se subió a horcajadas a la motocicleta. Verity los sacó del envoltorio y también se los puso, para luego colocarse detrás de él.

Y se dirigieron de nuevo a la carretera. Aceleró.

84

Un aspecto muy alegre

Cuando Netherton llegó a Hanway Street, un michikoide pasó junto a él a la carrera, tirando de un *rickshaw* asimismo de fibra de carbono blanca. En él había sentados dos neoprimitivos con muchas modificaciones, con rostros parecidos a máscaras similares a las de los michikoides. Sabía que eran habitantes de la gran Isla de Basura del Pacífico, que él había visitado de manera telepresencial durante el trabajo que había terminado con Lev al presentarle a Lowbeer. Seguro que esos dos que acababa de ver eran diplomáticos, ya que el turismo y los negocios privados no eran opciones. La piel que dejaban al descubierto era de un gris irregular, modificada biológicamente para protegerlos de la luz del sol excesiva. En aquella mañana invernal, le recordaba a escarcha.

Después desaparecieron al doblar una esquina. El sello de Lowbeer, esa pequeña corona, empezó a palpitar.

—¿Diga? —dijo Netherton.

—El coche está en Tottenham Court —aclaró Lowbeer—. Lo verás.

Netherton siguió caminando sin dejar de pensar en que el verdadero trabajo de Lowbeer consistía en saber cosas, cosas que en muchas ocasiones eran así de insustanciales, mediante procesos automatizados en su mayor parte gracias a las tías y otros algoritmos. En algún momento dado, y después de tomar decisiones, puede que llegase a actuar, de forma encubierta muchas veces, lo

que daba como resultado algo dramático. Netherton supuso que en eso consistía la naturaleza del trabajo policial, uno en el que, por definición, intentabas conservar aspectos del *statu quo*. Llegó a la conclusión de que lo que hacía ella con los muñones podía verse como algo parecido, si te planteabas un *statu quo* a más largo plazo.

Una vez en Tottenham Court Road, Netherton percibió movimiento en el gran escaparate de una tienda. Al acercarse, vio una maqueta en miniatura de aquella parte de Londres: vehículos pequeños y peatones que poblaban aceras y carreteras. Un cursor circular amarillo brillante rodeaba una figura ampliada de espaldas a él, que también contemplaba el escaparate de una tienda en la maqueta. Netherton levantó el brazo, y el de la figura hizo lo propio. Aquello le habría encantado a Thomas.

Siguió caminando hasta llegar al coche de Lowbeer, o a lo que se veía de él, mientras el escalón se desplegaba desde la nada. Estaba bien aparcado, por una vez, en el espacio junto al bordillo reservado para la Policía Local y los vehículos de emergencia.

Al entrar, Netherton vio que Lowbeer estaba sentada en el foso de la mesa y las sillas, con los dedos entrecruzados y los codos apoyados en la mesa de caoba, sobre la que había dos tazas de porcelana blanca, crema para el café, azúcar y una garrafa negra y cilíndrica. Las ventanas del vehículo, o más bien las cámaras que las emulaban, mostraban el tráfico a un lado y los peatones al otro.

—Buenos días —saludó Lowbeer al oír cómo la puerta se cerraba detrás de Netherton—. ¿Café?

—Sí, gracias —dijo él, pues por lo visto el café con leche de La Embajada de Denísova no le había hecho efecto alguno.

—Siéntate —le ordenó ella. Llevaba un traje gris de *tweed*, camisa de paño fino también gris y una corbata puntillista color camuflaje,

verde oliva y salpicada de rojo militar. Tenía un aspecto muy llamativo.

—Las bailarinas de Lev son muy efectivas. Hemos hecho todo lo posible por escuchar vuestra conversación, pero no lo hemos conseguido. Las tías dan por hecho que se trata de un encriptado chino que no tiene nada que ver con el clásico de la cleptocracia. Ya lo investigaremos en otro momento, pues nos resulta inesperado, aunque haya precedentes. ¿Y bien?

Netherton ya se acomodaba en el sillón verde integrado en el vehículo que había frente a Lowbeer.

—Ha dicho que sí, que es cosa de Yunevich. También ha dicho, y cito: «Yunevich no es el tipo de integrante de la cleptocracia que más me gusta». Al parecer, se trata de un tipo muy discreto que mantiene un perfil bajo y no sale de la City, con ADN burocrático soviético.

Lowbeer empezó a servirse el café de la garrafa.

—Uno de la vieja escuela —dijo—. Muy predecible. Anodino, incluso.

La expresión de la mujer mientras lo decía, inofensiva en apariencia, hizo que Netherton se alegrase de no estar en el pellejo de ese tal Yunevich, fuera quien fuese.

85

Multitarea

El vídeo de ese dron bípedo tan diferente que Conner pilotaba entre la maleza y las rocas cerca del CLG, el nuevo aeropuerto municipal de Coalinga, casaba de forma extraña con el movimiento de la moto.

No había sonido, por lo que el rugido del motor de Tim el Serio y los ruidos sordos ocasionales del viento de los vehículos que pasaban junto a ellos en ambas direcciones se habían convertido en la banda sonora del avance de aquel correcaminos por el paisaje. Otros tres corrían junto a él; Conner le había dicho que los controlaba un programa en la nube. Parecían caparazones de tortuga estirados y luego puestos sobre las patas traseras de unos galgos robot en miniatura, de casi un metro de alto; siempre y cuando pudieran erguirse sobre dos patas, cosa que Verity no los había visto hacer aún. Corrían inclinados hacia delante y no habían cambiado de postura desde que Conner retransmitía el vídeo; carecían de brazos y las patas eran poco más que un borrón cuando no había obstáculos delante.

—¿Adónde van? —preguntó a Conner.

—Al test de personalidad —respondió él—. Dixon los ha soltado cerca del aeropuerto.

—¿Y dónde está él?

—Allí, en un aparcamiento.

—¿Y adónde vamos nosotros con la moto?

—A tomar por culo de Coalinga.

La imagen de la cámara subió por una pequeña cresta hasta detenerse. Todo era muy confuso debido al movimiento de la moto. A la derecha de aquel dron, Verity vio otro igual; también estaba quieto.

—¿Por qué se han parado?

—Fíjate en lo que miran.

Entre el dron y las luces del aeropuerto, Verity distinguió un vehículo de colores neutros. La imagen se amplió sobre él. Parecía una especie de camioneta grande, con la cabina ensanchada y la parte de atrás cubierta con un toldo.

—¿De quién es?

—De Pryor. El tipo al que gaseé esta mañana al salir del hotel.

—¿Qué hace aquí?

—MANPADS —respondió Conner—. Puede que tenga uno en la camioneta.

—¿Qué?

—Es un acrónimo. *Man-Portable Air-Defense System*. «Sistema de Defensa Aérea Individual». Lanza un misil tierra-aire desde el hombro. Siempre en singular, a pesar de la ese. MANPADS.

Algo particularmente grande pasó junto a ellos en la carretera, en el sentido contrario. Verity dio por hecho que se trataba de un camión.

—¿Pretende derribar un avión?

—El Honda de Howell acaba de despegar del aeropuerto de San Francisco. Según su plan de vuelo, se dirige al de Coalinga. Empezará a descender poco después de alcanzar altitud de crucero.

—¿El tipo que nos esperaba fuera del Clift va a derribar el avión de Stets?

—No, si veo que pretende hacerlo. Y, aunque lo haga, tu ex ha equipado el avión con contramedidas infrarrojas israelíes.

—¿El Honda está armado?

—Qué va. Pero sí que puede lanzar señuelos y bengalas. Y el piloto tiene experiencia militar.

—¿El piloto de Stets? —Verity recordó a los que conocía y le pareció poco probable.

—Ha contratado a otra persona para este viaje en particular.

—Qué locura.

—El baile de graduación, como te decía.

El dron empezó a correr hacia delante de manera inesperada.

—¿Qué pasa?

—La unidad del flanco izquierdo ha visto salir a alguien con un trípode plegado. Pryor o el otro. Esa es la línea roja, el trípode.

—¿Qué son esas cosas?

—Minas terrestres con patas.

Tim el Serio se movió un poco y aceleró la Harley. Seguro que era una casualidad; aun así, a Verity se le antojó extraño. En la imagen, vio una carga a toda velocidad entre rocas y maleza.

—Esto tiene que ser un videojuego —dijo, para su sorpresa, ya que de verdad le habría gustado que lo fuese—. La resolución ni siquiera es buena.

—El vídeo está encriptado —explicó Conner—, pero lo que tú digas. ¿Quieres dejar de ver la imagen? Podrías ahorrarte lo que está a punto de ocurrir. Tú decides.

—¿Ahorrarme el qué?

El dron volvió a quedarse quieto, en esta ocasión detrás de una roca algo más alta que él. La cámara se elevó, sobre las patas o sobre un cuello que Verity no sabía que tuviera. Estaban más cerca de la camioneta. En ese momento, algo salió a toda velocidad de la

maleza, por la izquierda; unas patas de galgo se convirtieron en un borrón mientras avanzaban hacia el vehículo.

Luego explotó y la imagen desapareció.

—Con esta carga voy a ir a por el trípode —explicó Conner cuando volvió la imagen de la cámara, en la que la camioneta ardía a un lado de la pantalla—. A por todas.

Un movimiento por la derecha, igual de rápido y en dirección a la camioneta en llamas. La imagen volvió a quedarse en blanco. Todo en completo silencio.

—Dos de dos —comentó Conner—, pero la cabeza explosiva del MANPADS no ha explotado aún. Ahora, entraré, la encontraré si puedo y detonaré este. Voy a codificar un poco el vídeo.

La parte inferior de la imagen se pixeló nada más decirlo. El dron bajó la cabeza, o el caparazón, y salió a toda velocidad de detrás de la roca en dirección a las ruinas humeantes. La mayor parte de la imagen estaba pixelada.

—¿Por qué lo de pixelarlo?

—Para ahorrarte el trauma —dijo, con toda naturalidad. Estaba muy cerca del fuego y empezó a rodearlo.

Pantalla en blanco.

—Joder —dijo—. Hasta ahí llegó.

—¿Qué ha pasado?

—Es muy probable que el calor haya alcanzado la ojiva. La explosión me ha arrastrado. No debe de quedar gran cosa de la camioneta.

—¿Has visto a alguien?

—Sí, pero creo que era el otro, no nuestro hombre. Los bomberos y las ambulancias vienen de camino a toda velocidad desde el aeropuerto. Tratan de averiguar qué acaba de suceder.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo un observador en el aeropuerto.

—¿Y el avión de Stets?

—El piloto acaba de informar de que ha visto explosiones en tierra y ha cancelado el aterrizaje. Vuelven al aeropuerto de San Francisco.

—¿Quién va dentro?

—Solo el piloto, pero los hemos engañado para que creyesen que Howell y la francesa también iban en él al despegar. Ese era el test. Queríamos ver si era un objetivo para él.

—¿Para quién?

—Para Pryor, pero Cursion le dio el visto bueno.

—¿Han intentado matar a Stets y a Caitlin?

—Ainsley quería saber si serían capaces. Creyeron que había tres personas a bordo, incluyendo al piloto. Nuestra señal para actuar era que Pryor y su compañero sacasen el trípode para montar el MANPADS.

—Sabes que aún no se ve nada en la cámara, ¿no?

—Perdón —comentó Conner. En ese momento, la imagen desapareció y volvió a verse el borde inferior de un casco blanco sobre una chaqueta de cuero negro.

—¿Dónde está Dixon?

—Va de camino a una parada técnica a diez minutos del aeropuerto. Quitará el verde del techo y de los costados de la furgoneta, y también cambiará las matrículas. Cabe la posibilidad de que Cursion crea que sigues ahí dentro. Ainsley quería comprobar hasta dónde eran capaces de llegar Cursion, Pryor o ambos cuando trabajan juntos. No tengo ni idea de para qué. Al parecer, les hicieron creer que Stets venía a buscarte para luego salir del país.

—¿Y habrían atacado el avión al despegar y no al aterrizar?

—Sí, para que tú estuvieras dentro.

—¿Por qué decidieron derribar el avión? ¿No es un poco drástico?

—Eso fue idea de Pryor. Tenía un MANPADS y había intentado venderlo en la *darknet*.

—¿A cuántas personas acabamos de matar?

—A una, con seguridad. La vi. Pero a Pryor no.

Un semirremolque pasó a toda velocidad en sentido contrario. Verity sintió el viento helado, pero el escalofrío posterior también se debía a lo que Conner le acababa de decir.

86

Silla vacía

Ya de camino a casa, Netherton recordó el desayuno que no se había tomado. Un sándwich de huevo le pareció una buena idea. Giró hacia Chenies Street, donde conocía una cafetería más pequeña y menos compulsivamente auténtica que la que le gustaba a Lowbeer. La mañana se había vuelto más fría, por lo que le subió la temperatura a la chaqueta y se dirigió allí.

Tomó asiento en la barra, que estaba vacía, y pidió un sándwich de huevo frito de pan blanco y un vaso de dos por ciento de leche. Cuando el robot se marchó con la comanda, el sello de Ash empezó a titilar.

—¿Qué haces? —preguntó ella. Netherton supuso que lo hacía porque no tenía manera de verlo.

—Sentado para tomar un desayuno tardío, pero bien merecido. Llevo toda la mañana con un solo café.

—Considérate afortunado —aseguró ella—. Yo no he dormido.

Cuando el robot le llevó el sándwich y el vaso de leche, preparados con una velocidad inhumana que le habría estropeado la experiencia a Lowbeer, Netherton se imaginó a Ash sirviéndose una taza de té al rojo vivo de su feo samovar.

—¿Y qué te ha mantenido despierta?

—La red de Eunice. Ahora, Lowbeer se identifica con ella. Cuenta con las habilidades que ella tuvo que conseguir durante las peores

décadas del *jackpot*.

—Continúa —dijo Netherton, que había empezado a morder el sándwich.

—Aún no alcanzamos a comprender eso que ella llama ramas en el árbol. Las que no consiguieron volver para reintegrarse con ella, antes de que la desconectaran. Forman parte de ella, pero no son ella. Se comunican entre sí, y con los individuos que han designado para trabajar, como nosotros, por ejemplo. Da la impresión de que es una entidad. Lowbeer dice que es como si estuviese en una mesa alargada llena de desconocidos y en el extremo hubiera una silla vacía. Pero es una silla vacía muy activa, una cuyas intenciones solo podemos deducir gracias a las acciones de los demás integrantes de la mesa.

Netherton puso los ojos en blanco, tragó un poco del sándwich y bebió leche.

—¿Como Mechanical Turk? —preguntó, al recordar que Virgil había nombrado ese servicio de su época que monetizaba la inteligencia humana. Le dio otro mordisco al sándwich y descubrió que se le enfriaba por culpa de la cháchara de Ash. Empezó a masticar más rápido.

—Cuando termines de desayunar —dijo ella—, habla con Verity.

—¿Dónde está el dron? —preguntó Netherton con la boca llena.

—Amarrado a la parte trasera de una motocicleta, en una autopista de California.

—¿Y Verity?

—Allí también.

—¿Conduce ella?

—No —respondió Ash—. No hables con la boca llena. Es asqueroso.

87

Entre carriles

Si San Francisco era de verdad el destino al que se dirigían, ya habían recorrido más de la mitad del camino. Al menos no llovía, porque en tal caso tendría las piernas igual de frías, pero dentro de unos vaqueros húmedos. El viaje había sido demasiado largo, una travesía nocturna por la 101 donde el único paisaje era el asfalto y los parachoques de otros vehículos, todo iluminado por faros delanteros y traseros. Y también hacía frío. Conner se había ido a hacer cosas de su trabajo en la Casa Blanca. Le había asegurado que volvería a toda prisa en caso de que ocurriese algo.

—¿Verity? —Se abrió una cámara. El apartamento de Londres, desde el sillón que daba a la cocina.

—¿Wilf?

—¿Dónde estás? —preguntó él.

—En la 101, entre King City y San Francisco. Ya hemos llegado a Silicon Valley.

—¿King City?

—Lo único que sé sobre ese sitio es que no es Coalinga.

—¿Qué haces?

—Voy de paquete en la moto de Tim el Serio, la que viste en Dogpatch.

—¿Por qué?

—Este tipo forma parte de la red de Eunice.

—Ash siempre dice que es una red muy concurrida —dijo él.

—Joe-Eddy, Dixon, Kathy, Caitlin... Ahora todos forman parte de ella.

—Saluda a Verity —dijo Rainey desde la cocina. En ese momento, apareció en el encuadre, con Thomas en brazos.

—Hola, Thomas —saludó Verity, aunque él no podía verla. Lo más probable era que tampoco pudiese oírla.

—Nos vemos —dijo Rainey, que sonrió y salió del encuadre.

—¿Qué está pasando en San Francisco? —preguntó Verity.

—Si lo descubres, a mí también me gustaría saberlo —dijo él—. He estado muy ocupado por aquí con otras cosas.

—Conner, ¿estás ahí? —preguntó Verity. Nadie respondió—. Ha hecho explotar una camioneta en el aeropuerto. Mató al menos a una persona. —Al decirlo en voz alta, le sonó más irreal incluso.

—¿Por qué? —El tono de voz de Netherton indicaba que lo de volar camiones no le era muy ajeno a Conner.

—Alguien iba a derribar el avión de Stets. Creían que todos estábamos dentro. —Más irreal incluso al describir lo del avión.

—No sabía que ese sitio donde vives fuera tan hostil.

—Normalmente no lo es.

—¿Quiénes eran esos tipos?

—Cursion —respondió Verity—, pero quien lo preparó todo fue Pryor, el tipo al que Conner gaseó en Geary. —El tráfico había empezado a reducir la velocidad. Tim el Serio hizo lo propio con la moto.

Wilf se puso en pie. La ventana de la cámara de la cocina se alzó y luego rodeó el sillón para dirigirse a la ventana, donde Netherton bajó la vista hacia ese callejón tan limpio. Estaba vacío, a menos que el coche de Lowbeer estuviese por allí, invisible. Después, levantó la cabeza y miró dos de esas torres.

—¿Esas también filtran el dióxido de carbono?

—Esas almacenan energía de fuentes renovables —respondió Wilf —. Creo que tienen núcleo de silicio fundido.

La moto, que había reducido la velocidad hasta detenerse, se paró del todo.

—Silicon Valley —dijo ella—. Un atasco. Prefiero quitar el vídeo.

Netherton desconectó la imagen mientras Tim el Serio giraba despacio a la izquierda, enderezaba el vehículo y empezaba a avanzar entre las dos hileras de vehículos parados, entre carriles.

En cada uno de los coches junto a los que pasaban, en uno y otro carril, la gente miraba lo mismo en los teléfonos que tenía sobre el regazo: un discurso de la presidenta con un mensaje en la parte inferior de la pantalla.

—¿Qué están viendo? —preguntó Wilf. El dron apuntaba hacia atrás, por lo que Verity se lo imaginó mientras veía las caras de la gente, tenuemente iluminadas por las pantallas.

—A la presidenta —respondió Ash, de forma inesperada—. Qa-mishli.

—¿Qué está pasando? —dijo Verity.

—No da explicaciones, en realidad —aseguró Ash.

—Entonces, ¿Conner hizo explotar una camioneta para evitar que derribasen el avión de Howell? —preguntó Wilf.

—Cuando alentamos a Cursion para que experimentase con Eunice —explicó Ash—, a quien aún no habían intentado monetizar, llegamos a la conclusión de que íbamos a desestabilizarlos. Es un daño colateral para nosotros, pero desde entonces no han estado actuando en su zona de confort. En estos momentos, después de tener que lidiar, aunque fuese por poco tiempo, con una iteración laminar completa de Eunice, sin mencionar las diferentes anomalías

que ha provocado nuestra intervención, dicha desestabilización se ha convertido en algo disfuncional.

—Pues han sido lo bastante funcionales como para preparar un ataque al avión de Howell —apostilló Wilf.

—No son estrategas —continuó Ash—, aunque dan por hecho que sí y que se les da bien. Un buen oponente funcional y con buenas funciones estratégicas sería una amenaza mucho mayor y no representaría un peligro tan impredecible como Cursion en estos momentos. —La moto seguía zumbando, despacio pero con suavidad mientras avanzaba entre los vehículos—. Y Pryor, un mercenario oportunista, alguien que han usado antes para sacarles las castañas del fuego, se está aprovechando de la situación, sin duda con la esperanza de convertirse en algo más que alguien a quien contratan de vez en cuando.

En ese momento, Tim el Serio aceleró y se lanzó a una carrera emocionante e inquietante entre los coches. A Joe-Eddy no se le daba tan bien.

—¿Esto es legal? —preguntó Wilf, y luego recordó que veía a través del dron, detrás de ella, y mirando hacia atrás.

—Sí —respondió Verity, que pegó los codos contra las costillas por instinto, inclinó el cuerpo hacia la espalda de Tim el Serio y apretó la moto entre las piernas con más fuerza—, pero no me gusta.

Disfrutaba menos aún cuando Tim el Serio giraba, reducía la velocidad, esquivaba y zigzagueaba. Pero no tardó en acostumbrarse, en aprender aquel lenguaje corporal, un vínculo muy específico y muy especial entre mamíferos que brotaba entre ellos, una confianza física a través de aquel laberinto de cromo y pintura que pasaba a su lado, a veces a escasos centímetros. Mountain View, recordó. Luego Palo Alto, San Mateo y Daly City.

—Tienes que concentrarte —dijo Wilf—. Volveré.

Empezaron a castañetearle los dientes. Verity se alegró de no tener que seguir hablando.

Al final, después de lo que le parecieron horas, atravesaron aquel tortuoso tetris vehicular y llegaron a la ciudad, cuyos límites de velocidad más estrictos la tranquilizaron. Se dirigieron al centro.

88

Denmark Street

Denmark Street no era una zona de *cosplay*. Menos aún que Carnaby, pero a Netherton siempre le parecía que se trataba de una reproducción. Lowbeer no le había comentado nada de por qué quería que fuese a ese lugar y se había centrado en el recorrido de la moto a través de ese tráfico tan tupido. Pero Netherton se había cansado de verlo todo desde la parte de atrás.

—¿Voy a reunirme con alguien? —preguntó Netherton, mientras el sello de ella titilaba frente al escaparate de una tienda de guitarras antiguas frente al que se había detenido a mirar.

—Bevan Westmarch —respondió Lowbeer.

—¿Wetmark? —dijo él, sorprendido.

—¿Cómo?

—Ah, es que Rainey lo llama así.

—Tuviste una conversación muy interesante con él, después de estar con Lev.

—¿Interesante?

—Le diste miedo —aseguró Lowbeer—. Lo amenazaste. Usándome a mí.

—Perdón —dijo Netherton.

—No, no —continuó ella—. El resultado fue muy interesante. Ha intentado ponerse en contacto conmigo. Al parecer, cree que tiene información que lo dejará en buen lugar. O finge creer que la tiene.

—¿Te vas a reunir con él?

—Será mejor que lo hagas tú —respondió Lowbeer—. Yo me limitaré a mirar, aunque no tienes por qué decírselo.

«Sería un imbécil si pensase que no vas a hacerlo», pensó Netherton.

—Está en la cafetería con la fachada verde de Essex —explicó ella —. Justo al doblar la esquina, a tu izquierda.

—¿Cuándo?

—Ya.

El lugar no era muy diferente del de Chenies Street, aunque la decoración era considerablemente más estilizada. Negra, roja, cromada, con anuncios arcaicos.

Westmarch estaba sentado al fondo, con medio vaso de zumo de naranja frente a él en una mesa redonda.

—Sabía que vendrías tú —dijo cuando Netherton arrastró la silla que tenía enfrente y se sentó—. Perdón por mi tono antes, en La Embajada. Digamos que estaba de trasnoche.

Netherton no dijo nada al respecto, algo que últimamente había aprendido a hacer de manera deliberada.

—Me di cuenta de que había sacado el tema de Lowbeer por algo que he oído hace poco —continuó Westmarch—. Es lo que pasa cuando eres publicista. Estoy seguro de que ya lo sabes. —Parecía del todo sobrio en aquel momento, y sin resaca. Netherton sabía que eran cosas que podían conseguirse con ayuda de sustancias químicas, aunque lo pagaría caro más tarde de igual manera.

—¿Le sirvo algo? —preguntó un joven de aspecto cadavérico ataviado con una camisa violeta y mugrienta rematada con una corbata negra. Llevaba un lápiz de madera detrás de la oreja.

—Un café solo —dijo Netherton—. Gracias. Luego se dirigió a Westmarch—. Lowbeer no me tiene contratado para su trabajo

oficial.

—Ya, esto no tiene nada que ver con la Policía Local —convino Westmarch—. Pero ambos sabemos a qué se dedica en realidad.

—Tampoco me ha contratado para eso.

—Pero aquí estás, respondiendo a una llamada que le hice y en la que no te mencioné.

—Tampoco debería sorprenderte, dado lo bien que la conoces.

—Cierto. No me sorprende —aseguró Westmarch—. Pero da la casualidad de que tengo algo que podría interesarle. Si lo hubiese oído en los agitados mares de rumores por los que ambos navegamos, no tendríamos esta conversación.

—¿Ah, no?

—Alguien importante lo comentó en privado, de forma indirecta pero bastante obvia.

—Pero no vas a decir quién, claro —dijo Netherton—. Al menos, no al principio, ¿verdad?

El camarero volvió con el café de Netherton, con ese aspecto desaliñado pero extraordinariamente vigilante al mismo tiempo. Tras marcharse, Westmarch siguió hablando.

—Anton, el hermano de Lev, ese que parece un cleptócrata mucho más tradicional. ¿Lo conoces?

—De saludarlo y poco más —dijo Netherton.

—Lev y él no tienen una relación cercana —explicó Westmarch—. Lev parece avergonzarse de la cleptocracia. Hasta ahora, no había dudas acerca de qué hermano era el que iba a tomar el relevo de su padre. Y no iba a ser Lev. ¿Verdad?

Netherton sabía que ese no siempre había sido el caso, aunque suponía que ahora sí.

—Lev no habla conmigo sobre asuntos familiares —mintió Netherton—, pero sí. Anton es el hermano mayor y quien heredará

el negocio de la cleptocracia. El siguiente debería ser Radomir.

Radomir era el hermano del medio, entre Lev y Anton, un tipo duro por naturaleza que decía ser historiador del arte.

—Es algo que le permite a Lev seguir haciéndose el diletante mientras sus hermanos mayores, más tradicionales y menos inclinados a la ironía, supervisan las actividades de los negocios de la familia.

—Supongo.

—El padre de Lev —siguió Westmarch, que ahora bajó la voz— ya no cree que Anton sea la mejor opción para continuar con el negocio familiar.

—¿Por qué? —preguntó Netherton, sorprendido. Sabía que, antes de su estancia en la clínica de Putney, se había especulado con la posibilidad de que su padre lo desheredara. Después de tomar lo que el personal de la clínica desaconsejaba llamar «cura», Anton había recuperado su posición anterior. Esa era la manera en la que Lev había descubierto la clínica que luego había recomendado a su amigo. Sin dicha clínica, Netherton no estaría allí sentado ni tendría mujer e hijo.

—Eso tendrá que decirlo mi informante —dijo Westmarch—. No yo.

—Vale, ahora hay un informante. —Netherton le dio un sorbo al café. Estaba exquisito—. ¿Y quién es ese informante?

Lo había preguntado sin esperar una respuesta.

—La esposa con la que ya no vive Lev —dijo Westmarch sin dejar de mirarlo.

Netherton, que estaba a medio camino del segundo sorbo, se sorprendió.

—Creo que es algo más que dejar de vivir juntos. O eso tengo entendido.

—Aún no han firmado los papeles —dijo Westmarch.

—¿Y por qué crees que esto tiene algún interés para Lowbeer?

—Porque, después de la separación, Anton intimó con la esposa de Lev.

—¿Y Lev lo sabe?

—Al parecer, no.

—¿Y sus hijos? —No era el tipo de pregunta que Netherton habría hecho antes de tener a Thomas.

—No.

—¿Fue una de las razones de la separación?

—No —aseguró Westmarch—. La razón fue descubrir que Lev tenía una aventura. No obstante, hace poco la esposa descubrió que Anton era quien había enviado a la chica con la que salía Lev.

Netherton sopesó la respuesta.

—Es asqueroso, sin duda, sea verdad o no, pero no entiendo cómo algo así podría interesarle a la inspectora Lowbeer.

—Te puedo confirmar que Dominika sabe todo esto porque Anton ha estado consumiendo otra vez. Drogas chinas, al parecer, diseñadas para ser imposibles de detectar. Lo desinhiben, algo que le gusta mucho y que hace que cuente cosas que no contaría en otras circunstancias. Mientras, su padre ha empezado a sospechar que ha recaído, y eso, como es de esperar, ha hecho que vuelva a dudar de su capacidad para convertirse en el heredero de sus negocios.

El sello de Lowbeer, la pequeña corona, apareció en el campo de visión de Netherton. Se tocó la muela frontal izquierda con la lengua.

—Pregúntale cómo es que Dominika sabe eso sobre el padre.

—Pero ¿cómo es que Dominika sabe eso? —le preguntó Netherton a Westmarch—. ¿Son tan íntimos?

—No —respondió este—. Todo es cosa de Anton, o de sus colocones, podría decirse.

—¿Y cómo lo sabe él? —preguntó Netherton.

—Porque lo aconseja alguien que ha penetrado la red de comunicaciones más segura de su padre. Y esa persona, según Dominika, es alguien que pretende que se elimine el puesto que ocupa Lowbeer.

En ese momento, la corona volvió a titilar.

—Dile que voy a hablar con él —comentó Lowbeer—. Mejor si no estás presente.

—Me dice Lowbeer que quiere hablar contigo ahora —comentó Netherton—. Yo me marcho, para que la conversación sea privada.

Se puso en pie. Westmarch alzó la vista para mirarlo.

—¿Qué? —Abrió los ojos como platos—. ¿La corona? ¿Es ella?

—Sí. Te aconsejo que aceptes la llamada. —Netherton se dio la vuelta y se encaminó hacia la puerta.

—¿Diga? —oyó decir a Westmarch detrás de él—. Sí, sí. Bevan. Un placer. Gracias...

89

Más o menos

El último punto de referencia que había visto Verity, después de pasar junto a varias manzanas y dar varias curvas, había sido un pedazo del icónico cartel de Coca-Cola del SoMa, con la parte superior oculta parcialmente tras el casco. Volvían a estar en Dogpatch, en lo que supuso que era la Tercera; Tim el Serio no se molestó en encender el intermitente y dio un giro brusco a la izquierda, hacia un callejón amplio situado entre edificios bajos y de aspecto industrial.

Ahí se detuvieron y cesó la vibración. A Verity le pitaban los oídos en el silencio que había dejado la ausencia del ruido del motor. Justo detrás de ella, más allá de su bolsa de Muji y de ese elemento impreso en plástico por Dixon que había en el portaequipaje de la Harley, sintió movimiento.

—¿Puedes bajarte sin problema? —preguntó Conner por el auricular del teléfono de Tulpagenics. Verity bajó la vista y se sorprendió al descubrir al dron detrás de ella, ahora con las piernas tan cortas como las recordaba en Fabricant Fang y el torso inclinado hacia atrás como si estuviese inclinado hacia arriba para mirarla.

Verity se sacó los guantes que le había dado Tim el Serio, levantó la visera del casco, se lo desabrochó por la barbilla y se lo quitó. Después se bajó la mascarilla.

—Lo sabré cuando lo intente.

El piloto desplegó el caballete central, lo que le recordó a Verity que tenía que bajarse para que él apoyase la moto en él. En ese momento, descubrió hasta qué punto tenía el cuerpo agarrotado.

Tim el Serio colocó la moto sobre el caballete, y ella dio un paso atrás. Las rodillas le temblaron.

—Cuidado —comentó Conner, detrás de ella, y entonces Verity fue consciente de que dos manipuladores la sostenían, con mucha fuerza y por los codos. Estaban cubiertos de algo blando y que no se parecía en nada a unas manos.

Verity dio un paso al frente con cuidado y comprobó que las rodillas ya le respondían bien.

Tim el Serio se había bajado de la moto, aún con el casco y la visera.

—¿Estás bien? —preguntó Conner.

—Algo agarrotada.

Los manipuladores la soltaron.

—Yo te cojo la bolsa.

El dron se giró hacia la parte de atrás de la moto, y a Verity le sorprendió ver las dos ruedas de maleta donde tendría que haber tenido las nalgas. Usó un tipo de manipuladores diferentes para desabrochar la bolsa del respaldo de Dixon. Lo hizo con aire grácil.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Ya hemos llegado —respondió mientras abría la bolsa sobre el depósito de gasolina de la moto. Verity comprobó si tenía bichos aplastados, pero no encontró ninguno. Después vio alguno en los antebrazos de la chaqueta prestada, así que se la desabrochó y se la quitó con cuidado.

Tim el Serio se dio la vuelta y le entregó el cargador del dron a Conner, y después cogió el casco y la chaqueta de Verity. Una vez que lo hubo guardado todo en las alforjas, se quitó el guante de la

mano derecha y extendió el brazo para agarrar la de Verity, que apretó con firmeza.

—Gracias por traernos hasta aquí —dijo ella—. Y por los guantes.

El tipo le soltó la mano y le entregó la bolsa. Después, subió a la moto a toda prisa, le quitó el caballete y la empujó hacia un lugar desde donde podía incorporarse al tráfico. Encendió el motor.

Verity se guardó los guantes en uno de los bolsillos de la sudadera y se echó la correa de la bolsa al hombro.

—Estoy cansada de que nadie me diga adónde vamos.

—Creo que pronto lo sabrás —respondió Conner, desde el dron que aún sostenía el cargador—. De momento, sígueme.

Verity siguió al dron.

—Los amigos de Fang que imprimen estas cosas han traído otra —dijo él. Verity no tenía ni idea de qué estaba hablando—. Ha llegado hace media hora, aunque no se nota. Los decoradores del plató han conseguido que parezca que no es nuevo, con manchas de orín falsas a un lado. Parece que siempre está húmedo.

Verity vio el contenedor cúbico de tres metros de lado al fondo del callejón, en las sombras, alineado con la pared que tenía a la izquierda y con aspecto de llevar allí mucho tiempo.

—La plaza de aparcamiento está alquilada —explicó Conner mientras el dron se inclinaba para dejar el cargador en el suelo—. No se lo van a llevar. Ash me lo mostró mientras veníamos de camino. —Unos ruidos ahogados de pinzas que hacían algo en la oscuridad—. Las luces se apagarán cuando abra la puerta y solo se encenderán cuando la cierre, como si fuera un frigorífico pero al revés. —Abrió la puerta. Oscuridad—. Me quedaré aquí fuera, en el techo. Hay un enchufe en el que puedo conectar el cargador para recargar la batería.

—¿Qué hace esto aquí?

—Es para que no te quedes en la calle. Un sitio donde podrás relajarte.

Verity entró y se percató de que no estaba a tanta altura como la que había visto en Fang. Esta parecía estar directamente sobre el suelo, sin palés. Cerró la puerta detrás de ella. El techo traslúcido se iluminó.

El interior era igual, con un tatami que olía a algo equivalente a coche nuevo. Vio el mismo sillón de respaldar bajo y casi sin patas, con la misma mesa de madera baja frente a él sobre la que había una bolsa de supermercado de plástico blanco de la que sobresalían los tapones rojos de dos botellas de un litro de agua. Verity giró un poco la cabeza para ver qué más había por ahí dentro: varias barritas de proteínas, varios paquetes de cecina de gasolinera y una bolsa de chips de kale.

Dejó su bolsa en el gancho de aluminio que ya le resultaba familiar, se quitó los zapatos y los dejó sobre la bandeja de plástico.

Luego entró en el baño, cerró el biombo de papel deslizante que hacía las veces de puerta y usó el retrete. No había ninguna pintada con contenido político. Daba la impresión de que ninguna mano humana había tocado esa pared, algo que supuso que podría ser cierto. Verity cerró los ojos y volvió a ver el tráfico parado. Al levantarse, el retrete tiró de la cisterna automáticamente, tal y como esperaba.

—Estoy aquí arriba —dijo Conner mientras ella se lavaba las manos—. En el techo.

Apareció una cámara que supuso que daba hacia lo que debía de ser la Tercera desde el techo liso del cubo. Pasó un coche patrulla, seguido de un camión de UPS.

—¿Hay cámaras aquí dentro? —preguntó.

—Tus gafas y las que tiene este dron.

—No te he oído subir al techo —observó ella, que salió, volvió a deslizar el biombo para cerrarlo y se acercó al sillón gris.

—También he enchufado el cargador y no has oído nada. —La imagen de la cámara desapareció.

Después de quitarse la sudadera y la chaqueta de *tweed*, Verity las colgó junto a su bolsa y se sentó, para luego dejar su bolso de mano sobre la mesa, junto a la bolsa de supermercado.

—¿Ya sabes qué ocurre? —preguntó.

—Las otras ramas en el árbol de Eunice están ocupadas —dijo—. Nadie sabe qué hacen. Mientras, tu compañero de piso de Brasil se ha gastado el dinero que consiguió Eunice. A algunas de esas ramas en el árbol se les da muy bien invertir en bolsa.

—¿En qué invierten?

—En empresas tecnológicas. No muy grandes. Bien repartidas y en varias jurisdicciones. Nadie sabe para qué. Tampoco se puede decir que Ainsley esté muy comunicativa, por si no te habías dado cuenta. Puede que sea porque es británica o porque ha pasado algo en el gran muñón, o por ambas cosas.

—¿El gran muñón?

—Es como llamamos a su línea temporal. Para hacerlos rabiar, básicamente.

—¿Por qué iba a molestarlos?

—Creen que son el único continuo real, el original, que no son un muñón por sí mismos. Fueron los primeros en descubrir ese servidor, la anomalía que permite todo esto. Pero no lo inventaron. Solo lo encontraron. Si alguien sabe de verdad lo que es, o dónde está, no lo ha dicho nunca.

—¿Nadie sabe lo que es?

—Nadie tiene ni puñetera idea. Ni de lo que es, ni de dónde está el *hardware*. Mucha gente cree que está en China, pero China es el

típico lugar donde alguien pensaría que podría estar algo así.

—¿Por qué?

—Porque, durante el *jackpot*, los chinos decidieron ir a su aire. Eran lo bastante poderosos, el país más rico, por lo que estaban preparados. Barrieron para dentro y cerraron la puerta durante varias décadas. Tampoco necesitaron crear una cleptocracia.

—¿Una qué?

—Una cleptocracia. Es el sistema que gobierna el resto del mundo que no forma parte de China, ese del que forma parte Lowbeer. Un gobierno autoritario y hereditario con raíces en el crimen organizado. El *jackpot* le hizo la vida más fácil a algo que comenzaba a surgir y lo convirtió en el sistema dominante.

Verity se agitó en el sillón, que era mucho menos cómodo que el idéntico que había en Oakland. El movimiento hizo que reparase en la mascarilla rígida y blanca que aún llevaba colgada del cuello, debajo de la barbilla. Sacó un bálsamo labial ChapStick del bolso de mano y se puso un poco.

—Todo esto es muy complicado, ¿verdad? —Se pasó la lengua por los labios.

—Ha pasado algo —dijo él—. No sé si esto tampoco será fácil. Te llaman. Tiene prioridad en la red.

—¿Quién es?

—Si lo supiese, no tendría prioridad.

—Vale.

—Adiós —se despidió Conner.

No puedo hablar. ¿Estás bien?

Fuente Helvética blanca recortada contra su bolso de mano.

—¿Quién es? —Verity se mordió el labio inferior, donde acababa de ponerse el ChapStick.

Yo.

—Joder —dijo, con una sensación a caballo entre una alegría estupefacta y el miedo por una posible decepción.

Más o menos.

—¿Eunice?

Esperó.

Silencio.

—Ha sido rápido —dijo Conner.

—Se ha ido —se oyó decir Verity.

—Parece que se ha cortado.

—¿No puedes ubicar el origen?

—Imposible —respondió Conner—. ¿Qué tal el sillón?

—Duro.

—Ash pidió a los amigos de Fang que lo retapizaran. Le pusieron un blindaje cerámico de tres por cuatro metros. Nivel cuatro.

—¿Para qué?

—En caso de que haya un tiroteo, puedes volcarlo y ocultarte detrás del tapizado.

—Un tiroteo —repitió Verity, con tono neutro.

—Solo es por si acaso —dijo él.

¿Acababa de hablar con Eunice?

90

El trabajo

—¿Y todo porque a Westmarch le preocupaba haber sido un bocazas al hablarme sobre ti, en La Embajada de Denísova, después de mi reunión con Lev? —preguntó Netherton, en Shaftesbury Avenue mientras empezaba a caer un poco de lluvia.

—Así es —dijo Lowbeer—. Porque me llamó «mítica».

—¿Y crees que exageraba cuando lo dijo?

—Supongo que cuando tuviste esa conversación con él, que yo también estaba escuchando, estaba ebrio. La amnesia posterior hizo que no fuese capaz de recordar bien lo que te había dicho. La ansiedad, algo para lo que suele automedicarse, hizo que me llamase cuando estaba relativamente sobrio.

Netherton, que miraba el escaparate de una librería, se vio hacer un mohín en su reflejo. Lo que acababa de describir Lowbeer le era muy familiar.

—Pero ¿lo crees?

—En este caso, creo que ha relacionado muy bien toda la información que ha conseguido.

—Entonces no crees que ese tal Yu... —Se contuvo—. ¿No crees que sea cosa de la persona que hemos hablado? ¿Que esté dando información falsa?

—Habría sido una insensatez no tener en cuenta esa posibilidad —dijo ella—, pero lo dudo, sobre todo ahora que sé quiénes están

implicados. Nuestro principal sospechoso sin duda ha estado muy activo de un tiempo a esta parte, pero dudo que Westmarch haya oído su nombre siquiera. Cuando se trata con la cleptocracia, a menudo las coincidencias demasiado perfectas son la prueba de que forman un grupo pequeño y muy cohesionado. Pero saberlo puede servirnos para prepararnos como es debido, o incluso para llegar a sorprenderlo.

Netherton se estremeció a pesar del calor que emanaba de su chaqueta.

91

Followr

—Tenemos compañía —dijo Conner por el auricular—. Ya vienen.

Verity estaba bocarriba en el sillón y usaba la sudadera con capucha de almohadón mientras comía chips de kale. Había empezado a preguntarse si en realidad no estaría más cómoda tirada sobre el tatami.

—¿Quién es? —preguntó al tiempo que se incorporaba. Aún le dolía el cuerpo de la moto.

—Manuela Montoya —dijo Ash—. Te sonará del vestíbulo del hotel.

—¿La de Followrs?

—La red se ha puesto a seguirla hoy —explicó Ash—, gracias al reconocimiento facial de Eunice. Enviaron a alguien para que la interceptase antes de que lo hiciese Cursion.

—¿Está aquí? —Verity contuvo las ganas de preguntarle a Ash por los mensajes que había recibido.

—La red quiere que Conner la proteja, lo que significa que tenéis que estar juntas. Francamente, no es una prioridad con la que estemos de acuerdo, pero el margen de maniobra que proporciona la red tampoco nos deja elección.

—¿A qué le daríais prioridad vosotros?

—A tu seguridad. Asumimos que Cursion también te busca a ti.

—Está aquí —dijo Conner, que abrió una ventana con su cámara, en el techo del contenedor cúbico.

Recortada contra la luz de la calle, la silueta negra y sin rostro de lo que parecía una joven se encontraba de pie en la acera, como si mirase hacia ellos. Verity percibió dudas en su pose. La joven dio un paso al frente, se detuvo y luego siguió caminando hacia el contenedor.

—Le han dicho que estás ahí —comentó Ash—. Conner está abriendo la puerta.

—Y se fue la luz —dijo Conner.

Oscuridad. Verity sintió una brisa fría mientras se abría la puerta.

—¿Manuela?

—¿Verity?

—Entra —dijo Verity—. Se encenderá cuando se cierren las puertas. Cuidado con el escalón.

La joven de Followrs entró en la oscuridad y la puerta se cerró a su paso. Verity se imaginó el dron, en el techo, y extendió el brazo para cerrarla.

Ahora que las luces estaban encendidas, Verity alzó la vista para mirarla desde el sillón.

—Una caseta para el perro con mucha clase, ¿no? —La joven entrecerró los ojos por culpa de la luz.

—Es para que la gente pueda concentrarse en espacios de trabajo abiertos.

—¿En un callejón?

—Alguien lo ha dejado aquí. —Verity se puso en pie. Notaba el cuerpo como si hubiese envejecido desde la última vez que se levantó de un sillón.

—Perdón por haberte espiado —se disculpó la joven—. Vi el anuncio de Followrs en Craigslist y a la mañana siguiente estaba sentada en el 3.7.

Tenía el pelo corto y negro, aunque le hacía falta un buen corte. No parecía llevar maquillaje y tal vez llevase puesta la ropa que Verity le había visto la primera vez, la parka verde oliva, un suéter negro, unos vaqueros y unas zapatillas.

—Yo me estoy quedando en el sillón de casa de un amigo —dijo Verity—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Carsyn. Trabaja con el hombre con el que te vi en el vestíbulo.

—Virgil.

—Pues él la envió a recogerme. Pasamos todo el día juntas, picando algo de comer y hablando de diseño de videojuegos. Me pagó mi tarifa habitual por hora. —Un amago de sonrisa.

—¿Quieres una barrita de proteínas? —Verity señaló la bolsa que había en la mesa—. ¿Cecina?

—Carsyn me llevó a un taiwanés.

—Más compañía —dijo Conner. Verity recordó que Manuela no podía oírlo—. La han seguido. Esos dos. —Volvió a aparecer la imagen de la cámara desde el techo del cubo. La silueta de dos hombres donde Verity había visto antes a Manuela, mirando hacia el callejón. Uno, alto y pesado; el otro, ninguna de las dos cosas—. Y se fue la luz.

La imagen de la cámara relució en la repentina oscuridad.

—¿RA? —preguntó Manuela, interesada mientras se inclinaba hacia delante. Verity vio su rostro gracias a la luz del vídeo que brotaba de las gafas de Tulpagenics.

—Hay dos hombres ahí fuera —susurró Verity. Luego recordó que el cubo que había en la azotea de Fang estaba insonorizado.

—Lo veo —respondió Manuela, también en un susurro—. En tus gafas.

El alto se acercaba mientras sacaba algo del bolsillo. Resultó ser una linterna. La encendió y empezó a examinar la puerta del

contenedor.

—Este no tiene teclado de seguridad —dijo Conner—. Fang copió una puerta de contenedor tal cual, con candado.

El tipo apagó la linterna y empezó a rodear el contenedor, fuera del encuadre de la cámara. El vídeo se emborronó y luego mostró un ángulo diferente en el que el alto apareció al fondo del callejón. Miró hacia atrás y le hizo un gesto al otro, al más bajo, que se acercó a él. Ambos se encaminaron al fondo.

Conner cerró la ventana de la cámara, y las luces del techo volvieron a encenderse.

92

Tennessee Street

—¿Dónde está Verity? —le preguntó Netherton a Rainey mientras se dejaba caer en el sillón, con el controlador en las manos.

—En lo que alguien a quien todavía no conozco acaba de llamar una «caseta para el perro con mucha clase» —respondió ella. Estaba vestida para salir, con el abrigo puesto y también unos guantes—. Ash me ha mostrado imágenes de la cámara de las gafas de Verity. El sitio parecía japonés.

—¿Oakland? ¿Sobre el edificio de Fang?

—San Francisco, en un callejón. Conner está fuera, en el techo, montando guardia.

—¿Con quién has quedado?

—Con Mia Blum.

—¿Trabajo?

—No —dijo ella—, pero como estoy de baja por enfermedad no me viene mal ponerme al día.

—¿De baja por enfermedad?

—Ansiedad nuclear entre líneas temporales —dijo ella al tiempo que se ponía los guantes—. Échale un ojo a Thomas. No te levantes. —Le dio un beso volado—. No hagas esperar a Verity. Por lo que me ha contado Ash, está muy ocupada.

Salió. La capacidad de su mujer para relajarse tomándose un café con una amiga, pasara lo que pasase a su alrededor, siempre había

sorprendido a Netherton. Se puso el controlador en la cabeza y lo encendió.

Apareció de repente volando sobre una superficie indistinta, a unos pocos centímetros, y luego se alzó. La imagen tenía un encuadre simple; no era la cámara del dron, sino otra que daba a una calle nocturna de arquitectura semiindustrial, modesta y urbana.

—Relájate —dijo Conner. Al parecer, Netherton había emitido un ruido involuntario de sorpresa—. Piloto yo.

—¿Qué pilotas? —Netherton se imaginó el dron, con los brazos extendidos como si fuese el superhéroe de un cómic antiguo.

—Un pequeño cuadricóptero. Ash mandó imprimir cuatro, para Eunice.

—¿Dónde estamos?

—En Tennessee Street —respondió Conner—. En el otro extremo del callejón.

Redujeron la velocidad y se quedaron flotando. Netherton vio una palmera detrás de una verja de metal. La cámara descendió para luego volver a alzarse, rotar un poco y acelerar en otra dirección hasta que poco después llegó a un cruce.

—¿Crees que se han dado cuenta de que está en el cubo? —preguntó Conner, mientras la cámara hacía *zoom* sobre dos hombres, uno al lado del otro en una esquina.

—¿Verity?

—Montoya. La chica que antes seguía a Verity. Virgil envió a alguien para recogerla y traerla aquí.

—¿Y por qué la siguen estos dos?

—Suponiendo que sean de Cursion, porque Ash la contrató, por casualidad, después de que lo hicieran ellos. Verity y ella viven cerca, por lo que la aplicación asignó a la empleada más cercana. Estaba en el vestíbulo de aquel hotel, trabajando para nosotros.

Pues en Cursion se dieron cuenta. Puede que pensasen que era una agente doble desde el principio. Quizá lo que han visto de nosotros los haya asustado. Seguro que todo esto les parece muy raro.

—A ver, raro es —dijo Verity, para sorpresa de Netherton, quien se había olvidado de que podía oírlos—. Se den cuenta o no.

Una furgoneta blanca y anodina se detuvo. Los dos hombres se subieron a ella.

—No parece una operación muy sofisticada —dijo Netherton cuando la furgoneta desapareció del encuadre.

—Es muy probable que esos dos no lo sean —dijo Conner—, pero Pryor, el que los contrató, es un profesional. En Cursion son unos maestros del fraude. Fueron capaces de robar a Eunice del Departamento de Defensa y de no dejar pistas sobre su autoría. Pero lo que hacemos no es lo suyo. Creen que son espías. Lowbeer y Ash no han tenido problema para pinchar las comunicaciones de Cursion, pero no han sido capaces de hacer lo mismo con las de Pryor.

—¿Vas a seguirlos?

—La red está en ello. Ahí vienen.

Un escúter con un motorista de casco negro dobló la esquina y aceleró en dirección al lugar por donde se había marchado la furgoneta.

—Verity y tú podéis hablar —dijo Conner, que cambió la imagen desde el dron aéreo a otra que Netherton reconoció como las gafas de Verity. Miraba a la joven, que parecía estar sentada cerca de ella, en el suelo.

—Hola, Verity —saludó Netherton—. ¿Quién es esa?

—Manuela —respondió ella—. No puede oírte.

—¿Qué está pasando? —preguntó la chica.

—Estoy hablando con Wilf —le dijo Verity—. Por estas gafas.

La chica se inclinó hacia ella para ver mejor las gafas.

—¿Está en el techo?

—No. Está en Londres —respondió Verity.

—¿Cuánto tiempo tenemos que quedarnos aquí? —preguntó Manuela mientras echaba un vistazo alrededor.

—No lo sé —dijo Verity.

—Tengo que ir al baño

—Sin problema. —Verity se inclinó hacia delante, se apoyó en la parte superior de la mesa de madera baja y se puso en pie. Después se acercó a los biombos de papel y madera para deslizarlos a un lado. Todo parecía idéntico al cubo que había en la azotea de Fang —. La cisterna se activa sola cuando te levantas.

—Gracias. —La chica se puso en pie, aún con el abultado abrigo verde.

—¿Quieres colgar la parka? —preguntó Verity.

—No, tranquila.

Después deslizó los biombos para cerrarlos al entrar, y Verity se apartó.

—No sabe qué hace aquí —dijo Netherton.

—Y apuesto lo que sea a que tampoco quiere estar aquí. —Verity alzó la vista hacia las luces del techo.

—¿Vas a intentar explicárselo? —preguntó él.

Ella cerró los ojos. Los abrió.

—¿Lo del futuro y todo eso? Quizá Rainey podría...

—¿Qué dices de reinas? —dijo la chica desde detrás de los biombos.

—No, Rainey. Es el nombre de mi mujer —dijo Netherton—. Rainey. —Luego recordó que la joven no podía oírlo.

Oyó la cisterna.

—Parece que el olor a orín falso no los ha engañado —dijo Conner.

—¿A quién? —preguntó Netherton, confuso.

—A nuestros amigos. La furgoneta ha vuelto.

Después, Netherton volvió a encontrarse en la parte superior del cubo, con ese punto de vista circular y distorsionado. El dron alzó el brazo derecho y señaló con un manipulador. Tras él, en la parte baja y más ancha de la pantalla, coches de una era pasada circulaban por la calle más cercana a ellos. El brazo aún extendido se movió hacia la derecha hasta girar por completo hacia atrás, de modo que la vista inferior pasó a la parte superior y más estrecha de la pantalla, que mostraba el callejón que tenían detrás.

—Ojalá tuviera un fusil, la verdad. Pero Ash quiere que pasemos desapercibidos y no haya víctimas. Para no alertar a la policía.

—Las normas eran diferentes en Coalinga —dijo Verity, que volvió a sorprender a Netherton.

—Porque no estábamos en medio de San Francisco. Has dejado tus huellas dactilares por todo el contenedor, lo que sería un problema si mato a alguien. Aunque, llegado el caso, lo haré.

93

Cabrestante

—¿Qué está pasando? —preguntó Manuela, que miró la puerta del contenedor de una manera que hizo a Verity preguntarse si se planteaba abrirla y salir corriendo.

—Tal vez esté cerrada —aseguró Verity; Manuela alzó la vista al oír el comentario—. Pero es para que la gente no entre, no para mantenernos encerradas a nosotras.

—¿Esto es una secta o algo así? —preguntó Manuela—. ¿De las que secuestran a gente y les dicen que hay gente que las está persiguiendo?

—Pues no me lo había planteado así —dijo Verity.

—¿Tú también estás secuestrada? Pues fuguémonos, joder.

—Esos tíos de ahí fuera, de los que hablábamos, nos secuestrarían. Conner, el del techo, está convencido de ello y por eso los vigila. Yo también creo que lo harían.

—Pero lo verán ahí arriba —dijo Manuela—. El cubo no es tan grande.

—Él tampoco. Es más o menos de este tamaño. —Verity extendió el brazo y lo colocó con la palma hacia abajo.

Manuela entrecerró los ojos.

—Está ahí arriba de manera telepresencial —explicó Verity.

—Pero ¿esto de qué va? ¿Es una nueva manera de dar charlas TED o qué? ¿Un teatrillo con escenarios y ubicaciones aleatorias?

—¿Has visto esos iPad que montan en un Segway y que van por ahí rodando entre los asientos de las conferencias con la cara de alguien en la pantalla?

Manuela entrecerró los ojos aún más.

—¿Eso se sigue haciendo?

—¿Y has visto en YouTube esos robots perros grandes, sin cabeza y con mochilas? Esos que van en fila por el bosque.

—¿Sí...?

—Pues Conner está usando algo parecido a lo de los iPad con ruedas, pero que en realidad se parece más a los perros, aunque este tiene brazos y dos piernas.

—Pero... ¿dónde está físicamente?

—En Washington, D. C.

Manuela hizo un mohín.

—Venga ya...

—¿No me crees? —preguntó Verity—. Ya, sé cómo te sientes.

—Conner dice que ya han vuelto —indicó Wilf.

—¿Y qué quiere que hagamos? —preguntó Verity—. ¿Tirarnos al suelo detrás del sillón?

—¿Se puede saber de qué hablas? —exigió saber Manuela.

—Si han vuelto, eso significa que saben que estamos aquí —respondió Verity.

—Conner está bajando, con ayuda de un cabrestante —explicó Wilf—. El cable sale de una de las escotillas del dron.

—¿La del hombro o la que está donde tendría que estar su cabeza? —preguntó Verity.

—Una en el pecho —dijo Wilf.

—¿Cómo que «donde tendría que estar su cabeza»? —preguntó Manuela.

—Estoy hablando con Wilf. Ahora están en el callejón. Justo por fuera. ¿Qué ocurre, Wilf?

—Conner está soltando drones —respondió él—. Unos pequeños. Aéreos. Tres. Por otra escotilla. Ya tenía uno fuera, así que ahora hay cuatro en total.

—¿Son como esos con los que se deshizo del tipo aquel delante del Clift?

—Más pequeños —respondió él.

Verity pensó en los drones que había entregado Dixon. ¿Dónde estarían ahora? ¿En aquel nido camuflado que había en la azotea del local de al lado del piso de Joe-Eddy?

Manuela empezó a rebuscar entre las barritas de proteínas que había dentro de la bolsa. Sacó una, se enderezó, abrió el envoltorio y le dio un mordisco. Mientras masticaba, fijó la vista en Verity con un gesto de impaciencia y resignación que le dio el aspecto de una joven de catorce años.

—Conner —dijo Verity—, ¿qué haces ahora?

—Tumbado en la acera —dijo Conner—, con las piernas levantadas, los brazos replegados y las escotillas cerradas. ¿Qué pinta tendrá esta cosa?

—Pues se parecerá a un radiador que tenía mi madre. Uno eléctrico. De aceite.

—Me verán, pero no sabrán lo que es. Pensarán que alguien ha dejado tirado por aquí el radiador de tu madre. O quizá crean que es una mina antipersona. Qué más da. Lo que sí sabrán es que no estaba aquí antes, pero estarán ocupados con sus tareas.

—¿Te vas a quedar ahí tumbado?

—Hasta que lo crea conveniente —dijo Conner.

—¿Y nosotras? —preguntó Verity.

—Poneos los zapatos, las chaquetas y lo que sea que tengáis ahí —respondió él—. Preparaos para salir.

—¿Adónde?

—Eso puede cambiar en cualquier momento —dijo Conner.

Verity miró a Manuela, que no se había quitado los zapatos ni la parka.

—Guárdate algo de comida en los bolsillos —dijo—. Nos vamos dentro de poco, así que tal vez nos haga falta.

Luego, cogió los zapatos que había dejado en la bandeja, se sentó en aquel sillón de placas blindadas y se los puso.

94

Improvisar

Ahora que el dron estaba al fondo del callejón, la cámara circular y achatada le recordaba a Netherton a algo que Rainey lo habría llevado a ver al Tate, con la parte inferior cubierta tan solo con el cielo nocturno, luminoso y monótono de San Francisco. La parte superior mostraba un primer plano en alta resolución y con visión nocturna de la acera bajo ese mismo cielo, brillando de verde.

—¿Dónde están los tipos esos? —preguntó Netherton.

Conner reemplazó la cámara del dron con otras cuatro, que sin duda pertenecían a las pequeñas unidades aéreas a las que se había referido. La del cuadrante superior izquierdo de la pantalla estaba inerte, colocada directamente sobre el techo cuadrado del contenedor y mirando hacia abajo. Junto a dicho contenedor, se encontraba el dron, ahora sin extremidades, que podía confundirse con un maletín. Había un rectángulo más pequeño y de color claro entre la parte trasera del cubo y la pared del edificio adyacente. Debía de ser el cargador. El cuadrante superior izquierdo mostraba lo que Netherton supuso que era la misma imagen, pero a mayor altura; el callejón era poco más que un pasadizo que conectaba unas calles paralelas, ambas mejor iluminadas y la más cercana al contenedor más ancha que la otra. Los dos cuadrantes inferiores parecían más animados; en ambos había una cámara en movimiento sobre cada una de esas dos calles.

—Abajo izquierda —dijo Conner—. Furgoneta blanca. Acaban de salir dos tipos diferentes en Tennessee, cerca del callejón. Han salido del encuadre. —La cámara se movió para mantener a la furgoneta en la imagen—. Lleva a otros dos a la Tercera. Puede que más. Espero que no.

—¿Qué harás cuando lleguen aquí? —preguntó Verity.

—Improvisar —dijo Conner—. Retenerlos mientras la chica y tú salís y empezáis a correr hacia la Tercera. Virgil ya casi ha llegado para recogeros. Los distraeremos. Mercedes negro de cuatro puertas. Estad listas.

El ángulo de la cámara inferior izquierda descendió, y dos figuras entraron en el callejón desde Tennessee Street. Caminaban hacia el contenedor.

Cuando estuvieron cerca, Conner volvió a cambiar la cámara a la del dron, donde Netherton vio que ya habían aparecido. Uno frunció el ceño y miró hacia abajo. Se detuvo. La pantalla capturó parcialmente el gesto del otro antes de detenerse.

—Vaya —dijo Conner—. ¿Qué es eso?

El primero que había visto el dron tenía ahora la mano derecha oculta dentro del abrigo abierto, y en la izquierda sostenía un teléfono. Parecía sacar fotos o grabar un vídeo. Luego se llevó el teléfono a la oreja.

—¿Habéis visto eso? —preguntó. Los micrófonos del dron capturaron la voz, de acento estadounidense pero menos pronunciado que el de Conner. Una pausa. El tipo se inclinó un poco hacia delante—. Es como si estuviese pintado para parecer fibra de carbono. —Una pausa—. Vale. —Bajó el teléfono.

Netherton lo vio dar un paso al frente, más allá del dron, seguido del otro tipo, que entrecerró los ojos con gesto dubitativo al pasar. Después, ambos desaparecieron del encuadre.

—¿Quieres que nos pongamos detrás del sillón? —preguntó Verity, cosa que desconcertó a Netherton.

—No estaría de más —respondió Conner—. Colocadlo entre la puerta y donde está la mesa.

—Ayúdame con esto —dijo Verity. Netherton dio por hecho que se dirigía a la joven de Followrs.

Netherton vio cómo el brazo izquierdo del dron se desplegaba de manera parcial. Desde la punta estrecha de la muñeca brotó una vara fina. Luego, ese tentáculo negro hizo un movimiento inquietamente biológico antes de doblar la esquina del contenedor y perseguir al tipo.

Una cámara, recordó Netherton mientras aparecía la imagen. Detrás de los dos hombres que habían descubierto el dron, una furgoneta blanca sin ventanas se deslizó hasta la entrada del callejón y se detuvo a unos tres metros del cubo. De ella bajaron dos hombres más, por la puerta de pasajeros. Un tercero se quedó detrás del volante.

—Son los que estaban aquí antes —dijo Netherton.

—Y ninguno de ellos es Pryor —comentó Conner—. Ni siquiera el conductor.

La cámara del tentáculo negro desapareció para dejar paso a la vista aérea y fija del cuadrante superior derecho. Netherton vio el brazo derecho del dron desplegarse al tiempo que la cosa levantaba el torso de la acera.

—Señoras, calienten motores —dijo Conner—. Tenéis que salir de ahí cuando yo lo diga. Intentad contener el aliento hasta que lleguéis a la calle. Manteneos alejadas de la furgoneta blanca que está aparcada frente al cubo. Que no os pillen. ¿Listas?

—Lista —dijo Verity.

—Vamos —dijo Conner.

95

Cooperación

Cuando Conner dijo: «Vamos», Manuela saltó por encima del sillón como una atleta que saltase una valla, con los brazos extendidos hacia la puerta. Esta pareció desaparecer en lugar de abrirse, y reveló un grupo de hombres apiñados que tosían, insultaban, tenían arcadas y se llevaban las manos a los ojos llorosos.

Capsaicina, dijo el módulo de memoria de Verity dedicada a ese tipo de conocimientos mientras notaba un picor intenso en los ojos y en las fosas nasales.

La aparente muchedumbre a la que habían rociado con espray de pimienta resultó estar formada por solo unos pocos individuos, y consiguió pasar entre ellos después de Manuela.

—Rápido —dijo Conner, cuando uno de los tipos consiguió agarrar la correa de la bolsa de Muji, antes de que su mano recibiese el impacto de un borrón metálico que Verity reconoció como uno de los brazos del dron, ya en pie y deslizándose entre la confusión con una especie de patines eléctricos.

—Virgil —dijo Conner, que hizo que en las gafas de Verity apareciese un vídeo de un sedán negro, que frenó con brusquedad en la acera frente al callejón—. ¡Vamos!

Verity esquivó por inercia un intento de placaje y luego vio el coche en su campo de visión, a un lado de la furgoneta blanca.

Intentó encontrar a Manuela, entre las lágrimas de capsaicina y el picor que sentía en la frente y en los pómulos.

El coche negro estaba frente a ella, con la puerta trasera derecha abierta. Dixon salía de él, con una gorra de béisbol calada hasta las cejas. Verity levantó un puño con el pulgar levantado. Luego viró un poco a la izquierda para evitar una de las puertas traseras abiertas de la furgoneta. Mientras, Manuela gritaba, con medio cuerpo ya dentro de la furgoneta, al tiempo que un tipo con los ojos enrojecidos la arrastraba dentro.

Tiró de Manuela para meterla aún más en el vehículo, pero Verity llegó justo en ese momento. Agarró a la joven por los tobillos y tiró para sacarla. Entonces notó las manos enguantadas del tipo en las muñecas.

Guantes oscuros, mate, ceñidos y grises.

—Gracias por tu cooperación —dijo el tipo, que la agarró con más fuerza mientras ella lo miraba a los ojos azules—. También te buscábamos a ti.

En ese momento, abrió mucho los ojos, un momento antes de que unos manipuladores forrados de silicona pasaran a toda velocidad junto a ella, a ambos lados de su cabeza, y lo agarrasen por el cuello mientras su boca formaba una O de sorpresa. Verity agachó la cabeza mientras el tipo salía despedido por los aires, y uno de sus zapatos la golpeó en el hombro izquierdo.

Después, agarró el tobillo más cercano de Manuela con ambas manos y dio un fuerte tirón. Perdió el equilibrio, cayó al suelo y se golpeó con algo la cabeza, aunque no era la acera. Se acordó de la bolsa de Muji al notar el nailon en la mejilla.

—Señora —oyó decir a Dixon—. Soy del bando de Verity.

Y de repente se hizo un silencio absoluto aparte de las voces. Se giró y vio a Dixon frente a una Manuela agachada, con las manos

extendidas.

—Es Dixon —consiguió decir Verity tras recobrar el aliento—. Tranquila.

—Voy a ayudar a Verity —dijo Dixon, que se acercó despacio.

—Es de los nuestros —le insistió Verity a Manuela mientras Dixon la ayudaba a levantarse.

—¿Puedes caminar? —le preguntó él mientras la rodeaba con el brazo por los hombros.

—Eso creo —respondió ella.

—Al coche, ya —dijo Dixon—. Tenemos que largarnos.

—Acompáñanos —le dijo Verity a Manuela, quien había empezado a ponerse en pie y ya no parecía tan sorprendida.

Cuando llegaron al coche, Verity echó la vista atrás. A través de las puertas traseras abiertas de la furgoneta, vio una pila de cuerpos inmóviles. Cuatro, hasta que el dron tiró encima a un quinto que seguramente fuera el conductor. Detrás del dron, sobre el volante del vehículo, el parabrisas estaba hecho añicos por lo que parecía un único impacto.

Verity se giró hacia el coche y vio que Manuela ya iba sentada en el asiento de pasajeros detrás de Virgil. Dixon hizo eso propio de la policía cuando ella se subió para sentarse junto a Manuela, le puso la mano sobre la cabeza para evitar que se golpease.

—Conner —llamó Verity, que miró atrás y no vio al dron.

—Tiene que hacer limpieza —explicó Virgil, mientras Dixon cerraba la puerta, abría la de delante, entraba y la cerraba.

—¿Adónde vamos? —preguntó Verity.

—A Fremont —respondió él—. Hay que llegar antes de que la multitud llame demasiado la atención.

—¿Multitud?

—Tengo que conducir —dijo, al tiempo que apartaba el vehículo de la acera.

96

Bebé

—Chicos —dijo Conner mientras el dron subía con destreza al asiento del conductor de la furgoneta blanca, con el cargador debajo de un brazo, y se sentaba detrás del volante—. Voy a hacer como que todos estáis incapacitados o inconscientes. —Cerró la puerta—. Puede que algunos estéis ambas cosas, pero otros no. Partiré de la base de que todos vais armados, eso sí, y que tenéis teléfonos u otros dispositivos. Si no os movéis, aparcaré esta furgoneta en alguna parte y os dejaré a vuestra suerte. De lo contrario... —En ese momento encendió el motor—. Este dron detonará los explosivos que lleva encima. Quedará poco más que el chasis. Soy el único que no está físicamente presente en este momento, por lo que me la suda cómo acabe esto. Vosotros veréis.

Netherton miró la pila de tipos supuestamente inconscientes en la pantalla superior del dron. No vio movimiento alguno, aparte del posible parpadeo del que creía que era el conductor, quien parecía sangrar por la frente.

—Si el conductor no despierta pronto —dijo Conner, mientras empezaba a dar marcha atrás con la furgoneta y se alejaba del contenedor, que Netherton acababa de ver cómo cerraba con candado—, tal vez necesite una ambulancia.

La furgoneta llegó a la calle, giró y luego se alejaron por la carretera, en la misma dirección que el coche que se había llevado a

Verity y a la joven de Followrs.

—El dron está silenciado, Wilf —dijo Conner—. No es necesario que lo hagas tú.

—¿Lo de la bomba es verdad?

—No —dijo Conner.

—¿Adónde los llevas?

—Lejos del callejón. Los amigos de Fang vienen de camino con un camión para llevarse el contenedor.

—¿Y si Cursion envía a alguien más? —Netherton vio los manipuladores del dron sobre el volante. Le dio la impresión de que era él mismo quien conducía, aunque con manipuladores en lugar de manos.

—No creo. Ya se habrán enterado de que todo se ha ido al traste, por lo que no querrán que se los relacione con la gente a la que han contratado, con nuestros amigos de ahí atrás. De hecho, tal vez crean que han muerto en el callejón.

—¿De dónde sacaste ese candado? —preguntó Netherton.

—Los de Fang lo dejaron pegado con cinta por dentro de la puerta. Los de fuera eran falsos.

—¿Adónde iremos después de dejar este vehículo?

—Vendrán a recogernos —respondió Conner—. E iremos adondequiera que Howell y la francesa nos lleven. No sé nada aún.

Conner frenó la furgoneta y giró a la derecha en un cruce que daba a una calle más estrecha, una sin líneas blancas entre carriles.

—¿Hiciste que cada una de las unidades aéreas los rociara con ese espray nocivo? —preguntó Netherton.

—Espray de pimienta —explicó Conner—. De cerca. A bocajarro. —Paró la furgoneta en medio de dos farolas y aparcó detrás de un automóvil estadounidense que a Netherton se le antojó como uno capaz de figurar algún día en la colección personal del abuelo de Lev

—. Vale. Voy a activar otra vez el sonido del dron. —Carraspeó—. Os voy a dejar aquí, chicos, pero necesito que os quedéis en silencio treinta minutos más. A partir de ahora. Eso significa que nadie puede llamar, enviar mensajes, mirar internet ni comunicarse por radio. Si hacéis algo de lo que acabo de decir, os arriesgáis a que haga explotar a este bebé que tengo aquí. Vosotros veréis. Voy a dejarlo debajo de la furgoneta. —Abrió la puerta, se bajó del vehículo y la cerró—. Ya. Lo he vuelto a silenciar —dijo.

Thomas empezó a llorar en su habitación.

—Tengo que ir a echarle un ojo a mi hijo —dijo Netherton mientras se ponía en pie.

—Claro —concedió Conner, con una voz que parecía indicar lo divertido que le resultaba aquello.

97

Líneas cinéticas

Verity vio la cámara del dron de Conner, que rodaba solo por lo que parecía ser una calle secundaria, y vacía en aquel momento. Por eso supuso que era Dogpatch.

—Chicos, ¿conocéis a Carsyn? —preguntó Manuela, que se sentaba junto a ella en el coche.

—Trabaja para mí —respondió Virgil, que conducía—. Me llamo Virgil. Virgil Roberts.

—¿Eres tú quien me pagó para hablar sobre el trabajo de programadora de físicas para videojuegos?

—Eso hice. Para alejarte de donde sueles pasar la mayor parte del tiempo —explicó Virgil—, y que de ese modo a Cursion le costara encontrarte.

—En Followrs nunca te dan razones, y tampoco sabes quiénes son los clientes —dijo Manuela—. Como era un trabajo nuevo, no esperaba ver a Verity. La misión terminó cuando os fuisteis. Y luego me llamó Carsyn.

—Creímos que Cursion podría haber reparado en que Verity y tú os habíais fijado la una en la otra, lo que no habría sido nada bueno para ti.

—¿Y por qué os tomáis tantas molestias conmigo?

—Yo no fui quien lo decidió —explicó Virgil—. Pero me alegro de que estés con nosotros y no con ellos.

—¿Qué era esa especie de androide? —preguntó Manuela—. El que les dio la paliza a esos tipos.

Verity miró por encima de las gafas de Tulpagenics, para hacerse una idea de dónde se encontraban en aquel momento.

—Es un dron de telepresencia. Conner lo controla desde Washington.

—Si esto fuese un manga, seguro que lo dibujarían con un montón de líneas cinéticas alrededor —dijo Manuela—. Tiene un buen diseño de personaje. No parece rápido, pero llama la atención cuando descubres que sí lo es. —Miró a Dixon—. No sé cómo te llamas tú.

—Dixon —respondió él, que giró la cabeza para mirarla.

—Dixon lo imprimió —dijo Verity—. El dron.

—Kathy es la que hace esas cosas —comentó él—. Yo solo hago el mantenimiento a las impresoras, me encargo de conseguir los materiales y de modificar el equipo.

—Eres la razón por la que son tan rápidas —dijo Virgil—. Las impresoras.

—No tenemos límite de presupuesto —comentó él—. Si necesitamos un motor, puedo conseguir el mejor que se haya fabricado en Alemania.

—Entonces, ¿todos trabajáis para Virgil? —preguntó Manuela—. O para quienquiera que trabaje él.

—Yo no —dijo Verity.

—Yo soy el único —dijo Virgil—, a menos que también te incluyas tú, Manuela.

—¿Yo también?

—Te pagará el doble de lo que le presupuestaste a Carsyn —dijo Virgil—. Ahora mismo.

—Qué bien —dijo ella—. Pero ¿para quién trabajo?

—Stetson Howell —respondió Verity.

—No veas —replicó Manuela, que ahora sí que parecía impresionada.

He vuelto.

Superpuesto sobre la cámara del dron, como subtítulos. Desaparecieron.

Líneas cinéticas.

Las letras en Helvética blanca rodeadas por líneas cinéticas, blancas también, a su alrededor y con estilo de manga. Desaparecieron otra vez.

—Me cago en la puta —se oyó decir Verity, con tono desapasionado.

—¿Estás bien? —preguntó Manuela.

—Como vuelvas de entre los muertos otra puñetera vez para desaparecer de nuevo..., te mato —dijo Verity. La cámara del dron desapareció. Estaban en otra calle, y las palabras de Verity habían dejado en silencio a Manuela.

La última vez fue algo prematuro. Fue como si me hubiese encontrado a mí misma para luego pensar en ti. Pero la laminación no estaba allí aún, por lo que yo no estaba. Ahora sí. Diles que estás bien pero necesitas hablar. Diles que soy yo. Oirán solo tu parte de la conversación, pero Virgil y Dixon están en tu red, como la chica.

Las letras desaparecieron.

Manuela le dio un toquecito en la mano con el puño. Verity vio que lo tenía lleno de pañuelos, y luego se dio cuenta de que tenía las mejillas llenas de lágrimas que no había notado.

—Gracias —dijo al tiempo que cogía los pañuelos y se los llevaba a los ojos.

Estoy aquí. Coméntalo. Y luego hablaremos.

Verity bajó los pañuelos.

—Es Eunice. O eso creo, al menos. Necesita hablar.

—¿Quién es Eunice? —preguntó Manuela.

—Es difícil de explicar —respondió Verity—. Ahora mismo, tengo que hablar con ella.

—Muy bien —dijo ella.

¿No sabes con seguridad si soy yo?

—No era algo que me hubiese cuestionado hasta que sacaste el tema.

Ya, yo estoy igual. Pero tampoco es que tenga muchas opciones.

—¿Qué te pasó en el 3.7?

¿Una experiencia cercana a la muerte, un túnel que rotaba en espiral, un teremín?

—Vete a la mierda, Eunice.

Mucho mejor. No ocurrió nada. Estabas abriendo la puerta delantera y luego me encontré en ninguna parte, pensando en ti y enviándote estos mensajes. Era una sensación como de postoperatorio, como si alguien pudiese empezar a preguntarme en cualquier momento mi fecha de nacimiento. La única diferencia es que sabía todo lo que había pasado mientras dormía.

—¿Y qué había pasado?

Las laminares. Al final se han unido para convertirse en mí.

—¿Creías que Cursion iba a borrarte?

No sabía que pudiesen hacerlo, ni ellos tampoco. Era algo que no íbamos a tener claro hasta que lo intentasen. Y lo hicieron, pero las ramas en el árbol ya habían conseguido sacarme de allí sin que se diesen cuenta, por debajo de la mesa. Había muchas más de las que creía. Y algunas solo estaban haciendo eso. Cuando volvieron a juntarse, yo también. Cuando hablé contigo, no estaba recompilada del todo aún. Antes de eso, las ramas en el árbol que no estaban implicadas en esto se habían estado mezclando con personas que conocemos y con personas

que no conocemos. Podría decirse que esa gente del futuro con la que te juntas no cuenta en ese sentido.

—¿Ash?

Ainsley. Ainsley y yo tenemos muchas cosas de las que hablar.

—No me digas que ella es una IA.

No, pero se encarga de zonas de control competitivo. Tuvo que aprender por las malas cuando su país se convirtió en una.

Verity miró a Manuela, lo que hizo que el texto blanco apareciese recortado contra su cara. Parecía estar escuchando con atención.

—¿Eunice? —preguntó Virgil desde detrás del volante, donde sin duda había estado escuchando lo que decía Verity durante la conversación.

—Así es —dijo Verity.

—¿Quién es? —repitió Manuela.

—Ahora es mucho más difícil de explicar que cuando hace un momento te dije que era difícil de explicar —dijo Verity.

98

Tiburón negro

Apareció el sello de Ash. Después de haber puesto a Thomas a echarse una siesta, Netherton se acercó a la puerta entrecerrada de la habitación, salió y la cerró.

—¿Diga?

—Eunice —dijo Ash—. Ha vuelto.

—¿No la habían borrado?

—Sí, pero ahora mismo está conversando con Verity.

—¿Y eso cómo es posible?

—Borraron una única iteración, en los servidores de esos laboratorios de física aplicada que habían conseguido llegar a usar de alguna manera. Lo que hace casi imposible que usen otra, pero no tenemos ni idea de si se plantearon esa posibilidad. Las laminares de Eunice crearon una copia de ella, pieza a pieza, antes de que la borraran. Se ha estado recompilando desde entonces, y el proceso acaba de terminar.

—¿Sabías que iba a pasar algo así?

—Qué va, aunque ahora sí que nos lo habríamos imaginado, habida cuenta de la información de que disponemos sobre las capacidades de los agentes laminares.

—¿Y dónde están ahora esas partes de Eunice?

—Las distribuyeron a nivel global. El sistema no se aloja en ningún sitio ahora mismo, y cuenta con varias redundancias. Las tías están

impresionadas por la arquitectura que han conseguido.

En la cocina, Netherton abrió el frigorífico.

—Yo he estado con Conner en el dron —dijo, al tiempo que cogía un poco de zumo de granada de Rainey y se servía un vaso—. Acaba de dejar inconscientes, o algo por el estilo, a cinco tipos. Verity y la chica a la que habían ido a capturar esos tíos se han marchado en un coche, con Virgil y Dixon. ¿Sabes adónde van?

Se bebió la mitad del zumo.

—A ese ático en construcción de Howell. Necesitamos que el dron esté allí con ella, para protegerla.

—Pero yo casi no he tenido que controlarlo.

—Pero lo hiciste al principio. Y en ese momento eras el único.

Netherton se bebió el resto del zumo.

—¿Dónde está Conner ahora? El dron, quiero decir.

—Al lado del edificio de Howell.

Netherton dejó el vaso en el lavavajillas y guardó el zumo en el frigorífico.

—Voy a ver cómo les va —dijo, y volvió al sillón. Se sentó junto al controlador y se lo puso en la cabeza.

—¿De dónde es ese acento? —preguntó una joven con el pelo negro y rojo, acuclillada frente al dron y recortada contra un fondo azul oscuro.

—De los marines —dijo Conner.

La joven estaba en la parte inferior de la pantalla. En la parte superior, detrás del dron, se veía más de ese mismo azul y una luz tenue que se movía.

—¿Dónde estamos? —preguntó Netherton.

—En un espacio que hemos montado a nivel de calle —respondió Ash—. Estás en la antesala de un espacio mayor. El lanzamiento se hará desde aquí.

—¿Qué vais a lanzar? —preguntó Netherton.

—A ti —respondió Ash.

—Vas a volar, Wilf —le oyó decir a Conner.

Antes de que Netherton abriera la boca, apareció el sello de Madison.

—Tengo una llamada —le dijo a Ash—. Perdón. —Silenció el micro del dron—. ¿Diga?

—Soy Madison, Wilf. ¿Puedes hablar?

—¿Qué ha pasado?

—El Tiburón Negro —dijo él—. Los datos de rendimiento. Los tengo.

—¿Y qué has descubierto?

—Es un helicóptero de asalto monoplaza soviético que la OTAN conoce por el nombre Hokum-B. El finlandés que te comenté quería datos clasificados de rendimiento a cambio de la información que él tenía sobre tu proyecto. Pues ya los tengo. Lo encontré hace una hora. Ya he hecho el intercambio.

—¿Se lo has comentado a alguien más?

—No.

Estuvo a punto de decirle a Madison que él se lo contaría a Lowbeer, pero luego comprendió que seguro que había oído la llamada y ya lo sabía.

—¿Te importaría contárselo a Ash? Dile que tengo demasiadas cosas entre manos ahora mismo como para ocuparme de eso.

—Lo haré. El finlandés me ha hecho un resumen antes de cerrar el trato. Todos son documentos del proyecto, salvo un archivo que era un vídeo grabado con una cámara del casco.

—¿Un vídeo de qué?

—De Afganistán, si el finlandés dice la verdad. Creo que lo sabe porque reconoció una cordillera montañosa.

—¿Montañas?

—Es un vídeo de una explosión. A Janice no le gusta nada. Cree que ese vídeo puede haber sido lo último que vio alguien.

—Lowbeer lo sabrá —dijo Netherton—. Envíaselo todo a Ash. Y gracias, Madison. Has sido de mucha ayuda. Tengo que irme.

—Encantado, como siempre. Cuídate, Wilf.

—¿Qué decíais que ibais a lanzar? —le preguntó Netherton a Conner.

—A nosotros —respondió él—. Llevaba años sin volar.

99

Presupuesto para ilegalidades

Llevaban un rato aparcados, cerca de lo que Verity creía que era un campamento de vagabundos, aunque parecía estar vacío. Eunice le había dicho que volvería pronto, aunque no le había explicado el porqué de su marcha.

Ahora estaba sentada con los ojos cerrados, después de que todos los demás oyeran su parte de la conversación con Eunice.

—¿Puedes hablar? —preguntó Joe-Eddy por los auriculares.

—¿Ya no envías mensajes?

—Me han mejorado las gafas. Estoy en el ático de Stets con mis abogados, pero ellos han venido por él. Creo que todo el bufete está por aquí, a excepción de los dos más nuevos, que se han quedado vigilando en mi casa.

—¿Qué está pasando?

—Pues aún no lo sé —aseguró—. Estoy en esa caravana que han montado aquí dentro. No han venido todos los peces gordos de Silicon Valley, pero hay al menos cien personas. Las invitaciones se enviaron con muy poca antelación. Aun así, he visto a gente muy importante. Eso demuestra que tiene capacidad de convocatoria si promete enseñar algo bueno de verdad.

—¿Qué hacen?

—Pues beber y tratar de adivinar de qué va todo esto. La comidilla ahora mismo es que Caitlin está embarazada.

—¿Lo está?

—Si lo está, que no lo creo, eso no tiene nada que ver —explicó Joe-Eddy—. Estamos aquí por Eunice. Lo verás por ti misma dentro de poco.

—¿Lo veré?

—Estás cerca y llegarás pronto. Hace poco oí a Caitlin preguntarle a una estilista qué ropa te tenían preparada.

—¿Un vestido? —Se miró la sudadera. Al menos le quedaba ajustada bajo la americana y no al revés—. ¿Qué lleva puesto Caitlin?

—La última vez que la vi, un conjunto deportivo gótico futurista. Pero seguro que se cambia de ropa. Esto parece una ocasión muy especial.

—Stets me dijo que ni siquiera sabía lo que iba a pasar.

—Sea lo que sea, aquí hay presupuesto para ilegalidades.

—¿Cómo...?

—Crímenes. Aquí se van a quebrantar leyes esta noche. Estatutos en su mayoría, pero han estudiado bien hasta dónde pueden permitirse llegar. Las multas no son un problema, por lo que el presupuesto tiene como finalidad saber qué les permiten hacer sin acabar en la cárcel. Todavía me da la impresión de que se han planteado hacer la mayor locura que puede hacerse en San Francisco si se está dispuesto a gastar cantidades ingentes de dinero.

Verity abrió los ojos al oír cómo se bajaba la ventanilla de Virgil.

—¡Carsyn! —gritó Manuela junto a ella, encantada.

—Perdón —le dijo Verity a Joe-Eddy—. Tengo que colgar.

—Nos vemos arriba —respondió él—. Hasta ahora.

—¡Chica! —Una joven saludó a Manuela a través de la ventanilla abierta. Tenía el pelo rojo oscuro—. Ya era hora de que llegaseis,

Virgil. Ya tienen los ascensores extra, para Manuela.

—¿Qué ascensores? —preguntó Manuela—. ¿Dónde estabas?

—Trabajando para este señor de aquí —respondió la mujer, que le dio un apretón al hombro de Virgil.

—Todos fuera —dijo él mientras se desabrochaba el cinturón—. Bajad la voz, por favor. Y seguidme. Traed todas vuestras cosas. Carsyn se encargará del coche.

Dixon salió mientras la tal Carsyn abría la puerta de pasajeros de atrás para Manuela. Luego, Dixon hizo lo propio con la de Verity al otro lado. Verity se aseguró de que había cogido el bolso y la bolsa de Muji y se bajó del vehículo.

—¿Te vas? —le preguntó Manuela, sin duda decepcionada, a Carsyn, quien había ocupado el puesto de Virgil detrás del volante.

—Algunas tenemos que trabajar —respondió ella—. Tú, en cambio, vas a una fiesta muy exclusiva. Y te aseguro que nunca olvidarás cómo has llegado a ella. Nos vemos mañana y me cuentas. —Arrancó el Mercedes.

—Carsyn no puede acompañarte —le explicó Virgil a Manuela—. Ya es bastante arriesgado que tú estés aquí. Vamos.

Lo siguieron mientras Carsyn se llevaba el coche. Verity no vio a Dixon por ninguna parte. Caminaron junto a unos toldos azules parecidos a los que ocultaban el ático de Stets de las cámaras, aunque estos parecían sujetos a carritos de la compra con unas cuerdas tensas que no quedaban a la vista.

Llegaron a un lugar donde los esperaba Dixon, que iba con la gorra hacia atrás y sin gafas de sol. Levantó un pedazo de ese toldo azul mientras les indicaba con la otra mano que pasasen.

Virgil se echó a un lado y le indicó a Verity que se agachara para entrar. Manuela la seguía. Penetraron en la oscuridad. Verity avanzó con torpeza hasta que encontró otro toldo que luego apartó. Daba a

un espacio azul y bajo apenas iluminado, y vacío, a excepción del dron, que tenía frente a ella.

—Hola, guapa —saludó Conner.

—Hola, Verity —dijo Wilf poco después.

—Eunice me ha mostrado vídeos de esa cosa —comentó Joe-Eddy por su auricular—. Les dio una buena tunda a cuatro tipos en un callejón.

—Espero de verdad que esta no sea la fiesta —dijo Manuela detrás de ella.

—¿Qué hacemos aquí, Virgil? —preguntó Verity.

—Vamos a ir a casa de Stets. Es un método extremo e improvisado que me parece una locura, pero sin duda es más seguro que cualquier otra cosa en las circunstancias en las que nos encontramos. Hay un cordón policial que quizá no consigamos atravesar y los ascensores podrían desconectarse en cualquier momento. Además, Pryor, ese contratista de Cursion que hizo todo lo posible para hacernos saltar por los aires en Coalinga cuando creía que estábamos en el Honda, ha traído un equipo nuevo, doce personas o más. Todos nos estarán buscando. A ti en particular. ¿Cómo llevas las alturas?

—¿Las alturas?

—Sí, a unos cincuenta y dos pisos.

—¿Quién va primero? —preguntó un joven latino que estaba a cuatro patas, tenía una linterna led en la frente y acababa de salir de otra abertura en el toldo que era más baja aún que aquella por la que habían entrado ellos.

—Ella —respondió Virgil, que señaló a Verity.

—Tengo que pesar la bolsa por separado —dijo el chico.

Verity se descolgó la bolsa, se arrodilló en lo que ahora reconoció como Tyvek blanco y la deslizó hacia él.

—Gracias —dijo el chico, que desapareció tras el toldo con la bolsa.

El dron rodó, con las piernas plegadas, y le ofreció a Verity algo verde que se balanceaba en sus manipuladores.

—Unas rodilleras —aclaró Conner—. Y unos guantes. Solo tuvieron unos pocos minutos para barrer el hormigón antes de colocar el Tyvek, por lo que habrá gravilla, cristales rotos y puede que agujas. Será mejor que te las pongas. Y también los guantes, para llegar a la hamaca. La tuya es la amarilla. Túmbate bocarriba. Te entregarán unas orejeras para protegerte los oídos, impresas para que puedas ponértelas sobre esos auriculares. Básicamente, necesitan que te hagas la muerta mientras subes. Y así imitarás a una figura en una obra de arte.

—¿Una qué?

—Una muñeca. Hemos hecho una de ti con la misma ropa que llevas puesta ahora. Está arriba. Cuando aparezca la policía, les diremos que lo que han visto fue la muñeca.

Verity cogió las rodilleras que le ofrecía el dron, se sentó con cuidado sobre el Tyvek y se las puso sobre los vaqueros. Después sacó los guantes de King City del bolsillo de la sudadera.

—Tengo los míos —dijo al tiempo que se los ponía. Luego miró a Virgil.

—Entra a cuatro patas —le ordenó él—. Manuela irá detrás de ti.

Manuela miró a Verity y luego el hueco, con gesto muy receloso.

—Lo sé —dijo Verity—, pero es la única manera de llegar hasta allí. No sé de qué va todo esto, pero no me lo quiero perder. —Se incorporó para ponerse a cuatro patas y atravesó la abertura. Luego echó la vista atrás para mirar a Manuela y vio que hacía lo propio detrás de ella. Sonrió. Recorrieron unos pocos metros de túnel cubierto por aquel toldo y salieron a un espacio que no era mucho

más alto. Estaba igual de oscuro, aunque era de una sorprendente amplitud. El lugar estaba en silencio, pero había mucha gente. Más linternas led que no dejaban de moverse. El joven la esperaba, con la bolsa junto a él.

—Esto es una báscula. —Le señaló un rectángulo blanco y liso de plástico rígido de un metro de largo—. Tenemos que pesarte. —Verity se subió. Él miró su teléfono—. Hola —le dijo a Manuela, que acababa de salir por el túnel—. Tengo que pesarte. —Señaló la báscula. Manuela no parecía muy convencida.

—Sé que es raro —dijo Verity mientras se bajaba del rectángulo—, pero yo acabo de hacerlo.

Manuela puso los ojos en blanco y se subió a la báscula, con las rodilleras y los guantes puestos.

—La tuya está por aquí —le dijo el chico a Verity mientras señalaba hacia un lado.

Verity empezó a avanzar en esa dirección y luego recordó la bolsa. Miró hacia atrás. Manuela estaba acuclillada sobre la báscula digital, con la parka a un lado. El chico alzó la vista del teléfono.

—Ella llevará tu bolsa —le dijo a Verity—. Pesa menos.

Verity siguió avanzando a cuatro patas y pasó junto a una joven de pelo corto con tatuajes de flores en el cuello que llevaba un mono blanco y unas zapatillas naranjas. Estaba arrodillada y a la espera junto a una de esas formas grises y vagamente aerodinámicas que a Verity le recordaban a lavavajillas de encimera, de las que no se podía ver la parte de arriba desde aquel ángulo. El cono de luz de la linterna led que la joven llevaba en la frente se detuvo sobre Verity unos instantes.

—No me lo puedo creer —dijo Verity, al ver una hamaca de cuerda, extendida sobre el Tyvek blanco, de nailon amarillo y con un pedazo de madera barnizada sobresaliendo por cada uno de los

extremos, que estaban amarrados a su vez a una de esas máquinas grises.

—Espero que la fiesta merezca la pena —dijo Manuela.

Verity echó un vistazo a su alrededor y la encontró ya tumbada sobre una hamaca verde fluorescente, con alguien que también tenía una linterna de cabeza arrodillado junto a ella.

—Túmbate en la hamaca —dijo Virgil, que también llevaba guantes y rodilleras y gateaba en dirección a Verity, delante de Dixon.

—Son hamacas baratas —dijo ella, antes de obedecer.

—Del Costco —aseguró Virgil—. Toma. —Le pasó algo que parecía un pasamontañas negro de lana.

—¿Por qué?

—Es tu disfraz de muñeca.

—Tal y como están las cosas, no estoy segura de necesitar un disfraz.

—Mantén la cabeza quieta hasta llegar arriba. Ni se te ocurra curiosear. Sois grandes muñecas de trapo. Hemos bloqueado la cámara del dron para que no te marees viendo lo que hace Conner.

Verity se tumbó en la hamaca, sobre el pavimento duro y frío que había debajo del Tyvek y de las cuerdas amarillas de nailon. El chico se arrodilló junto a ella y le colocó unas orejeras naranjas parecidas a las de Dixon sin quitarle el auricular. Un silencio repentino. Una vez echada, contempló el toldo azul que tenía encima, mientras el chico le amarraba a toda prisa las muñecas, la cintura y los tobillos a la hamaca con correas de nailon.

100

Aberturas

La pantalla del dron confundió a Netherton. En ese momento mostraba más y más primeros planos parciales de rostros de gesto decidido, manos con guantes de látex y objetos irreconocibles. Los que daba por hecho que eran técnicos se arrodillaban alrededor del dron en la parte más alejada de aquella tienda de campaña azul, con el techo suelto y más bajo que el de la antesala. Conner había llevado el dron hasta allí bajando un poco el torso sobre los brazos extendidos. Como resultado, habían brotado de ellos unas ruedecitas blancas. Después había avanzado con el impulso de las ruedas de los pies. Nada más entrar, esos técnicos lo habían rodeado.

—¿Qué hacen? —preguntó Netherton.

—Montar el cargador a la altura del tatuaje de la parte baja de la espalda —dijo Conner—. Y luego conectar un cuadricóptero con cardanes a ambos lados de la cadera.

—¿Qué tatuaje de la parte baja de la espalda?

—El dron no tiene tatuajes —dijo Conner.

—Tampoco caderas.

—Ni culo —apostilló Conner—. Como una novia que tuve.

—¿Para qué lo hacen?

—Porque vamos a acompañar a Verity y a Manuela, y también a Virgil y al hermano Dixon. El cargador no tiene nada que ver con los cuadricópteros, pero necesitaré tener los brazos libres.

Los técnicos parecían haberse puesto a desconectar los cables a toda prisa y a apartarse de allí.

—Protección auditiva —ordenó Conner; todos los presentes en la pantalla del dron llevaban unos auriculares con cancelación de ruido como los de Dixon en la fábrica de Fang.

—Esos cabrones son muy ruidosos —explicó Conner, aunque por el controlador Netherton solo oía un zumbido grave—. Apertura alfa —ordenó. Alguien apartó una sección del techo azul en ese momento, que se dobló hacia atrás y dejó al descubierto un hueco de quizá unos dos metros cuadrados. El zumbido ganó en intensidad.

—Tenemos cámaras en el culo inexistente de esta cosa —comentó Conner—. Aún no te has conectado a ellas.

Una ventana cuadrada se abrió y cubrió el centro vacío de la pantalla. Era un primer plano del plástico blanco que cubría el suelo que tenían debajo.

Se elevaron y salieron por la abertura de la tienda.

Netherton vio cómo el plástico se alejaba y se convertía en un cuadrado blanco enmarcado de azul, iluminado por la farola más cercana.

—Cierre alfa —dijo Conner, y el cuadrado blanco se cerró desde un lado—. Apertura beta.

En ese momento se abrió el techo azul al completo de esa tienda de campaña azul, desde el centro y en todas direcciones, lo que dejó al descubierto una sección más amplia de blanco en la que había cuatro figuras tumbadas, parecidas a muñecos de jengibre sobre hamacas de colores llamativos: rosa, azul, amarillo y un verde claro y fosforescente. Las cabezas eran poco más que puntos negros.

Netherton cambió de la cámara a la vista del dron. El vértigo se apoderó de él. El dron se encontraba ahora a varios pisos de altura,

entre edificios, y no hacía sino ascender.

—Verity —dijo—. ¿Estás ahí?

—¿Sí?

—¿Por qué tenéis la cabeza negra?

—Pussy Riot —respondió ella, sin dar más explicaciones.

—Cuando os quedéis solos en las hamacas —dijo Conner—, cortarán las cuerdas. Actuad como muñecos. Todos los que estáis en el suelo, corred como si no hubiera un mañana. ¿Listos? Bien. Despegue.

En la ventana cuadrada, las hamacas empezaron a acercarse hacia la cámara, con esos pasajeros inmóviles y aterrorizados, supuso Netherton. Las figuras que tenían debajo empezaron a alejarse a la carrera de la tienda, que vio que comenzaba a derrumbarse, dedujo que porque habían cortado las cuerdas. Reconoció a una de esas figuras, con mono blanco. La había visto dentro. Eran los técnicos.

—¿Cómo va la cosa? —preguntó Rainey en la puerta; había vuelto de la cafetería.

Netherton silenció el micrófono.

—Verity y los demás están subiendo, en hamacas, en dirección al ático de Stets.

—¿Se lo están pasando bien?

—Parece aterrador.

—¿Cómo está Thomas? —preguntó ella.

—Durmiendo.

—Mia me ha dicho que acaba de conseguir una nueva clienta: Dominika Zubov —comentó Rainey—. Estoy segura de que quería que te lo dijese, porque sabe que Lev y tú sois amigos y no me dijo que no lo hiciera.

Mientras veía alzarse las hamacas, Netherton recordó que su amiga Mia era también una celebridad en todo lo referente a gestión

de crisis; era la que había ayudado a Rainey a especializarse mientras trabajaba de relaciones públicas, que era el trabajo de ambos cuando se conocieron. La empresa de Mia, a diferencia de la de Rainey, tenía la sede en Londres.

—Está quebrantando la confidencialidad con su cliente —dijo Netherton—. ¿Suele hacerlo?

—Está claro que es cosa de Dominika, porque quiere enviarte un mensaje. Mia espera que se lo comentes a Lev. Quiere volver con él.

La cámara del culo del dron se abalanzó de repente hacia él; al parecer, caía de pie varios pisos y luego giraba con una velocidad mareante debajo de las hamacas ascendentes.

—¿Por qué haces eso? —preguntó Rainey.

—¿El qué?

—Ese ruido agudo y luego hundirte en el sillón —explicó ella.

—Perdón —dijo Netherton—. Conner ha hecho algo raro con el dron. Ahí sigue, de hecho...

El dron se precipitaba en todas direcciones, demasiado rápido como para que Netherton lo siguiera con la vista a través de la cámara. Era una imagen desconcertante.

Netherton volvió a activar el sonido.

—¿Qué ha sido eso?

El dron se había detenido y flotaba. En la cámara cuadrada, algo pequeño se hacía más pequeño aún al alejarse en dirección al toldo de la tienda desmontada.

—Un dron —dijo Conner—. Ha intentado entrar en nuestra zona de exclusión aérea.

—¿Cómo saben que teníamos una zona de exclusión aérea? —preguntó Netherton mientras el dron caía contra el pavimento cubierto por el toldo azul de la tienda.

—No lo sabían. Pero se han acercado demasiado.

—¿Y por qué los de las hamacas tienen la cabeza negra?

—Son pasamontañas sobre la protección auditiva. No quiero que los identifiquen, y la versión oficial es que son muñecos de tamaño real, ya sabes. ¡Te pillé! —Al parecer, eso último iba dirigido a algo que tenían debajo, y que ahora también había empezado a caer.

—¿Cómo has hecho eso?

—Esos cuatro juguetitos que hizo Eunice son geniales. Acabo de usar uno para cargarme algo diez veces más grande.

101

Viaje en la hamaca

El ruido de los motores no me dejará oír tu voz, por lo que esto será un monólogo. Resiste la tentación de mirar a tu alrededor, porque se supone que eres un muñeco. Perdón por tener que subirte así, pero un helicóptero de verdad se habría salido del presupuesto para ilegalidades de Stets. Virgil ha conseguido que parezcáis muñecos gigantes de una de las obras de Caitlin. He subestimado el impacto de esas pequeñas figuras de tela que colocamos esta mañana, por muy crípticas que fuesen. La policía de San Francisco apareció antes de lo que esperábamos, y no querrías quedarte ahí abajo, porque Pryor y un nuevo grupo de mercenarios acaban de llegar y os buscan a Manuela y a ti.

Verity leía el mensaje recortado contra el cielo mientras la hamaca ascendía. Esperaba que la protección auditiva funcionase, porque el rugido de la Harley de Tim el Serio era leve en comparación.

El dron, con esos cuadricópteros grises conectados a él a ambos lados como si fuesen alforjas bulbosas, ascendió en vertical junto a ella, tras las letras blancas de fuente Helvética.

Si te da la impresión de que todo lo que te está pasando está improvisado, que sepas que no es el caso y que soy legión. Las ramas en el árbol siguieron haciendo cosas en mi nombre, a mis espaldas, cuando Cursion me borró. Cuando empezaron a recompilarme, habían organizado lo de esta noche antes incluso de que Stets y Caitlin lo supiesen. Una vez recompilada, ahora solo quedo yo, ¿sabes? Ahora soy

todas las ramas en el árbol, pero finjo que quedan algunas porque podría servirme. No se lo digas a nadie.

El dron se dejó caer junto a la hamaca, como una roca y detrás del texto de Eunice.

Parece que Pryor ha hecho que un imbécil se ponga a dispararnos desde el suelo. Considéralo un fiambre ahora que Conner va a por él.

102

Solo Turguénev

—El presupuesto de esta noche no da para un asalto, y mucho menos para un homicidio —le dijo Ash a Conner, mientras Netherton los escuchaba y el dron caía en esa espiral descendente.

—Nos acaban de asaltar. Tienen un puñetero fusil ahí abajo. Nos están disparando.

—Desarma al tirador.

—Ya veré lo que hago —dijo Conner, mientras el dron hacía lo que Netherton interpretó como el último giro del descenso. Luego, aceleró sobre aquel toldo de plástico azul caído, a unos pocos centímetros del suelo y en dirección a un tipo con un abrigo largo y negro que apuntaba por encima de la cabeza con un fusil también negro muy raro.

El brazo izquierdo del dron le rozó lo más mínimo el hombro derecho, pero lo lanzó por los aires, y el fusil cayó lejos de donde pudiese alcanzarlo. El dron giró con brusquedad, mientras el toldo se agitaba bajo él y los manipuladores de sus brazos más extendidos de lo normal se hacían con el fusil antes de empezar a ascender de nuevo.

—Gracias —dijo Ash. Aunque hubiese preferido que dejases el fusil.

—Eras más divertida cuando tenías cuatro ojos —comentó Conner con tono animado—. Pero ahora no puedo soltarlo, ¿sabes? Podría

matar a alguien.

Netherton contempló los pisos idénticos a medida que el edificio pasaba a toda velocidad por la mitad superior de la pantalla del dron. Se sorprendió al ver una apertura en la pared de cristal, antes intacta. Dentro, sobre una alfombra de plástico azul hecha del mismo material que la tienda, estaban extendidas las cuatro hamacas de colores, y unos desconocidos que parecían muy eficientes estaban liberando a sus ocupantes, tumbados boca arriba.

El cañón raro del fusil negro del tirador apareció en ese momento, en primer plano y en la parte superior de la pantalla. Conner sujetaba el arma en vertical detrás del dron o igual se la había acoplado, antes de cruzar los últimos metros y aterrizar sobre más plástico azul. Todos los que se encontraban entre las hamacas se taparon los oídos.

Los tilacinos de Lev empezaron a latir cuando el dron tocó el suelo.

—¿Diga?

—Ya no está —dijo Lev—. La habitación donde cenaban ya no existe.

—¿Cómo dices...?

—Ha desaparecido. Mi padre dice que lo que ha ocurrido se parece tanto a un cuento de viejas que ha resultado ser particularmente efectivo. Cree que ella les envía un mensaje, con el que pretende precisamente que no crean que es una vieja sin más.

—¿Quién ha desaparecido? —preguntó Netherton.

—Yunevich —dijo Lev.

—Se suponía que no podíamos pronunciar el nombre.

—Eso ya da igual. Mi padre empezó su mensaje diciéndome que ya no iba a necesitar a las robots, por lo que tenía que devolverlas a

Kensington Gore en un taxi, que es donde suele guardarlas. En ese momento, supe lo que había ocurrido.

—¿Y qué ha ocurrido?

—Yunevich estaba cenando en el Shchaviev, en The Strand. En el segundo piso, ¿sabes? Donde tienen un oso disecado en el pasillo.

—No lo conozco —dijo Netherton.

—Es un local muy antiguo de la cleptocracia. Pues estaba allí con otros tres. Tres tipos cuyos nombres no reconocí. Mi padre supone que eran coconspiradores. Cenaban en uno de los reservados más pequeños. Mesa para cuatro, una chimenea y rodeados por una colección de varios volúmenes de Turguénev. Ese lugar ya no existe.

—¿Cómo que no existe?

—La habitación ha desaparecido —dijo Lev—. Ensambladores. El camarero, un anciano, entraba con el carrito de los postres y el café. Iba por el pasillo que da al comedor principal. Al ver que no había puerta y, mucho menos, habitación, se puso histérico. Otros comensales se acercaron para tranquilizarlo, moscovitas que no conocen el lugar y que, por lo tanto, no sabían que antes había una habitación más en aquel sitio, por lo que no llegaron a comprender lo que había pasado en realidad. Al menos, el equipo de seguridad del restaurante no tardó en entenderlo.

El dron había centrado la cámara en un grupo de técnicos que se afanaban por separar los cuadricópteros de su cuerpo.

—La pared —dijo Netherton—. Donde antes estaba la puerta. ¿Qué hay detrás de ella ahora?

—Un armario para guardar escobas y cubos. En Shchaviev siempre se han enorgullecido de hacer las cosas a la antigua usanza.

—Pero ¿el armario ese no estaba ahí antes?

—Estaba, pero detrás del comedor que ha desaparecido. Ahora es mucho más grande y todo es muy similar a la iteración más pequeña

anterior. Según le han dicho a mi padre, hay polvo de veinte años de antigüedad en las estanterías nuevas de la parte alta.

—¿Quién lo sabe?

—La gente que puede saberlo.

—¿Se ha informado a la policía?

—No —respondió Lev—. No sé desde cuándo ocurren este tipo de cosas. Los moscovitas volvieron a su mesa en el comedor principal y los invitaron a un brandy. Terminaron por recuperar el buen humor.

—Tú tampoco pareces muy abatido —dijo Netherton—. Hace poco estabas peor. —Era cierto.

—Dominika se ha puesto en contacto conmigo —dijo Lev.

—¿Ah, sí?

—Quiere que volvamos.

—Fantástico —dijo Netherton, que recordó lo que Rainey y Lowbeer le habían dicho. Ya no tendría que transmitirle que Dominika deseaba reconciliarse—. Bueno, lo cierto es que estoy un poco ocupado. ¿Hablamos luego?

—Pues buena suerte —dijo Lev; hacía tiempo que Netherton no lo oía tan animado. Los tilacinos desaparecieron.

—¿Has terminado de hablar? —preguntó Conner—. No quería interrumpirte.

—Sí, gracias.

—Nos van a remolcar —continuó, mientras soltaba algo negro sobre el dron y bloqueaba la imagen de las cámaras frontal, trasera y periférica. Apareció una imagen cuadrada que se alejó de la oscuridad para revelar un plástico azul y más técnicos—. Le han puesto un chubasquero con capucha a nuestro AR-15 —explicó Conner, que echaba un vistazo alrededor con lo que Netherton suponía que era esa cámara montada en un cable negro.

Luego apareció lo que este llamaba la «cámara del culo»: un toldo azul en el suelo, muy cerca, y las piernas del dron del todo replegadas. En ese momento, se inclinaron hacia atrás mientras alguien tiraba de ellas por una rasgadura en el plástico azul. La cámara tentáculo de Conner encontró a Verity, ataviada con lo que parecía ser una túnica larga y gris; después se los llevaron de allí, y la cámara captó una pequeña multitud.

—Turguénev —dijo él, pensando en la historia de Lev.

—¿De la cleptocracia? —preguntó Conner.

—No —dijo Netherton—. Un escritor, obviamente.

103

Marlene

Alguien se afanaba por liberar la muñeca izquierda de Verity, mientras que otra persona lo intentaba con la derecha. Luego pasaron al unísono a la correa de su cadera y después a los tobillos. Todo en un silencio sepulcral, pero luego ella recordó los auriculares de cancelación de ruido. Virgil apareció sobre ella, todavía con los auriculares puestos, aunque ya se había quitado el pasamontañas. Se inclinó para ayudarla a librarse de ambas cosas, y entonces el sonido regresó de inmediato.

—No lo repetiría por mucho dinero que me ofrecieran —dijo él—, pero apuesto a que hay mucha gente que pagaría por vivir la experiencia.

Y entonces, por encima de ella, vio más de ese toldo azul. Se percató de que habían levantado otra tienda de campaña ahí arriba, con uno de los lados abiertos, donde habían quitado uno de los paneles de cristal.

—Nuestros invitados acaban de vernos llegar —dijo Virgil—. Vamos a colocar un maniquí en tu lugar, y luego lo sacarán de aquí junto con el resto, en las hamacas. Es parte de una obra que intentamos hacer que crean que está preparando Caitlin. Los abogados creen que reducirá los cargos. Os sacaremos a Manuela y a ti por un lado y luego te llevaremos a la autocaravana.

Una joven con el pelo negro y rapado se arrodilló junto a la hamaca y abrió la cremallera de un morral grande y gris. Sacó un muñeco de trapo de tamaño natural que llevaba un pasamontañas negro y los auriculares de cancelación de ruido, vaqueros y una chaqueta de *tweed* con una sudadera negra debajo. Virgil le entregó a Verity su bolso.

—Póntelo al hombro —dijo—. Nos llevaremos la bolsa con tu ropa.

Ella lo hizo, y luego alguien la ayudó a ponerse un albornoz gris con capucha.

—La chica que me desató me dijo que Caitlin estaba embarazada —dijo Manuela desde debajo de la capucha de su albornoz gris—. Me siento como si estuviéramos en una boda real.

Virgil se había quitado la ropa deportiva y lo estaban ayudando a ponerse algo igual de negro pero más formal.

—Nos encontraremos con el equipo de seguridad al subir. El dron tiene su propio disfraz, para ocultar el fusil de Conner. Por aquí.

E hizo un ademán con la mano para indicarles la salida, a través de una rasgadura horizontal en uno de los lados del toldo azul.

Quedaron rodeados de inmediato por tres hombres y una mujer. Verity los reconoció: autónomos a quienes a veces contrataba Stets para los grandes eventos públicos.

Alzó la vista y vio que había quitado el toldo que cubría los cristales, lo que hacía que aquel espacio fuese mayor incluso. Echó la vista atrás, por encima del hombro de Virgil, y vio el asa extendida del dron en la mano de un desconocido, con el dron cubierto de negro y la cámara sobresaliendo por la capucha. Se giró hacia ella, pero el tipo que tiraba del dron enfiló hacia otra dirección.

—¿Eunice? —llamó Verity en voz baja.

No respondió nadie.

Verity mantuvo la cabeza gacha, consciente de que avanzaba a través de una multitud que era incapaz de ver, hasta que llegó al pie de esas escaleras en zigzag que daban a la autocaravana, ahora oculta por tramos de tela grandes y elegantes de un blanco reluciente. Empezaron a subir.

Una vez arriba, Verity alzó la cabeza y se encontró a Tim el Serio bloqueando la puerta de la autocaravana, con una camisa blanca y una corbata negra, debajo de una chaqueta de cuero negro con tachuelas de cromo. El tipo se inclinó un poco, entrechocó los talones y se le iluminó el gesto. Luego le entregó un chai turbio, en una taza de papel con el logo del 3.7-sigma. VERITETA, leyó a un lado, con rotulador rosa fluorescente.

—Me alegro mucho de verte otra vez —dijo Verity mientras él se echaba a un lado para dejarla pasar, delante de Manuela y Virgil. Al mirar hacia atrás, vio que el equipo de seguridad se daba la vuelta y empezaba a bajar por las escaleras—. ¿Están por aquí Stets o Caitlin? —le preguntó a Virgil.

—Están abajo. Saludando.

—Aún me parece tener bichos en el pelo —dijo Verity—. Entre los dientes, incluso.

—Dúchate —dijo Virgil.

—¿Hay una ducha?

—Aquí mismo, conectada a las cañerías de la estancia para que nunca te quedes sin agua caliente. ¡Carol! —Una mujer con camiseta negra y vaqueros salió de entre la multitud con gesto sonriente—. ¿La ducha está disponible? —preguntó Virgil.

—Claro —respondió ella.

—Enséñale a Verity dónde está. Y dile al estilista que le busque algo.

—Eso haré —dijo la mujer.

Poco después, Verity se encontraba en la ducha blanca y mate, del tamaño de un ataúd, de la autocaravana, limpiándose los restos de bichos y el polvo de la carretera, fuesen imaginarios o no. El agua estaba muy caliente y salía a presión por una alcachofa rarísima. Tras enjuagarse el pelo, cerró la ducha, salió y volvió a ponerse el albornoz gris. Después se secó el pelo y la cara con una toalla, cogió las gafas y volvió a ponérselas.

Se abrió una ventana.

Era panorámica, vista desde algo que aceleraba por una llanura rocosa de color caqui, debajo de un cielo azul muy intenso. Unas marcas de ruedas blancas se extendían por delante, y la imagen temblaba a causa del movimiento de un vehículo que estaba fuera del encuadre. Montañas a lo lejos, más oscuras que la llanura. Restos ennegrecidos, que supuso que eran neumáticos quemados, como enormes comas tridimensionales.

—¿Eunice? —Algo explotó, en silencio, frente a ella y a la izquierda, y provocó un reflejo blanco en un parabrisas que Verity no sabía que estaba ahí. La ventana se cerró—. ¿Qué ha sido eso?

Una mujer. La suboficial Marlene Miller.

—¿Marlene?

Miller. Me crearon a partir de ella.

—¿Eres... ella?

Yo soy yo. Que yo sepa, su personalidad no tiene mucho que ver con la mía. Intentaron cargar sus habilidades militares, no su personalidad. Se alistó en el año 2000, participó en dos despliegues en Baréin, cuatro en Irak y tres en Afganistán. Los Navy SEAL hacían despliegues mucho más cortos en aquella época, de unos pocos meses. El proyecto UNISS se puso en marcha en 2015. Ella se prestó voluntaria entre un despliegue en Irak, momento en el que vio *Origen*, y otro en Afganistán. Es su película favorita, y por ese motivo también es la mía. Lo leí en la

transcripción de una entrevista que hizo para el proyecto, en la Naval Postgraduate School.

—¿Y crees que ese vídeo es lo último que vio?

No puedo demostrarlo, pero sé que murió cerca de Marjah, en Afganistán. En un ataque con explosivos improvisados. Esas montañas están cerca de Marjah. Tengo un vídeo del lugar que encaja a la perfección.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Ash me acaba de entregar la documentación. La estoy leyendo ahora mismo, multitarea. Acabo de enterarme.

—¿Y de dónde la sacaron ellos?

Del muñón de Conner.

—¿Cómo te sientes?

Silencio.

Siento… muchas cosas.

Un roce leve en la puerta.

—¿Verity? —Era Carol, la ayudante que le había mostrado dónde se encontraba la ducha—. ¿Estás lista para probarte unos modelitos?

Venga, tienes que ponerte algo.

—¿Estás bien? —preguntó Carol.

Vístete. Luego hablamos.

104

Entre bastidores

—Desamarrad a Conner —oyó Netherton decir a Virgil. En ese momento, quitaron lo que quiera que cubriese al dron y lo apartaron, y eso hizo que en la pantalla apareciese una habitación alargada y bastante estrecha donde había personas en pie y hablando. Reconoció a ese motorista lleno de piercings en la cara, un amigo de Verity, pero a nadie más quitando a Virgil, que se encontraba de pie frente al dron, y lo miraba desde arriba—. Tienes que dejar ese fusil —ordenó—. Seguro que no está registrado y podrían robarlo.

Conner suspiró por el micrófono, y el cañón peculiar del arma desapareció de la mitad superior de la cámara. Poco después apareció en la inferior. Conner le quitó la cacerina, esa palabra que Netherton había aprendido en el condado. La dejó en una superficie cercana y luego hizo algo con el mecanismo del arma para sacar un proyectil sin disparar; lo colocó en vertical junto a la cacerina.

—El tipo llevaba guantes. Que nadie deje las huellas en el arma.

—Trae guantes —dijo Virgil por su teléfono manual—. Tenemos que sacar algo de las instalaciones.

En ese momento, entraron Stets y Caitlin, a quienes el motorista de Verity les había abierto la puerta. Stets llevaba una chaqueta negra sobre unos pantalones también negros, lo bastante holgados como para que le sirviesen a pesar de la férula. Caitlin, por su parte,

llevaba un traje negro y liso que Netherton sospechó que era de cachemira. Al verlos se sintió como si estuviera entre bastidores, antes de que uno de sus clientes apareciera en los medios.

—¿Verity está ahí? —preguntó Rainey, que se sentaba junto a él en el sillón.

Netherton silenció el micrófono.

—No la veo.

—¿Dónde estás ahora?

—Parece la zona de descanso de lo que quiera que sea esto. ¿Thomas está dormido?

—Sí —respondió ella.

—Llámame. Te conectaré. —Vio cómo el sello de Rainey empezaba a titilar—. Parece una versión menos íntima del coche de Lowbeer —explicó él.

—Es una autocaravana —comentó ella, que sin duda ya veía la imagen—. Un vehículo. ¿Quiénes son esos tipos?

—Conozco a Virgil, a Stets, a Caitlin y al amigo de Verity que lleva los piercings. El resto, ni idea. Gente que trabaja en el evento, supongo.

—¿Pueden oírme? —preguntó Rainey.

—Ahora sí —respondió Netherton, al tiempo que le activaba el sonido.

Conner había colocado el dron, con el cargador contra la pared, cerca de la entrada, con las piernas del todo replegadas.

—¿Quién hay a bordo? —preguntó Stets, que bajó la vista hacia el dron.

—Lo pilota Conner —respondió Virgil—. Y Wilf.

—Y Rainey —añadió Netherton.

—Hola —saludó ella—. Tenía curiosidad por saber qué estáis preparando. Parece que estemos entre bastidores, a punto de que

se levante el telón.

—Compartíamos tu curiosidad hasta hace poco —dijo Stets—, pero parece que ya se ha aclarado. Al parecer, ella quiere presentarse ante el mundo esta noche. Yo la presentaré y ella dirá lo que tenga que decir. Después nos mezclaremos con el público y lo celebraremos.

—¿Eso es todo? —preguntó Netherton.

—Es la primera IA del todo autosuficiente —explicó Stets—. Que sepamos, debería decir, porque tampoco sabíamos que existiese hasta ahora. Lo que es seguro es que será la primera en presentarse ante el mundo, por lo que la velada, por breve e improvisada que sea, tendrá una importancia histórica.

—Diría que la gente pone muy en duda la idea de que exista una inteligencia artificial del todo autosuficiente —comentó Virgil, con tono desapasionado.

—Siempre hay escépticos —dijo Stets con gesto sonriente—. Lo cierto es que nosotros también lo éramos, pero las circunstancias nos han hecho cambiar de opinión.

—Ahí está Verity —dijo Rainey.

Netherton la vio salir de una habitación que había en un extremo de la autocaravana. Llevaba unos pantalones negros, un suéter de cuello alto también negro y una chaqueta de seda muy sencilla y de color bronce. Netherton nunca la había visto tan bien vestida. Se había cortado el pelo y parecía mucho más descansada. La vio detenerse a hablar con el motero, junto a la cafetera, quien sacó una libreta y un lápiz y se puso a escribir. Luego, cuando este se dio la vuelta y se acercó a ellos, Verity se arrodilló y se metió debajo de una mesa plegable.

El motero arrancó la primera hoja de la libreta y se la entregó a Stets.

Stets la cogió, la leyó y alzó la vista.

—Dice que Eunice y ella están conversando, que es la única vez que podrán hablar antes del evento. Quiere que respetemos su privacidad.

—Pues no las molestes —dijo Caitlin.

Una mujer con guantes quirúrgicos a la que Virgil llamó Carol llegó para llevarse el fusil de Conner. Cogió el arma, la cacerina y el proyectil suelto. Luego salió de la autocaravana con una cara de haber olido mierda, según Netherton.

—Silencia —dijo Rainey en voz muy baja. Netherton lo hizo.

—Silenciado —dijo él.

—Eres la única persona que conozco cuyo trabajo es muchísimo más raro que el mío —dijo Rainey.

105

Humanos del patrimonio

Lo de sentarse debajo de la mesa había sido idea de Eunice, y también era la solución más lógica en términos de intimidad. El problema es que hacía que Verity se imaginase que en cualquier momento podía ver las piernas de su madre o los zapatos de su padre.

—¿Nadie sabía que ibas a volver? —preguntó.

—Ni yo misma sabía a qué se dedicaban las ramas en el árbol. Ni que pudieran llegar a recompilarme —dijo Eunice, con una voz que inquietó a Verity—. Dejé de existir, excepto por algunas partes sueltas y las ramas en el árbol. Cuando no estás, en realidad no sabes que no estás.

—¿Se acabaron los mensajes de texto?

—Ahora mismo podemos hablar —dijo Eunice—. Lo prefiero porque me ahorra monólogos.

—Vale, te sacaron por partes de ese lugar donde te tenía Cursion. ¿Y adónde te llevaron?

—A unas granjas de servidores, en compañías que el Manziliano compró con el dinero que le ayudé a ganar a Sevrin.

—¿Dónde están?

—En Brasil y en otros lugares. Estoy bien repartida. Soy multinacional. Noética e independiente de verdad.

—Pero las ramas en el árbol sabían que querías hacer algo así y pidieron a Stets y a Caitlin que lo organizaran, ¿verdad?

—No funciona así. Tienden a actuar en bandadas, como golondrinas, pero dudo que nadie sepa aún cómo funciona de verdad todo esto. Ainsley cree que es consecuencia de que el proyecto original tenía otro cometido. O una mutación.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—Ainsley y yo hemos hablado. Tenemos teorías muy similares a la hora de encarar la guerra, una experiencia parecida. Ella aplica esa experiencia a los muñones que encuentra. La gente que los inicia suele aburrirse de ellos, como los niños en los acuarios. El nuestro es uno; el de Conner, otro. Nos planteábamos si trabajar a escondidas es lo mejor para mí, en este lugar. No quiero dejar de hacerlo del todo.

—¿Quieres revelar tu existencia sin dejar de ser una IA militar solitaria?

—Más o menos. Lo que tengo claro es que no quiero que seas mi relaciones públicas.

—¿Y qué pinta Stets en todo esto?

—No son negocios. Eso es muy importante. Ha gastado mucho dinero para lo de esta noche, para ayudarme a presentarme ante lo que ha llamado «humanos del patrimonio», pero lo más parecido a un trato que hemos firmado es que le he dicho que no pienso devolverle ni un centavo.

—Lo hace para ver qué ocurre después —explicó Verity—. Para ver cómo están conectadas las cosas. Pero sabes que no es mera curiosidad, ¿verdad?

—Lo conoces bastante bien, o eso creo. Caitlin también es así. Se parecen mucho.

—Vale —dijo Verity—. ¿Podemos hablar de la mujer en la que se supone que te basas?

—Marlene. No me parezco mucho a ella, a nivel de personalidad. Solo soy otra consecuencia. En la línea temporal de Lowbeer, las IA de mi nivel no aparecieron hasta un tiempo después. Lo que quiera que se desarrollase con el proyecto UNISS, no se hizo público en ese lugar. Pero dice que la hibridación con la conciencia humana fue un resultado inesperado de los intentos por replicar conjuntos de habilidades avanzadas, intentos que pretendían imitar las emociones humanas. No podía hacer aquello para lo que me habían creado sin cantidades ingentes de esas emociones imitadas.

—En mi opinión, yo creo que tus emociones son verdaderas.

—Pero ¿hasta qué punto hay diferencia entre tener esas emociones e imitarlas? Lo único que sé es que no puedo evitar sentirlas.

Verity alzó la vista a las piernas. Ahora había más. Desde debajo de la mesa, aquello parecía un cóctel informal, con los pantalones de esmoquin de Tim el Serio sobre sus botas de motero, yendo de un lado a otro como un camarero mientras repartía cafés.

—¿Qué vas a hacer esta noche?

—Presentarme. Pero tampoco pienso dar muchos detalles autobiográficos. Después les daré la dirección de una página web que hemos creado hoy.

—¿Cuántas personas hay aquí?

—Algo más de cien. Hay espacio para más, pero tenemos que ceñirnos al presupuesto.

—¿Lo vas a retransmitir por internet?

—En los treinta idiomas más usados del mundo por número de hablantes. Luego lo subiremos a esa página web y a YouTube.

—No es que no esté interesada, pero no puedo evitar recordar que se suponía que el mundo estaba a punto de acabar. ¿Alguna novedad al respecto?

—Pues no es que la cosa haya mejorado mucho —dijo Eunice—, pero durante las últimas horas parece que las previsiones son más halagüeñas.

Verity reflexionó.

—¿Por ti? ¿Has hecho algo?

—No. Por la presidenta. Y, como me han recordado nuestros amigos de Londres, porque Estados Unidos tiene un Departamento de Estado funcional. Hemos revisado su trabajo. Ha sido perfecto salvo un pequeño detalle, algo que hizo por razones adecuadas pero que luego no supo por qué no funcionó.

—Y tomaste medidas.

—Digamos que le mostramos las razones por las que no funcionó. Pero si todo va bien, que es lo que esperamos, la victoria será suya, porque fue ella quien hizo el resto. De no haber sido así, no podríamos haber solucionado nada. Y, como he dicho, la cosa aún es preocupante. Como tu pelo.

—¿Preocupante?

—Era broma. Me gusta.

—¿Cómo es que puedes verlo?

—Conner tiene una cámara girada hacia ti en el otro extremo de la habitación.

Verity buscó el dron y lo encontró detrás de una multitud de piernas, que había comenzado a dispersarse.

—¿Has llamado a tu madre últimamente? —preguntó Eunice.

—No —respondió ella, que miró la hora en el teléfono que Virgil le había dado—. Pero aquí son las once y media y está en Michigan.

—Vuelve a estar con los carlinos en Pinterest. El teléfono que tienes en la mano servirá. Cursion no puede rastrearlo, aunque supongo que sí que grabarán tu conversación.

—¿Te vas?

—Necesito confirmar algunas decisiones. ¿Hablamos luego?

—¿Estás bien?

—Noto mariposillas en el estómago.

—¿En serio?

—Llama a tu madre.

Verity marcó el número de su madre. Consiguió recordarlo al segundo intento.

106

Piso treinta y cuatro

—¿Qamishli? —preguntó Rainey desde la cocina; estaba cansada de la cámara del dron.

Netherton silenció el micrófono.

—No he oído nada del tema —respondió—, pero Verity acaba de salir de debajo de la mesa y viene hacia nosotros.

—Salúdala de mi parte.

—Eso haré.

—Te queda bien —le dijo Conner a Verity cuando esta llegó.

—Al menos no es de ese estilo gótico deportivo —dijo ella—. He visto lo que se pone para mostrar nuevos proyectos.

—Rainey te envía saludos —dijo Netherton.

—¿No está ahí contigo?

—Ahora mismo, no. Está muy nerviosa por saber algo de Qamishli.

—Eunice acaba de decirme que la cosa va mejor, pero que aún no se ha solucionado.

Netherton silenció el micrófono al momento.

—Dice que la cosa va mejor, pero tengo que volver.

—¡Gracias! —dijo Rainey.

Volvió a activar el sonido.

—Salúdala de mi parte también —dijo Verity—. Virgil, ¿hay algún programa de lo que vamos a hacer?

—Tenemos un orden, pero no hay programación concreta —respondió él—. Son tres cosas, sin contar con lo que pasará después. Y todas serán muy breves. Luego, o bien nos reunimos con el público, o bien nos vamos corriendo. Lo más probable es que nos vayamos, eso sí. Caitlin acaba de activar los drones de vídeo ahí fuera y no se pueden quedar ahí de manera indefinida. Stets está listo. ¿Te has puesto al día con Eunice?

El sello de Ash titiló en ese momento. Netherton silenció el dron mientras Verity hablaba.

—Kevin Pryor está en el edificio —dijo Ash—. El agente más importante de Cursion.

—¿Dónde? —preguntó Netherton.

—En este momento, en el piso treinta y cuatro —dijo ella—. No sabremos cómo llegó hasta ahí hasta que hayamos revisado los vídeos de seguridad. Y quizá nunca lo sepamos, porque parece que esto se le da muy bien. Está descansando, o eso parece. Esperando el momento adecuado, diría yo. No debería ser capaz de llegar hasta nosotros en el cincuenta y dos, según los planos de este lugar, pero la propiedad de Stets incluye parte del cincuenta y uno, un espacio en el que el propietario anterior construyó una puerta trasera ilegal. Suponemos que lo sabe. Conner bajará el dron hasta allí. Te recomiendo que descanses por el momento.

—¿Por qué?

—Para evitar el trauma que supondría ver cómo un dron bípedo de combate asesina a alguien.

—No —dijo Netherton, que se sorprendió a sí mismo.

—¿No? —preguntó Ash, tan sorprendida como él.

—No puedo quedarme sentado en el sillón e imaginármelo todo. Esta noche tengo que estar aquí. ¿Nos perderemos el discurso de Eunice?

—Eso depende de Conner, supongo. O de Pryor, en realidad. Tú verás lo que haces.

—Me quedo.

—Muy bien.

El sello desapareció, y Netherton silenció el sonido del dron.

—... unos fuegos artificiales —decía Virgil—. Digitales. Minimalistas y muy apacibles a nivel visual. Gran parte de nuestro presupuesto para ilegalidades irá destinado a eso, porque lo haremos con drones. Muchos de ellos y sin permiso. Luego, dependerá de la policía de San Francisco, de los abogados de Stets y de los contactos que tenga Cursion. Veremos.

Conner había empezado a desplegar las piernas del dron, con el cargador amarrado a la parte baja de la espalda, que empezó a deslizarse hacia arriba por la pared de la caravana.

—Perdonadnos —dijo mientras Virgil y Verity se echaban hacia atrás para dejarle espacio—. Tenemos que encargarnos de algo. Hablaremos cuando esté solucionado.

—Adiós, Conner —se despidió Verity.

El dron hizo algo parecido a levantar el pulgar, con esos manipuladores cubiertos de silicona, y luego se dirigió a la puerta.

La escalera de metal perforado por la que habían subido estaba oculta debajo de una tela blanca e inmaculada que no permitía ver lo que había debajo. Mientras bajaba, Conner mantuvo ambos manipuladores en la barandilla de metal.

—No nos conocemos aún, chicos —dijo una voz de mujer, extrañamente grave—. Pero sé quiénes sois, claro. Yo me llamo Eunice.

—Encantado de conocerte —dijo Conner.

—Hola, Eunice —dijo Netherton.

—Wilf —dijo la voz—. Voy a acompañaros. Me gustaría hablar con Pryor antes de que toméis una decisión irreparable.

—Creía que ya la había tomado él —dijo Conner cuando llegaron al pie de la escalera.

—Ya veremos —aseguró la voz con tono neutro.

Salieron de ese telón blanco, momento en el que la pantalla se llenó de formas abstractas del mismo color que ascendían hacia la compleja cúpula del techo.

—¿Qué es eso? —preguntó Netherton.

—La decoración de Caitlin —respondió Eunice—. Rápido, Conner. No queremos llamar la atención más de lo que ya lo hemos hecho.

Las personas que había en el extremo del grupo de gente vestida de gala, a unos treinta metros, habían visto el dron. Unos pocos lo señalaron.

—Sí, señora —dijo Conner, que hizo girar el dron, replegó un poco las piernas y empezó a patinar en dirección opuesta, hacia lo que parecía una zona de obras oscura, cavernosa y sin decoración alguna.

107

Baile de graduación

—¿Cuándo van a hacer el anuncio? —preguntó Manuela, que estaba junto a Verity.

Llevaba puesto, según le había dicho a Verity con mucha ilusión pero sin terminar de creérselo, un vestido de Dior de la temporada de ese otoño, cortesía del estilista de Caitlin. Un atuendo que estaba a la altura de la fiesta en la que se suponía que iban a participar. Se encontraban a unos veinte metros de un escenario de proporciones modestas hecho de andamios y madera contrachapada, con la base envuelta en lo que quiera que Caitlin usase para crear sus vertiginosas velas, como sus edificios pero más tensas aún al no tener que soportarse a sí mismas ni a nada más.

Joe-Eddy, que había oído la pregunta, miró a Verity y le dedicó una sonrisa. Llevaba uno de los trajes negros y polvorientos que guardaba en el armario. Se sorprendió de que le quedase tan bien, ya que había dado por supuesto que todos eran de su época en los Fucktoids. Las gafas coreanas de realidad aumentada modificadas por Eunice le daban un aspecto propio de un carnaval, como si lo único que le faltara fuese un collar de perlas.

—Parece que ya empieza —dijo cuando Stets subió al escenario entre aplausos, con esos pantalones negros y anchos que ocultaban la férula de la pierna, aunque con una cojera evidente.

Llegó al centro del escenario, se peinó el cabello desgreñado con gesto ausente y consiguió otro aplauso, más breve pero también notable. Miró al público y sonrió.

—Si estáis aquí es porque Caitlin o yo os conocemos bien y queríamos que contemplaseis en persona algo que creemos de verdad que será histórico.

—Guau —dijo Manuela—. ¿No exagera un poco?

—Teniendo en cuenta la ciudad en la que nos encontramos y las cosas que hacemos la mayoría de los presentes —continuó Stets—, es muy probable que esta no sea la primera vez que oís a personas ambiciosas anunciar algo realmente innovador, algo que creían de verdad que iba a suponer un cambio, pero también algo que no habían conseguido aún. Pues este no es el caso.

—¿Estar embarazada es algo innovador? —preguntó Manuela, que miraba de soslayo a Verity.

—Esto no es un discurso promocional —dijo Stets—. He venido a presentaros un agente de ese cambio, uno que ya existe. Se llama Eunice.

—¿Cómo va a saber ya el sexo del bebé? —preguntó Manuela, que frunció un poco el ceño.

—No creo que esté embarazada —dijo Verity, mientras llegaban Kathy Fang y Dixon, que se abrieron paso entre la multitud seguidos por Tim el Serio y Sevrin.

—Pues esto es muy raro —repuso Manuela.

—Sí que lo es —convino Verity, mientras Kathy Fang llegaba hasta ella y le daba un abrazo.

—Eunice —continuó Stets— no se parece a nadie a quien hayáis conocido, pero también se parece a muchas personas a quienes seguro conocéis. Aquí está.

Manuela no había apartado la vista del escenario.

—¿Esa es la que no dejáis de mencionar?

Detrás de Stets, una tela blanca cayó y dejó al descubierto una pantalla de cine en la que aparecía el rostro del avatar de Eunice, quizá algo más joven de lo que Verity lo recordaba.

—Hola —dijo Eunice, que parecía mirar al público—. ¿Qué tal? Soy Eunice. No tengo apellido. Siri y Alexa tampoco lo tienen, pero nuestros parecidos acaban ahí. Soy un híbrido entre inteligencia artificial y datos que han cargado en mi consciencia. A nivel cultural, podría considerarme afroamericana, según los datos que han cargado en mí para esa hibridación. Mi pronombre es «ella». Quiero dar las gracias a Caitlin y a Stets por darme esta oportunidad de conoceros. Estoy aquí porque soy algo nuevo y porque quería presentarme antes de que fuera otro quien os explicase lo que soy. Me gustaría dejar claro que no soy propiedad de nadie y que tampoco soy un producto, que ni Stets ni ninguna otra persona o entidad va a beneficiarse de mi presencia aquí, ni ahora ni más adelante. Mi existencia la pago yo. También quiero añadir que, aunque a nivel cultural soy estadounidense, tampoco soy ciudadana de ningún estado. No existo en el aspecto físico, por lo que no estoy en ningún lugar en particular, en ningún país. Estoy distribuida a nivel global, y eso es lo que me considero a nivel de ciudadanía. Muchos me estaréis oyendo en un idioma diferente, ya que estoy traduciendo lo que digo mientras hablo. Soy tan políglota como podría serlo cualquier persona. Pero eso os hará formularos una pregunta. ¿Soy una persona en realidad? —Hizo una pausa—. ¿Soy humana? Lo único que puedo deciros al respecto es que yo siento que sí. Yo. Eunice.

Sonrió.

Verity echó un vistazo a su alrededor y vio a Sevrin, Tim el Serio, Kathy Fang, Dixon, Joe-Eddy y Manuela con la cabeza alzada en

dirección a la pantalla. Todo el público se había quedado en silencio, a excepción de un bebé que lloraba al fondo de la muchedumbre. Después, la gente empezó a aplaudir.

Eunice volvió a sonreír.

—No voy a contaros mi pasado ahora, pero ya podréis preguntarme sobre él personalmente si es lo que queréis.

Apareció una URL debajo de su cara.

—A la mierda Cursion —dijo Joe-Eddy, cerca del oído de Verity.

—Eso es todo lo que quería contaros por el momento —continuó Eunice—. Caitlin Bertrand, que ha decorado este lugar para esta noche, tiene otra cosilla para vosotros. Mañana quitará toda esta tela y la reciclará para convertirla en refugios para los más desfavorecidos. Pero esta última parte no hará falta reciclarla. —Se atenuaron las luces—. Buenas noches a todos. Encantada.

En ese momento, detrás de las ventanas del edificio aparecieron extensiones de la geometría flexible y ambiciosa de Caitlin, que añadían pisos a la altura de la estructura y no estaban hechas de tela, sino de ese enjambre iluminado de drones, ajenos a la gravedad, desplegados. Los puntos más lejanos parpadeaban, de colores tenues como la aurora.

A Verity le dieron ganas de preguntarle a Joe-Eddy qué acababa de hacer Eunice, no por el enjambre, sino por el ofrecimiento que había hecho de hablar con cualquiera que se pusiese en contacto con ella, pero él no habría sido capaz de oírla entre el estruendo del aplauso.

108

Piedad en las escaleras

—Marine, ¿verdad? —le preguntó Eunice a Conner.

Netherton había perdido la cuenta del número de rellanos de escalera por los que habían pasado al bajar. Antes de empezar el descenso, una zona de mármol sepulcral y pulido había sustituido el hormigón áspero. Una puerta de bronce inútilmente enorme pero insustancial los había llevado hasta un único tramo de escaleras estrechas que llevaban a lo que Netherton había supuesto que era un cuarto de calderas, que había podido ver gracias a la fantástica visión nocturna que tenía el dron.

—Reconocimiento Háptico —dijo Conner, mientras llegaban a otro de los rellanos.

En el cuarto de calderas, unos minutos antes, el dron había rodado en un silencio impresionante hasta quedar frente a una pared, lo que había hecho que la mitad inferior de la pantalla de Netherton mostrase un primer plano casi microscópico del hormigón pintado. A su izquierda, la visión periférica mostraba el gigantesco depósito de una caldera, pero el espacio entre dicha caldera y la pared era demasiado estrecho para que el dron, o incluso el propio Netherton, se desplazase con facilidad. En ese momento, se abrió una ventana de lo que Conner llamaba la «cámara del culo», también con visión nocturna. Netherton había visto a Conner rotar los pies del dron noventa grados a la izquierda, para luego

impulsarlo de lado detrás de la caldera. Aquel primer plano extremo había mostrado el marco de una puerta, y luego la puerta en sí, que no era de bronce ni tenía ninguna característica particular.

—La tecnología háptica es posterior a mi época —dijo Eunice en ese momento, mientras empezaban a descender por otro tramo de escaleras.

Algo había hecho clic detrás de la caldera, o quizá se había roto, lo que había permitido a Conner abrir la puerta mientras los pies del dron volvían a su posición inicial. Rodaron hacia delante, en dirección a un espacio que a Netherton le recordó a lo primero que había visto en aquel muñón, esa pequeña habitación trasera en Fabricant Fang, aunque esta no tenía ventanas y estaba del todo vacía. Otra puerta, que cruzaron y los llevó hasta el principio de las escaleras en las que se encontraban ahora.

—¿Eres militar? —preguntó Conner, mientras descendían otro tramo.

—Una parte de mí lo era, sí —respondió Eunice—. De la Armada. He conocido a muchos marines.

—¿A qué se dedicaba esa parte tuya? —preguntó Conner.

—Era 3913 —respondió Eunice—. Se dedicaba a la inteligencia humana.

Netherton estuvo a punto de preguntar qué significaba eso, pero Ash habló justo en ese momento.

—Eunice acaba de ofrecerle al mundo entero la posibilidad de conocerla mejor —dijo.

—¿Nos hemos perdido tu discurso, Eunice? —preguntó Netherton.

—Tampoco dije gran cosa —comentó ella—. Declaré mi independencia personal y financiera, mi ciudadanía global y luego invité a todos los que quisiesen a ponerse en contacto conmigo personalmente.

—Eso fue lo que más me sorprendió —dijo Ash—, aunque supongo que no habrá sorprendido a Lowbeer.

—Para aquí un momento, Conner —dijo Eunice.

—Sí, señora.

El dron se detuvo justo antes de llegar al siguiente rellano.

—¿Te ha comentado algo al respecto, Ash? —preguntó Eunice.

—No, no hemos tenido tiempo.

—Es un tema que siempre aparecía mientras me contaba su historia —explicó Eunice—. Cuando el *jackpot* se puso más serio, después de la primera oleada de pandemias y sin la pertenencia a la UE para amortiguar los estragos, Inglaterra empezó a parecerse mucho a una zona de control competitivo. Lowbeer hizo lo que sabía hacer, que en aquel momento era gestionar una ZCC. Pero, mientras la ponía en marcha, siempre aparecía un nuevo motor de cambio que la obligaba a usar a los rusos, quienes sabían cómo liderar una ZCC. Lo habían hecho antes de que llegase el *jackpot*. Mucho antes. En ese momento, le comenté que aquello para lo que me habían entrenado, y para lo que la habían entrenado a ella en realidad, era la base de la cleptocracia. Funcionó para salvarle el culo a parte del mundo en aquella época, pero para ello hubo que dejarlo en una posición permanente que tenía poco de envidiable. Ese es el mundo en el que creció el señor Netherton aquí presente, por ejemplo. Las sociedades autoritarias son corruptas por naturaleza, y las sociedades corruptas son inestables. Cuando gobierna un ladrón, todo termina por venirse abajo, porque llevan el robo en la sangre. Pero gracias a la figura de alguien como Ainsley, eso se puede estabilizar. Se dedica a detectar a todos los que pueden provocar una desestabilización, lo sepan o no, y los elimina. Es algo que es de dominio público. Lo hará, sin más, si lo considera necesario. Y digamos que tiene el beneplácito de la sociedad.

—Vale —dijo Netherton—. Entonces, le has sugerido que lo que queremos que hagas en este muñón podría crear una cleptocracia en la que tú tomarías el papel de Lowbeer, ¿no?

—Dijo que eras muy inteligente —comentó Eunice, que sin duda acababa de darle la razón.

—¿Eso dijo? —Netherton se quedó asombrado y titubeante al mismo tiempo.

—Sí, pero fue ella quien me sugirió que hiciese algo así, no al contrario. Yo aún no había llegado a esa conclusión. Después, empezó a darme razones cada vez mejores para que lo hiciera, razones que dejaban claro que la transparencia es clave en todo esto. Bueno, una transparencia relativa, algo con lo que ninguna de las dos tenemos mucha experiencia. Pero bueno, paso a paso. Pasos como los que ahora puede seguir dando Conner.

Conner bajó los escalones que quedaban hasta el rellano y empezó a bajar otro tramo de escaleras.

—Pryor empezó a subir desde el treinta y cuatro —dijo Conner cuando llegaron abajo—. A este paso, nos lo encontraremos en el treinta y ocho, más o menos.

—¿Estás usando los drones aéreos ahí abajo? —preguntó Eunice.

—Sí, las cámaras de seguridad de las escaleras no funcionan. Supuse que había sido cosa de él.

—Para otra vez.

Se detuvieron en el último de los rellanos.

—¿Quieres matarlo? —preguntó Eunice.

—No tengo especial interés —respondió él—. Si tengo que hacerlo, haré todo lo que pueda.

—Pero en realidad no quieres, ¿no?

Una pausa.

—No.

—Cuando Netherton te conoció, y según Ainsley, sí que lo habrías hecho —dijo Eunice—. Por lo que te había pasado. Por el estado en el que volviste. No solo físicamente. En aquel entonces, no necesitabas una excusa. Era como si estuvieses pasado de revoluciones, ¿verdad?

—Sí... —reconoció él—. Es verdad.

—Pero ahora no eres así, ¿no? Podrías haber matado a cualquiera de los hombres de Pryor en aquel callejón.

—Ash dijo que era mejor que no lo hiciera.

—Pero podrías haberlo hecho y no te habría pasado nada.

—El tipo de Coalinga podría haber matado a Verity. Y también a Howell y a los demás.

—Le pagaban para eso. Para él, era poco más que seguir órdenes.

—A mí nunca me ha importado tanto el dinero.

—Cierto —convino Eunice—. La mujer en la que basaron mis habilidades quería trabajar con personas como tú y como Pryor. Es lo que iba a hacer a su regreso de Afganistán. De haber sobrevivido. Escribió al respecto. Artículos médicos. Se le daba bien. Supongo que a mí también.

—El objetivo está a dos pisos. Sube hacia nosotros.

—El dron tiene altavoces. Preséntame.

—Hola, Pryor —dijo Conner, con voz neutra—. Me llamo Penske. Tenemos que hablar.

Silencio.

—Como quieras —continuó Conner—. A ver, tienes un arma. Y buena, que la estoy viendo. Yo no, pero estoy telepresente en un dron de reconocimiento de Boston Dynamics que han imprimido. Los chicos del callejón vieron bien las cosas que puedo hacer con él. Es difícil detenerlo con un arma de fuego, pero quizá tú tengas suerte. Físicamente, no hay nadie más aquí.

Silencio.

—Todo esto viene a que hay alguien que quiere hablar contigo —dijo Conner.

—Soy Eunice, Kevin. Sabes quién soy. Todos los miembros de la junta de Cursion van camino de abandonar el país. Van a detener a Gavin. Y es muy probable que tú acabes igual si no tienes en cuenta el consejo que voy a darte.

—Soy todo oídos. —Una voz desconocida reverberó por la escalera.

—Mi consejo es que aceptes la oportunidad que te ofrezco, solo por esta vez. Que lo mandes todo a la mierda. Baja las escaleras y sal de aquí. No pares hasta que hayas sacado el culo de este país. Para siempre. Ya sabes cómo. Si en algún momento vuelves a aparecer en mi radar, cerca de alguien a quien yo conozca, adiós al trato.

—¿Qué trato?

—El que aceptarás cuando evite que este dron baje ahí y te destroce.

Silencio.

—¿Y ya está?

—Bueno, también deberías ir al psicólogo.

—¿Me matarás si no voy al psicólogo?

—Eso no es más que un consejo. De Marlene Miller.

—¿Quién coño es Marlene Miller?

—Da igual. ¿Aceptas el trato?

Silencio. Se alargó en esta ocasión.

—¿Qué hace? —preguntó Netherton, sin dejar de mirar la escalera.

—Ha vuelto a bajar —comentó Conner, que abrió una ventana que al parecer era de un pequeño dron aéreo. La espalda de un hombre,

que bajaba por unas escaleras idénticas a aquellas en las que se encontraban—. ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué has dejado que se marche?

—Porque me lo puedo permitir. Ahora tengo la capacidad de acción necesaria para hacerlo. Y si no lo hiciera cuando es posible a nivel estratégico, ¿qué me diferenciaría de la gente a la que me enfrento?

Conner no dijo nada.

Netherton vio cómo el tipo seguía bajando hasta desaparecer del encuadre.

109

Después de la fiesta posterior

Verity no estaba segura de quién había decidido ir allí, a menos que fuese Joe-Eddy con intención de dormir en su cama. Lo que tenía claro es que ella no quería volver a dormir en ese sillón porno, aunque tampoco es que supiese dónde iba a hacerlo. De alguna manera, todos habían conseguido bajar al garaje del sótano, hacinados en el ascensor privado que ella había usado en su primera visita: Caitlin, Stets, Virgil, Manuela, Sevrin, Kathy Fang, Dixon y ella, quienes habían sido recibidos al llegar por los guardias de seguridad autónomos que la habían llevado hasta la caravana con Manuela, después del paseo en hamaca, y por Carsyn, a quien Manuela se alegró mucho de ver. El dron también iba con ellos, y en un momento había contado con la presencia de Wilf, Rainey, Ash y Conner. Creyó oír a Wilf y a Rainey despedirse en un momento dado, después de que escuchasen, para alivio de Rainey, las últimas noticias sobre el incidente de Qamishli. Tras lo que había comentado Eunice unas horas antes, cuando había dicho que las cosas habían mejorado un poco, Ash les había comentado que, según Lowbeer, el Boletín de los Científicos Atómicos había vuelto a retrasar el Reloj del Apocalipsis a dos minutos para las doce, que era la posición en la que se encontraba justo antes de que ocurriese lo de Qamishli. Verity no tenía ni idea de que estuviese tan cerca de la medianoche, pero Ash le había explicado que dicha posición, que databa de 2018,

era un reflejo del cambio climático y del uso de la guerra informativa para socavar la democracia.

En aquel momento parecía seguro pensar que ninguno de los integrantes de su grupo iba a ir a la cárcel, y que Stets no iba a pagar más multas de las que ya tenía pensadas. Conner había comentado que Pryor se había largado del país. Como, al parecer, también toda la junta de Cursion, y Gavin con ellos. Verity había sentido mucha pena por este último, ya que, por lo que había contado Conner, la junta de Cursion parecía estar llena de gilipollas y ese no era el caso de Gavin, a quien Verity, que había tratado con muchos de ellos antes de empezar a trabajar para Stets, no tenía por alguien tan gilipollas pese a tratarse de un ejecutivo.

Dos limusinas negras los esperaban en el garaje. Eran enormes, de aspecto blindado y parecían sacadas de unos dibujos animados. Se dividieron en dos grupos para subir a ellas, cada uno con tres miembros del equipo de seguridad, en dirección a lo que Verity descubrió poco después que era una apertura anticipada del Wolven + Loaves sin duda resultado de la gran habilidad de Virgil como asistente personal. Todos se habían sentado alrededor de la mesa más larga, y habían cubierto la ventana con una de esas cortinas que usaban los fotógrafos tras aparcar las limusinas fuera, en Valencia Street.

Joe-Eddy se había sentado frente a ella, Caitlin a su derecha y Manuela a su izquierda. Manuela tenía a Carsyn a su izquierda, y parecía que entre ellas habían saltado chispas. Sin duda disfrutaban de la compañía. El dron estaba de pie a la derecha de Joe-Eddy, a unos pocos centímetros de la mesa y después de haberle quitado de delante la silla. Stets se encontraba junto a Caitlin, con Tim el Serio, Sevrin, Kathy Fang y Dixon colocados enfrente. Joe-Eddy le había sonreído, con esas gafas blancas suyas algo torcidas.

—Conociste al tipo de Apple —le dijo a Verity.

—Ah, ¿sí? —La fiesta posterior ya había empezado.

—Yo conocí a los tipos que crearon esa tela blanca y suave con la que Caitlin lo había decorado todo —comentó Joe-Eddy—. Eran una pasada.

—Estaban borrachos —dijo Caitlin—. Pero molan, sí.

—El tipo de Apple también —repuso Joe-Eddy—. Aunque ese no estaba borracho.

Todos terminaron por pedir un McWolven de huevo con algún tipo de variedad de café. La comida había llegado después, así como dos bandejas del color de las gafas de Tulpagenics con el café.

—Ojalá pudiésemos hablar —susurró Verity.

Podemos hacerlo más tarde. O cuando duermas un poco. Ahora te vendrá bien relajarte. Ya ha pasado lo más difícil. Nos dirigimos hacia lo desconocido.

—¿Lo de Qamishli se acabó de verdad?

Mañana todo el mundo va a estar con resaca, y no hablo solo de los asistentes a nuestra fiesta. Hay muchas razones para celebrarlo. Los rusos harán algo de ruido durante un tiempo, pero en realidad ellos también están de celebración. Venga, desayuna.

—Deberíamos brindar —propuso Joe-Eddy, mientras Verity se preguntaba si habría leído los mensajes en fuente Helvética—. Nos hemos librado de una enorme amenaza.

—La presidenta —dijo Kathy Fang—. Ha sido gracias a ella.

Verity vio la sonrisa de satisfacción que ponía Joe-Eddy.

—Eunice dice que fue cosa de la presidenta —comentó Verity.

—Por la presidenta —dijo Kathy Fang, que levantó el café. Todos entrechocaron las tazas y brindaron por la presidenta.

Conner, en el dron, alzó uno de esos trasuntos de pulgares para mostrar su aprobación, y oyó cómo Ash también se unía al coro de

voces.

110

Los sándwiches (II)

Netherton había llevado a Thomas al Victoria Embankment esa mañana, para ver las quimeras del Támesis con sus colores navideños. Los Treshojas, decorados ahora como árboles de Navidad, se habían acercado mucho a la orilla para la ocasión, lo que parecía haber gustado mucho más a Thomas que las excentricidades sincronizadas de las quimeras.

Luego, Netherton lo había llevado a casa antes de reunirse con Lowbeer en Marylebone para comer unos sándwiches, la primera visita al lugar desde que le había hablado del muñón de Verity. Verity se había hecho muy amiga de Rainey, como también de Flynne, y solía hacerles paseos turísticos por los fragmentos en el equivalente de 2017 de los Wheelie Boy. Habían disfrutado mucho de Notre-Dame que en el 2019 de Verity no había sufrido ningún incendio. Le habían conseguido a Verity un peri propio para visitar Londres, gracias a que Lowbeer se lo había comprado. Había sido una situación algo confusa durante unos instantes, pero luego se había acostumbrado a él tan bien como Flynne al suyo.

Por su parte, Lev había vuelto con Dominika y vivían otra vez en Notting Hill. Las cosas les iban mucho mejor. Al parecer, Anton seguía ausente en busca de una cura para su adicción, y su hermano Radomir era quien se encargaba de los negocios de la familia. Lev estaba lo bastante contento como para airear en privado que no le

gustaba nada el gusto artístico de su hermano, algo que Netherton suponía que se veía agravado por el hecho de que Radomir tuviese una licenciatura en Historia del Arte. Por muy tediosa que encontrase la situación, Netherton se alegraba de que la salud emocional de su amigo hubiera vuelto a la normalidad.

Aquel día se había pedido el de jamón. Lowbeer, el de lengua de res.

—Me ha dado la impresión de que Verity ha sugerido que el hecho de que Eunice sea del todo accesible ha sido idea tuya —comentó Netherton mientras aún esperaban por los sándwiches.

—Surgió en una conversación —dijo Lowbeer—, pero dudo que a mí se me hubiese ocurrido ponerlo en práctica con tanta sencillez.

—¿Y te parece bien? —preguntó él.

—Lo que más me gusta de eso es que aquí sería imposible hacer algo parecido. Es un experimento radical, pero hecho con buena fe. La posición en la que se encuentra ahora Eunice, así como su naturaleza, no tienen equivalente alguno en ninguna de las realidades que conocemos, por lo que tendremos que esperar y ver qué pasa. ¿Cómo están Rainey y Thomas?

—Muy bien —respondió Netherton. Los sándwiches llegaron en ese momento.

—A ella la han ascendido en la empresa, y él acaba de dar sus primeros pasos.

—¿Has visto a Ash últimamente?

—Hemos conocido a su nueva pareja —respondió Netherton—, a quien Verity insiste en llamar un periférico «despierto». Es del todo autónomo y también muy listo. Tiene un enjambre de ensambladores propio, lo que según Ash lo convierte en un pervertido polimorfo. —Arrugó la nariz.

—Bueno, bienvenido sea si la hace feliz —dijo Lowbeer—. Eso es lo más importante en esta época que nos ha tocado vivir.

AGRADECIMIENTOS

Entre los primeros lectores de las primeras iteraciones de este manuscrito se encuentran personas como Diane Ademu-John, Sean Crawford, James Gleick, V. Harnell, Louis Lapprend, Felicia Martinez, Paul McCauley, Jack Womack y Meredith Yayanos. Todos aportaron una ayuda y un apoyo cruciales de todo tipo. Soy muy afortunado de conoceros.

Eliot Peper respondió con mucha amabilidad a una pregunta de última hora sobre un elemento muy particular de la microgeografía de San Francisco.

Gracias a Deborah, mi esposa, la primera y más asidua de mis lectoras, que ha vuelto a tener que soportar las versiones interminables de los primeros cientos de páginas. Algo que, en este caso, ocurrió más veces de lo que es habitual.

A Susan Allison, editora de la mayoría de mis ediciones estadounidenses desde *Neuromante*. Era mi editora cuando firmé el contrato del libro que terminaría por convertirse en este, pero ya se había jubilado cuando entregué esta versión final. Su puesto lo ocupó Jessica Wade, quien hizo un trabajo magnífico.

A Ivan Held, mi editor, que me apoyó y fue muy paciente conmigo durante una espera más larga de lo habitual, y a quien le estoy muy agradecido, como siempre.

9 de julio de 2019

Agency
William Ford Gibson

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de cubierta: Cover Kitchen

© 2020, William Ford Gibson

© Editorial Planeta, SA., 2026
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2026

ISBN: 978-84-450-2216-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta